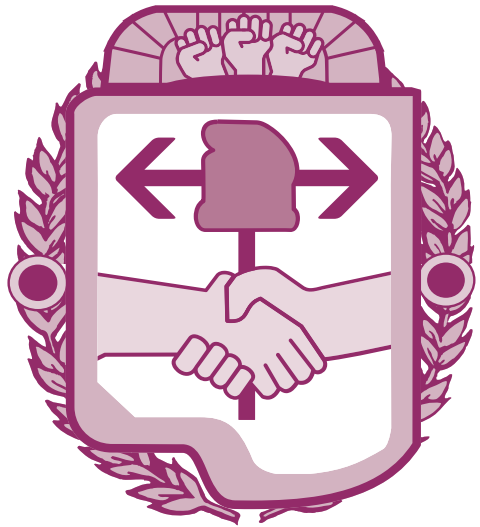


Entre los libros de
la buena **MEMORIA**

Mariela Stavale

Un peronismo alternativo para la revolución

La experiencia política y editorial
de las revistas *Militancia* y *De Frente*



FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

UNM
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Mariela Stavale

Un peronismo alternativo para la revolución
La experiencia política y editorial de las revistas
Militancia y De Frente

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Uñm
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por las instituciones editoras.

Corrección: María Valle (UNGS)

Diseño gráfico: Andrés Espinosa (UNGS)

Maquetación: Ediciones UNGS

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Impreso en Argentina

©2023 Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Misiones, Universidad Nacional de General Sarmiento

Colección Entre los libros de la buena memoria

Stavale, Mariela

Un peronismo alternativo para la revolución : la experiencia política y editorial de las revistas militancia y de frente / Mariela Stavale. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento ; La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación ; Posadas : Universidad Nacional de Misiones, 2023.

Libro digital, PDF - (Entre los libros de la buena memoria / 34)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-630-714-7

1. Historia Política Argentina. 2. Memoria. 3. Peronismo. I. Título.
CDD 320.0982



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Misiones y la Universidad Nacional de General Sarmiento promueven la Colección de e-books “Entre los libros de la buena memoria”, con el objeto de difundir trabajos de investigación originales e inéditos, producidos en el seno de Universidades nacionales y otros ámbitos académicos, centrados en temas de historia y memoria del pasado reciente.

La Colección se propone dar a conocer, bajo la modalidad “Acceso Abierto”, los valiosos avances historiográficos registrados en dos de los campos de estudio con mayor desarrollo en los últimos años en nuestro país, como lo son los de la historia reciente y los estudios sobre memoria.

Colección Entre los libros de la buena memoria

Directores de la Colección

Gabriela Águila (CONICET-UNR)

Jorge Cernadas (UNGS)

Emmanuel Kahan (CONICET-UNLP)

Comité Académico

Daniel Lvovich (UNGS-CONICET)

Patricia Funes (UBA-CONICET)

Patricia Flier (UNLP)

Yolanda Urquiza (UNaM)

Marina Franco (UNSAM-CONICET)

Silvina Jensen (UNS-CONICET)

Luciano Alonso (UNL)

Emilio Crenzel (UBA-CONICET-IDES)

Comité Editorial

Andrés Espinosa (UNGS)

Verónica Delgado (UNLP)

Nélida González (UNaM)

Índice

Agradecimientos.....	11
Poesías para un prólogo.....	13
Presentación.....	17
<i>MPL y DF</i> : dos revistas de la <i>nueva izquierda</i> argentina.....	19
Mirar hacia atrás: la conformación del peronismo revolucionario y sus diversos cauces de radicalización política.....	23
Mirar hacia los lados: las revistas político-culturales en los años setenta.....	33
Desafíos teórico-metodológicos: las revistas como objetos de estudio.....	38
Estructura del libro	41
Marco teórico y conceptos claves.....	43
PRIMERA PARTE	47
Capítulo 1. Militancias convergentes: hacia la conformación del grupo político de <i>MPL-DF</i> , experiencias previas y apuestas..	49
Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde: itinerarios militantes.....	51
Militancias compartidas: hacia la conformación del grupo político <i>MPL-DF</i>	62
1973, los debates preelectorales y la apuesta por el proyecto editorial de <i>MPL</i>	74

Capítulo 2. Materialidad y aspectos formales de las revistas <i>MPL-DF</i>	85
<i>MPL</i> . El grupo político, el equipo editorial y las condiciones de producción/distribución.....	85
<i>DF</i> . El grupo político, sus variaciones y las condiciones de producción/distribución	101
SEGUNDA PARTE.....	115
Capítulo 3. El momento de las expectativas revolucionarias, 14 de junio - 13 de julio de 1973. La <i>militancia</i> en la calle	117
Cámpora al gobierno.....	117
<i>MPL</i> frente a las políticas del “gobierno popular”	121
“Perón al poder”: la identidad política de <i>MPL</i> en tiempos de expectativas.....	129
El primer “golpe”: la masacre de Ezeiza.....	138
<i>MPL</i> : un actor político dentro de la TRP.....	147
Capítulo 4. Identidad peronista en crisis: el interregno de Raúl Lastiri, 13 de julio - 12 de octubre de 1973.	
La <i>militancia</i> cuestionada	159
“Lastiri, Lastiri, Lastiri gorilón”	159
El giro represivo y la desarticulación de la “primavera camporista”	167
Identidad peronista en crisis: las posiciones respecto de Perón, el movimiento y sus consecuencias político-ideológicas	172
Otro latigazo: las consecuencias represivas del “ajusticiamiento” a Rucci	186
TERCERA PARTE.....	205
Capítulo 5. “Perón presidente”: de la asunción a la clausura de <i>MPL</i> , 12 de octubre de 1973 - 28 de marzo de 1974.	
La <i>militancia</i> transformada	207
<i>MPL</i> y el “peronismo verdadero” versus “el peronismo de Perón”	208
Artillería pesada: Perón... ¿a la “Cárcel del Pueblo”?.....	221

“Al igual se lo conoce por los iguales”: la disputa con Perón y la derecha peronista.....	227
“Mimetismo trágico”: el debate con Montoneros y la JP en la TRP	237
La propuesta política de <i>MPL</i> : por la Alternativa Independiente y el “Frente de Trelew”	248
Capítulo 6. <i>DF</i> “peronismo sin Perón”, 2 de mayo - 25 de julio de 1974.....	259
“Solo el pueblo salvará al pueblo”. El enfrentamiento con Perón, la identidad peronista y la representación de la clase obrera	262
Perón: “jefe de la represión”	274
“Que algo cambie para que todo siga igual”: 12 de junio de 1974	282
Por la coordinadora de lucha de organizaciones revolucionarias y populares.....	288
El llamado a abandonar la “vacilación”: el enfrentamiento con Montoneros-JP	296
El final: de la muerte de Perón al ocaso de <i>DF</i>	308
Conclusiones.....	313
I.....	316
II.....	325
III	329
Siglas utilizadas	333
Anexo documental. “Las aventuras de Tendencio”	335
Bibliografía.....	367
Publicaciones consultadas por orden alfabético	388
Disposiciones gubernamentales y discursos políticos, por orden alfabético	391
Entrevistas.....	391

Agradecimientos

A la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata y al Conicet por la educación e investigación públicas y de calidad. A mis compañeros/as y colegas por el intercambio, especialmente a Mora González Canosa, a Laura Lenci y a Cristina Tortti.

A quienes brindaron su testimonio para esta investigación. Todas y cada una de ellas fueron personas generosas, reflexivas, dispuestas a colaborar conmigo de todas las maneras posibles y en más de un encuentro. Y entre ellas, una mención especial para Carlos González Gartland y Vicente Zito Lema, quien además tuvo la grandeza de prologarme regalándome dos poemas. Dos hombres que ya se han hecho gigantes, han burlado a la muerte y ahora caminan con Rodolfo, Eduardo Luis y los/las compañeros/as.

A mi hermano, colega y amigo, Santiago Stavale, por su mirada lúcida y nuestros intercambios. Uno de los que más insistió por esta transformación de tesis a libro.

A mi mamá y a mi papá. A Mel, familia elegida, y al resto de las amigas-hermanas.

A mi compañero, Mateo.

Y, por sobre todas las cosas, a Pedro Ernesto y a Clara, por regalarme un nuevo mundo en este mundo. Y por ser mi inspiración y motivo, siempre.

Poesías para un prólogo

Homenaje

(fragmento final)

Un hombre moral.
Embistiendo de frente contra un orden inmoral.
No hallará respuestas.
Pero si viajará en un taxi negro y amarillo.
Chapa C3710002.
Y al llegar a la esquina de Arenales y Pellegrini.
En la puerta de un local donde se lee *Drugstore*.
Recibirá tantos tiros en la cabeza.
Como para arrancársela.
Como para que nada quede en ella.
Ni los pensamientos.
Ni los recuerdos.
Ni la idea victoriosa de la clase obrera.
Ni la imagen de esa pampa por la que había
soñado cabalgar.
Con cada una de esas voces que le hablaban
al llegar la noche.
Con cada una de las muertes que tanto le dolieron
hasta volverlas vivas.

Hemos debido dejar la patria / aquel paisaje que
era nuestro espíritu.

Nos queda la memoria / los hijos / lo amado...
El sol que se aparece por la ventana
ilumina esta pieza donde escribo.
Palabras.
Palabras sin respuesta.
Palabras como un abrazo. No tiene final
un poema para el amigo asesinado.
Tampoco tiene final esta lucha que nos envuelve
y desgarrá.
La derrota es hoy la gran señora impía que todo
lo corrompe. Pero ella no es eterna.
Volveremos del exilio. Sin pactos
con el exterminador. Sin comercio
de nuestros muertos.
O volverán nuestros hijos.
Sé que tus hijos Rodolfo.
Y mis hijos y los hijos de cada compañero
verán hacerse luz la pesadilla.
Verán hacerse alegría la sangre que dejaste.
La verán crecer y convertirse
en un manzano bello.
Ese manzano.
Erguido y libre. Fuerte y puro como vos.
Recibiendo los dones del cielo y de la tierra.
Ese manzano de *naide es más que naide*.
Florecerá.
Lo agitará el viento.
Nos dirá que la vida puede más que la muerte.
¡Vamos caballo!
Aléjate tristeza.
Es hora de andar.

En *memoriam* de Rodolfo Ortega Peña
Buenos Aires-Amsterdam (1974-1978)

Épocas

Hay épocas en que la poesía se espanta de las almas benditas y de los espíritus sin mácula que cuentan estrellas ante las sombras del río...

Hay épocas en que la poesía pierde la buena medida, el buen tono, la buena contemplación, el buen amor, el buen humor, la buena razón y el buen apetito con que los cuerpos abren las puertas del destino...

Hay épocas en que la poesía llora en la noche con lágrimas de niño y dice adiós a la belleza sin estrépito, y corre hacia el infierno con botas de gigante para sus pies deshechos...

Hay épocas en que la poesía no duerme entre las sábanas almidonadas de la cultura, debe buscársela sonámbula y a los tumbos, casi ciega, entre tiros y gritos y pájaros de mal agüero, en noticias policiales...

Hay épocas en que la poesía solo conoce las prácticas subversivas y los métodos piqueteros (la cosa es: tomar por asalto el palacio de verano y el de invierno, o cortar las rutas o cubrir de humo negro el cielo, o morir de pobre, en la soledad del silencio, como los elefantes mueren en los bordes de la selva). Entonces la poesía anda sin brújula, a saltos de mata, de un lado a otro, del mar a la meseta, mientras el otoño nos envuelve con su luz dorada y solo cambia que uno está más viejo...

Hay épocas en que la poesía se plantea una última cuestión: ¿cuando lleguen los poetas del mañana,

los que anuncian la alegría,
tendremos algo más para recibirlos
que tumbas de inocentes sin justicia
y la moneda de la vida jugada a cara o cruz?

Vicente Zito Lema

Presentación

La tarea de retomar mi investigación doctoral para transformarla en este libro comenzó y se interrumpió varias veces. Y entre saltos brotaron, a la vez, nuevas investigaciones.¹ Pero, a pesar de ello, una inquietud persiste y, como una suerte de columna vertebral, recorre esta investigación y, en general, todas mis indagaciones: aquella que se interesa por comprender la conformación del peronismo revolucionario durante los años sesenta y setenta, interrogándose puntualmente por el proceso de *izquierdización* del peronismo, como un *cauce de radicalización política* original para quienes, provenientes de las entrañas del movimiento, cuestionaron el liderazgo de Perón y el rol que asumían sus estructuras formales en un proceso concebido como revolucionario.

En estas páginas, nos dedicamos a reconstruir la experiencia del grupo político que publicó las revistas *Militancia Peronista para la Liberación (MPL)* y *De Frente, con las bases peronistas (DF)*, dirigidas por los abogados Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, entre 1973-1974. Como veremos, el agrupamiento se nutrió de militantes que comenzaron sus itinerarios en el peronismo de los tempranos sesenta y fueron articulando una identidad peronista y revolucionaria, influenciada por un marxismo nacional y tercermundista, utilizado como matriz para entender la realidad social. Entonces, proponemos analizar esta experiencia político-editorial y

¹ Actualmente, desarrollo una investigación posdoctoral sobre Peronismo de Base (PB), una organización de la *constelación alternativista* que, como veremos, estuvo íntimamente ligada a las publicaciones que aquí se analizan.

las transformaciones y tensiones en la identidad peronista del grupo político que las impulsó.² Hacerlo resulta relevante por varios motivos. En primer lugar, porque antes no habían sido formalmente indagadas e iluminarlas constituye de por sí un aporte. Pero, sobre todo, porque, como veremos luego, *MPL* y *DF* fueron algo más que dos revistas. Como publicaciones independientes, es decir, sin estar vinculadas orgánicamente a una organización armada o estructura partidaria, discutieron con todas ellas, con lo que incidieron en el debate político e ideológico de la coyuntura. Además, sus posiciones no se alinearon con las de Montoneros y la Juventud Peronista (JP), sectores hegemónicos dentro de Tendencia Revolucionaria del Peronismo (TRP). Por el contrario, fueron una expresión de la *constelación alternativista*, que, como veremos, reunió a diversos actores desde 1971 y asumió una perspectiva clasista que, a partir de una particular articulación entre la propia tradición, el marxismo y la revolución, *izquierdizó* su peronismo sin abandonar esa identidad política (Stavale, 2021a, 2021b).

Entonces, las páginas de este libro se inscriben en otra historia más general, que, de un tiempo a esta parte, impulsada por la demanda social de interpretar el pasado, devino en un campo de estudio específico: la historia reciente argentina. Una *época* que se recorta de la continuidad histórica con densidad propia, signada por procesos como la Revolución cubana, la descolonización en África y la guerra de Vietnam, que hicieron surgir la percepción de que el mundo estaba a punto de cambiar, al tiempo que desplazaron el escenario político hacia el denominado “Tercer Mundo” (Gilman, 2003: 188). A escala local, estuvo marcada por un proceso de radicalización social y política creciente, que se abrió en 1955 con el derrocamiento del gobierno de Perón y se cerró violentamente en 1976, con la última dictadura militar. El período estuvo determinado por la proscripción del peronismo, el exilio obligado de su líder y una inestabilidad política crónica, que produjo una situación de “empate hegemónico” entre los distintos sectores de las clases domi-

2 Al final de esta introducción incorporamos una nota ampliatoria en la que desarrollamos los conceptos teóricos utilizados en esta investigación, entre ellos, la noción de identidad política.

nantes, nutrido por la alternancia en el poder de regímenes militares y gobiernos civiles “débiles” (Portantiero, 1977; Cavarozzi, 2002). Esto, sumado al estancamiento del modelo económico por sustitución de importaciones, puso en jaque los cimientos que habían sostenido al sistema liberal y democrático durante los años previos y los vicios de un sistema político que tambaleaba frente al poder militar (O’Donnell, 1972; Tortti, 2014).

En este escenario, nuevas generaciones militantes e importantes sectores de la intelectualidad de izquierda protagonizaron intensos debates político-ideológicos y vivieron un proceso de modernización cultural que se articuló políticamente con las nuevas ideas revolucionarias (Altamirano, 2001; Sigal, 2002; Terán, 2013). La agitación se tradujo en importantes mutaciones en el interior de tradiciones políticas disímiles como la izquierda, el peronismo, el nacionalismo o el catolicismo que, sacudidas por el cuestionamiento de importantes sectores internos, comenzaron a fusionarse, transformando las identidades políticas preexistentes e impulsando el surgimiento de otras nuevas.

Estudiar la experiencia editorial y militante de las revistas *MPL* y *DF* es una manera de recuperar, parcial y selectivamente, algo de la cosmovisión del mundo de aquella época que se despliega de manera especialmente notable en sus páginas. Aunque *MPL* y *DF* circularon durante un período relativamente corto en los años setenta, encarnan los itinerarios del grupo político que las publicó, cuyas preocupaciones y apuestas se cimentaron en los principales dilemas y conflictos del período. Esa *experiencia articulada* en las revistas traza vínculos temporales entre el pasado de “los largos sesenta”, el complejo presente de los años setenta y el futuro imaginado, rompiendo rápidamente con la encerrona temporal que implican las fechas extremas de ambas publicaciones.

MPL y DF: dos revistas de la nueva izquierda argentina

Junto con la constitución de la historia reciente argentina como un campo específico, se abrieron algunos debates importantes sobre

cómo mirar ese pasado, es decir, sobre qué aspectos ajustar la lente y a partir de qué conceptos hacerlo. Una de estas discusiones gira en torno a la noción de *nueva izquierda* y su utilidad analítica para nombrar las experiencias políticas y militantes que surgieron durante este período histórico. En términos generales, el concepto posee un recorrido transnacional y más amplio: en la década del sesenta fue utilizado por los propios actores para nombrar a las movilizaciones sociales críticas del comunismo soviético en Europa y también en Estados Unidos.³ A la vez, ha caracterizado a las generaciones juveniles que, durante los años sesenta y a escala global, eclosionaron el mundo de la política y de la cultura (Pis Diez, 2022). De este lado del globo, se ha aplicado analíticamente para describir a la oleada de movimientos sociales que atravesaron la vida política de América Latina, signados por el surgimiento de una “izquierda policéntrica” que fue marcando el paso de actores diferentes, contingentes y superpuestos (Zolov, 2012: 2).

En la Argentina, las primeras investigaciones académicas sobre el pasado reciente surgieron en los años ochenta, en el contexto de la transición democrática. Sustentadas en una concepción de la política fuertemente “consensualista”, tendieron a asimilar a la *nueva izquierda* con la “izquierda revolucionaria” y con las organizaciones armadas, a partir de una mirada crítica que, en términos generales, enfatizó el rol de la violencia política y el papel jugado por las ideologías, desde una radicalización que se presentó como alienación del proceso político (Marchesi, 2019: 14). De esta manera, muchas de estas investigaciones diferencian aquella izquierda de un movimiento popular más amplio, caracterizado como “espontá-

3 En Europa, este movimiento intelectual y militante surgió cuestionando las consecuencias del estalinismo. Intelectuales de la talla de Marcuse o Mills utilizaron el concepto “nueva izquierda” para nombrar al movimiento de protesta juvenil en los años sesenta. A su vez, al inicio de esa década, en Inglaterra, se fundó la *New Left Review* conformada por exmilitantes del PC británico e intelectuales marxistas de renombre como E. P. Thompson, Perry Anderson y Stuart Hall, entre otros. Por su parte, en producciones recientes, Tortti (2021) ha trazado un recorrido general sobre la historia de este concepto, respondiendo convincentemente a cuestionamientos que han subrayado su carácter foráneo y su “importación” para el análisis de la realidad latinoamericana. Siguiendo a Pis Diez, observamos rápidamente que numerosas investigaciones han definido a la “nueva izquierda” vinculada a los rasgos más importantes de la historia reciente latinoamericana y argentina (2020: 177).

neo” y democrático, en el que habrían querido insertarse “por fuera y desde arriba”, obstruyéndolo (Hilb y Lutzky, 1986; Ollier, 1986; Vezzeti, 2009).

A la vez, autores como Altamirano (2001), Sigal (2002) y Terán (2013) utilizaron la noción de *nueva izquierda intelectual* para nombrar la experiencia de importantes sectores de la intelectualidad de izquierda, que encararon una “situación revisionista” respecto del peronismo, dejando atrás las interpretaciones realizadas por sus partidos de origen (como el Comunista o el Socialista), que habían analizado la identidad peronista de los trabajadores en términos de un “desvío”. Finalmente, a finales de la década del noventa, recuperando en parte algunos de estos aportes y debatiendo, sobre todo, con las interpretaciones de la década del ochenta, Tortti definió a la *nueva izquierda argentina* como un conjunto de fuerzas sociales y políticas diversas, que protagonizaron el ciclo de movilización y radicalización política desde los tempranos sesenta y que no puede reducirse solo a los partidos armados (1998, 2009, 2014, 2021). Es decir, una *izquierda* que fue diversa socialmente, compleja ideológicamente y más comprometida con las políticas de la contracultura que lo que la historiografía temprana estaba interesada en demostrar o discernir (Zolov, 2012: 1).

Esta forma de comprenderla dio lugar al desarrollo de un conjunto de investigaciones que entienden a esa *nueva izquierda* como un concepto y como una perspectiva analítica. Esto es: un punto de vista que no recae en los desvíos de una “violentología” que reduce las múltiples explicaciones sobre el pasado a la violencia política (Acha, 2013). Por el contrario, aquella forma de comprenderla permite ampliar el foco de manera que, aun cuando se concentre en las organizaciones armadas, no reduzca sus ideas, sus proyectos y apuestas y sus prácticas políticas al accionar armado (González Canosa y Stavale, 2021).

En este libro, definimos las revistas *MPL* y *DF* como expresiones político-culturales de esa *nueva izquierda* y asumimos este enfoque analítico por varios motivos. En primer lugar, porque, en relación con lo antes dicho, repone la heterogeneidad de un período complejo que no se reduce a la lucha armada, pues incluyó estalli-

dos espontáneos y grupos urbanos de tipo insurreccional, un fuerte activismo social y cultural y el surgimiento de direcciones clasistas y combativas en el movimiento obrero. Lo interesante es que, a pesar de la diversidad, el enfoque habilita una mirada de conjunto subrayando aquellos hilos que, entrelazados, forjaron un entramado social, político y cultural “multifacético” que mantuvo unidos a grupos y organizaciones revolucionarias diferentes, tornándolos particularmente “amenazantes” para el gobierno militar y los sectores dominantes (Tortti, 2014: 17).

Pero además porque, como hemos afirmado junto con González Canosa (2021), este enfoque analítico permite realizar dos movimientos importantes: *mirar hacia atrás* y *hacia los costados*, desafiando el “doble recorte” que, siguiendo a Tortti, ha marcado al campo de estudios de la *nueva izquierda*, sobre todo en sus orígenes (2009). Nos referimos a la tendencia de analizar solo el período que engendraron las insurrecciones urbanas de 1969 y que se propagó, luego, hacia los años setenta; y, por otro lado, acentuar la preponderancia de algunos actores en detrimento de otros, sobre todo respecto de las organizaciones político-militares más importantes (Tortti, 2009, 2021).⁴

Entonces, con *mirar hacia atrás* aludimos a la estrategia analítica de volver a “los orígenes del ciclo” para ilustrarlos desde una mirada procesual, en la que “la génesis interesa si contribuye a explicar el desarrollo y la dinámica de los procesos en cuestión” (Tortti, 2021: 20; Varela y Álvarez Uría, 1997). A partir de este movimiento, es posible comprender a la *nueva izquierda* como el emergente de la convergencia entre tradiciones políticas disímiles y de las transformaciones identitarias que de allí brotaron. En efecto, su surgimiento se nutrió de la *peronización* de sectores de la izquierda, de la *izquierdización* del peronismo y de la radicalización de la

4 Entre las organizaciones armadas hegemónicas, debemos mencionar al Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), por parte de la izquierda marxista. Sobre esta experiencia existen diversos estudios académicos y testimoniales (Mattini, 2003; Pozzi, 2001; De Santis, 2010; Carnovale, 2011; Diez, 2010; Stavale, 2017, 2019, 2021; Weisz, 2006). Por su parte, dentro del espectro peronista, la organización Montoneros fue la más relevante. Al respecto, también se ha escrito mucho; más adelante, apuntaremos bibliografía de referencia.

izquierda no peronista, así como también de la politización de una variedad de actores como el movimiento estudiantil, sectores intelectuales y profesionales de clase media (Sarlo, 2001; Barletta, 2002; Dip, 2017; Pis Diez, 2022; Chama, 2010) o de la formación de un catolicismo “tercermundista” y “posconciliar”, abonado por el diálogo con el marxismo y la *peronización* de grupos influenciados por la Teología de la Liberación y las transformaciones en el seno de la Iglesia (Lenci, 1999; Sarlo, 2001; Morello, 2003; Campos, 2016; Touris, 2021).

Por otro lado, *mirar hacia los costados* permite desafiar la tendencia de analizar el pasado reciente subrayando solo el rol que tuvieron los actores armados. Se trata de superar aquellos enfoques que conciben a la ideología y a la cultura como esferas autónomas, desconectadas entre sí y de los procesos sociales, culturales y políticos en los que las identidades analizadas emergieron. Al reconstruir los vínculos gestados entre las organizaciones revolucionarias y el movimiento social más amplio, es posible comprender, incluso, la decisión de optar por las armas por parte de algunos de sus actores (Tortti, 2009; Marchesi, 2019).

Ambos movimientos resultan potentes, pues permiten construir objetos de estudio que, de otro modo, permanecerían invisibilizados, atendiendo a su génesis y desarrollo (González Canosa y Stavale, 2021). Nos referimos a experiencias políticas, gremiales y culturales de actores que también formaron parte de la *nueva izquierda* y que, como el caso del grupo político *MPL-DF*, fueron expresión de una corriente importante dentro del peronismo revolucionario y se mantuvieron como publicaciones independientes de las organizaciones armadas, aunque entablaron un diálogo fluido con todas ellas.

Mirar hacia atrás: la conformación del peronismo revolucionario y sus diversos cauces de radicalización política

Como vimos, los años sesenta asistieron al surgimiento de la *nueva izquierda*, como un “movimiento de movimientos” que se desplegó

en diversas áreas de la vida social y política e incluyó a diferentes actores (Zolov, 2012; Tortti, 2021). A los fines de esta investigación, nos interesa recuperar analíticamente dos de las múltiples convergencias que se dieron en su seno y que nos permiten comprender la emergencia del *peronismo revolucionario* como uno de sus actores protagonistas (Bozza, 2014; Tortti, 2014, 2021; Friedman, 2020).

Nos referimos, por un lado, al surgimiento de un “marxismo nacional” en el interior de la izquierda que, iluminada por el faro revolucionario que llegaba de Cuba, se orientó en la búsqueda del encuentro entre el socialismo y la nación resignificando el peronismo como un movimiento de liberación nacional, antiimperialista y con potencialidad revolucionaria (Sarlo, 2001; Tortti, 2014). Por otro lado, dentro del movimiento peronista, la evolución de agrupaciones y sectores que incorporaron concepciones del marxismo y fusionaron las expectativas del movimiento proscripto con las estrategias revolucionarias socialistas desplazando definiciones clásicas del peronismo —como la de la “tercera posición” entre capitalismo y socialismo— por otras en las que las luchas por la liberación nacional podían implicar, también, un tránsito hacia la revolución social. Siguiendo a Bozza, la intersección de ambos movimientos permite comprender la emergencia de la “izquierda peronista” como el campo ideológico en el que se inscribieron los diferentes sectores del peronismo revolucionario (2014).

Entre los estudios que se han dedicado a reconstruirlo, numerosas investigaciones se han ocupado de las experiencias de *peronización* de sectores que rompieron con sus tradiciones de origen, a partir del acercamiento al peronismo. En palabras de González Canosa (2021), estos itinerarios pueden pensarse como *cauces de radicalización política* para quienes provenían de la izquierda tradicional, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR); pero también, para aquellos que se desprendieron de otras tradiciones políticas, como el nacionalismo o el catolicismo, y que terminaron nutriendo al peronismo revolucionario. Nos referimos a organizaciones armadas como Descamisados (Castro y Salas, 2011; Campos, 2012) o Montoneros (Gillespie, [1998] 2008; Calveiro, 2009; Lanusse, 2005; Bartoletti, 2011; Slipak, 2015; Otero, 2019), pero también

al activismo barrial, sindical y estudiantil que tendió a conformar la JP en sus diversas ramas y regionales (Salcedo, 2011; Robles, 2011; Maidana, 2009; Camelli, 2019; Pacheco, 2015).

Sin embargo, no existen tantas indagaciones sobre los procesos de trayectoria inversa: es decir, sobre la *izquierdización* del propio peronismo. Como hemos apuntado recientemente, la noción de *izquierdización* busca referirse a una forma particular de tejer la identificación con el peronismo: aquella que se hilvanó a partir de una temprana asunción del clasismo⁵ y de un *peronismo marxista* cuya urdimbre distintiva fue la proclamación del socialismo como objetivo estratégico de la lucha revolucionaria, la postulación de la clase obrera como su principal protagonista y, también, como la portadora de la *verdadera* identidad peronista. Pero, además, nos estamos refiriendo a aquellos sectores que asumieron este cauce de radicalización desde las entrañas del peronismo, realizando una selección de la propia tradición política (el peronismo) y de otras, como el marxismo, en un “giro” hacia la izquierda (Stavale, 2021).

En efecto, los diferentes actores que, durante los años setenta, nutrieron a la *constelación alternativista* fueron, en su mayoría, expresiones de ese proceso de *izquierdización* en el interior del peronismo. Algunas de las organizaciones que compusieron aquella corriente –como las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) o el Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (MR17)– recuperaron en sus nombres, contenidos político-ideológicos y redes de sociabilidad las experiencias previas surgidas en el seno del peronismo revolucionario durante los tempranos sesenta.⁶ A la vez, muchos de estos militantes se vincularon con la Acción Revolucionaria Peronista

5 El *clasismo* puede ser definido como una corriente sindical y como una estrategia política. Su desarrollo comenzó en Córdoba, en 1970, aunque se expandió rápidamente. Basados en los postulados de la lucha de clases, el clasismo tejió vínculos con las fuerzas políticas y sindicales, peronistas y marxistas, ligadas a la *nueva izquierda* y desarrolló posiciones antiburocráticas, antiimperialistas y antidictatoriales, apelando a la acción directa (Laufer, 2021). Una diferencia clave respecto del resto de las tendencias sindicales es que el clasismo desarrolló un programa revolucionario y direcciones combativas (Brennan, 1992; Gordillo, 1996; James, 2010; Iñigo Carrera, Garu y Martí, 2014; Laufer, 2021).

6 Nos referimos a la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP), al Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) y a las primeras FAP, surgidas en 1964 al calor de un operativo insurreccional que estos sectores preparaban para lograr el retorno de Perón.

(ARP) impulsada por Cooke, o bien provenían de una “militancia gremial combativa”, que venía consolidándose desde la *resistencia* (Bozza, 2014).⁷ Con esto, no perdemos de vista que estos grupos y organizaciones también se nutrieron de otros actores, provenientes de las clases medias, marxistas o cristianos; lo que venimos apuntando es que los primeros le otorgaron un sello distintivo que trazó una modalidad específica de radicalización política (Stavale, 2021).

A modo de ejemplo, el grupo político que impulsó las revistas *MPL-DF* —expresiones del *alternativismo*— venía confluyendo en espacios de experiencia previos en el seno del movimiento. Aunque luego ahondaremos en estas trayectorias con mayor detenimiento, aquí interesa destacar que muchos de los miembros de ese agrupamiento comenzaron su militancia en los tempranos sesenta, impactados por la combatividad de la clase obrera peronista (James, 2010), se vincularon a organizaciones como la Acción Revolucionaria Peronista (ARP) o participaron de espacios políticos y gremiales vinculados a las estructuras formales del movimiento. Como veremos, fue en el decurso de estos itinerarios, nutridos también por el vínculo con otros sectores de la *nueva izquierda*, que fueron radicalizando sus visiones del peronismo (Stavale, 2021a).

Entonces, la diversidad de trayectos de radicalización política que nutrieron al peronismo revolucionario es un aspecto clave que, además, explica las formas en que sus sectores internos anudaron los ejes *peronismo-socialismo-revolución* (Tortti, 2021). De hecho, cuando en los convulsionados años setenta se formó la TRP, aquel triángulo varió de forma, según el peso que los distintos actores le otorgaron a cada uno de sus lados. Sin embargo, como veremos a continuación, la preferencia de analizar algunos sectores en detrimento de otros también se replica en el análisis de la TRP, que incluso llegó a ser asociada con Montoneros y la JP, por el rol hegemónico de ambas dentro de ese espectro político.

7 En efecto, los principales dirigentes del *alternativismo* comenzaron sus trayectorias militantes al calor de estas experiencias. Entre ellos: Raimundo Villaflor (dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica [UOM] de Avellaneda, de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos [CGT-A] y de las FAP), Gustavo Rearte (del gremio de jaboneros y perfumistas, dirigente del MRP y de la JRP y luego, del MR17), Armando Jaime (CGT-Salta y el FRP) o los gremialistas Raimundo Ongaro, Jorge Di Pascuale, Alfredo Ferraresi y Julio Guillán.

Heterogeneidades y disputas en la Tendencia Revolucionaria del Peronismo

La TRP surgió como tal, por primera vez, en el segundo congreso del peronismo revolucionario, realizado en Córdoba, en enero de 1969. El cónclave se había reunido para debatir las posibles vías de lucha contra la dictadura militar presidida por el general Onganía;⁸ había, al menos, tres posiciones relevantes: la primera proponía afianzar la organización de la clase trabajadora para luego dar la disputa militar;⁹ en segundo lugar, una posición intermedia estuvo vinculada a la combativa CGT de los Argentinos (CGT-A)¹⁰ y apuntaba a desarrollar, primero, la estructura sindical, para avanzar luego en una resistencia de tipo civil e insurreccional; finalmente, la posición mayoritaria –que prevaleció sobre las otras dos– apuntaba la necesidad de lanzar la lucha armada como metodología central para generar conciencia revolucionaria, derrocar a los militares y tomar el poder.¹¹ Esta última opción se afianzó rápidamente, sobre todo tras las insurrecciones populares conocidas como “rosariazo-cordobazo-rosariazo”, cuyas consecuencias se expandieron rápidamente a partir del surgimiento de direcciones clasistas y combativas en el movimiento obrero y de las organizaciones armadas, peronistas y

8 La dictadura militar autodenominada “Revolución Argentina” (1966-1973) instauró la primera experiencia del Estado burocrático-autoritario en la Argentina (O’Donnell, 2009). Durante todo el período, la violencia represiva se combinó con el programa económico del proyecto militar y con la suspensión de la actividad política, que lejos de aquietar el descontento social lo sumió en un estado de ebullición que eclosionó en 1969, a partir de múltiples insurrecciones populares.

9 Esta línea de acción resonará luego en las propuestas alternativistas; en efecto, fue representada por Gustavo Rearte, militante histórico del peronismo revolucionario y futuro dirigente del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (MR17), una de las organizaciones de aquella corriente.

10 La CGT-A emergió en 1968 y constituyó un nuevo realineamiento gremial, opositor al vandomismo, que desarrolló posiciones antiburocráticas, antiimperialistas y antidictatoriales (Bozza, 2009; Dawyd, 2014). Fue uno de los primeros signos del proceso de aceleración política, transformándose en un espacio de convergencia de militantes del peronismo revolucionario con sectores de la izquierda sindical y del movimiento estudiantil (Bozza, 2009: 188).

11 Para más información sobre las líneas en debate en el segundo congreso, revisar el documento “Estrategia y táctica revolucionaria” allí presentado y debatido, y publicado luego en el n° 12 de la revista *Cristianismo y Revolución*, marzo de 1969.

marxistas (Balve, 1989; Brennan, 1996; Pozzi y Schneider, 2000; Laufer, 2021).

La TRP¹² fue un emergente de la radicalización del campo peronista, tuvo una composición heterogénea y estuvo atravesada por prácticas y estrategias políticas no reducibles a la lucha armada (Lenci, 1999). Sin embargo, como ya dijimos, existe una idea que se ha generalizado y que la identifica exclusivamente con Montoneros-JP, alentadas por la importancia de esta organización que, hacia 1973, había ensanchado sus márgenes tras la incorporación de Descamisados, de escisiones de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y de la fusión con las FAR (Pozzoni, 2018; Tocho, 2020).

Esta investigación debate con estos enfoques y recupera aquellos otros que destacan la amplitud de la TRP y relevan su heterogeneidad y las múltiples políticas desarrolladas en su seno (González Canosa y Tocho, 2018). Es que la TRP no se compuso solo por los actores armados, sino también por agrupaciones más pequeñas asociadas a estrategias de tipo insurreccional o al basismo, frentes de masas y activistas de tipo barrial, estudiantil y gremial, expresiones político-culturales e incluso personalidades políticas identificadas con la apuesta genérica de construir el “socialismo nacional” (Gil, 2019; Tocho, 2020; Stavale, 2018; González Canosa y Stavale, 2021). Al mismo tiempo, estuvo dinamizada por debates internos en torno a una serie de tópicos político-ideológicos claves, como la forma de caracterizar al movimiento peronista, a sus diversos actores y el rol de Perón, la definición del proceso revolucionario y de sus protagonistas o la posibilidad de impulsar ese proceso apelando (o no) a las estructuras del movimiento (González Canosa y Stavale, 2021).

12 Como hemos apuntado junto con González Canosa, la TRP posee la peculiaridad de ser, a la vez, una categoría nativa (operativa como forma de autoidentificación desde fines de los sesenta) y una categoría analítica. Esta doble condición le confiere una complejidad que, en parte, puede ser explicativa de sus indefiniciones y la disparidad de su uso por la bibliografía académica sobre el período (2021). En esta investigación, apelamos a su uso sistemático y analítico, sin perder de vista que aquel carácter nativo nos permite, también, captar e incorporar la forma en que los actores se autopercebieron, identificaron y pensaron la política. Otras categorías que funcionan como sinónimos y son utilizadas por la bibliografía académica para nombrar a este espectro político son “izquierda peronista” o “peronismo revolucionario” (Caruso *et al.*, 2017; Bozza, 2014).

La forma de posicionarse en torno a estas cuestiones nos permite recoger y sistematizar analíticamente algunas de las corrientes en tensión dentro de la TRP, como el *alternativismo* y el *movimientismo*. A grandes rasgos, los *movimientistas* caracterizaban al movimiento peronista como revolucionario en su conjunto y, aunque percibían diferencias en su interior, las interpretaban como “secundarias” y priorizaban la unidad del movimiento del cual Perón era el líder indiscutido. Además, percibían “al imperialismo y la oligarquía” como los principales enemigos políticos, y definían la “liberación nacional” (no necesariamente ligada al socialismo) como el objetivo del proceso revolucionario (Cullen, 2008). Entre algunos de sus actores es posible mencionar a la organización Descamisados, sectores internos de Montoneros y disidencias posteriores de esa organización, como la Juventud Peronista Lealtad, conformada en 1974 (Pozzoni, 2018; González Canosa y Stavale, 2021).¹³

Por su parte, el *alternativismo* surgió ligado al lanzamiento de la Alternativa Independiente (AI) por parte de las FAP, en 1971.¹⁴ Sustentada en concepciones clasistas y antiburocráticas, esta propuesta volvía a enfatizar la necesidad de afianzar la organización de

13 También hemos destacado que, durante aquellos años, fue habitual atribuir esta denominación a otro tipo de grupos como “Guardia de Hierro” o “Frente Estudiantil Nacional” (González Canosa y Stavale, 2021: 18).

14 El lanzamiento de la AI en 1971 trajo aparejado un ciclo de rupturas en el interior de las FAP, organización que había surgido en 1968 tras el fallido intento por establecer un foco guerrillero rural en Taco Ralo. El primer desgajamiento se dio en 1971 y fue protagonizado por el “destacamento universitario” (conocido de esta forma por su composición más bien juvenil) y liderado por el exseminarista Eduardo Moreno (o “el negro Santiago”). En el debate abierto tras el lanzamiento de la AI, estos asumieron posiciones *movimientistas* y, tras la ruptura, migraron hacia Montoneros. Tras este desprendimiento, la organización se consolidó en torno a la AI y encaró el “proceso de homogeneización política compulsiva” (PHPC) que, en términos generales, buscó afianzar ideológicamente a la organización. Sin embargo, el resultado fue tres nuevas rupturas, en 1973: 1) “los iluminados” liderados por Jorge Caffati, intrínsecamente respecto del PHPC (este grupo termina, luego, incorporándose a las FAP Comando Nacional); 2) las FAP Regional Buenos Aires, cuyos referentes fueron Amanda Peralta, Envar El Kadri y Néstor Verdinelli, amnistiados en 1973. Este grupo sostuvo algunos postulados del *alternativismo*, aunque tendió a asumir posiciones más bien *movimientistas*; terminaron disolviéndose, porque sus militantes no estaban a favor de sostener la actividad armada frente al gobierno peronista; 3) las FAP Comando Nacional, lideradas por Raimundo Villafior, quienes mantuvieron las posiciones *alternativistas*, aunque revisando algunos de “los errores” del pasado, y que se consolidan como organización hasta la caída de su dirección, en 1979 (Raimundo, 2005; Stavale, 2012).

la clase obrera, generando espacios políticos propios e independientes de las estructuras formales del movimiento peronista (Raimundo, 2004). Los sectores que se identificaron con la AI conformaron la *constelación alternativista*, integrada por las mencionadas FAP y el Peronismo de Base (PB)¹⁵ (Lucece, 1993; Duhalde y Pérez, 2003; Raimundo, 2004; Stavale, 2012); Montoneros columna Sabino Navarro (McSN) (Seminara, 2015);¹⁶ el MR17 y el Frente Revolucionario Peronista (FRP) (Pérez, 2013; Gurrucharri *et al.*, 2020);¹⁷ agrupaciones gremiales que habían participado de la combativa CGT-A (como los gráficos dirigidos por Ongaro, los empleados de farmacia encabezados por Di Pascuale o los telefónicos encolumnados detrás de Guillán); el Movimiento de Bases Peronista (MSP) en Mar del Plata, conformado por militantes de la ex ARP de Cooke; grupos políticos y expresiones político-culturales como las revistas *MPL-DF* o personalidades como el propio Ortega Peña o Alicia Eguren.

Estos actores sí planteaban al socialismo como el objetivo final de un proceso revolucionario que definía a la clase obrera como su principal protagonista. Fuertemente influenciados por el clasismo, rechazaban la viabilidad de una alianza de clases con la burguesía nacional y subrayaban como “irreconciliables” las contradicciones existentes en el interior del peronismo. Por ello, identificaban en “la burocracia sindical y política” a un enemigo clave en una di-

15 Las FAP y el PB tuvieron orígenes diferentes, pero terminaron por confluir, tras un proceso de articulación que inició en 1971, luego del lanzamiento de la AI por parte de las FAP, de las definiciones político-ideológicas que supuso y del cuestionamiento del “foquismo” inicial, que reorientó las prácticas políticas hacia “el basismo” como estrategia revolucionaria. Por su parte, los orígenes del PB son más difíciles de reconstruir. En términos generales, podemos decir que esta organización política surgió en Córdoba y, paralelamente, en Tucumán, íntimamente ligada a las diferentes vertientes del sindicalismo clasista en 1970. Luego, fue replicándose en diferentes zonas del país, al calor de la coordinación de experiencias disímiles y del proceso de articulación con las FAP.

16 La columna Montoneros José Sabino Navarro surge en 1972, como una escisión de la organización Montoneros a partir de una identificación con el “alternativismo”, en torno a las formas de concebir la lucha armada y de pensar el trabajo junto con el movimiento obrero (Seminara, 2015).

17 El FRP dirigido por Jaime tuvo una importancia considerable en el norte argentino y desarrolló acciones armadas. En 1975, se fusionan con el MR17 para crear el FR17 (Gurrucharri *et al.*, 2020).

námica de enfrentamiento que se daba dentro y fuera del movimiento peronista. Además, a diferencia de los *movimientistas*, estos sectores enfatizaban el desarrollo de “núcleos político-fabriles” que otorgaban una nueva centralidad a las fábricas en la tarea de desarrollar políticas revolucionarias hegemónicas por la clase obrera (Barletta y Lenci, 2000: 189). Finalmente, aunque inicialmente no lo explicitaran, Perón se concebía como un líder popular, pero no como un revolucionario. Esta interpretación suponía que el viejo general era capaz de conducir solo una parte del proceso, asociada a la liberación nacional (Stavale, 2018, 2021; González Canosa y Stavale, 2021).

Siguiendo a Lanusse (2005) y a González Canosa (2014), debemos decir que ambas corrientes deben considerarse como una suerte de tipificación ideal al estilo weberiano, dado que rara vez se dieron en estado puro. Si bien fueron nominaciones nativas, es decir, eran utilizadas por los protagonistas para definirse mutuamente en el debate político, aquí se ponen en juego como una construcción conceptual que resulta operativa para caracterizar a los actores del peronismo revolucionario, reconstruir las formas de posicionarse en torno a los tópicos mencionados y a los debates que los atravesaron. En efecto, Lanusse propone un tercer tipo exclusivamente analítico: el *tendencismo*, para referirse a las posturas intermedias entre ambos polos.¹⁸

Debemos tener en cuenta que todos los debates en el interior de la TRP se encontraron fuertemente influenciados por una agitada coyuntura política. En efecto, la propuesta de una AI se hacía pública el mismo año en que la dictadura militar presidida por el

18 Según Lanusse, las posiciones *tendencistas* denunciaban contradicciones irreconciliables dentro del movimiento obrero sin dejar de atribuirle potencialidades revolucionarias. A la vez, definían a Perón como un líder antiimperialista apostando por la posibilidad de que se “volcase” en sentido revolucionario, si lograban hegemonizar el movimiento (2005: 255-256). Esta categorización resulta potente, pues permite pensar a la organización Montoneros que, aun cuando sostuvo posiciones *movimientistas* en algunas coyunturas, no puede reducirse fácilmente a esta corriente. Sin embargo, también debemos tener en cuenta que la nominación ofrece una definición acotada y específica de la TRP, utilizada para referir cuestiones de índole exclusivamente político-ideológicas (Tocho, 2020). Sin evidenciar estas cuestiones, se corre el riesgo de reproducir los enfoques restrictivos que tienden a asimilar Tendencia con montonismo.

general Lanusse¹⁹ lanzaba el Gran Acuerdo Nacional (GAN). Con esta estrategia –que preveía el retorno de la actividad política con participación del peronismo–, el gobierno militar buscaba detener la confluencia entre la radicalización social y política, reencauzar el movimiento de protesta –que había alcanzado un nuevo auge con la movilización proletaria conocida como “el Vivorazo” (Brennan, 1992)– y recomponer la autoridad estatal (Tortti, 2014).

Aunque en un primer momento la mayoría de las organizaciones revolucionarias peronistas desconfiaron de la salida electoral, muchas revisaron estas posiciones rápidamente, alentadas por las negociaciones entre el régimen militar y Perón y por la posibilidad efectiva de que el peronismo pudiera volver al poder por la vía electoral. En efecto, algunos partidos armados como Montoneros o las FAR reinterpretaron las elecciones desde una lógica instrumental (González Canosa, 2018). Para *los alternativistas*, en cambio, la situación fue problemática: la conformación de una herramienta independiente los marginaba de la reorganización política en ciernes, que comprometía a la totalidad del pueblo peronista y traccionaba a la cohesión de la TRP en torno a la campaña electoral que, en 1972-1973, encabezaron Montoneros-JPr (Tocho, 2020). En efecto, a pesar de que sostuvieron posiciones diversas frente a la apertura electoral y algunos sectores explicitaron que sus votos serían “críticos”, la consigna “Cámpora al gobierno, Perón al poder” terminó aglomerándolos. Además, el regreso efectivo de un gobierno peronista generó expectativas revolucionarias y los actores de esta corriente no fueron ajenos a ellas (Stavale, 2021).

Con el triunfo electoral de Cámpora en 1973, el trío peronismo-marxismo-nacionalismo pareció tener una articulación virtuosa (Tortti, 2014). Sin embargo, las tensiones entre las fuerzas “restauradoras” y aquellas que pugnaban por una transformación profunda se agudizaron, estallando a poco de andar (De Riz, 1987; Lenci, 1999). Lejos de las expectativas revolucionarias de la izquierda pe-

19 Tras el Cordobazo, el ciclo de protesta se aceleró rápidamente, poniendo en jaque al gobierno militar. El general Onganía debió renunciar en 1971 y fue reemplazado por Livingston que, a pocos meses, también dimitió. En su lugar asumió Lanusse, quien gobernó de facto hasta 1973.

ronista, el *impasse* camporista terminó rápidamente, y durante los gobiernos posteriores de Lastiri, Perón e Isabel Perón, las dirigencias sindicales tradicionales y “la derecha” recuperaron posiciones dentro del movimiento y se transformaron en actores claves de un estado de excepción creciente y represivo (Franco, 2012a; Besoky, 2016). Al decir de Sigal y Verón (2003), algunos sectores del peronismo revolucionario enfrentaron el dilema de identificarse peronistas, pero enfrentarse a Perón.

En este escenario, reverdecieron las diferencias entre *movimientistas* y *alternativistas* que encarnaban, ni más ni menos, que el debate sobre los significados de la revolución peronista y, en consecuencia, sobre las mejores estrategias para impulsarla en una coyuntura violentamente adversa. Los *alternativistas* volvieron a predicar con fuerza por la construcción de una organización independiente, para y de la clase obrera, entendida como la portadora del “verdadero peronismo”: el de las bases, dispuestas a construir “la patria socialista” (Altamirano, 2001; Stavale, 2018, 2021, 2021a). Sin embargo, a pesar de la importancia renovada de estos debates –sobre todo, tras el retorno de Perón– y de la influencia que algunos sectores del *alternativismo* lograron concitar, la corriente sigue siendo, comparativamente, poco estudiada (Stavale, 2021). Esta vacancia se potencia respecto de los *alternativistas* que no desarrollaron prácticas armadas, como el caso de la organización política PB –analizada tangencialmente por su vínculo con las FAP–, la experiencia de agrupamientos gremiales combativos o de grupos político-editoriales, como el de las revistas *MPL* y *DF*.

Mirar hacia los lados: las revistas político-culturales en los años setenta

Si uno repasa las investigaciones disponibles sobre proyectos político-editoriales durante los años setenta, se enfrenta con las consecuencias de aquellos recortes que antes mencionamos: en primer lugar, porque, comparativamente, son significativamente menos los estudios dedicados a reconstruir este tipo de experiencias, respec-

to de otros actores de la *nueva izquierda*, como las organizaciones armadas y revolucionarias. De un tiempo a esta parte, esta tendencia viene revirtiéndose y se refleja en un crecimiento sostenido del abordaje de revistas y expresiones político-culturales a escala local y regional y desde múltiples disciplinas (Lamaisón y Tapia Segovia, 2021). Sin embargo, aún se evidencian los rastros de aquellas preferencias.

Pero además porque también ha existido una tendencia a privilegiar el análisis de publicaciones vinculadas orgánicamente a las organizaciones armadas hegemónicas, peronistas y marxistas. De esta forma, estudios valiosos han reconstruido los proyectos político-editoriales de Montoneros-JPr como *El Descamisado* (ED) o sus continuaciones en *El Peronista lucha por la liberación* (EP), *La Causa Peronista* (CP) y *Evita Montonera* (EM) (Bufano y Lotersztain, 2010; Nadra y Nadra, 2011; Campos, 2014; Grassi, 2015; Olivares, 2020). Incluso, de manera integral, estudiando la forma en que el montonerismo tejió su identificación con el peronismo, a través de sus publicaciones (Slipak, 2011, 2015). También existen trabajos dedicados a reconstruir las disputas con otros sectores del movimiento, a partir de un análisis comparado entre ED y la publicación de la “derecha peronista” *El Caudillo de la Tercera Posición* (EC) (Iribarne, 2015). Para el caso del PRT-ERP, se ha estudiado su estrategia comunicativa, entendiéndola como una deliberada labor partidaria, íntimamente vinculada a la necesidad de responder a las urgencias de la práctica política (Santilli, 2012); a la vez, desde una perspectiva más amplia, se analizó su inserción de masas y el rol que jugó el grado de penetración de la prensa orgánica (Pozzi, 2012). Finalmente, autores como Carrera y Denza avanzaron hacia un análisis comparado, analizando la comunicación política de Montoneros y PRT-ERP; los autores diferencian las publicaciones “de partido”, la “prensa partidaria” o “la prensa popular de masas” (2016). Respecto de este último tipo, podemos mencionar al diario *Noticias* impulsado por Montoneros (Esquivada, 2004, 2009) o *El Mundo*, vinculado al PRT-ERP (Maggio, 2014).

Pero existe otro conjunto de publicaciones que, como el caso de las revistas *MPL* y *DF*, tuvieron, en mayor o menor medida, una

existencia independiente de la dirección de las organizaciones armadas. Sobre este tipo de revistas, el estado de la cuestión es desparejo. Por ejemplo, existe mayor bibliografía sobre la revista *Cristianismo y Revolución* (CyR), por ser expresión del proceso de radicalización y *peronización* del mundo cristiano y porque, además, albergó en su seno los itinerarios previos de algunos de los dirigentes más importantes de la organización Montoneros²⁰ (Lenci, 2005; Morello, 2003; Gil, 2005; Campos, 2010). También existen diversos trabajos sobre la revista *Pasado y Presente* (PyP) en su segunda época, expresión de un marxismo intelectual que venía tejiendo puentes hacia lo nacional y popular desde los tempranos sesenta (Burgos, 2004; Petra, 2010; Prado Acosta, 2014; Acha, 2014); o sobre la revista *Crisis*, que, publicada entre 1973 y 1976, expresó a sectores de la izquierda nacional, giró en torno al revisionismo histórico y cultural y encarnó, de particular manera, la unidad entre vanguardia intelectual y compromiso político (De Diego, 2000; Sonderéguer, 2011; Ponza, 2016).

A la vez, también debemos mencionar un conjunto de revistas que se vinculan con el mundo intelectual-estudiantil. Entre ellas, la publicación *Los Libros*,²¹ dirigida a un lector universitario y ligada a las expresiones del maoísmo vernáculo (Celentano, 2016), o las revistas *Envido* y *Antropología del Tercer Mundo* (ATM), que

20 Sobre esta vinculación y la independencia política de la revista CyR pueden existir disidencias. En su más reciente trabajo sobre la prensa de Montoneros, Daniela Slipak señala a la revista CyR como parte de “las publicaciones montoneras”. Nosotros no compartimos dicha inclusión. Siguiendo a Lenci, los vínculos entre la publicación y la organización tienden a “darse por sentado”, sobre todo luego de que, en 1967, un grupo de jóvenes ligados a Juan García Elorrio (director de la revista) formó el Comando Camilo Torres (organización protomontonera). Sin embargo, esa vinculación, *a priori*, se produce a pesar de que la cronología y las trayectorias personales descubran etapas en las que los fundadores de la organización ya se habían retirado de la revista, al calor de la creciente autonomía de Montoneros (sobre todo con sus dos operaciones armadas fundacionales: el secuestro al general Aramburu y la toma del pueblo cordobés La Calera). Para más información de estas disidencias, ver Lenci (2005) y Slipak (2015).

21 Para el caso de *Los libros*, publicada entre 1969 y 1976, debemos apuntar que su independencia política comenzó a relativizarse luego de que su director, Schmucler, fue reemplazado en 1972 por tres intelectuales alineados a organizaciones maoístas: Altamirano, Sarlo (ambos vinculados al Partido Comunista Revolucionario, PCR) y Piglia (cercano a Vanguardia Comunista) (Celentano, 2016).

emergieron de la experiencia de las Cátedras Nacionales en la Universidad de Buenos Aires (UBA), aunque luego tomaron derroteros diferentes (Ghilini, 2022).

Tanto *Envido* como *ATM* merecen especial atención, pues revisten una importancia destacada para el análisis de *MPL* y *DF*: todas estas publicaciones expresaron los debates en el interior del peronismo revolucionario y las tensiones entre *movimientistas* y *alternativistas*, así como las estrategias políticas que de allí brotaron. En el caso de *Envido*, la revista asumió posiciones *movimientistas* y llegó a protagonizar un debate directo con el grupo de *MPL* (Stavale, 2016). Su equipo redactor tejió vínculos estrechos con la organización Montoneros-JP, aunque nunca consolidó una vinculación orgánica. De hecho, su décimo y último número expresó diferencias internas al respecto, alentadas por un exacerbado *movimientismo* que cuestionaba el distanciamiento entre Montoneros y Perón, que en diciembre de 1973 comenzaba a tornarse explícito (Dip y Pis Diez, 2011; Dip, 2017). Tras ese último número, parte del grupo editorial migró hacia la disidente JP Lealtad, una de las rupturas de Montoneros (Pozzoni, 2012).

Distinto es el caso de *ATM*. Aunque esta experiencia político-editorial se publicó entre 1968 y 1973, las similitudes con *MPL* y *DF* son contundentes. Siguiendo a Barletta y Lenci (2000) observamos que *ATM* terminó expresando una dinámica de redefinición y reinterpretación permanente de la doctrina peronista que, al igual que en las revistas que aquí analizamos, mantuvo un diálogo fluido con la tradición marxista retraducida en clave tercermundista. A su vez, *ATM* también expresó los debates entre *movimientistas* y *alternativistas* que habían comenzado a atravesar al peronismo revolucionario y a la TRP, específicamente. De esta forma, entre 1971-1972 se convirtió en un terreno de disputa que expresó la discusión entre peronistas. Finalmente –con un movimiento político similar al de *MPL* y *DF*–, los números 11 y 12 supusieron una toma de posición ligada al *alternativismo* y una identificación con la línea política desarrollada por las FAP y el PB.

Por último, otra experiencia que no hemos mencionado y que reviste una importancia clave para nuestro objeto de estudio es la

revista *Nuevo Hombre (NH)* en su primera época, es decir, hasta ser adquirida por el PRT-ERP (De la Fuente, 2015; Santanna, 2015; Rot, 2015). Como veremos luego con mayor detenimiento, *NH* fue un antecedente importante no solo porque allí, como redactores, participaron intelectuales, invitados o miembros del equipo editorial de *MPL-DF*, sino porque, como reconstruye Abbatisa (2014, 2015), la revista tuvo una vocación frentista que reunió el pensamiento cristiano, marxista y peronista revolucionario.

Llegados a este punto, sobre *MPL* y *DF*, específicamente, no existen antecedentes bibliográficos. A modo de excepción, debemos decir que han sido abordadas tangencialmente en estudios biográficos sobre Ortega Peña y Duhalde, por ser sus directores (Eidelman, 2004). Sobre Ortega Peña, Celesia y Waisberg (2007) describen algunas secciones de *MPL* y sus problemáticas centrales. Por su parte, Rot hace lo propio al recorrer los itinerarios de Duhalde. El autor afirma que *MPL* y *DF* se convirtieron en una tribuna a partir de la cual sus animadores “radicalizaron posiciones ante el peronismo gobernante exhibiendo, en buscado contrapunto, una tajante reivindicación del peronismo de las bases y obrero” (2016: 109). A la vez, en un breve artículo, Carnovale describió formalmente a *MPL* y rescató una característica que aquí profundizaremos: la revista marcaba agenda dentro del peronismo revolucionario convocando, aglutinando e “intentando redefinir las fronteras de una identidad en disputa” (2016: 3).

Pero al margen de estas menciones, ni *MPL* ni *DF* han sido formalmente abordadas. Durante estos años de trabajo, hemos analizado esta experiencia política y editorial, indagándolas en conjunto y por separado o profundizando sobre algunas secciones (Stavale, 2017, 2018, 2018a, 2020, 2021a, 2021b). Nuestra intención viene siendo revertir una vacancia que, posiblemente, pueda explicarse por aquella doble inscripción que ubica a las revistas como expresiones político-culturales del *alternativismo* y, por otro lado, como publicaciones independientes, impulsadas por grupos políticos que no se ligaron a los partidos armados ni se plegaron a las posiciones hegemónicas dentro de la TRP. Como veremos, las revistas se convirtieron en un actor político importante de ese espacio, asumiendo

posiciones que desplazaron la significación “ser peronistas” en una oscilación que dejó en evidencia las suturas de una identidad que se zurcía con hilos provenientes del marxismo nacional y con la experiencia de un *peronismo obrero*, que bullía desde abajo.

Desafíos teórico-metodológicos: las revistas como objetos de estudio

Como hemos mencionado antes, al igual que otras revistas político-culturales, *MPL* y *DF* encarnan trágicamente el rostro de una época y, por tal motivo, se transforman en un instrumento privilegiado, una mirilla a través de la cual recuperar e interpretar las representaciones, los sentidos e ideas que signaron las prácticas de los protagonistas del período analizado. Retomando a Sarlo, las revistas político-culturales se encuentran incrustadas en su propio tiempo; su autenticidad “lleva las marcas de la coyuntura en la que su actual pasado era presente” (1992), e informan sobre las problemáticas y expectativas que las atravesaron, cuando todo estaba por hacerse. Ahora bien, estas peculiaridades propias al análisis de publicaciones se transformaron en desafíos teórico-metodológicos también específicos: ¿cómo transformar a *MPL* y *DF* en objetos de estudio? O, dicho de otra forma, ¿cómo lidiar con la doble condición, inherente a las revistas político-culturales, de ser a la vez fuentes documentales y actores políticos susceptibles de indagación? (Stavale, 2021a).

Una estrategia metodológica sumamente operativa para responder a este conjunto de interrogantes fue abordar las revistas desde la noción de *grupo político*. En primer lugar, porque considerarlas de esta forma ha permitido comprenderlas más allá de su materialidad. En efecto, siguiendo a Gramsci en sus anotaciones sobre los intelectuales y la organización de la cultura, las actividades político-editoriales integran y coordinan diferentes “fuerzas” o aspectos que pueden ser mejor abordados, partiendo del presupuesto de que, inicialmente, existe un agrupamiento cultural relativamente homogéneo, con cierta orientación general, sobre el cual se levanta el proyecto político-cultural analizado (2012: 149). En la misma

línea, Pluet-Despatin ha apuntado que el rasgo característico de una revista reside en constituir el punto de encuentro para itinerarios individuales en torno a un “credo común” en la conformación de un deseo de expresión colectiva (1992). La noción de agrupamiento sugiere la acción de “reunir” y evoca la idea de movimiento, dando cuenta de “la realidad viviente” de una publicación, de sus diálogos con todo tipo de actores y de la imposibilidad de reducirlas simplemente a su índice (Sarlo, 1999: 2; Tarcus, 2020).

Volviendo a *MPL-DF*, el agrupamiento que encaró la tarea de publicarlas incluyó a sus colaboradores directos, así como también a quienes participaron del espacio que generaron las publicaciones y coincidieron con sus apuestas políticas. En este sentido, el grupo no puede reducirse a un equipo de trabajo, de redacción o periodístico, así como las revistas no pueden quedar asimiladas con quienes encararon la tarea editorial de producirlas. Como dijimos, tanto *MPL* como *DF* se mantuvieron independientes y, sin ser un partido o una estructura armada, se consolidaron como un actor dentro de la *constelación alternativista* e intervinieron en el debate político sentando posiciones y realizando apuestas para el campo revolucionario.

Entonces, la noción de *grupo político* permite pensar las revistas como un *punto de llegada y de partida* al mismo tiempo: las publicaciones expresan las experiencias militantes de quienes se agruparon en torno al proyecto editorial, al tiempo que permiten visibilizar la forma en que ciertas “orientaciones generales” fueron transformándose con la “elaboración real” y el desarrollo de la actividad político-editorial. Además, colocadas en la perspectiva de la *nueva izquierda*, estas consideraciones permiten hacer aquel doble movimiento al que antes hacíamos referencia: por una parte, *mirar hacia atrás* a partir de un análisis diacrónico, como una estrategia que permita tejer puentes con el período previo. Es decir, subrayar la importancia de vincular las revistas con la evolución política e ideológica de algunos sectores del peronismo revolucionario, mostrando los procesos sociales y políticos de los cuales emergieron y los itinerarios militantes de quienes se agruparon en torno a ellas. Y, por otra parte, al considerarlas como un *punto de partida*, la posi-

bilidad de *mirar hacia los lados* para reponer los vínculos gestados con el resto de los actores políticos y con la coyuntura específica de las revistas.

A partir de ese cruce, buscamos recuperar (y analizar) las posiciones y apuestas políticas que *MPL* y *DF* expresaron y que ponen en diálogo las experiencias pasadas del grupo político con un horizonte de expectativas trazado en el complejo presente de los años setenta. Para reponer la identidad que las revistas construyeron, así como sus tensiones y transformaciones, rastreamos sus posicionamientos sobre aquellos tópicos político-ideológicos que, como vimos, delinearón la forma de comprender el vínculo entre el peronismo y la revolución. A la vez, reconstruimos las lecturas de *MPL-DF* sobre la dinámica política del período, focalizando en acontecimientos concretos que fueron marcando el ritmo de las transformaciones identitarias del grupo político. En tal sentido, el retorno del peronismo al gobierno, la masacre de Ezeiza, la renuncia de Cámpora, la asunción de Perón a su tercera presidencia y la clausura de la revista *MPL* en marzo de 1974 se reconocen como hechos políticos cardinales en la periodificación realizada.

Con estos objetivos, nuestra investigación puso en juego una estrategia metodológica flexible, que combinó el análisis de fuentes documentales escritas con la realización de entrevistas en profundidad. Sobre la primera tarea, se cotejaron otras fuentes documentales, como la prensa gráfica de tirada masiva (diarios y revistas), útil para reponer el contexto sociopolítico y otras revistas político-culturales, prestando especial atención a las vinculadas a la TRP. También analizamos documentos políticos de organizaciones con las que el grupo se vinculó o debatió: Montoneros-JPr y las FAR por ser hegemónicas dentro de la TRP; FAP, PB y McJSN de la *corriente alternativa* y algunas publicaciones del PRT-ERP, para reponer el vínculo entre el grupo político y la izquierda no peronista.²² Res-

²² Un conjunto de archivos y hemerotecas resultaron claves: la Comisión Provincial por la Memoria, que gestiona el Archivo de la ex Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires; el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de las Izquierdas en Argentina (CeDInCI) y las hemerotecas de la Legislatura y de la Universidad Nacional de La Plata. Por último, debemos mencionar especialmente a El Topo Blindado,

pecto de la realización de entrevistas, estas tuvieron una estructura flexible y, en muchos casos, más de un encuentro. De esta manera, buscamos acceder a los valores, creencias e ideas que los actores atribuyeron a sus prácticas y a sus discursos.

Estructura del libro

El libro se encuentra organizado a partir de los criterios metodológicos que atraviesan la investigación. En términos generales, apelamos a la consideración de las revistas como un *punto de llegada y partida* al mismo tiempo (y las dimensiones diacrónica y sincrónica que el enfoque habilita) para establecer tres partes, cada una de las cuales contiene dos capítulos.

La primera parte comprende las revistas como un *punto de llegada*. El primer capítulo, titulado “Militancias convergentes: hacia la conformación del grupo político de *MPL-DF*, experiencias previas y apuestas”, gira en torno a la idea de grupo político y busca reconstruir los espacios de experiencia previos y compartidos por los itinerarios militantes que se aglutinaron en torno a *MPL-DF*. El segundo capítulo se titula “Materialidad y aspectos formales de las revistas *MPL* y *DF*” y, en términos generales, realiza una descripción formal del grupo y el *staff* de las revistas, la información editorial y un detalle de la gráfica, sus notas y sus secciones.

Las dos partes restantes transitan en torno a la idea de las revistas como un *punto de partida*. En los cuatro capítulos que las componen, realizamos un seguimiento de los principales hechos políticos de la coyuntura y sus interpretaciones en las revistas. A partir de este trabajo, se identifican aquellos hechos que se transformaron en puntos de inflexión para la identidad peronista del grupo político *MPL-DF* y se propone una periodificación para pensar esta experiencia política.

La segunda parte comprende los capítulos 3 y 4 y transita dos momentos diferentes: las expectativas asociadas al regreso peronista,

primero; la crisis identitaria asociada al cambio de coyuntura, después. El tercer capítulo se denomina “El momento de las expectativas revolucionarias, 14 de junio - 13 de julio de 1973. La *militancia* en la calle” y repone el primer momento de la revista, que coincide con el gobierno de Cámpora, en la que *MPL* expresó identificación con el gobierno, con el movimiento peronista y con el liderazgo de Perón. Por su parte, el capítulo 4 reconstruye la forma en que esa identidad comenzó a tensionarse tras la renuncia del presidente. Titulado “Identidad peronista en crisis: el interregno de Lastiri, 13 de julio - 12 de octubre de 1973. La *militancia* cuestionada”, reconstruye los nudos problemáticos que impulsaron una crítica cada vez más explícita respecto del gobierno, del movimiento y de Perón, así como un mayor acercamiento al *alternativismo*.

La tercera parte encarna el último pasaje, que va de la crisis a la transformación identitaria y sus consecuencias políticas: el enfrentamiento explícito con el gobierno de Perón. Este momento comprende los capítulos 5 y 6. El capítulo 5, titulado “Perón presidente: de la asunción a la clausura de *MPL*, 12 de octubre de 1973 - 28 de marzo de 1974. La *militancia* transformada”, recorre el último momento de *MPL*, cuando el grupo radicalizó su identidad política. Aunque la revista mantuvo su identificación peronista, se enfrentó explícitamente con el liderazgo de Perón y con la experiencia de su tercera presidencia. En ese movimiento, la publicación acentuó el clasismo en sus planteamientos políticos y adoptó explícitamente los postulados del *alternativismo*. El sexto y último capítulo se denomina “*DF*: ‘peronismo sin Perón’, 2 de mayo - 25 de julio de 1974” y repone la experiencia de la revista *DF* a partir de reconstruir el momento de la confrontación directa entre el grupo político, las estructuras partidarias y el gobierno de Perón. Es el momento en el que la opción por el “peronismo de las bases” se encuentra consolidada a partir de un vínculo rotundo con la propuesta *alternativista*, la figura de J. W. Cooke y un diálogo fluido con sectores de la izquierda marxista no peronista.

Para finalizar, en las conclusiones del libro buscamos precisar los cambios y continuidades de la identidad política de *MPL-DF* y las apuestas políticas que el grupo *MPL-DF* formalizó durante

el período de su publicación. Todo ello sin perder de vista el lazo con las distintas coyunturas políticas que atraviesan las revistas y su variabilidad en el tiempo. El libro también cuenta con un anexo documental que recupera a Tendencio, un personaje de humor gráfico cuya tira se transformó en un símbolo de la revista *MP*.

Marco teórico y conceptos claves

En la tarea de construir nuestro objeto de estudio, un conjunto de elecciones teóricas jugaron un papel clave. Es por ello que aquí reponemos algunas de estas decisiones, que han girado en torno a dos grandes núcleos conceptuales. El primero de ellos hace pie en las nociones de *experiencia*, *estructura de sentimientos* y *horizontes de expectativas*. Esta malla conceptual ha permitido pensar las temporalidades de las revistas: la articulación con el pasado en la interpretación del presente y la dimensión futura. Es decir: las apuestas por incidir en el escenario político, los dilemas de sus actores y las incertidumbres de una historia que, para ellos, todavía estaba por hacerse (Pastoriza, 2011: 245).

En efecto, la noción de *experiencia* pone en juego ese vínculo entre el pasado y el presente. Siguiendo a Williams, el tiempo presente puede definirse como “el fundamento necesario (inmediato) para el razonamiento y análisis subsiguiente”, mientras que la experiencia pasada “se ve como el producto de condiciones sociales, sistemas de creencias o de percepción” (2003: 140). Podría objetárse nos que el concepto de experiencia hace referencia a sujetos *de y en* relaciones sociales, por lo que no sería aplicable a las revistas como “objetos”. Sin embargo, hemos dicho que *MPL-DF* expresan la experiencia de un grupo político que, a la vez, transformó las revistas en un actor político. Además, la categoría de *experiencia* se vincula dialécticamente con el concepto de cultura y ambas condensan en la noción de *estructura de sentimientos* un modo de vida que atraviesa las prácticas sociales de significados, valores y creencias compartidas, en una época determinada (Williams, 2009: 174-176).

Atendiendo a esta definición, la noción de *estructura de sentimientos* permite repensar aspectos importantes: la forma en que las revistas expresaron creencias “históricamente variables” –nutridas por el tránsito de los años sesenta– y cómo se conjugaron en una “conciencia práctica” de tipo presente, atravesada por la particular coyuntura de los años 1973-1974. Pero también permite pensar las revistas como un soporte material para reconstruir las formas en las que se puso en juego una determinada forma de vivir aspectos claves del contexto que los interpeló: el peronismo, el vínculo con la clase obrera y “el pueblo”, las expectativas revolucionarias, entre los aspectos más relevantes.

Finalmente, hablar de expectativas liga con la idea de las revistas como un *punto de partida*. Para ello, retomamos a Koselleck, quien vincula aquella categoría con la de experiencia, para tematizar el “tiempo histórico” a partir de otra relación: la del pasado y el futuro. La metáfora *horizonte de expectativas* alude a aquella línea detrás de la cual se abre un futuro, un nuevo *espacio de experiencia*. Para el autor, las expectativas que se basan en la experiencia no sorprenden, pues lo único que puede sorprender es aquello que no se esperaba: “La ruptura del horizonte de expectativas funda una nueva experiencia [...] es la tensión entre experiencia y expectativa lo que provoca de manera diferente nuevas soluciones, empujando de ese modo y desde sí misma al tiempo histórico” (1993: 339). Esta tensión permite pensar que el desdibujamiento de las perspectivas revolucionarias que la izquierda peronista depositó en el tercer gobierno peronista significó una ruptura del *horizonte de expectativas* del grupo político *MPL-DF*, una ruptura que redefinió sus premisas y orientaciones iniciales y produjo importantes mutaciones en su identidad política.

Entramos, de esta forma, en el último nudo conceptual utilizado a lo largo de esta investigación: aquel que pone en vinculación las categorías de *identidad política y tradición*. Respecto de esta última, volvemos sobre Williams puesto que ofrece una definición que resulta pertinente para abordar las mutaciones de las *identidades políticas*, al tiempo que traza vínculos con los conceptos de *cultura, experiencia y estructuras de sentimiento*. El autor distingue tres nive-

les de cultura: la vivida en un momento y lugar determinados –solo accesible para quienes la viven–; aquella que es registrada –nuestro objeto de estudio forma parte de este tipo cultural– y, como vinculante de las otras dos, la cultura de la *tradición selectiva*: los sujetos que viven una determinada época son portadores de un sentido de la vida bajo cuyo influjo se registra la cultura; esta no puede ser recuperada plenamente por las generaciones posteriores, que solo se acercan a través de un proceso de selección (Williams, 2003: 59; 2009: 153). Para el caso de las revistas aquí analizadas, ambas se inscribieron dentro del peronismo revolucionario, conjunto heterogéneo que operó una selección de la propia tradición, pero también de otras como la nacionalista o marxista. Ese diálogo entre tradiciones político-culturales (y el surgimiento de nuevas *identidades políticas*) fluyó en un movimiento que osciló entre la permanencia y el cambio, durante todo el período.

Respecto del concepto de *identidad*, aquí lo entendemos como el resultado cambiante e inestable de relaciones de autoidentificación (las formas de identificación que produce el nosotros) y heteroidentificación (cómo nos identifican los otros, interpelándonos). La relación entre “nosotros” y “los otros” se encuentra establecida por “límites” que explican la pertenencia a un grupo, así como los medios empleados para indicar afiliación-exclusión (Barth, 1976). Stuart Hall (2003) retoma la idea de “límites” para explicar los procesos de identificación e introduce la noción de “sutura” para aludir al proceso de articulación que, en un determinado momento, produce una determinada identidad. Destacamos esta idea, pues establece una relación interesante con el concepto de tradición selectiva. Podría pensarse que la redefinición de los límites de la identidad política tuvo por resultado nuevas “suturas”, que significaron ciertos elementos en detrimento de otros, y que operaron una nueva selección de las tradiciones político-culturales articuladas en ella, en los diferentes contextos históricos analizados.

Para reforzar este diálogo, retomamos el aporte de Aboy Carlés sobre las *identidades políticas*. El autor las define como prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que se constituyen y transforman a partir de una doble tensión dada por las alteridades

y la propia tradición de referencia (2001: 54). Para analizar el concepto, diferencia tres dimensiones: 1) la alteridad, que refiere al establecimiento de “límites” y es a la vez externa e interna. Hablar de alteridades internas es particularmente pertinente para este trabajo, porque las transformaciones que las revistas expresan tensionan la identidad política peronista a partir de la confrontación y diferencia respecto de “otros” que convivían dentro del movimiento peronista, es decir, que compartían una misma identidad; 2) la representación, puesto que es en relación con lo que se “excluye” que pueden pensarse las características de su dimensión representativa; y 3) la perspectiva de la tradición, que aborda la dimensión dinámica y diacrónica en el devenir de las identidades. Las *identidades políticas* se constituyen en referencia a un sistema temporal en la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado (aquello que aquí abordamos en términos de *horizonte de expectativas*), ambos configurados para dar sentido a la acción presente.

Por último, resaltamos el conflicto en el análisis de las *identidades políticas*, dado que explica su variabilidad, sus frecuentes redefiniciones y su metamorfosis (Giménez, 2007: 111). Este aspecto es relevante porque la nueva “sutura” en la identidad política que se expresa en las revistas responde a una determinada significación del tercer gobierno peronista y su particular contexto, atravesado por el conflicto y la disputa de poder en el interior del peronismo y fuera de él.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1. Militancias convergentes: hacia la conformación del grupo político de *MPL-DF*, experiencias previas y apuestas

La revista *Militancia Peronista para la Liberación (MPL)* publicó su primer número el 14 de junio de 1973, fue clausurada el 28 de marzo de 1974 y continuó bajo el nombre de *De Frente, con las bases peronistas (DF)* de mayo a julio de 1974. A primera vista, el período de circulación parece corto. Sin embargo, una lectura detenida de las revistas comienza a transformar los parámetros del “tiempo real”: la publicación, de carácter semanal, coincidió con uno de los momentos de mayor radicalización social y política de los años setenta. En efecto, los 38 números de *MPL* y los 11 de *DF* materializan la experiencia del tercer gobierno peronista luego de 18 años de proscripción política y las significaciones que esta experiencia tuvo no solo para el peronismo revolucionario, sino también para la militancia en general y para la política argentina.

Desde una dimensión diacrónica, este capítulo busca analizar las revistas como un *punto de llegada* para el grupo político que giró (y se instituyó) en torno a ellas. Un grupo que, sin ser un partido político o una organización armada, compartió espacios de experiencias y posiciones políticas y se hermanó en torno a un proyecto que suponía una estrategia de unidad para el campo revolucionario. Ese grupo se forjó al calor de las publicaciones y no se redujo al cumplimiento de tareas específicas en función de ellas (amén de que las tuvieran), sino que se compuso por actores que se acercaron a *MPL-DF* identificados con sus propuestas políticas.

Ahora bien, más allá de que las revistas no puedan reducirse a la figura de sus directores, las trayectorias de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde tienen una importancia central que no es posible desconocer a la hora de analizar esta experiencia editorial. Jugando con la idea de grupo político podríamos pensar que, como en todo agrupamiento, este también tuvo un espacio de dirección que fue ocupado por ambos. Ortega y Duhalde no solo fueron claves por dirigir ambas revistas, sino también por ser quienes “*simbolizaban el proyecto político revolucionario del grupo*” (Zito Lema, 2013). Con una expresión que los retrata, Rubén Dri (2014) recuerda que ambos eran una “*figuración importante*” y que además eran “*inorganizables*” o mejor dicho, que “*generaban ellos mismos una organización*”. En efecto, ambos aglutinaron a buena parte de los miembros del grupo político en cuestión y le imprimieron una impronta particular, derivada de la experiencia compartida dentro del peronismo.

En lo que sigue, a los fines de reconstruir el espacio de experiencia del grupo que se conformó al calor de *MPL-DF*, repondremos algunos itinerarios. Por la importancia antes referida, repasaremos las trayectorias de Ortega y Duhalde, recogiendo hilos de continuidad que luego reaparecen, transformados, en las preocupaciones y debates del agrupamiento analizado. Si bien no es legítimo inferir del pasado el camino que posteriormente recorrieron (dado que, como afirma Juan Carlos Torre, los actores toman decisiones en el contexto de las alternativas posibles, ignorando cuáles serán las consecuencias de lo que hicieron), podemos identificar ciertos núcleos argumentales o huellas que es posible encontrar luego, transformadas por los debates que atravesaron a las revistas.²³

23 Juan Carlos Torre retoma una crítica que Beatriz Sarlo hizo de su obra y apunta que la historia política puede escribirse como quien escribe una novela policial. Si bien en el primer caso el lector ya conoce el final, el autor señala que el historiador no solo debe reconstruir una trama “sino que, también, y sobre todo, debe tratar de restituir en el pasado la incertidumbre del futuro” que vivieron los actores. En esta clave, el autor dice que “el desafío principal al hacer historia política reside precisamente en eso, esto es, en encontrar la manera de poder transmitir ese margen de incertidumbre con el que los personajes hicieron sus apuestas” (Pastoriza, 2011: 245).

Finalmente, haremos hincapié en la militancia de ambos al calor de los años 1968-1973, en relación tanto con su labor como defensores de presos políticos como por su rol como intelectuales revolucionarios. Estas experiencias son claves porque allí Ortega y Duhalde tejieron vínculos con gran parte de quienes luego confluieron en torno a las revistas, haciendo fermentar las fronteras del grupo político. A su vez, porque ya en estos espacios comenzó a delinearse como idea-fuerza la necesidad de abonar un proyecto político amplio que sirviera de puente entre los diferentes sectores revolucionarios. En parte, esta apuesta aglutinó a quienes se nuclearon en torno a *MPL* y se reflejó como propuesta política en las páginas de la revista.

Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde: itinerarios militantes

Un recorrido fugaz por las trayectorias de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde los encuentra trabajando juntos desde los tempranos sesenta. Si bien ambos despertaron a la política a partir de experiencias disímiles,²⁴ los dos habían sido interpelados por los procesos que a escala nacional e internacional venían sacudiendo a la militancia. Como hemos mencionado, a escala internacional, la Revolución cubana adquiere una importancia capital, no solo por ser la primera revolución triunfante y socialista en América Latina, sino por el impacto que produjo en la política argentina, al generar un espacio de confluencia entre marxistas, nacionalistas y peronistas que estuvo dado por su carácter antiimperialista.

Como veremos luego, estas influencias subyacieron al particular vínculo que Ortega, Duhalde y, en general, todo el grupo

²⁴ Según Gabriel Rot, Eduardo Luis Duhalde se definía como “marxista-leninista” en 1956 y había comenzado su militancia en la Facultad de Derecho, enrolado en el Movimiento Universitario Reformista (MUR). Por su parte, Rodolfo Ortega Peña había tenido un despertar político antiperonista que lo llevó a festejar el triunfo de la Revolución Libertadora y una militancia fugaz en el Partido Comunista. Esta posición se transformó radicalmente al calor de la Resistencia Peronista y de la mano de militantes claves como John William Cooke o César Marcos (Rot, 2016: 13-15; Celesia y Waisberg, 2007).

político aquí analizado entabló entre peronismo y revolución. Junto con ella, la Revolución argelina fue un proceso político de gran impacto no solo por el carácter de su dirección revolucionaria, el Frente de Liberación Nacional (FLN), sino también por la heterogeneidad de sectores que participaron de ese proceso político. Para Ortega y Duhalde –quienes se acercaban progresivamente al peronismo–, Argelia arrojaba importantes puntos de coincidencia que respondían al sustento social del FLN, asociado al movimiento peronista, y a la caracterización política que ellos realizaban sobre la situación política argentina, como una nación “semicolonial”. A escala nacional, alistados en el espacio de la izquierda nacionalista y como intelectuales comprometidos con el revisionismo histórico, las influencias de César Marcos, Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui y John William Cooke determinaron un diálogo particular con el nacionalismo y el marxismo, en un claro acercamiento al peronismo que interpeló la militancia política de ambos durante los largos sesenta. En una búsqueda que tuvo por eje aunar “lo mejor del peronismo con lo mejor del marxismo”, Ortega y Duhalde tejieron vínculos diversos y participaron de varios espacios políticos (Rot, 2016: 14-16).

El primero de ellos fue la incorporación de ambos a los Centros Organizados Nacionales de Orientación Revolucionaria (CONDOR), grupo alentado por Hernández Arregui e integrado por peronistas, marxistas y militantes de la izquierda nacional. Como primera iniciativa, el dueto propuso incorporar a Cooke que, recién llegado de Cuba, se erigía como una figura que aglutinaba el diálogo entre estas tradiciones. Sin embargo, el líder de la Resistencia Peronista rechazó la invitación, por considerar un error político que, en su documento fundacional, el grupo se presentase explícitamente reivindicando al marxismo. Lo que parece una paradoja –por la trayectoria del propio Cooke– no lo fue y se estableció como una enseñanza clave que atravesó la práctica de Ortega Peña y Duhalde, y se replicó luego para el grupo político de *MPL-DF*.

En su respuesta, Cooke apuntaba que la realidad política del país requería “evitar definiciones precisas” y sostenía que esa necesidad se correspondía con la realidad del peronismo, definido como

“una suma de ambigüedades que rechaza remedios simplistas”. Al respecto, sostenía que aquella vaguedad no podía descartarse bajo el argumento de que respondía solo a “las capas burocráticas y dirigentes” y especificaba:

Esas capas [la dirigencia burocrática] imprime su estilo; en alguna medida, la masa está contaminada de ideas y métodos que descienden desde sus estructuras. Sería falso decir que esos burócratas, que la masa evidentemente no quiere [...] no son representativos de la base. Claro que no lo son en el sentido que perjudican sus intereses y no expresan sus necesidades, pero sí lo son, en cuanto participan de ese estilo chato, ampuloso, mediocre, que es propio del Peronismo. Aclaro, del Peronismo en su exterioridad. Por debajo, bulle el peronismo del 17 de octubre, de resistencia popular, de huelgas, lo que es esencia, no apariencia. Lo que buscamos, precisamente, es hacer estallar eso que está contenido [...] que no se siente interpretado por esa burocracia, pero que, por ahora, rechaza a un burócrata pero cree en algún burócrata igual. En la crisis, en los casos límite, en el espontaneísmo, renace el verdadero peronismo [...] Podemos decir en una tribuna que queremos eliminar el capitalismo, librarnos del imperialismo y darle los bienes de producción al pueblo y arrancaremos aplausos. Ese mismo auditorio, si nos declaramos marxistas, nos mirará con desconfianza [...] y en lugar de ver allí la culminación del peronismo, pensará que hemos cambiado de chaquetilla. Irracional, ilógico y todo lo que se quiera, pero exacto (citado en Rot, 2016: 21-22; el subrayado es nuestro).

La cita condensa núcleos claves del pensamiento de Cooke. El dirigente peronista caracterizaba al movimiento como esencialmente heterogéneo, pero potencialmente revolucionario por su contenido obrero. De manera temprana, identificaba la existencia de dos peronismos dentro del movimiento: el de las capas dirigentes y el espontaneísmo de las bases, por momentos, íntimamente vinculados. Por ese motivo, Cooke no desestimaba el rol de “la burocracia peronista”, sino que lo analizaba en clave marxista, distinguiendo

entre la realidad empírica de los trabajadores y sus “intereses objetivos”. La apuesta de “hacer bullir” al verdadero peronismo de las entrañas del movimiento implicaba una superación dialéctica que corregiría la ambigüedad del peronismo en torno a los intereses (revolucionarios) de la clase trabajadora.

Muchas de las concepciones de Cooke fueron tributarias de su experiencia en Cuba, que dejó vestigios que lo acompañaron durante toda su trayectoria: la adscripción al marxismo como un encuadre global de sus ideas, la convicción de que liberación nacional y revolución social eran dos instancias de un mismo proceso y finalmente, la interpretación del peronismo como un movimiento de liberación nacional que podía ser revolucionario, por su componente proletario. Como veremos luego, estas definiciones tempranas hicieron eco en el análisis de *MPL-DF* que, lejos de esconder su adscripción a Cooke, la tornó explícita. Sin adelantarnos, podemos identificar algunas de sus huellas en el itinerario de los dirigentes del grupo político y, también, de la mayoría de sus miembros: el esfuerzo por expandir el enfoque peronista sin abandonar esa identidad política y la apuesta por una redefinición revolucionaria de la identidad peronista a partir de su componente obrero; el reconocimiento de un marxismo nacionalista y tercermundista, “situado en el lugar de la teoría”, es decir: exclusivamente como lentes a partir de las cuales comprender la realidad, pero no como “identidad política”;²⁵ el vínculo entre peronismo y revolución, puesto que, para los futuros miembros del grupo analizado, liberación nacional y revolución social también eran indivisibles; y, finalmente, la preocupación por la relación ambigua entre la base y los dirigentes sindicales. Como veremos a continuación, esa relación fue un interrogante clave en la trayectoria de Ortega y Duhalde: ambos sostuvieron una percepción sobre la dirigencia sindical peronista que fue transformándose al calor de la militancia dentro del movimiento.

25 Mora González Canosa utiliza estas expresiones para caracterizar el lugar que ocupaba el marxismo en las FAR, organización guevarista que, como hemos apuntado, inició un proceso de peronización hasta llegar a fusionarse con Montoneros, en 1973 (González Canosa, 2012 y 2021).

La influencia de Cooke fue tal, que el dueto de abogados renunció “a asumir una identidad política como izquierda nacional para alcanzar una definición como peronistas revolucionarios” (Rot, 2016: 25). Esa definición los alejó de Hernández Arregui –simpatizante, pero no orgánico del peronismo– y de otros integrantes del grupo con influencias trotskistas (Celesia y Waisberg, 2007: 82).²⁶ En esta línea, entre los años 1963-1966, el dueto de abogados priorizó su militancia en dos frentes: por un lado, y aún bajo el sello CONDOR, aceptaron un vínculo fluido con el reciente Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT);²⁷ por el otro –de la mano de Fernando Torres–, se desempeñaron como abogados laboristas en la CGT de Vandor.

Respecto del primer frente y siguiendo a Rot (2016), observamos que Ortega y Duhalde compartieron algunas posiciones políticas con el MNRT, sobre todo en el análisis del movimiento y de la figura de Perón. Estas coincidencias llevaron a que ambos abogados se acercaran a la joven organización armada, asumiendo la defensa de uno de sus dirigentes –el “Turco” Caffati– e impulsando un frente de acción común.

Respecto de la defensa de Caffati, es interesante señalar que así conocieron a Carlos González Gartland –futuro integrante del grupo político–, quien para ese entonces se desempeñaba como secretario del juzgado en el que radicaba la causa. Gartland recuerda que *“Rodolfo y Eduardo aparecen despóticamente en mi despacho, me tiran al suelo un cenicero, todo provocación, entonces yo les digo lo siguiente:*

26 Los integrantes del grupo CONDOR con influencias trotskistas a los que referimos fueron: Ricardo Carpani (quien después se sumará al grupo político de *MPL-DF*), Oscar Balestrini (futuro militante de las FAP) y Rubén Bortnik. Ellos, por entonces, seguían reclamando un contenido de clase revolucionario contra el nacionalismo burgués peronista (Rot, 2016).

27 El MNRT fue una escisión de la organización falangista Tacuara. Tras la ruptura por izquierda con esa organización, se consolidaron como organización política en 1962 y, en agosto de 1963, realizaron su primera (y única) operación armada, con el asalto al Policlínico Bancario en el marco del “Operativo Rosaura”. El saldo de la acción fueron dos guardias muertos y la detención de Jorge “el Turco” Caffati, uno de sus máximos dirigentes. Ya en los setenta, la trayectoria de Caffati fue calve en el debate entre *alternativistas-movimientistas*. Integrado a las FAP, Caffati radicalizó sus posiciones en torno a la Alternativa Independiente y terminó protagonizando uno de los tantos desgajamientos de la organización; su grupo fue conocido como “los iluministas”, en referencia a estas posiciones (Stavale, S., 2013).

a tales delinquentes, tales abogados, esa fue mi aproximación con ambos” (González Gartland, 2015).²⁸ Paradójicamente, sus trayectorias se vincularon a partir de este momento.

Respecto del accionar conjunto entre CONDOR-MNRT, Rot evalúa que esta experiencia hizo priorizar coincidencias sobre diferencias y la analiza como un nuevo intento en el vínculo entre el peronismo revolucionario y el marxismo (2016: 28). En efecto, tanto el autor como Celesia y Waisberg destacan la siguiente frase del manifiesto fundacional de CONDOR-MNRT: “No ser peronista y pretender ser revolucionario es hoy como ayer un dilema a gusto con la oligarquía, insoluble para la izquierda e irracional para un verdadero marxista” (2007: 79). Sin embargo, más allá de las coincidencias, la relación entre CONDOR y el MNRT no prosperó. Ortega y Duhalde sostuvieron su adscripción a CONDOR un tiempo más y constituyeron el Centro de Estudios Históricos Felipe Varela, adherido a aquel, con el objeto de darle mayor difusión. En este marco, salieron publicados cinco números de la revista *La Unión Americana*, órgano del centro (Celesia y Waisberg, 2007: 117-118).²⁹

El segundo frente de militancia dentro del peronismo los llevó a trabajar como abogados laboristas en la CGT dirigida por Vandor. Esta participación comprometió una concepción *movimientista* del peronismo que planteó una relación de debate con todos sus sectores, incluyendo a las dirigencias sindicales (Rot, 2016: 37). Esto es interesante, puesto que, como veremos, condensa posicio-

28 En entrevista con la autora, Gartland comentó que su trayectoria política y militante se vio profundamente transformada tras largas conversaciones mantenidas con los presos políticos y, fundamentalmente, con Caffati, a quien señala como un futuro cuadro del Peronismo de Base. Su militancia había estado vinculada al Partido Socialista, con el que rompe luego de tales influencias. A su vez, también en esos años, renuncia al cargo en la Secretaría del Juzgado al darse cuenta “*de que estaba siendo un agente de la represión clasista y yo me consideraba del otro lado, es decir, con la clase antagonica. Así que me dije: esto es incompatible con la conducta que debe tener un socialista; y renuncié*” (González Gartland, 2015).

29 Siguiendo a Rot, observamos que *La Unión Americana* tuvo por objeto contribuir a que la clase obrera pueda reconocerse en la continuidad de sus luchas, triunfos y derrotas y concentró dos símbolos del revisionismo histórico que ambos venían practicando como intelectuales comprometidos: el nombre de la publicación—que había sido una consigna agitada por Felipe Varela—y su rúbrica: la frase “*Naides más que naides*”, de Artigas, con la aclaración de que se trataba de un lema montonero (2016b: 32).

nes diametralmente opuestas a las que, años después, pregonaron desde *MPL* y *DF*.

Siguiendo a Celesia y Waisberg, el testimonio de Duhalde apunta que, durante los años 1963-1966, ambos tenían una valoración positiva del movimiento sindical apostando a influir sobre las conducciones gremiales, sortear las diferencias coyunturales y llegar a la clase obrera organizada, con el objetivo de profundizar un proceso de liberación nacional y social (2007: 69). De hecho, esta valoración había tenido gran impulso con la reactivación del movimiento obrero que, desde el programa de Huerta Grande en 1962,³⁰ había ido forjando una multiplicidad de medidas de lucha que se condensaron durante todo 1964, incluyendo paros y tomas de fábrica.

Ambos abogados participaron activamente de muchas de estas medidas, sobre todo asumiendo la defensa de los obreros y gremialistas que quedaban detenidos. Otra arista de su participación dentro del gremio fue la investigación que ambos realizaron sobre la desaparición del militante metalúrgico Felipe Vallese, en 1962. El caso fue paradigmático no solo porque Vallese continúa desaparecido, sino porque el libro *Felipe Vallese, Proceso al Sistema* fue editado y publicado por la UOM, gremio sospechado de cómplice por los sectores antiburocráticos que afirmaban que Vandor no había movilizado lo suficiente para encontrar al militante metalúrgico.³¹

El libro de Ortega y Duhalde no solo se hizo tributario de las críticas de los sectores antiburocráticos —que lo interpretaron

30 El programa de Huerta Grande —conocido de esta forma por la localidad cordobesa donde se realizó el plenario sindical— proponía, entre otras cosas, la nacionalización de los bancos y de los sectores claves de la economía, la expropiación de latifundios sin ningún tipo de compensación y la planificación de la economía argentina en función de los intereses nacionales. Este programa —ante la presión de las bases— había sido impulsado por las 62 Organizaciones dirigidas por Vandor (Celesia y Waisberg, 2007: 67).

31 Celesia y Waisberg reconstruyen las posiciones de Duhalde respecto del debate sobre el grado de responsabilidad de la UOM en la desaparición de Vallese y dejan entrever que el dueto de abogados no coincidía con la acusación que los sectores duros del sindicalismo peronista realizaban sobre este gremio. En efecto, los autores afirman que el dueto de abogados discutió con la investigación que Leopoldo Barraza realizó sobre los hechos en el periódico *Compañero* (según Duhalde, Barraza “construyó la teoría de la responsabilidad de la UOM”) negando las imputaciones que por negligencia y desidia cayeron sobre la conducción del sindicato (Celesia y Waisberg, 2007: 96).

como un intento de Vandor por bloquear cuestionamientos—, sino también “de algunos sectores del peronismo ortodoxo que se indignaron porque dos conocidos ideólogos de la izquierda firmaran una publicación prohijada por la UOM” (Rot, 2016: 40). Más allá de estos matices, cierto es que el dueto de abogados apostó por la labor con la dirigencia sindical que, para la época, era fuertemente cuestionada por el peronismo radicalizado y la izquierda en general. De hecho, Vandor se convirtió en un ejemplo claro de “burócrata”, figuración que más adelante adquirió centralidad. En aquellos tiempos, Ortega y Duhalde fueron a contramano de estas caracterizaciones, puesto que

... evitaban estigmatizar de manera cortante aún a los representantes más vidriosos [...] lejos de sentir contradictorio el diálogo y colaboración con el gremialismo organizado [apuntaron] a una suerte de estrategia política de unidad y radicalización del conjunto sindical que en 1966 vislumbraron como palmario fracaso (ibídem: 39).

A la luz del derrotero político que aquí analizamos, interesa resaltar la importancia de este espacio de experiencia por las marcas que dejó en los dirigentes políticos del grupo *MPL-DF*. Más allá de las posiciones antiburocráticas que Ortega y Duhalde asumieron tiempo después, pensamos que algunas ideas vinculadas a esta experiencia pueden ser pistas analíticas para entender sus posicionamientos políticos en la coyuntura setentista.

Como hemos dicho, durante el período 1963-1966, la dirigencia sindical se había establecido como la principal fuerza política representativa de los trabajadores peronistas. En esos años, Ortega y Duhalde habían adoptado como propia la lectura realizada por Roberto Carri en *Sindicatos y poder en Argentina*, libro que, además, habían prologado. Allí, el sociólogo peronista afirmaba que la particularidad del sindicalismo, luego de la caída de Perón, era la de ser la vanguardia de las clases populares (incluso contra la voluntad de los dirigentes gremiales) hasta que no surja otro organismo —en particular, un partido político propio de la clase obrera— que asuma ese rol. Siguiendo a Rot, observamos que los abogados laboristas

sumaron a esta caracterización “una convicción de corte soreliano” (para nosotros, más bien leninista) que sostuvo que “ninguna acción huelguística alcanzará trascendencia política si carece de dirección emancipatoria”; en efecto, el autor apunta que estos posicionamientos no reñían con la lectura clásica del marxismo en el frente sindical (*ídem*).

Estas convicciones explican la labor de ambos en la CGT vadorista porque, en efecto, el proyecto de Vador era crear un “partido obrero” íntimamente vinculado a los sindicatos (James, 2010: 263). Si bien esta postura se inspiraba en antiguas experiencias del peronismo como la del Partido Laborista³² y en la convicción sobre el carácter multclasista del movimiento, la novedad radicaba en la pretensión de una independencia política respecto de Perón. Aunque la militancia política posterior condujo a que ambos realicen una caracterización del movimiento sindical y de la burocracia diametralmente opuesta, podríamos aventurar que ciertas apuestas como la creación de un partido político de los trabajadores o incluso la noción de un “peronismo sin Perón” hicieron eco en el ideario político de *MPL-DF* que, desde una perspectiva de izquierda, predicó por la autonomía de la clase obrera peronista.

A su vez, la experiencia en las entrañas del peronismo y del movimiento obrero organizado abonó al conocimiento sobre la *realpolitik* peronista, tanto de la dirigencia gremial como del propio Perón. En efecto, como estrategia para desactivar la pretensión de autonomía sindical vadorista, Perón alentó a los sectores más duros del peronismo y en 1964 nombró a Héctor Villalón como su delegado personal, al tiempo que reorganizó al peronismo en manos de un cuadrunvirato dominado por Framini, dirigente combativo del sindicalismo. Villalón estructuró una estrategia insurreccional

32 El Partido Laborista fue creado en 1945 como expresión política del movimiento obrero con el objetivo de sostener la candidatura presidencial de Perón. Representaba a los sectores sindicales organizados que habían participado del 17 de Octubre. A partir de 1946, Perón, cuando asumió la presidencia, buscó disolver los partidos políticos que lo habían llevado al poder y trató de conformar un partido único y vertical (el peronista). Esta imposición fue rechazada por el laborismo, que se negaba a perder autonomía. Luego de tensiones y presiones intensas, la conducción nacional del partido acató la orden de Perón y terminó disolviéndose en 1947.

que tenía como objetivo clave el retorno de Perón. Sin embargo, un cambio de estrategia del líder amplió el cuadrunvirato y concedió hegemonía interna al vandomismo, situación que puso en un difícil trance a los sectores combativos y provocó sucesivas deserciones (Duhalde y Pérez, 2003: 45). Entre los grupos que se escindieron, cobró importancia el de Gustavo Rearte, dado que desde la conducción de la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP) impulsó la constitución del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) y, vinculado a este, las primeras Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) de 1964.³³

Respondiendo a las posturas de colaborar con todos los actores del movimiento peronista, Ortega Peña y Duhalde “sumaron su participación y esfuerzo” al proyecto de conformar las FAP, asistiendo a su pronta desactivación producto de las tácticas del líder exiliado (Celesia y Waisberg, 2007: 85). Lo que nos interesa señalar es que, durante estos años, se puso en evidencia la estrategia pendular de Perón y esta experiencia acumulada no será para nada desdeñable cuando, en la coyuntura de 1974, el peronismo revolucionario se enfrente nuevamente a los desaires del viejo caudillo.

El golpe de Estado que en 1966 dio paso al gobierno del general Onganía puso fin a la colaboración de ambos abogados con la CGT vandomista. Según Rot, desde entonces Ortega y Duhalde “iniciaron un camino inversamente proporcional al de Vandor. Cuanto el gremio más se acercaba a los golpistas, ellos más se alejaban del sindicato” (2016: 108). La nueva dictadura redireccionó la militancia de ambos, que priorizaron la labor intelectual como revisionistas. Este trabajo había comenzado en los tempranos sesenta con la producción de notas referidas a la injerencia de la banca Baring Brothers en la economía nacional, la revista *La Unión Americana* o la publicación de libros como *El asesinato de Dorrego (Poder, oligarquía y penetración extranjera en*

33 Las FAP que surgen en 1964 tuvieron una experiencia efímera y poco conocida. Sin embargo, ese recorrido es clave, puesto que puede considerarse como un antecedente de las FAP que en 1968 se aventuraron en los montes tucumanos con el objetivo de instalar un foco guerrillero rural (Stavale, S., 2013: 14-15).

el Río de La Plata) y *Alberdi, los mitristas y la guerra de la Triple Alianza*, en 1965, pero se profundizó en los años posteriores al golpe. El revisionismo del dueto buscaba una “visión totalizadora” fundada en la necesidad de comprender el pasado para hacer lo propio en el presente. A su vez, Duhalde señala que ambos observaban como falencia “una falta de interpretación de la historia argentina desde el marxismo”.³⁴ En efecto, en 1966 solidificaron su militancia cultural a partir del emprendimiento editorial Sudestada, sello que publicó escritos históricos y políticos de orientación revisionista y nacional, incluyendo sus producciones.³⁵

Como veremos a continuación, en 1968 se abre un período clave. Durante ese año, resurgieron las FAP —que puede ser interpretada como una “organización puente o bisagra” entre dos momentos históricos: el de la *Resistencia* y el de la consolidación de las organizaciones setentistas (Stavale, 2012)— y la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGT-A), que se transformó en un espacio de convergencia de militantes del peronismo revolucionario con sectores de la izquierda sindical y del movimiento estudiantil (Bozza, 2009: 188).³⁶ En efecto, Ortega y Duhalde entablaron lazos directos con sus jefes más representativos, como Raimundo Ongaro y Agustín Tosco aunque, como veremos, no llegaron a integrarse al trabajo que allí realizaban los abogados de la central antiburocrática.

34 Testimonio de Eduardo Duhalde en Celesia y Waisberg (2007: 112).

35 Entre ellas destacamos: *Felipe Varela contra el imperio británico; Las masas de la Unión Americana enfrentan a las potencias europeas; Folklore argentino y revisionismo histórico; La montonera de Felipe Varela en el cantar popular; Las guerras civiles argentinas y la historiografía y Facundo y la montonera. Historia de la resistencia nacional a la penetración británica.*

36 La experiencia de la CGT-A dirigida por Ongaro devino en un espacio clave, que expresó un nuevo realineamiento sindical opositor al vanderismo, crítico e intransigente respecto de la política de gobierno. Además de cumplir un rol fundamental en los cauces de radicalización política que se profundizaron y eclosionaron en 1969, será un espacio de experiencia clave para el *alternativismo*. Sobre todo, porque en su etapa final, tendió a cerrar filas en torno al peronismo revolucionario y, en muchas regionales como Córdoba, profundizó su línea basista (Laufer, 2021). Muchos de los gremialistas vinculados a la CGT-A nutrieron luego a los sectores de la corriente *alternativista* y se vincularon con el grupo *MPL-DF* (Stavale, 2021).

Militancias compartidas: hacia la conformación del grupo político *MPL-DF*

Como dijimos, el período 1968-1973 asume una importancia capital porque, durante estos años, las trayectorias de Ortega y Duhalde se unirán a las del resto de los integrantes del grupo que surgió al calor de *MPL-DF*.

En este punto, la defensa de presos políticos durante la dictadura fue clave. Siguiendo a Mauricio Chama, podríamos afirmar que la institucionalización de la actividad defensiva se produjo a partir de dos frentes distintos: el que se desarrolla con el cuerpo de abogados vinculados a la CGT-A (1968-1970) y el que se establece en la Asociación Gremial de Abogados (1971-1973) (Chama, 2007: 3). Si bien el vínculo político que fue sedimentando las fronteras del grupo forjado al calor de las publicaciones se produjo en el marco de la experiencia de “la Gremial”, el cuerpo de abogados de la CGT-A puede entenderse como un antecedente importante. En efecto, futuros miembros del grupo como Roberto Sinigaglia o Mario Hernández participaron de esta experiencia; en el caso de Ortega Peña y de Duhalde, no llegaron a integrarse porque su pasado “vandorista” despertaba resistencias dentro de la nueva central, profundamente antiburocrática (Rot, 2016: 42-43).

Con el estallido del Cordobazo, en 1969, la coyuntura política se transformó radicalmente. Como hemos dicho, tras las insurrecciones obrero-estudiantiles de este año surgieron las organizaciones armadas protagonistas de los años setenta. Para la CGT-A, las consecuencias fueron determinantes: un mes después del Cordobazo, un grupo armado ingresó a la UOM y “ajustició” a Vandor; como consecuencia, la dictadura militar reforzó su política represiva y detuvo a los principales dirigentes de la central junto con muchos de sus abogados. Este aspecto es importante porque, al decir de Chama, generó una “trama solidaria” entre abogados que luego incidió en la constitución de “la Gremial” (2007: 10). A su vez, frente al

... entorno político signado por la aceleración de la protesta colectiva violenta y la creciente ilegitimidad de la “Revolución Argentina”, numerosos abogados con reconocida trayectoria

política en el peronismo o en las izquierdas tomaron, indistintamente, la defensa de militantes pertenecientes a los diferentes grupos armados (ibídem: 13).

Estos vínculos forjaron criterios de defensa, que luego se mantuvieron en “la Gremial” y que no respondían a la pertenencia político-partidaria de los detenidos, sino a una combinación entre afinidades ideológicas, el reconocimiento de la lucha armada como expresión opositora y la confianza personal entre el abogado y el detenido. Durante 1970, estas relaciones significaron un contacto “sin mediaciones entre abogados y cuadros dirigentes de los grupos revolucionarios” (ídem). Eduardo Luis Duhalde recuerda que, para 1970, tenían contacto con Fernando Abal Medina (dirigente montonero y responsable del operativo Aramburu),³⁷ los dirigentes del PRT (Luis Pujals y Rubén Pedro Bonnet se acercaron a los abogados para pedirles que asumieran las defensas que prevenían próximas, puesto que estaban en plena formación del ERP) y de las FAR, organización con la que tuvieron importantes coincidencias políticas en este período (ibídem: 13-14).

La escalada represiva de la Revolución Argentina se afianzó durante 1970 y 1971 y fue un disparador para la formación de “la Gremial”. González Gartland afirma que, en la coyuntura represiva, los abogados que ejercían las defensas no sentían el respaldo de la Asociación de Abogados de Buenos Aires, que mantenía una posición “*más bien refractaria a definirse ante las continuas intimidaciones y atentados sufridos por los abogados defensores, muchos de ellos socios de la entidad*” (2015). En parte, como respuesta a esta situación, los abogados disidentes y un sector de letrados pertenecientes al peronismo de izquierda tomaron la iniciativa de formar “la Gremial”. En palabras de González Gartland:

Cuando son secuestrados Néstor Martins y su cliente, Zenteno, aquellos que éramos socios de la Asociación de Abogados pedimos

37 El Operativo Aramburu fue la primera acción armada de Montoneros. Un grupo de militantes –entre los que se encontraban los dirigentes más importantes de la organización– secuestraron al general Eugenio Aramburu y lo “ajusticiaron”, luego de efectuarle un juicio revolucionario y condenarlo a muerte.

que la Asociación defendiera a Martins, que denunciara [su] desaparición, y muy prudentemente la Asociación de Abogados no hizo nada, entonces ahí fue cuando se fundó la Gremial de Abogados, que se llamaba [así] para distinguirnos (2015).

A su vez, Vicente Zito Lema coincide y afirma:

Un núcleo de abogados vemos que en el momento en que se da la más potente represión, siempre comparativamente, ¿no?, hacemos un análisis y vemos que tanto la Asociación de Abogados como el Colegio de Abogados, por su formación social y política, no se comprometían en la medida en que el momento histórico demandaba; por la defensa de los presos políticos decidimos hacer una agrupación más homogénea, más, si se quiere, comprometida, en la que van a integrarse los abogados que sí hacíamos las defensas específicamente de las organizaciones político-militares de la época (2015).

La labor en “la Gremial” mantuvo los criterios que se habían forjado en el período previo: las defensas se asumían de manera indistinta a la pertenencia político-partidaria de los detenidos, la única condición era que fueran militantes del campo popular y revolucionario; al decir de Chama, la actividad defensiva auspició el surgimiento del “abogado comprometido” (Chama, 2010: 13). A la vez, este espacio sedimentó en muchos de sus miembros una apuesta política orientada a “*cohesionar a la izquierda peronista y a la izquierda socialista, socializando a los peronistas y peronizando a los socialistas*” (González Gartland, 2015). Este punto es muy importante porque es un desafío que se replicó luego en las páginas de *MPL* y *DF*. De hecho, González Gartland remarca que ambos espacios compartieron “*las mismas ideas, es decir, respondían a la conformación de una ideología de unidad revolucionaria, de la que tanto Ortega Peña como Duhalde, Mario Hernández, Roberto Sinigaglia, Gustavo Roca —que venía mucho más del guevarismo-marxismo— formaban parte y eran sus reales mentores*” (2015). De este modo, el proyecto político que había comenzado a expresarse a partir de “la Gremial” —y que tenía por referentes a los nombrados junto con Mario Kestelboim, Pedro Galín, Rodolfo Mattarollo, Miguel Radrizzani Goñi, entre otros— aglutinó a los futuros miembros del grupo político en

torno a Ortega Peña y Duhalde. Entre ellos, podemos mencionar a Hernández, Sinigaglia, Zito Lema, González Gartland, Radrizzani Goñi y Gustavo Roca. Todos ellos formaron parte del agrupamiento que giró en torno al proyecto editorial de *MPL-DF*.

Al calor de esta trayectoria común, afianzaron el carácter antiimperialista y anticapitalista de una identidad política peronista definida en términos revolucionarios que, en el camino que ya venían transitando Ortega y Duhalde, asumía un diálogo fluido con tradiciones como el marxismo o el nacionalismo y retomaba aquella adhesión a un “peronismo obrero” que, bajo el ala de Cooke, lo definía como potencialmente revolucionario por su componente proletario.

Para “la Gremial”, en general, y para los integrantes del grupo que escribió en *MPL-DF*, en particular, una de las causas más importantes en que intervinieron fue “la masacre de Trelew”, sucedida el 22 de agosto de 1972. En esta última ciudad habían quedado apresados 19 militantes luego de haberse frustrado un plan de fuga con el que pretendían escapar de la cárcel de máxima seguridad ubicada en Rawson y huir a Chile, secuestrando un avión de la aerolínea Austral. El operativo comprometió a las organizaciones más importantes del espectro revolucionario: las FAR, PRT-ERP y Montoneros y a algunos de sus máximos dirigentes, varios de los cuales lograron cruzar la cordillera.³⁸ Sin embargo, por desinteligencias operativas, 19 militantes quedaron varados en el aeropuerto, donde fueron detenidos luego de pedir garantías jurídicas ante los principales medios de comunicación locales y nacionales. Tras conocer la noticia, una comitiva de abogados de “la Gremial” viajó para tomar contacto con los detenidos, que habían sido alojados en la Base Aeronaval Almirante Zar, de Trelew. De la comitiva de letrados, casi todos fueron miembros del grupo que luego publicará *MPL* y *DF*: Ortega Peña, Duhalde, González Gartland, Galín y Radrizzani Goñi. La única excepción fue Mattarollo.³⁹ La corta estadía

38 Roberto Quieto y Marcos Osatinsky (FAR); Domingo Mena, Mario Roberto Santucho y Enrique Gorriarán Merlo (PRT-ERP); Fernando Vaca Narvaja (Montoneros).

39 Rodolfo Mattarollo es el único caso que no puede considerarse parte del grupo político de *MPL-DF*. Aunque tuvieron un vínculo político estrecho, aquel se había acercado al PRT-

en la ciudad sureña incluyó detenciones, amenazas y la explosión de una bomba luego de que el grupo de “la Gremial” intentara una conferencia de prensa para denunciar estas intimidaciones. Luego de presentar recursos de *habeas corpus* para los activistas detenidos y tras ver frustrado el objetivo de dialogar con ellos, la comitiva regresó a Buenos Aires. Ese mismo día, el 22 de agosto, los militantes fueron fusilados dejando un saldo de 16 activistas muertos y tres sobrevivientes (Chama, 2007; Sartelli, Grenat y López Rodríguez, 2009).

Rápidamente, “la masacre de Trelew” se transformó en un símbolo para la militancia revolucionaria. Para quienes conformaron el grupo cuya genealogía rastreamos aquí, la experiencia fue determinante no solo por *la sangre derramada* sino por los niveles de unidad que demostraron las principales organizaciones armadas, marxistas y peronistas. En efecto, en una entrevista (auto) realizada y publicada en *DF* luego de que *MPL* fuera clausurada, Ortega y Duhalde ponían sobre la mesa sus apuestas por la unidad revolucionaria y hacían explícitas las influencias de aquella experiencia:

Militancia siempre ha tratado de expresar las distintas manifestaciones del campo popular, tratando de cumplir un papel de confluencia entre los sectores militantes, buscando ejes y posiciones que les son comunes y que constituyen, en esencia, el proyecto de la patria socialista. La revista ha definido su posición desde la cual ha convocado a restablecer el “Frente de Trelew”, no como un acuerdo superestructural entre dirigentes [...] sino como un frente de unidad en la lucha (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 12).

La cita es relevante porque refleja los vínculos entre las improntas previas y las apuestas por la unidad en la acción del grupo: la estrategia frentista por la que bregaban encontraba su antecedente en el plan de fuga que había comprometido a peronistas y marxistas en torno a una causa común. Para el grupo, *Trelew* devolvía como posibilidad una unidad que ellos buscaron replicar (y ampliar) ha-

ERP. En efecto, durante la publicación de las revistas, Mattarollo se desempeñó como director de *Nuevo Hombre*, publicación que desde 1972 había sido adquirida por la organización guevarista.

cia las organizaciones armadas y no armadas de la izquierda. Con esta mirada amplia, tejieron relaciones con las FAR, las FAP, el PB y organizaciones ubicadas por fuera del espectro peronista como el PRT-ERP y los Comandos Populares de Liberación.⁴⁰ Efectivamente, el grupo en formación intensificó sus diálogos con dirigentes como Carlos Olmedo, Marcos Osatinsky, Pablo Cristiano, Roberto Quieto y Mario Roberto Santucho, entre otros. Además de la asesoría legal, los unía un debate continuo acerca de las estrategias y metodologías de actuación. Siguiendo a Rot, destacamos la importancia de Alicia Eguren en estas discusiones. La viuda de Cooke coincidía en que las diversas agrupaciones aún no habían dado en la clave de la organización revolucionaria (2016: 99).

Esta intensa red de sociabilidad política fue generando un compromiso que, además de la labor defensiva, nutrió muchas de las aventuras intelectuales que fueron publicadas durante esos años. De esta forma, las defensas constituyeron uno de los frentes de un proyecto político amplio que ya comenzaba a delinearse. De hecho, gran parte de quienes escribieron en *MPL-DF* habían participado de otras revistas en calidad de directores, integrantes de los equipos de redacción, asesores letrados o colaboradores. Ambas actividades no fueron paralelas; por el contrario, la intervención intelectual fue conformando un “campo de denuncia”, que se expresó en estas publicaciones (Chama, 2007 y 2010). La potencia que adquirió la confluencia entre estos espacios de militancia no pasó desapercibida para las fuerzas de seguridad que, ya desde esta época, elaboraba informes de inteligencia sobre “la Gremial” y sobre los miembros del futuro grupo político. Un “parte de inteligencia” confeccionado por la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE) y dirigido al general Etchepare –jefe del Servicio de Informaciones de la provincia de Buenos Aires– afirmaba:

A partir del 11 de ene 72, las actividades de la “ASOCIACIÓN GREMIAL DE ABOGADOS” pasaron a adquirir progresivamente mayor gravitación [...] En líneas generales, su accionar

40 Según Rot, los vínculos con las FAR y los CPL fueron estrechos, aunque se vieron frustrados cuando ambas organizaciones decidieron integrarse a Montoneros (2016: 99).

hasta el presente estuvo orientado fundamentalmente a: a) Asumir la defensa de la totalidad de los elementos detenidos por actividades subversivas, afectados a las estructuras celulares de las organizaciones clandestinas “EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO (ERP), “FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS” (FAR), “FUERZAS ARMADAS PERONISTAS” (FAP), “FUERZAS ARMADAS DE LIBERACIÓN” (FAL) y “MONTONEROS”; b) Reunir testimonios sobre presuntos apremios ilegales y vehicular su difusión a través de conferencias de prensa, órganos periodísticos comprometidos ideológicamente (revistas “NUEVO HOMBRE”, “PRIMERA PLANA”, “AMÉRICA LATINA”, etc.) [...] c) Facilitar asesoramiento a los elementos subversivos afectados a las distintas organizaciones armadas clandestinas.⁴¹

El informe de la SIDE destacaba las características que venimos señalando como claves de aquel proyecto político amplio, nutrido por la actividad defensiva (dispuesta a asumir la defensa de cualquier militante del campo popular, sea marxista o peronista), la participación como intelectuales en revistas afines y la confluencia entre ambos espacios de militancia, con la conformación de un “campo de denuncias” en las publicaciones revolucionarias.

Por ejemplo, la revista *Cristianismo y Revolución* (CyR) publicó en su n° 30 una nota firmada por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde en la que ambos titulaban: “Justicia del Sistema y situación semicolonial” y denunciaban los vicios de la estructura judicial en un país que caracterizaban en situación de “dependencia”. A partir de su rol de intelectuales revolucionarios, remarcaban la ausencia de estudios concretos que analicen las consecuencias de aquella situación semicolonial en estructuras como la Justicia, “condicionada y alimentada por ella”. Así, proseguían:

⁴¹ Legajo N° 526, Asunto: “Asociación Gremial de Abogados, Foro de Buenos Aires por la vigencia de los derechos humanos. Su origen y vinculación con las organizaciones extremistas FAL, FAP, ERP y Montoneros”, Carpeta “Varios”, Mesa DS, Archivo DIPPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata (el subrayado es nuestro).

Es aceptable sostener como punto de partida, que la situación semicolonial generó una justicia semicolonial [...] la Justicia se ha tornado un confuso lugar natural de la represión en este estadio del proceso [...] La Justicia se presenta [...] como un lugar supuestamente neutral, de equilibrio sordo y ciego en la puja de la guerra popular contra el Sistema. Esta aparente “independencia” de la Justicia es la misma aparente independencia del país semicolonial, que parece gobernarse por sí mismo y sin embargo, cede a los lazos invisibles, pero detectables, del imperialismo (CyR, n° 30, 9/1971, p. 19).

Los abogados también denunciaban el tratamiento de los presos políticos como “delincuentes comunes”. Como veremos más adelante, estas posiciones eran tributarias de la radicalización política del grupo de letrados, que interpretaban que la Justicia estaba al servicio del *Sistema* y sus clases dominantes y se respaldada en la política represiva (necesaria para resguardar el orden social). En efecto, la asimilación entre los presos políticos y la delincuencia común era explicada como una estrategia del Estado, orientada a poder “reprimirlos mejor, desconectarlos de la población, someterlos a un juicio ejemplar y dar una imagen de ausencia de conflictos internos al capital extranjero” (Chama, 2010: 212).

Otro espacio clave fue la experiencia de la revista *Nuevo Hombre* (NH) en su primera época (julio de 1971 - enero de 1972), no solo porque se publicaron secciones específicas para denunciar el sistema represivo de la última dictadura, sino porque, al decir de Zito Lema, “*allí participamos todos*” (2015). En efecto, siguiendo a Abbatisa, observamos que las “confluencias que se produjeron en NH y los debates que allí tuvieron lugar nos permiten pensarla como una experiencia singular y bisagra” (2014: 3). Como dijimos, NH tuvo una primera época a cargo de la dirección de Enrique Walker (alias “Jarito” o “el Inglés”), futuro director de *El Descamisado* (ED), revista orgánica de Montoneros (Grassi, 2015). Entre los primeros convocados estuvieron Nicolás Casullo, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Alicia Eguren, Vicente Zito Lema, Roberto Sinigaglia, entre otros (Baschetti, 2015: 25).

Los futuros integrantes de *MPL-DF* cumplieron diversas tareas en *NH*: Zito Lema estaba a cargo de la sección “Cultura y Cuestionamiento”; Ortega, Duhalde y Eguren pertenecían al equipo de redacción y Sinigaglia aportaba con testimonios específicos acerca de los significados de la actividad defensiva. La idea del proyecto político-editorial había sido publicar un semanario que tuviera una buena producción de notas y artículos que reunieran denuncia y proyecto político de liberación desde una perspectiva ideológicamente amplia y directa (Anguita y Caparrós, 2006: 386). En efecto, siguiendo a Martín Santanna, observamos que uno de los pilares del proyecto fue su amplitud:

La revista no es expresión de ninguna tendencia en particular ni tiene un sesgo ideológico definido. *NH* apoya todas las expresiones de resistencia –desde la lucha armada hasta el sindicalismo combativo– y promueve la confluencia entre marxistas y peronistas frente a los enemigos en común: la dictadura, la derecha y la dirigencia sindical (2015: 12).

Estas características se replicaron luego en la experiencia de *MPL-DF*, lo que nos permite pensar a *NH* como un antecedente clave. Efectivamente, las coincidencias no se reducen solo a similitudes editoriales o a la participación efectiva de muchos de los futuros miembros del grupo analizado, sino también al hecho de que sus páginas abonaron, de manera temprana, a la conformación de un proyecto amplio que *MPL* y *DF* expresaron tiempo después: ambas experiencias editoriales, sin ser partidarias, fueron “fruto y parte de una política frentista en la que confluían diferentes sectores del campo popular” (De la Fuente, 2015: 29).

La participación de Duhalde, Ortega y Sinigaglia abonó la conformación de aquel “campo de denuncia” en las publicaciones revolucionarias. Como dijimos, Sinigaglia aportaba esporádicamente testimonios acerca del significado de defender presos políticos. Por su parte, Ortega y Duhalde –que tuvieron una participación definida en el equipo de redacción– sumaron dos secciones constantes: “Informe sobre opresores” y “El peronismo y la guerra”. A través de la primera sección, fueron nutriendo aquel “campo de denuncia” al

que referimos. “Informe sobre opresores” buscó develar “los abusos del Sistema”: las acusaciones enfatizaban en el accionar represivo y policial, por un lado, y los procedimientos judiciales, por el otro. Siguiendo a Rot, observamos que ambos avanzaban

... sobre el conjunto del sistema judicial-penal-militar, alertando sobre la aplicación de “la ley de fugas”, de secuestros y asesinatos –Juan Pablo Maestre, Mirtha Missetich, el matrimonio Verd-Palacio, Luis Pujals y Néstor Martins, entre otros– y la identificación de un sistema represivo donde lo legal y lo clandestino interactúan en creciente reciprocidad (2015: 37).

En la nota “Peronismo revolucionario en el tercer año de la muerte de J. W. Cooke” y en la sección “El peronismo y la guerra”, Ortega y Duhalde vertieron sus ideas-fuerza sobre el vínculo peronismo-revolución. En efecto, afirmaron que “el peronismo en el llano” era un “movimiento de resistencia” y advirtieron que, frente a la posibilidad de volver a tomar el poder, cabían dos posibilidades: o volvía a integrarse al sistema o formulaba “su propia autoconciencia revolucionaria, a través de una teoría en la cual explicita que el poder no va a ser regalado” (*NH*, n° 9, 9/1971, p. 9; *NH*, n° 21, 12/1973, p. 5). Como vimos al comienzo de este capítulo, esta dualidad entre un peronismo dirigente y otro que bulle desde abajo era tributaria de las influencias de Cooke. En esta línea, ese tipo de definiciones no implicaba afirmar que el peronismo era revolucionario, sino que “debía superarse a sí mismo y convertirse en tal” (Rot, 2016: 97). Como veremos más adelante, estas caracterizaciones también serán claves en los posicionamientos de *MPL*.

Aquí es interesante sugerir un paralelismo entre este tipo de definiciones y los debates que las FAR estaban encarando en su proceso de peronización. El vínculo expresa, por un lado, la cercanía política entre algunos integrantes del agrupamiento en formación y los dirigentes de esa organización armada⁴² y, en consecuencia,

42 Estas coincidencias pueden vincularse a la íntima relación política que Ortega Peña, Duhalde y compañía mantuvieron con los dirigentes políticos de esta organización. Como hemos dicho, las defensas no se limitaban solo a la tarea judicial. Eran un puntapié clave para el intercambio y el debate político. A la vez, siguiendo a González Canosa, es interesante subra-

coincidencias en la caracterización del rol del movimiento o del propio Perón. Siguiendo a González Canosa, observamos que las FAR caracterizaban al viejo caudillo como un “líder popular, capaz de conducir ciertos tramos del proceso de liberación, pero no un líder revolucionario”. Al mismo tiempo, la autora apunta que la organización sugería que la relación líder/masas correspondía a “una primera etapa [...] cuando el nivel de conciencia no había producido aún una herramienta político-militar que los organizara para la toma de poder”. Lo que estaba en la base de este tipo de caracterizaciones era la apuesta por la experiencia de los trabajadores: el peronismo era “reivindicado como identidad política [...] allí donde se hallaban los elementos de la conciencia obrera que, de ser radicalizados, podían conducir al socialismo” (2018: 168-179).

En ambas lecturas (la de las FAR y la de Ortega y Duhalde, desde las páginas de *NH*), el movimiento peronista implicaba el mayor nivel de conciencia al que había llegado el proletariado. Siguiendo a James, observamos que, en efecto, la clave para entender estas reinterpretaciones se vincula a la experiencia resistente de los trabajadores. Durante los años de proscripción, aquellos habían trastocado “sus estructuras de sentimiento, penetrándolas de resonancias de clase y estableciendo el tono de las relaciones políticas y sociales para toda una generación de peronistas de la clase obrera” (2010: 139).

Como veremos más adelante, esta caracterización del peronismo como nivel de conciencia obrera será un eje de análisis central en la interpretación de las transformaciones de la identidad política de *MPL-DF*. Por el momento, diremos que de lo que se trataba en aquel momento era “de superar el hecho objetivo del peronismo actual” para alcanzar un desarrollo que elimine la posibilidad de que

yar que otro actor clave en el proceso de peronización de las FAR fueron las FAP y el PB. En efecto, sobre todo tras el lanzamiento de la AI y las definiciones que supuso el *alternativismo*, algunas coincidencias se profundizaron. Sin embargo, uno de los elementos determinantes que interrumpió una posible fusión entre ambas organizaciones fue el *basismo* como estrategia revolucionaria vinculada a la AI (González Canosa, 2021: 211-213). Como veremos luego, el grupo *MPL-DF* apelará a las posiciones de las FAR en su proceso de *peronización*, como un modo de discutir críticamente con las posturas asumidas por esa organización, en la coyuntura de 1973.

sea asimilado por *el Régimen* (Rot, 2016: 97). En el prólogo que el dueto de abogados había escrito para la reedición del libro *Apuntes para la militancia* de Cooke, afirmaban:

Si el peronismo consigue articular una teoría revolucionaria propia es que está en condiciones de dar la batalla por el poder y la construcción del socialismo en la Argentina. En caso contrario, su función de resistencia terminará por agotarlo integrándolo trágicamente al sistema. Pero como creemos que todo salto superador se da desde el propio sitio donde se halla el pueblo, que es indudablemente peronista, es que vislumbramos que aquella posibilidad teórica no es sino la expresión de una revolución en ciernes (Duhalde y Ortega Peña, 1972: 11).

El camino que debía abrir la transformación del peronismo era el de la lucha por la liberación nacional y social. Bajo esta mirada, el peronismo se presentaba como la primera fase de una revolución inconclusa que solo podía realizarse plenamente a partir de la conformación de una dirección revolucionaria.

Como veremos, el proyecto de publicar una revista como *MPL* no solo buscó responder al cambio de coyuntura producido con el advenimiento de Cámpora, sino que se constituyó en el intento del grupo de contribuir en la conformación de aquella dirección. La apuesta era “*crear un espacio político que recogiera las banderas de Cooke, que tenían mucho también que ver con la Revolución cubana [...] Buscábamos crear una franja de conciencia que viera surgir las organizaciones naturales del pueblo*” (Duhalde, M., 2015). Según González Gartland, ese proyecto “*comenzó a construirse, ahora, alrededor de MPL, que concitaba además de eso la adhesión de gente muy variada [...] este es el secreto de la acumulación política que la revista supo conseguir durante su publicación*” (2015).

Replicando aquella amplitud que ya venía esgrimiéndose en los espacios vinculados a la labor defensiva o a la intervención en revistas como *NH*, el grupo en formación preservó esta característica y la sostuvo como elemento clave de la revista *MPL*. Como hemos dicho, la particularidad de *MPL-DF* fue que, preservando el carácter de revista independiente (y tal vez por ello), aglutinó fuer-

zas y actores diferentes en torno al grupo, difundió ideas y debates vigentes, y se transformó en un actor político influyente.

1973, los debates preelectorales y la apuesta por el proyecto editorial de *MPL*

El regreso del peronismo al poder estuvo signado de expectativas revolucionarias por buena parte de la militancia vinculada con él, en parte sustentadas en el protagonismo que los sectores de la TRP (alentados por el propio Perón) habían logrado construir durante el período preelectoral. Sin embargo, hemos visto que la situación no estuvo exenta de debates y tensiones, sobre todo por las dudas que generaba el GAN, lanzado en julio de 1971 por la debilitada dictadura militar. Ya dijimos que, en principio, la mayor parte de los sectores revolucionarios (armados y no armados) descreyeron del GAN, considerándolo una “trampa electoral”. Siguiendo a González Canosa, agregamos que esa caracterización aunaba a quienes desconfiaban de la realización efectiva de los comicios con aquellos que, directamente, impugnaban al régimen por buscar encauzar la protesta social y política en los marcos del sistema institucional (2018: 165).

En líneas generales, las organizaciones de la izquierda marxista sostuvieron la consigna “ni golpe, ni elección, revolución”. El PRT-ERP planteó un diagnóstico agudo sobre la situación política nacional: afirmaba que el GAN ponía en evidencia que la antinomia “peronismo-antiperonismo” había dejado de expresar una contradicción social. Los intentos militares de institucionalizar al movimiento eran muestra de que, para el régimen, la institucionalización del peronismo e incluso el regreso de Perón, eran claves para apaciguar la lucha de clases y desactivar el proceso de radicalización política en augé (González Canosa, 2018a: 16).

En cambio, para las organizaciones de la izquierda peronista, la coyuntura no se interpretó de manera lineal: si inicialmente todas descreyeron en la posibilidad de que Perón dialogase con el régimen, a medida que avanzaron las negociaciones entre el líder exiliado y el

gobierno de facto,⁴³ la heterogénea TRP comenzó a reordenarse en torno a una idea que se tornó mayoritaria: las elecciones podían ser un medio para la estrategia revolucionaria y el gobierno peronista, un paso previo a la transformación radical de la sociedad.⁴⁴

La revista *Envido* (en adelante, *E*) –publicación que también expresó a un grupo político independiente, aun cuando llegaron a vincularse estrechamente con Montoneros-JPr– refleja la evolución en las posiciones frente al GAN por parte de un sector de la TRP cercano al *movimientismo*. Los números que van de septiembre de 1971 a marzo de 1973 dan cuenta de los debates que la salida electoral concitó dentro del peronismo revolucionario y los cambios de posición que fueron articulándose durante todo el período. En septiembre del 71, la revista afirmaba:

Tras quince años de negar al peronismo, de pretender su aniquilación ideológica, física e histórica, se le tiende la más peligrosa de las trampas, en una acción no exenta de ingenuidad. Suponer que el justicialismo es un partido político más que puede embotar su dinámica a cambio de un centenar de bancas y 15 gobernaciones, constituye una posibilidad solo pensable por un admirador de la democracia anglo-yanqui como lo es el bizarro cano Lanusse (*E*, n° 4, 9/1971, p. 57).

43 Durante el proceso de apertura política que trajo aparejado el GAN, Perón puso en juego diversas estrategias para desarticular el plan político de Lanusse, que fueron desde el impulso a la movilización popular y el accionar de las organizaciones armadas hasta la negociación con la dictadura militar y declaraciones pacifistas. Siguiendo a González Canosa, apuntamos que es en este marco de “estrategia de múltiples aristas” que debe situarse la conformación del Frente Cívico de Liberación Nacional (FRECILINA), antecedente político al Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) que, como veremos, triunfó en el 73 (2018: 170).

44 Como adelantamos en la introducción, existieron sectores minoritarios que no apoyaron estos posicionamientos. Referimos a aquellos vinculados al lanzamiento de la Alternativa Independiente por parte de una fracción de las FAP, en 1971. Bajo la coyuntura del GAN, los sectores más radicalizados dentro del *alternativismo* (sobre todo, el grupo conocido como “los iluminados” vinculados al “Turco” Caffati) llamaron a votar en blanco en los comicios. Estas posiciones, como la propuesta de conformar una organización independiente al movimiento peronista, quedaron anacrónicas ante la efervescencia popular por el retorno de Perón. Sin embargo –como veremos en este libro–, cuando la coyuntura vuelva a virar (ya durante los gobiernos peronistas), el *alternativismo* volverá a ser una opción para sectores de la TRP.

En el número siguiente —el de marzo de 1972—, la revista afirmaba que Perón “no ha caído en la trampa”, puesto que si bien había tomado las promesas electorales, no había desalentado la actividad de las organizaciones armadas, sino que, por el contrario, las había elogiado (*E*, n° 5, 3/1972, p. 55). Comienza a vislumbrarse allí el argumento clave con que gran parte de la izquierda peronista se posicionará frente a la salida electoral: los comicios como una táctica más en el camino hacia el “socialismo nacional”. En efecto, la publicación de *E* previa a las elecciones del 73 apuntaba que el peronismo había librado una “doble batalla”: por el gobierno y por el poder. Desde esta perspectiva, la conducción estratégica de Perón (concebido como líder revolucionario) le había “arrancado” las elecciones al régimen: “El camino de la liberación nos lleva a dar la respuesta en el campo electoral [por eso] no es correcta la consigna ‘elección o revolución’” (*E*, n° 8, 3/1973, p. 11).

Por otra parte, actores del peronismo revolucionario, como las FAR, se posicionaron frente a las elecciones con una “lógica instrumental”: los comicios fueron interpretados como “una táctica al servicio de una estrategia revolucionaria más amplia: construir el Ejército del pueblo que finalmente permitiera alcanzar el socialismo en Argentina” (González Canosa, 2018: 166). La diferencia entre las FAR y los sectores más *movimientistas* de la TRP fue, como hemos dicho, la caracterización de Perón: sostener que el anciano general era un “líder popular” reservaba el rol de vanguardia a la dirección de las organizaciones revolucionarias.

Aunque *MPL* aún no circulaba, la coyuntura preelectoral también atravesó las trayectorias de los militantes que poco después dieron forma a la revista. Analizando sus posiciones previas (sobre todo las publicadas en *NH*), podríamos aventurar que en las lecturas de gran parte de ellos también predominó aquella lógica instrumental. En principio, porque apostaban a la radicalización del peronismo a través de la experiencia obrera; pero también porque esa superación del peronismo se consideraba clave para alcanzar un “desarrollo que elimine toda posibilidad de asimilación al sistema y lo posea en perspectiva socialista, para la toma del poder” (Rot, 2016: 97). En

una nota titulada “Peronismo y extensión de la guerra”, Ortega y Duhalde apuntaban:

Una definición completa de la guerra en esta semicolonía que es la Argentina nos obliga a volver sobre el tema de la lucha armada. Pensamos que un análisis [...] político nos hace ver que cuando se realizan acciones armadas, lo que se pretende es impulsar la lucha de masas, no sustituirla. En este sentido, la lucha armada es un medio. De allí es que será fundamental ver en qué contexto y con qué fines se da la lucha armada (*NH*, n° 19, 11/1971, p. 15).

Estas posturas constituyen pistas analíticas para reconstruir las visiones sobre la salida electoral. El hecho de que los dirigentes políticos del agrupamiento en formación sostuvieran que la lucha armada era un medio y, como tal, dependía —entre otras cosas— del contexto nos permite suponer que, en el orden de las apuestas, las elecciones también podían constituir un medio dentro de la “guerra popular y prolongada”. En efecto, en aquella nota apuntaban: “La lucha armada no puede limitarse al aspecto puramente militar, ni el apoyo a la misma puede quedarse estancado en torno a ese objetivo. El punto en juego es [...] envolver a la población en una lucha, sea cualquiera el grado, límite o lugar donde se realice la lucha” (*NH*, n° 19, 11/1971, p. 15).

Respecto del rol de Perón, analizaban que su “propuesta táctica y estratégica [...] en relación con la guerra popular no ha sido motivo de análisis fundamentado por parte de los teóricos de esta última” y, encarando la reflexión, afirmaban:

Pensar una integración del peronismo, en tanto Perón-clase trabajadora, en el marco de la contradicción imperialista es hierro de madera [...] El peronismo, en tanto esencialmente es clase trabajadora, no es adecuado al Sistema [...] No es burgués, pero tampoco equivale a definirlo como revolucionario, ya que definirlo como tal equivaldría a colocarlo en disposición de toma de poder, lo cual no surge del examen que efectuamos (*NH*, n° 21, 12/1971, p. 5).

Retomando la definición que antes habíamos adelantado, Ortega y Duhalde afirmaban que “la estrategia de Perón [...] ha sido la de un conductor de resistencia” y, por ello, observaban:

La Argentina combatiente de la década genera una concepción de toma del poder que convive, con dificultades, con la concepción de resistencia. Se trata de un momento de subjetividad voluntarista, que se contrapone al trabajo con totalidades objetivas [y] asume la guerra popular como un proceso largo y prolongado (*NH*, n° 21, 12/1971, p. 5).

Si sumamos estas evaluaciones a la posición política que, como veremos, los integrantes del grupo en formación asumieron frente a la asunción de Cámpora, podemos afirmar que, en efecto, las elecciones fueron interpretadas como un medio válido para llegar al gobierno, apostando a que la gestión peronista encabezara una nueva etapa, que moldeara las bases del tránsito hacia el *socialismo nacional*.

Desde esta perspectiva, el nuevo gobierno debía pronunciarse sobre cuestiones claves como la política económica, la educativa (“la Universidad al servicio del pueblo” será uno de sus ejes centrales), la política a tomar frente a las Fuerzas Armadas y de Seguridad (la designación de Esteban Righi⁴⁵ como ministro del Interior fue una decisión apoyada por la izquierda peronista) y la problemática de la Justicia, que se combinaba con otra (y más urgente): la necesidad de que el gobierno tomara posición respecto de la situación de los presos políticos.

Esta última cuestión fue fervientemente debatida en “la Gremial” y también dentro del peronismo revolucionario: cinco días antes de que Cámpora asumiera el gobierno, se llevó a cabo en Cór-

45 Esteban Righi fue abogado defensor de presos políticos, miembro de la Asociación Gremial de Abogados y compañero de muchos de los nombrados a lo largo de este capítulo. Su militancia dentro del peronismo revolucionario despertó numerosos apoyos en torno a esta designación. En su primer número, *MPL* deja en claro el apoyo al nuevo ministro a través de un par de notas en las que afirman estar asistiendo a la conformación de un nuevo orden social cuyo correlato era nuevas políticas en materia de seguridad, forjadas sobre el valor y la moral revolucionarias. La designación de Righi es considerada pertinente para esta nueva etapa (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 7).

doaba la segunda reunión nacional de abogados, los días 19 y 20 de mayo de 1973. El temario debatido en el plenario recorría las preocupaciones centrales que los atravesaban en los momentos previos a la asunción del “gobierno popular”: la libertad de los presos políticos, la “remoción de los jueces cómplices de la dictadura militar”, la “derogación de la legislación represiva” y la “represión contra el movimiento obrero y popular”.⁴⁶ Aunque el peso de la coyuntura política era un factor de presión determinante, “ello no significaba que los abogados renunciaran a la argumentación y a la retórica jurídica” (Chama, 2010: 212). En términos generales, se entendía que la Justicia (salvo pocas excepciones) estaba al servicio de la dictadura militar y había sido una pieza clave para sustentar la sistemática represión contra el pueblo y contra la militancia revolucionaria.

Los posicionamientos políticos se transformaron frente a la nueva coyuntura y, entre ellos, dos discusiones fueron claves: la primera se refería a la figura jurídica que debía garantizar la libertad de los presos políticos: ¿amnistía o indulto?; la segunda ponía en juego compromisos más profundos, ya que cuestionaba la continuación —o no— de la defensa de presos políticos ante un nuevo gobierno democráticamente elegido.

La primera discusión marcaba agenda en torno a la situación de los presos políticos. Si bien la liberación no se discutía, las diferencias anclaban en el camino: el indulto versaba en el perdón de los delitos y se lograba con un decreto del Poder Ejecutivo. La amnistía desconocía el hecho delictivo, pero requería de la aprobación en el Congreso (Celesia y Waisberg, 2007: 234). La Asociación Gremial de Abogados abrió la discusión —que era de orden ideológico y político— y entre los afiliados que disputaban las alternativas estaban Ortega Peña, Duhalde, Alicia Pierini, Mario Kestelboim, Mario Hernández y Roberto Sinigaglia, entre otros. El grupo encabezado por Ortega Peña y Duhalde optó por el camino más rápido (el in-

⁴⁶ Según expresaba el documento final, el plenario contó con la participación de 150 asistentes que “representaban” a otros 3000 abogados de todo el país. A este no solo adhirieron las asociaciones profesionales, sino también comisiones de solidaridad con los presos políticos (como la COFAPEG cercana al ERP, la OSPPEGG vinculada al maoísmo o la comunista LADH, entre otras) y organizaciones sindicales, políticas y estudiantiles (Chama, 2010).

dulto), mientras que había quienes preferían esperar para obtener la amnistía. Alicia Pierini –abogada ligada a Montoneros– argumenta:

Fue una pelea durísima. El debate era entre la línea de Ortega Peña, que sostenía el indulto ya y ni un solo día del gobierno popular con presos políticos, y nosotros, que sosteníamos que no había delito sino hechos revolucionarios. Estábamos por la amnistía para que se comprometiera el Congreso, aunque hubiese que esperar 15 días más (2006).

La discusión comprometía posiciones que se alineaban a las particularidades de un gobierno peronista, popular y democrático. Los integrantes del grupo político aquí analizado tenían mayores coincidencias con el PRT-ERP, que levantaba la consigna de “ni un día de gobierno peronista con presos políticos”. Sin embargo, esta opción no talló de igual forma entre otros sectores del peronismo que sentían las presiones del futuro gobierno en carne propia (Celesia y Waisberg, 2007: 235). Entre estos estaba Montoneros que, además, sostenía una postura principista que buscaba afirmar que no había habido delitos, sino acciones revolucionarias. Pierini apunta que las diferencias entre Montoneros y el grupo fue que estos

... miraron la coyuntura de la libertad ese mismo día. A nosotros no nos importaba tanto que fuera ese día pero sí que se borrarán los delitos [...] el debate es histórico y se profundizó después del 73 entre las organizaciones más peronistas y el PRT, al cual respondía bastante Ortega Peña y compañía (2006).

La última afirmación es interesante porque, más que un vínculo orgánico entre el grupo que ya se nucleaba en torno a Ortega y Duhalde y la organización guevarista –que, en efecto, no existía–, da cuenta de la independencia del grupo político en formación, que no tenía pruritos en adoptar posiciones o consignas de la izquierda no peronista si las consideraban acertadas. Esta amplitud política que venía caracterizando a la militancia de los futuros miembros del grupo será una característica clave de las revistas *MPL-DF*.

Ahora bien, respecto de Montoneros, las coincidencias no estuvieron a la orden del día. En el período previo a la asunción de Cámpora –cuando los integrantes del grupo se abocaban a la defensa de presos políticos–, Montoneros creó su propia defensoría –el conocido “Servicio de Presos” bajo la dirección de Adriana Lesgart– por la “desconfianza” que le despertaba el vínculo político que “la Gremial” establecía con las direcciones revolucionarias, fueran peronistas o marxistas (Rot, 2016: 100). El debate frente a la liberación de los presos reverdeció las diferencias. Celesia y Waisberg reconstruyen una reunión entre Ortega, Duhalde y Montoneros en la que los abogados habían afirmado que liberarlos “es un deber y no un problema”, acusando a la organización peronista de pretender “un compromiso de silencio y aceptación de los tiempos de la primavera camporista” (2007: 234-235).

Finalmente, la situación de los presos políticos se resolvió el 25 de mayo, día en que asumió el nuevo gobierno. Luego de la jura presidencial, una multitud se dirigió al penal de Villa Devoto, exigiendo la liberación inmediata de los detenidos. Presionado por el “Devotazo”, Cámpora firmó el indulto y confirmó la liberación inmediata de los detenidos políticos. Quince días después, los ex presos fueron amnistiados por el Poder Legislativo. Si bien el conflicto se resolvió en favor de ambas figuras legales, el debate puso sobre el tapete la heterogeneidad de la TRP. En efecto, Celesia y Waisberg apuntan que la idea de publicar una revista como *MPL* respondió a la necesidad de conformar un medio que sirviera como canal de expresión de las disputas que se estaban dando entre sus diferentes sectores, sobre todo, de aquellos que, dentro de la TRP, no se identificaban con las posiciones de Montoneros-JP (2007).

Respecto del segundo debate, la continuidad de la actividad defensorista durante el gobierno popular, las posiciones fueron variadas. Estas ponían en juego diferencias político-ideológicas que no solo referían a la nueva coyuntura, sino también a la continuidad de acciones armadas contra un gobierno democráticamente elegido y la expectativa de que se asistía a una etapa revolucionaria encarada por la gestión peronista. En este sentido, los abogados nucleados en “la Gremial” estaban atravesados por el interrogante de si debían

o no aceptar la defensa de futuros imputados en acciones armadas, durante el nuevo gobierno. Más aún, la cuestión refería incluso a la concepción política y jurídica sobre los posibles detenidos: ¿debían ser considerados como presos políticos? Para un sector de abogados, el hecho de que se pusiera en riesgo a un gobierno democráticamente elegido los posicionaba fuera de esa caracterización. Para otros, esta categoría estaba determinada más por los objetivos y los móviles que por las prácticas o los efectos de sus actos (AA. VV., 2010: 29).

Cierto es que más allá de las discusiones específicas en torno a “la Gremial”, el gobierno de Cámpora llevó a que las organizaciones armadas peronistas decidieran suspender las acciones militares (al menos de modo predominante, aunque en su mayoría no se desarmaron) para sostener al “gobierno popular”. Incluso el ERP, que no tenía compromisos políticos con un gobierno de signo peronista, decidió darle una “tregua”, focalizando su accionar militar contra las Fuerzas Armadas y las empresas multinacionales.

Si recordamos que para los dirigentes del grupo político la lucha armada era una táctica más dentro de la estrategia revolucionaria de guerra popular y prolongada, no resulta ilógica la posición asumida frente a un gobierno al que se apostaba revolucionariamente. Junto con esto, las consecuencias del “Devotazo” fueron el puntapié para que resolvieran abandonar la defensa de presos políticos, proyectando su energía en otro tipo de actividades. Al decir de Eduardo L. Duhalde:

Nosotros no estábamos de acuerdo en seguir operando después del 25 de mayo [...] De hecho no defendimos a ningún guerrillero ni a nadie que hubiera actuado en operaciones guerrilleras después del 25 de mayo. Nuestra propia actividad estaba orientada hacia otra cosa, hacia la política, habíamos cerrado un poco nuestra etapa de defensores políticos. Pero también creíamos que la situación había cambiado y era una locura operar en ese momento (Celesia y Waisberg, 2007: 236).

Esta nueva construcción giró en torno a *MPL*, que se presentó como una herramienta que no solo se proponía representar la plu-

alidad de voces dentro del espectro revolucionario –abriendo el espacio a organizaciones que disentían con las propuestas políticas de Montoneros y la JP–, sino también dentro del peronismo. Como veremos, *MPL* no tuvo reparos en ser profundamente crítica con las políticas que interpretaba erróneas; ejemplo de ello fueron las posiciones asumidas respecto del pacto social (programa económico clave del proyecto peronista) con el que fueron intransigentes desde el primer número. De esta manera, *MPL* primero y *DF* después condensaron estos espacios de experiencia compartidos al tiempo que ofrecieron un horizonte de construcción permanente (y presente) en una coyuntura compleja. Sus páginas trazaron las apuestas que el grupo político que la llevó adelante realizó dentro y fuera del peronismo.

Capítulo 2. Materialidad y aspectos formales de las revistas *MPL-DF*

A lo largo del siguiente capítulo proponemos una descripción detallada de la estructura de *MPL* y de *DF*: por un lado, reconstruiremos sus condiciones de producción y distribución: el grupo político, el equipo editorial, la cantidad de números y la tirada del semanario, sus formas de financiación y distribución, etcétera. Por el otro, caracterizaremos sus secciones, distinguiendo aquellas que fueron fijas, móviles o especiales. Es decir, todas aquellas características referidas a la materialidad del proyecto político-editorial. Este primer acercamiento nos permitirá aproximarnos a las revistas como un proyecto político y militante al tiempo que abre paso al análisis posterior: el *punto de partida* de publicaciones que buscaron incidir políticamente en las agitadas aguas de 1973 y 1974.

***MPL*. El grupo político, el equipo editorial y las condiciones de producción/distribución**

La revista *MPL* respondió claramente a los criterios que Antonio Gramsci plantea para el tipo de medio “político-crítico”: la existencia de un cuerpo de redactores especializados que hayan alcanzado cierto grado de homogeneidad y representen un punto de llegada en el desarrollo de un movimiento cultural (2012: 161-162).

En el caso de *MPL*, esta exigencia puede analizarse a través de un doble registro: el del equipo editorial —extremadamente pequeño— y el del grupo político. En el primer caso, el cuerpo de editores

se reducía a Ortega Peña, Duhalde y los hermanos de este, Marcelo y Carlos María. Más aún, en la práctica, el producto final tenía mucho de Ortega y Duhalde: ambos eran quienes escribían la mayoría de las notas, quienes la habían diagramado y quienes realizaban los mayores esfuerzos para que el proyecto estuviera en la calle. Como hemos dicho, la militancia los había mantenido unidos y habían forjado una relación de identidad que no se reducía solo a la política. La homogeneidad cultural, política e intelectual a la que habían llegado era tal, que se materializaba indivisible en la labor conjunta: *“Rodolfo y Eduardo tenían una particularidad que yo no he conocido en otra gente: empezaba a escribir uno y de repente le avisaban ‘te sonó el teléfono’, entonces se sentaba a escribir el otro y después ni ellos mismos sabían qué parte había escrito cada uno”* (Duhalde, M., 2014). A la vez, también recuerda que este equipo había contado con la colaboración de otras personas:

... una pareja de compañeros que vinieron y se quedaron todo el tiempo que se pudo sostener un local [...] había también en un momento una colaboración de dos mujeres grandes que habían sido del PC que colaboraron un tiempo [...] estuvo creo que la mujer de Tomás Eloy Martínez un tiempo y después los compañeros de siempre (idem).

Las militantes del PC eran Sara Jorge y Berta Sofovich y ambas habían fundado la editorial Lautaro. Marta, la mujer de Rodolfo, también colaboraba con las cuestiones formales de la revista (Cellesia y Waisberg, 2007: 247) y durante las primeras publicaciones contaron con la colaboración de dos diseñadores que ayudaron a pensar el formato del semanario.

El segundo registro, el del grupo político, amplía los márgenes a la participación de dos tipos de integrantes: aquellos que trabajaban directamente (escribiendo notas) y quienes lo hacían indirectamente (aportando información, recursos económicos, defendiendo al medio de las acusaciones judiciales –tal fue el caso de González Gartland, quien recuerda ser *“el abogado de MPL”* [2015]– o simplemente, acompañando con opiniones y críticas). Así, quedaba conformado por Vicente Zito Lema, Mario A. Hernández, Roberto

Sinigaglia, Gustavo Roca, Carlos González Gartland (miembros de “la Gremial”), Ricardo Carpani, Mónica Peralta Ramos (socióloga y economista) que aportaba en las notas de fondo, al igual que Alicia Eguren, el abogado laboralista Héctor Recalde, Miguel Ángel Radrizzani Goñi (abogado defensor de presos políticos) y Diego Muñiz Barreto (empresario y colaborador económico).

Al mismo tiempo, el grupo se nutría de militantes de diferentes organizaciones revolucionarias como Rubén Dri (referente del PB), Rodolfo Mattarollo (abogado defensor de presos políticos, cuya trayectoria había comenzado en el peronismo y terminó vinculada al PRT-ERP), Ignacio Vélez (militante de McJSN), Osvaldo “Cacho” Acosta (abogado del PB y miembro del Movimiento Villero Peronista), Elsa Portugheis y Ricardo Yacomini (militantes de las Fuerzas Armadas de Liberación [FAL]), quienes afirman haber sido “enviados” por la organización a trabajar en *MPL* y continuaron con la experiencia de *DF* (Portugheis, 2015). En este punto, Marcelo Duhalde recuerda:

Vicente [Zito Lema] era un amigo, el cura también [en referencia a Dri]. Como ellos un montón de compañeros-colaboradores que realizaban aportes que a veces llegaban solos y a veces les pedíamos sobre determinados temas, que si bien no integraban el staff formal de la revista, pero sí tenían una pertenencia al grupo, al proyecto político de la revista (2014).

Compuesta por 38 ejemplares que fueron publicados entre junio de 1973 y marzo de 1974, la revista adquirió forma a medida que se fue realizando, por lo que el primer número poco tiene que ver con el último. El proyecto de publicar una revista semanal implicó grandes esfuerzos para el grupo político que se embarcó en la tarea, no solo por las exigencias y la dedicación que requería asegurar que la revista circulara cada semana, sino por el costo económico que suponía su producción. Como afirma Marcelo Duhalde, “*todo era hecho a pulmón y no teníamos desarrollo tecnológico propio, nos manejábamos como a la más vieja usanza, con las máquinas de escribir*” (ídem) y gracias a los aportes de miembros del grupo cuyas colaboraciones no se reducían solo a la participación intelectual, es

decir a la escritura de notas y secciones, sino a contribuciones técnicas y económicas que permitían que el proyecto pudiera llevarse a cabo. A su vez, también recibían ayuda externa (aunque esporádica) de organizaciones políticas armadas y no armadas, peronistas y marxistas, que estaban interesadas en que la revista saliera a la calle.

Uno de los aportes económicos más importantes fue realizado por Diego Muñiz Barreto,⁴⁷ hombre de fortuna heredada quien, como muchos, había comenzado su militancia desde el antiperonismo para luego sumarse a las filas del movimiento, con la convicción de que era necesario desarrollar en la Argentina un nacionalismo popular revolucionario (Baschetti, s/f). La ayuda económica proporcionada por Muñiz Barreto fue “*un aporte importante y sostenido a lo largo del tiempo*”, que se conjugaba con aquellos aportes que llegaban en momentos críticos por parte de amistades y, también, de “*empresarios nacionales*” que coincidían con las posiciones que la revista planteaba y defendía; entre ellos destacamos la colaboración de Rafael Perrota, quien en aquel momento dirigía el diario *El Cronista Comercial* y permitió que la revista desarrollase sus primeros números en los talleres del matutino (Duhalde, M., 2014). Otro colaborador económico fue Tomás Eloy Martínez: el autor donó el producido de las tres primeras ediciones de *La pasión según Trelew*, crónica de la resistencia popular tras la masacre de 1972, para la que había recibido la ayuda y colaboración de Ortega y de Duhalde (Celesia y Waisberg, 2007: 259).

En el orden de los aportes externos, algunas organizaciones del espectro revolucionario “*que tenían interés en que la revista no desapareciera*” acercaban ayuda “*en la medida en que podían [...] Nuestro gasto fundamental era el papel*” (Duhalde, M., 2014). Celesia y Waisberg afirman que el semanario contaba con las contribuciones que arrimaba Cacho Acosta por parte del PB y los desembolsos del PRT. En este punto, Enrique Gorriarán Merlo (miembro de la

⁴⁷ Muñiz Barreto se desempeñó como diputado de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo hasta la renuncia del “grupo de los 8” en 1974. Como veremos más adelante, cuando el gobierno de Perón instó a aprobar la modificación al Código Penal, estos diputados renunciaron. Rodolfo Ortega Peña asumió una de las bancas vacantes a través de un bloque unipersonal denominado “de Base”.

conducción del ERP) afirma: “*El PRT financió Militancia, ya que le dábamos mucha importancia a la revista, que ejercía presión en el sentido de la unidad*” (2004). En esta misma línea, otras organizaciones del marxismo revolucionario, como las FAL y el ERP 22 de Agosto (escisión del PRT-ERP), al igual que grupos como McJSN (escisión de Montoneros), también colaboraban con *MPL*.⁴⁸ De todos modos, los aportes no eran demasiado grandes ni definitivos. De hecho, Eduardo Luis Duhalde recalca sobre la revista:

Nunca tuvo una fuente directa de financiación, prácticamente no tenía otros gastos más que los de la impresión. Se sostenía con la venta y cada vez que había un desfase económico lo salvábamos con la ayuda del PRT, algún empresario amigo, otras veces gente del PB y nosotros que poníamos el esfuerzo gratuito en cada edición (2004).

Todas las colaboraciones resultaban de gran importancia, dado que la revista enfrentaba los desafíos que implicaba una publicación semanal. Si bien originalmente había sido pensada como una revista mensual, las repercusiones de su primer número condujeron a que los directores decidieran hacerla quincenal y, finalmente, en respuesta al “voluntarismo” de Ortega, semanal. A pesar de las dificultades, el último número de la revista llegó a tirar alrededor de cincuenta mil ejemplares, diez veces más que *Confirmado*, una importante revista político-periodística de la época (Duhalde, M., 2014). En efecto, *MPL* consiguió tener un perfil y un público. Según recuerda Eduardo Luis Duhalde, “*se vendía al día que salía porque la gente la buscaba y la esperaba*” (2004). La tirada en aumento y su venta en puestos callejeros, junto con el resto de la prensa, permite tener una pauta de la influencia que la revista logró construir durante el período de su publicación.

Las posiciones críticas con las políticas del gobierno, el apoyo a las organizaciones armadas y no armadas del espectro revolucio-

48 El ERP 22 de Agosto fue una escisión del PRT-ERP producida en 1973, producto de diferencias políticas y estratégicas frente a la cuestión del peronismo en la coyuntura del retorno electoral del movimiento al poder y al gobierno. Por su parte, la Columna Sabino Navarro fue un desgajamiento de Montoneros producido tiempo antes (en 1972), luego de que un grupo de militantes presos en Córdoba escribiera un documento autocrítico con lineamientos político-ideológicos cercanos a la Alternativa Independiente.

nario y el enfrentamiento cada vez más explícito con Perón fueron elementos que potenciaron la persecución sufrida por la revista durante todo el período. El vínculo del semanario con las organizaciones del espectro revolucionario fue estrecho y no se limitó a los márgenes del peronismo revolucionario. Por el contrario, *MPL* abrió sus páginas a todas aquellas organizaciones que quisieran participar. En este sentido, si bien ha sobrevolado el supuesto de que *MPL* era “la revista del PB”, ese vínculo nunca fue orgánico. En palabras de Marcelo Duhalde:

Nosotros no estábamos orgánicamente en ninguna organización, pero sí teníamos muy buena relación con todas, porque el principio que habían establecido desde siempre Ortega y Eduardo es que defendían a los presos de todas las organizaciones “porque todo luchador contra el sistema era un integrante del campo popular” [...] Esto permitió tener un buen diálogo con las organizaciones, y algunas nos vieron con mayor interés, otras no [...] no había una orgánica, sí había coincidencias políticas que vienen de mucho antes y que pasan por distintos momentos, como sucedió con las FAR, como sucedió por ejemplo [...] nosotros tenemos mucho debate con el PRT. Finalmente se puede ver que tenemos mayor cercanía con el PB (2014).

Este aspecto es clave y remite al carácter de revista independiente que, como señalamos, introduce un diferencial importante respecto de gran parte de los medios coetáneos. Si bien para la época existían proyectos de “prensa popular de masas” (Carrera y Denza, 2016: 19) impulsados por organizaciones como Montoneros y el PRT-ERP –tal fue el caso del diario *Noticias* o el vespertino *El Mundo*, experiencias que ampliaron el *staff* a integrantes que no eran militantes–, ambos estuvieron vinculados, en última instancia, a la dirección de las organizaciones.

En el caso del grupo *MPL-DF*, su inorganicidad no solo otorgaba libertad en el análisis crítico, sino que también la convertía en un medio leído por gran parte de la militancia revolucionaria, peronista y marxista. Esta característica se nutría de los vínculos que el grupo había sostenido con las organizaciones revolucionarias en

el período previo y, en el orden de las proyecciones, alimentaba la apuesta por la unidad del campo revolucionario.

Sobre las coincidencias con el PB, se fueron afianzando en la medida en que se complejizó el contexto político. Las tensiones en la identidad política de la revista se establecieron como respuesta a la coyuntura y a las posiciones que el peronismo gobernante (y el propio Perón) adoptaron durante el transcurso de la experiencia de gobierno. En este punto, la coincidencia con aquellas organizaciones que, dentro de la TRP, habían comenzado a levantar la consigna de la “alternativa independiente” se materializó en las páginas de la revista con mayor fuerza. Rubén Dri, militante del PB y colaborador del proyecto político-editorial, explica esta relación: “*Hay una aclaración que hacer con respecto a la revista y el PB como ‘organización desorganizada’, pero un tipo de organización al final: Ortega Peña y Duhalde no estaban incorporados ni a las FAP ni al PB, la pertenencia de ambos es ideológica*” (2014).

Esta “pertenencia ideológica” al *alternativismo* —y a sus organizaciones representativas: PB, FAP Comando Nacional (dirigida por Raimundo Villafior), McJSN, Montoneros Columna José Sabino Navarro, Frente Revolucionario Peronista (FRP) liderado por el sindicalista Armando Jaime, gremios y cuadros del sindicalismo combativo como los Trabajadores Gráficos dirigidos por Ongaro, los empleados de farmacia con Jorge Di Pascuale a la cabeza y los telefónicos, encabezados por Julio Guillán— se expresará en la coincidencia del análisis político en torno a la coyuntura y se materializará en el lugar cada vez más amplio que estas organizaciones tendrán en las páginas de la revista.

La complejidad del contexto político que enmarcó la publicación de *MPL* se convierte en un factor explicativo de las transformaciones en la identidad política del grupo, los cambios en las alineaciones político-ideológicas expresadas en *MPL-DF* y las dificultades crecientes de esta experiencia político-editorial cada vez que la represión aumentaba y ahogaba todo canal de expresión política. En efecto, las presiones se reflejan en la información editorial de los números de la revista que, lejos de mantenerse invariante, fue modificándose al calor del *tempo* político. En el primer número, Carlos

María y Marcelo Duhalde aparecían como directores responsables de *MPL*. La información editorial no ofrecía datos sobre la imprenta, ni la dirección de la administración y redacción del semanario; sí informaban sobre el responsable de la distribución de la revista en la ciudad de Buenos Aires, quien además se mantuvo constante hasta la publicación del último número: “Arturo Apiccella e hijo”. Según recuerda Marcelo Duhalde, Apiccella era uno de los distribuidores más importantes, y “*aunque para él era un tema comercial, se la jugaba un poco porque apoyaba [...] eran más de 40.000 ejemplares, que era mucha plata*”. La aclaración es pertinente porque, siguiendo al entrevistado, la distribución “*era un problema*” (2017).

Recién a partir del segundo número, publicado el 21 de junio de 1973, se agregó información sobre la dirección de la redacción de *MPL*: un estudio jurídico ubicado en Sarmiento 1422, piso 4, oficina 1. Esta ubicación cambió luego de que un atentado destruyera el departamento, el 9 de octubre de 1973, dos semanas después del asesinato de José Ignacio Rucci. A la vez, a partir del cuarto número –publicado el 5 de julio de 1973–, Ortega Peña y Duhalde aparecen como “responsables interinos” de la publicación, cargo que mantuvieron hasta el n° 38. Según Marcelo Duhalde, la decisión se debió a una “*evaluación política*” dirigida a preservar los cargos públicos que él y Carlos María ocupaban, en un contexto político y social “*álgido*” y “*de un ritmo feroz*” (2017).

A pesar del contexto y del enfrentamiento con una política represiva que iría *in crescendo*, apostaron a que la circulación de la revista no se limitara a Buenos Aires, sino que pudiese llegar al resto del país. En el quinto número, publicado el 12 de julio de 1973, la información editorial agregaba que la distribución de *MPL* se extendía hacia el interior. Esta no era una tarea simple; las tensiones de la coyuntura no recaían solo en los responsables de *MPL*, sino también sobre las diferentes empresas que colaboraban con su publicación y circulación:

La distribución era en todo el país, con algunos lugares de muchísima dificultad, como por ejemplo Córdoba, porque la burocracia sindical del momento paraba los camiones que llevaban la revista

Militancia antes de entrar a la ciudad y los hacía bajar [...] En algunos casos era eso y en otros casos la dificultad propia de la distribución. Hubo también otra presión que fue directamente sobre el distribuidor, porque estaba amenazado de muerte. Nosotros, cuando por razones de seguridad dejamos de imprimir en el diario El Cronista Comercial, pasamos a una imprenta comercial que se llamaba Rotog Arg. Allí se sumaron una serie de conflictos, porque ahí mismo se imprimía la revista El Caudillo, de Romeo. Los de la imprenta también sufrieron amenazas, pero en la medida en que ellos eran una empresa que imprimía Estrella Roja, El Descamisado, El Caudillo, la de Norma Kennedy [...] una cantidad de revistas [...] podían sostener la impresión, porque era como un lugar neutral; lo que no era neutral era cuando teníamos que ir a hacer las correcciones [...] los trabajadores de la imprenta tenían mucho miedo de que se armara un tiroteo [...] la derecha entendía la disputa en términos escritos, ellos lo llevaban a la acción directa (Duhalde, M., 2017).

Según recuerdan algunos entrevistados, la revista lograba llegar a los centros urbanos más importantes, aunque las entregas se retrasaban y, en general, llegaban pocos números. La tarea de distribuir las publicaciones en el interior estuvo a cargo de la empresa “Daesa SRL” hasta el n° 24, publicado el 22 de noviembre de 1973. En este número, la información editorial daba cuenta de que la distribución pasaba a estar a cargo de la empresa “Cóndor SRL”. El testimonio de Duhalde permite apreciar esta decisión en relación con las amenazas que el distribuidor venía sufriendo. Sin embargo, la empresa Cóndor tampoco se mantuvo constante. De hecho, a partir de ese momento la revista intercaló información sobre ambos distribuidores, en una estrategia que parece haber estado dirigida a confundir a los sectores de la derecha que los amenazaban.

El análisis de este tipo de información ofrece un buen termómetro de la complejidad del contexto y del recrudecimiento de la violencia: *MPL* cambiará de ubicación, intercalará sus distribuidores para el interior del país y no podrá sostener su salida semanal regularmente: el n° 30 salió publicado el 3 de enero de 1974 y el

siguiente, el 17 de enero de ese año. Finalmente, a partir del nº 34 predominó la publicación quincenal hasta su clausura: ese número fue publicado el 7 de febrero de 1974, el nº 35 el 21 de febrero, el nº 36 publicado el 7 de marzo, el nº 37 el 14 de marzo y el nº 38 el 28 de marzo, cuando la revista fue clausurada.

Gráfica, notas y secciones

Entre las revistas de la época, *MPL* se destaca por el carácter atractivo de su gráfica. Todas las tapas salían a color y cada número era particularizado con uno distinto y llamativo. Las fotografías que elegían para la portada acompañaban los temas o notas centrales, que en general tenían que ver con críticas sobre la coyuntura (incluyendo políticas de gobierno), el avance represivo o la injerencia creciente de las Fuerzas Armadas.

En la mayoría de los casos, las tapas de la revista iban acompañadas por fotos de personalidades políticas relevantes, adelantando el estilo ácido y sumamente crítico que caracterizó al semanario: como ejemplo de ello, el nº 1 salió con tapa roja y una foto del ministro de Economía José Gelbard —pieza clave para el programa de gobierno—, quien fue un blanco de críticas permanentes por parte de la revista. Los titulares tenían un tono sugestivo, buscando provocar a sus diferentes interlocutores, sea el gobierno peronista, las organizaciones hegemónicas dentro de la TRP o los sectores de derecha dentro del movimiento. En muchos casos, los títulos de tapa coincidían con el de la editorial y, en líneas generales, todos hacían referencia a la problemática central que atravesó el período de la publicación: la relación entre los sectores revolucionarios y la experiencia del tercer gobierno peronista y el enfrentamiento cada vez más crudo entre ambos. En muchos casos, acudían a frases y consignas del campo popular, pasadas y presentes: “La sangre derramada no será negociada”, “Apoyo a los leales, amasijo a los traidores”, “Si Evita viviera...”, “Ni olvido ni perdón”, son algunos ejemplos.

Otro elemento relevante es el juego de palabras establecido entre la tapa y la contratapa. Estas últimas contenían frases significa-

tivas de personalidades del espectro revolucionario que, en general, continuaban o “respondían” a la temática planteada en la tapa. Es interesante notar que en los primeros números muchas de las contratapas contenían frases de Perón; sin embargo, a medida que la identificación con el líder fue entrando en tensión, fueron reemplazadas por frases de Eva Perón, John William Cooke o consignas del campo popular.

El humor y la ironía tampoco faltaron ni en las portadas ni en el cuerpo de la revista. Estos son elementos llamativos si se analiza el contexto trágico de la publicación. El avance de la política represiva, la espiral de violencia creciente y la ofensiva de los sectores de la “derecha peronista” y no peronista eran, en muchas ocasiones, trabajados a partir de este recurso, que no solo atravesaba notas y secciones, sino también, epígrafes y fotografías.

En relación con la primera publicación, estuvo plagada de títulos grandes y poco texto, tendencia que fue revirtiéndose progresivamente. Los primeros dos números tuvieron una extensión de 35 páginas; recién en la tercera salida, la extensión aumentó considerablemente, hacia las 50 páginas. En general, todas las revistas tuvieron esta extensión a excepción de números especiales en los que *MPL* publicaba alguna investigación en particular, alcanzando las 70 páginas. No podemos ignorar que la revista aumentó su cantidad de páginas en la tercera salida, publicada el 28 de junio de 1973, luego de la *masacre de Ezeiza*. Al titular “Osinde contra el pueblo”, *MPL* buscó cubrir (e interpretar) un hecho político que, como veremos, abrió una herida entre el grupo y el peronismo gobernante, que nunca lograron cicatrizar.

Con el correr de las publicaciones, la revista fue variando su forma y contenido. Una de las características más interesantes de la publicación recae en la lectura de la historia y del momento político. La presencia permanente y abundante de notas referidas a los procesos revolucionarios y regímenes “fascistas” en los países vecinos (sobre todo en Chile, Uruguay y Brasil) era analizada desde una perspectiva que denunciaba el avance represivo como una política de conjunto para los países latinoamericanos.

A su vez, la recuperación de procesos de descolonización en los países del Tercer Mundo y de la experiencia de la Revolución cubana en sus aniversarios o en relación con acontecimientos importantes da cuenta de una perspectiva que ligaba antiimperialismo y “liberación nacional” con “revolución social”. En este punto en particular, el eje “liberación nacional-revolución social” respondía a las influencias de Cooke y se expresaba tanto en el análisis del contexto como en la interpretación del peronismo como movimiento de liberación. Las publicaciones de sus escritos y cartas no solo apuntaron a referenciar a la revista, sino que eran utilizadas para posicionarse en los debates que se daban dentro y fuera del espectro revolucionario peronista. En efecto, desde épocas tempranas es posible advertir un juicio notablemente duro para con el rumbo que comenzaba a tomar el gobierno. Aunque en los primeros tiempos de *MPL* el grupo dejó entrever sus expectativas respecto de la gestión de Cárpora, no desestimaron las críticas hacia muchos de sus funcionarios ni dejaron de denunciar el rol cada vez más activo de la “burocracia sindical y política”, tanto dentro del movimiento peronista como del elenco gubernamental.

En términos estructurales, *MPL* estuvo formada por un caudal de secciones y notas políticas que tocaban temas del contexto nacional e internacional. Las notas no se firmaban y esto respondía a varias condiciones. En primer lugar, a una determinada forma de concebir la actividad política, que entendía que el anonimato de los autores ejemplificaba la horizontalidad del trabajo colectivo sustentada por el semanario. Otro motivo radicaba en que el cuerpo de redactores fijos era extremadamente pequeño y la firma habría vuelto redundantes ciertas autorías. Finalmente, el anonimato permitía preservar la seguridad de los miembros del grupo y de colaboradores externos que, en muchos casos, acercaban información relevante vinculada a las fuerzas de seguridad o a la política represiva. Según Marcelo Duhalde, “*llegaba muchísima información anónima*” y preservar a las y los autores era una manera de “*respetar y provocar esa colaboración*” (2015).

Las secciones eran recursos editoriales para lanzar críticas a personajes e instituciones públicas y apuntaban a la construcción de

una mirada determinada respecto de las necesidades de las bases, el desenvolvimiento del nuevo gobierno, de la militancia peronista y la disputa por incidir en un proceso político que *MPL* pretendía revolucionario. Un análisis detenido de estas hace posible identificar aquellas que fueron fijas –y se mantuvieron constantes desde la primera vez que fueron publicadas– y las que fueron móviles, es decir, que no fueron regulares, aunque sí recurrentes, por lo que adquirieron referencia y notoriedad dentro de la revista. Al mismo tiempo, muchas de esas secciones adquirieron nombre muy adentrada su publicación. Ejemplo de ello son las notas centrales, ubicadas en página 4, luego del editorial. En estas notas se realizaba un informe detallado sobre la coyuntura y sobre los hechos relevantes de la semana. Según recuerda Marcelo Duhalde, esta sección era escrita por Raúl Lagomarsino y la “*gente del grupo de Cooke*”,⁴⁹ y si bien su publicación era periódica, se sistematizó con el nombre “Semana Política” a partir del n° 16 de *MPL* (Duhalde, M., 2006).

En general, el cuerpo de secciones fijas y móviles no apareció desde el primer número. Las secciones fijas que se publicaron desde el inicio fueron: “Conflictos y Movilizaciones” y “Cárcel del Pueblo”. En el primer caso, solo dos veces no salió publicada: en el n° 2 (probablemente, por falta de espacio, pues *MPL* agregó secciones manteniendo la extensión de 35 páginas) y en el n° 34. En este último caso, la ausencia de esta sección (junto con otras) parece responder al momento político de la publicación (a tan solo cuatro números de la clausura). Esta particularidad será constante: la urgencia del tiempo político y la necesidad de tomar posición sobre los acontecimientos desplazará secciones fijas en favor de notas sobre la coyuntura o denuncias del avance represivo.

Respecto de la “Cárcel del Pueblo”, fue una de las secciones más controvertidas de la revista. Fiel a la política de retomar consig-

49 Raúl Lagomarsino fue un militante de la Resistencia Peronista, junto con César Marcos y John William Cooke. Estos fueron los creadores del Comando Nacional Peronista en Capital Federal. Por otro lado, el testimonio refiere a la “gente del grupo de Cooke” y con ello apunta a quienes giraron en torno a la Acción Revolucionaria Peronista (ARP), agrupación creada por aquel a mediados de los sesenta que no había sido pensada como organización para la lucha armada, sino más bien como una academia de formación de cuadros (Raimundo, 2006: 5).

nas del campo popular o de sus organizaciones revolucionarias, el título retomaba el nombre que el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros –organización revolucionaria uruguaya–, y luego el ERP, le asignaron a los lugares de detención de sus secuestrados. En la “Cárcel”, *MPL* apresaba editorialmente a quienes consideraba enemigos del campo popular, acompañando el nombre de los detenidos con la foto de un gorila.⁵⁰

A partir del segundo número, *MPL* incorporó otras secciones que también serán características y que dotarán a la revista de una identidad, como la “Sección Polémica” y el “Manual del Oprimido”. Ambas estaban dirigidas a los sectores populares y se plantearon desde un lenguaje coloquial. La “Sección Polémica” simuló un intercambio epistolar entre dos personajes obreros que debatían sobre la realidad del movimiento, el rol de Perón y el gobierno peronista.⁵¹ Los “Manuales”, por su parte, aportaban consejos legales para la clase obrera, señalando pasos a seguir frente a situaciones de acoso laboral o violación de derechos. A la vez, este número sumó las secciones “Ventana a la Contrarrevolución”, “Antología del Disparate”, “De Buena Fuente” y “Diccionario de la Entrega”, que se mantuvieron fijas hasta el final de la publicación. Por otra parte, también se incorporaron algunas de las secciones que hemos caracterizado como *móviles*, es decir, que no tenían una salida regular, pero sí constante: “Bases Sindicales” –que buscaba aportar

50 Como veremos, *MPL* fue incorporando nuevos adversarios a la tradicional identificación entre el “enemigo de clase” y el concepto de “gorila”. La figura retórica dejará de estar ligada solo al antiperonismo, para acompañar las resignificaciones en torno a los sentidos de la identidad peronista, que amplió las fronteras del *otro* a nuevos actores, varios de ellos internos al movimiento: la “burocracia política”, la “burocracia sindical”, la “derecha enquistada en el movimiento” o los sectores “continuistas”, caracterizados de este modo, pues se vinculaban a la dictadura militar. Es interesante señalar que, a partir del n° 25, se produce un verdadero desfile de figuras con peso político (como los ministros del gobierno o el representante de la oposición política con quien Perón tenía un diálogo fluido). Esto no fue casual: a esta altura, la publicación ya había experimentado varios quiebres respecto del gobierno y se enfrentaba con Perón explícitamente.

51 Esta sección fue un recurso clave para *decir lo indecible*. Los personajes –llamados “El Negro” y “Francisco”– se posicionaron sobre temáticas claves, a partir de una estrategia editorial que buscó generalizar las posiciones revolucionarias del grupo político, como si fueran comunes a las bases. Los personajes parecen adquirir vida propia a partir de un intercambio epistolar que sucede *en y a través de MPL*. Para un análisis más detallado, ver Stavale (2021).

críticamente a “la profundización de la revolución peronista en los barrios, fábricas, talleres y sindicatos” (*MPL*, nº 2, 21/6/1973, p. 4)– y “Panorama Militar”, que denunciaba la vitalidad de las Fuerzas Armadas y sus estrategias respecto de la militancia revolucionaria.⁵² Finalmente, este número incorpora una sección especial denominada “Testimonios de la Resistencia”, que saldrá solo hasta la publicación nº 6, y donde *MPL* retoma la palabra de militantes protagonistas de aquel período, publicándolos uno por vez.

En el nº 4 se incorpora “Poder Judicial, objetivo prioritario de la Revolución”, otra sección móvil que tomará notoriedad. Allí apuntaban las tareas que debían emprenderse para fundar un nuevo derecho, clave si se pretendía transformar el orden social. La sección puede pensarse como contrapunto de aquel *campo de denuncia* que el grupo político venía forjando desde principios de los setenta.

En el nº 6 se incorpora “Radiografía de un burócrata”, que en muchas ocasiones cambiará el nombre a “Radiografías de la cúpula” y que tampoco fue una sección fija, aunque sí tuvo una salida regular. Otra sección importante titulada “Reflexiones para el análisis” se incorpora a partir del nº 7. Si bien aparece publicada en el cuerpo de la revista, no es presentada en el sumario en esta primera ocasión. Lo mismo sucede con la caricatura “Tendencio”, que será un ícono para *MPL*.⁵³ El dibujito sale publicado en el nº 9, pero como un boceto suelto en el cuerpo de la revista, sin nombre y sin presencia en el sumario de secciones. Como veremos, el impacto y la repercusión de la caricatura la transformará en una de las secciones fijas más importantes del semanario. A partir del nº 11, es incorporado al sumario de la revista bajo el nombre “Tendencio” y sistematizado como sección. Sin adelantarnos, diremos aquí que el recurso al humor irónico, ácido y crítico de la tira cómica permitía que la dirección dijera lo indecible, de una manera particular. Despersonalizando la crítica –ya que era *Tendencio* quien la realizaba–, *MPL*

52 Esta sección no era escrita por los miembros del grupo. Según testimonios, llegaba de la mano de un informante anónimo que pertenecía a las fuerzas y solo Ortega Peña y Eduardo Duhalde conocían su identidad. Probablemente, esta característica sea explicativa de la irregularidad de la sección.

53 Por la relevancia que tuvo esta sección, se incorpora al final de este libro la totalidad de la tira cómica, bajo la forma de “Anexo documental”.

podía ser dura con el gobierno, con Perón y con las organizaciones más importantes del peronismo revolucionario si consideraba que estas estaban tomando un camino erróneo (Stavale, 2017).

Entre el n° 10 y el 13 se producen incorporaciones importantes, entre ellas: “Crítica Económica”, “El Colonialismo en la Prensa”, “Imperialismo y Tercer Mundo”, “Argentina Montonera”, “Argentina Impotente”, “Rincón del Angelito” y la sección “Comunicaciones”. En esta última, el grupo *MPL* organizó el espacio que, desde el inicio, propuso a las organizaciones revolucionarias –armadas y no armadas, peronistas y marxistas– para la publicación de sus comunicados y cartillas. El resto de las incorporaciones son secciones a partir de las cuales la revista profundizó la perspectiva que ligaba antiimperialismo con el eje “liberación nacional-liberación social”, a través de un complejo análisis político y económico de la realidad nacional e internacional.

Es a partir de la décima publicación que la revista se consolida en torno a un diseño estable, con pequeñas variaciones: las últimas incorporaciones se produjeron a partir del n° 23, cuando aparecieron la sección “Material de Discusión” –que tuvo como escritores invitados a Rubén Dri y la organización McJSN– y, en el n° 25, una nueva sección de humor: los “Test” que, parodiando a las encuestas de opinión publicadas en la prensa de tirada masiva, desafiaban al lector a ser un “buen burócrata sindical”, un “buen ministro de Economía”,⁵⁴ etcétera. Estas no fueron secciones fijas, pero tuvieron una salida regular hasta el final de la experiencia editorial. También incorporaron la sección “Noticias al Cierre”, que se publicó solo hasta el n° 28, pero es relevante en la medida en que permite dar cuenta de la urgencia del tiempo político. En este espacio, *MPL* incorporó aquellas noticias que no habían podido trabajarse en profundidad por la cercanía al cierre de la edición. Finalmente, el n° 28 agregó la sección “Meditaciones de un Desocupado”, que se mantuvo fija hasta la clausura de la revista.

54 El primer “Test” que señalamos es publicado en el n° 25 de *MPL* y se titulaba: “¿Es usted un buen burócrata?” (*Militancia Peronista para la Liberación*, n° 25, 29/11/1973, p. 33); el segundo es publicado en el número siguiente y se titulaba: “¿Es usted un buen ministro de Economía?” (*Militancia Peronista para la Liberación*, n° 26, 6/12/1973, p. 45).

DF. El grupo político, sus variaciones y las condiciones de producción/distribución

La coyuntura política que enmarcó la clausura de la revista *MPL* fue la de un enfrentamiento explícito con la experiencia del gobierno peronista, que resolvió acallarlos por decreto, junto con otras revistas y periódicos claves como *El Descamisado*, *Ya* y el diario *El Mundo*. Esta ruptura se había expresado antes, cuando el 13 de marzo de 1974 Rodolfo Ortega Peña asumió como diputado nacional por la Capital Federal, jurando por la consigna “la sangre derramada no será negociada”, separándose del bloque justicialista “que transaba día a día todas las banderas históricas del peronismo” y conformando un bloque unipersonal que denominó “de Base” (Baschetti, 2007: 99). Esta denominación no solo revelaba la ruptura con el FREJULI y con el gobierno de Perón, sino también la filiación explícita entre el grupo político y las ideas político-ideológicas del *alternativismo* que, si bien venían expresándose en *MPL*, cobraron vigor en la nueva etapa abierta por la publicación que la reemplazó tras su clausura: *De Frente, con las bases peronistas* (DF).

A tan solo un mes del último número de *MPL*, estuvo en la calle el primero de los 11 ejemplares de *DF* publicados entre el 2 de mayo y el 25 de julio de 1974. En palabras de Marcelo Duhalde, uno de los integrantes del grupo: “*Cuando nosotros somos clausurados por el gobierno de Perón, reflatamos como continuidad de Militancia con la revista De Frente, haciendo honor a aquella [revista] que Cooke había sacado en los años cincuenta*” (2014).

El grupo político que había resuelto continuar con el proyecto editorial truncado por el gobierno no solo recuperaba el nombre de aquel periódico de la *resistencia peronista*, sino, también, esa experiencia en sí misma. La elección revelaba el lugar que el agrupamiento asumía dentro del peronismo revolucionario y las tradiciones que reivindicaba. En este punto, si el periódico de Cooke se había titulado *De Frente*, la nueva publicación le agregaba *con las bases peronistas*, lo que le imprimía un sello propio que la actualizaba en torno a ciertos principios político-ideológicos: la convicción de que existían dos peronismos, uno de arriba, “burocrático y burgués”, y

otro de las bases y revolucionario. Celesia y Waisberg plantean que si bien *DF* no puede establecerse como la continuidad de la revista publicada por Cooke, “significaba a la vez un homenaje y la adscripción al sincretismo que ‘el Gordo’ había realizado entre marxismo y peronismo haciendo honor a su tradición combativa” (2007: 267).

Si bien es cierto que, aunque en los hechos, *DF* era claramente una continuidad de la experiencia de *MPL*, la información editorial daba a entender lo contrario. Jugando con aquella adscripción a la antigua revista de Cooke, el semanario presentó sus números como parte de una “segunda época”. Esta referencia era intencionalmente ambigua: mostraba a *DF* como un “segundo momento” que buscaba ser relacionado con el periódico de *la resistencia*, pero refería a la propia *MPL*.

En esta línea, la información editorial ya no presentaba a Ortega Peña y Duhalde como los directores de la revista, sino que proclamaba a John William Cooke como su fundador, a Vicente Oscar del Hoyo —un viejo militante que había participado del armazón del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) guevarista de Ricardo Masetti, en Salta— como director responsable (Rot, 2016: 113) y a “De Frente SRL” como el editor. La decisión de convocar a Del Hoyo como director de la revista había sido idea del abogado Osvaldo “Cacho” Acosta, ligado a las FAP. La nueva composición editorial respondía a la intención de hacer honor a la tradición revolucionaria que el cookismo encarnaba y era un espejo del peso que había adquirido el acercamiento al *alternativismo* como salida política y del diálogo con el marxismo, en el proceso de *izquierdización del peronismo* que venía redefiniendo las fronteras de la identidad política del grupo. No obstante, la necesidad de ocultar ciertas filiaciones también respondía a la enseñanza que había dejado la experiencia previa: todos los miembros del grupo político vinculado a *MPL* estaban siendo amenazados por los sectores de la derecha peronista y las medidas de seguridad estuvieron vinculadas a la necesidad de autopreservarse, posibilitando la publicación del semanario.

Otra diferencia respecto de *MPL* es que la nueva publicación no hizo pública la dirección de la administración o redacción de la revista; en la información proporcionada solo aparecía una casilla

de correo donde enviar la correspondencia. La continuidad se estableció a través de la imprenta y los distribuidores: en el primer caso, *DF* continuó imprimiéndose en Rotog-Arg; en el segundo, Arturo Apicella e hijo siguieron siendo los responsables de la distribución de la revista en Capital Federal y CÓNDROR SRL –empresa encargada de esta tarea en el último momento de *MPL*–, en el interior del país.

Por otra parte, el grupo político que encarnó *DF* también sufrió variaciones e incorporaciones. Ya dijimos que una de ellas fue la de Elsa Portugheis y su compañero, Ricardo Yacomini, ambos militantes de las FAL, quienes se sumaron a escribir en *MPL* durante los últimos números y permanecen en los once de *DF*. En este punto, es interesante hacer notar que una organización de origen marxista como las FAL consideró pertinente designar a dos compañeros en la tarea de participar de publicaciones como *MPL-DF*; decisión que habla de las características de aquel proyecto amplio al que hacíamos referencia. Ricardo Yacomini explica la designación que hiciera su organización de la siguiente forma:

La organización entendía que las revistas llevaban una política muy correcta, primero Militancia y luego De Frente. Que cumplían un rol fundamental dentro del movimiento peronista, una pelea que si no era un grado de síntesis absoluta, como podía ser una organización de izquierda, era un camino que todos veíamos como que podía, en el mediano plazo, construir hegemonía, porque además manejaba información sobre movimientos de base y sindicales que no aparecían en otro lado (2015).

En esta misma línea, Portugheis pone énfasis en la importancia que *DF* le otorgaba a los conflictos obreros y la perspectiva de base que hacía al enfoque de la revista:

El denominador común que hacía que estemos ahí era la temática, los conflictos, la información que era muy directa a través de Eduardo y Ortega, el conocimiento también directo de los conflictos que tenían por los trabajadores mismos y bueno, esa situación que se fue acrecentando cada vez más, que se tornó cada vez más com-

bativa y que nos vinculaba íntimamente con la experiencia gremial, con la base misma (2015).

Ambos coinciden en que la experiencia de *DF* estuvo dirigida casi en su totalidad por Eduardo Luis Duhalde, que era quien estaba en la redacción y se ocupaba de los aspectos formales de la publicación. En este segundo momento, Ortega Peña dedicaba gran parte de su tiempo a las tareas de diputado nacional y, si bien formaba parte de las decisiones que competían a la revista, no compartía el día a día con el resto del grupo como lo hacía Duhalde. Sin embargo, la información que llegaba a *DF*, sobre todo aquella referida a los conflictos obreros, respondía en gran medida al trabajo político de Ortega Peña:

De Frente estaba muy relacionada con los conflictos de los trabajadores, de los distintos gremios, había una cuestión que era permanente: como Ortega Peña era diputado, con Eduardo iban a las asambleas de los lugares de trabajo, porque los llamaban, los iban a buscar, y ahí se enteraban de los problemas, las reubicaciones y las luchas, y esas novedades se reflejaban en la revista, incluso antes del Congreso (Portugheis, 2015).

Una de las características relevantes y distintivas de *DF* respecto de la experiencia anterior es que gran parte de las notas aparecen firmadas, situación que permite reconstruir el grupo político en su última etapa. De esta forma, no solo se destaca la autoría de Ortega Peña y de Duhalde, sino también la de González Gartland, Rubén Dri y Ricardo Carpani. Estas firmas no llaman la atención porque sus autores formaban parte del agrupamiento desde sus orígenes; el dato relevante (que puede estar hablando de acercamientos político-ideológicos) es la incorporación de nuevas autorías, entre ellas la de Manuel Gaggero y Jorge Di Pascuale. Respecto del primero, tras haber militado en el peronismo revolucionario de la mano de John W. Cooke —sobre todo con la creación de la ARP, a mediados de los sesenta—, se vincula al PRT-ERP ya adentrados los años setenta, primero como director del diario *El Mundo* y luego como dirigente del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS), experiencia coetánea a *DF* que, además, tendrá un vínculo fluido con esta or-

ganización. Según Gaggero, su participación en la revista tuvo que ver con dos motivos:

Por un lado, este nombre [DF] era el que le había dado John William Cooke a una de sus publicaciones, y yo había militado con este en los sesenta y me parecía que era un justo homenaje a quien tenía una visión marxista del peronismo. Por otro lado, como miembro de la conducción del Frente Antiimperialista y por el Socialismo, bregaba por la unidad de los revolucionarios y de las organizaciones populares, que era uno de los objetivos de la publicación [se refiere a DF]. La gran apuesta política del PRT-ERP y del Frente Revolucionario Peronista que lideraba Armando Jaime y del que yo formaba parte era esa unidad de la cual, sin dudas, la conferencia de prensa que dan en Trelew en 1972 integra ese difícil camino [aquí se está refiriendo a la conferencia de prensa que los dirigentes de las principales organizaciones armadas dieron en Trelew tras la fuga fallida] (2016; el subrayado es nuestro).⁵⁵

El testimonio es relevante por varias cuestiones; en primer término, porque explicita similares improntas en la reivindicación del vínculo entre peronismo y marxismo. En segundo lugar, porque apunta una coincidencia clave entre su militancia y los espacios que el grupo generaba a partir de la publicación: el proyecto frentista y de unidad revolucionaria, al que venían abonando desde épocas tempranas y que había tenido en *MPL* y en *DF* su momento culminante. Finalmente –pero en íntima vinculación con lo anterior–, su testimonio también remarca como antecedente clave para la apuesta frentista, la unidad en acción que las principales organizaciones armadas marxistas y peronistas habían logrado en el plan de fuga que terminó en la masacre de Trelew, en 1972.

Por otra parte, la participación de Jorge Di Pascuale –dirigente del sindicato de Farmacia, activista del PB y defensor de la Alternativa Independiente (Baschetti, 2007: 159)– da cuenta de aquellas coincidencias ideológicas que el grupo de *MPL-DF* venía estableciendo con las corrientes alternativas del peronismo revolucionario.

⁵⁵ Gaggero, Manuel, en comunicación con la autora (modalidad remota), Córdoba, 2016.

Como observa Rot, *DF* mantuvo la misma tónica polémica de *MPL* y radicalizó el enfrentamiento con el gobierno peronista, sumándole “una explícita formulación de su ideario: antiimperialista, anticapitalista y antiburocrática” (2016: 114). Respecto de sus aspectos formales, la extensión, el estilo y la gráfica serán iguales que las de *MPL*. Cada número de la nueva publicación siguió manteniendo una cantidad de 50 páginas, excepto números excepcionales en los que publicaban suplementos especiales y la revista se tornaba más contundente. Estos números fueron el 6 y el 7 (en circulación el 12 y el 20 de junio, respectivamente), en los que *DF* publicó dos especiales titulados “Junio: historia de masacres”; el nº 9 que, publicado el 11 de julio, se tituló “Perón: la memoria del pueblo” y dedicó 81 páginas al fallecimiento del viejo caudillo; y, finalmente, el último número, que se publicó el 25 de julio, se tituló “Evita: bandera de lucha” y alcanzó una extensión de 70 páginas, dedicadas a repasar la historia militante de la heroína peronista.

Por otra parte, las tapas siguieron saliendo a color y, como en *MPL*, cada número era particularizado por uno distinto. A su vez, las contratapas ya no contenían frases reconocidas de personalidades importantes del peronismo (como Perón, Eva o Cooke), sino fotografías. Las imágenes, como producción de sentido, remiten a significados que ilustran la orientación política de la revista (Accinelli, 2014) y, para el caso de *DF*, estas daban cuenta de una definición política clara dentro del peronismo revolucionario. A modo de ejemplo, todos los números publicaron fotografías de militantes del peronismo asesinados o desaparecidos; a la vez, tanto el primero como el último número apelaron a dos figuras políticas relevantes: John William Cooke y Ernesto “Che” Guevara. En efecto, entre la publicación de ambas imágenes puede establecerse aquel diálogo que habla de la resignificación de la identidad peronista en torno a la radicalización de sus banderas y el acercamiento con el marxismo, elementos determinantes a la hora de entender qué tradiciones estaban siendo reivindicadas por el grupo y el proyecto político al que respondían.

Desde una mirada general y adelantándonos en el análisis, al observar las tapas y contratapas de *MPL* y *DF* es posible trazar el

proceso de transformación y tensión de la identidad peronista que ambas expresaron.

Notas y secciones

En términos generales, la estructura de *DF* fue similar a la de *MPL*. La tipografía de los títulos y sus tamaños, la extensión de las secciones, la disposición de las notas y fotografías como las temáticas trabajadas dan cuenta de la continuidad entre ambas publicaciones. Sin embargo, al recorrer detenidamente cada número, se observa que muchas de las secciones características de *MPL* no se encuentran en la nueva publicación y que, en esta etapa, *DF* adquiere un carácter más desestructurado.

Una primera diferencia entre ambas radicó en que *DF* no publicó el índice de las notas y secciones disponibles de cada número en el retiro de tapa y junto con la nota “Editorial”, como sí lo hacía *MPL*. Esta carencia le dará a la revista un carácter desorganizado, que no solo habla de la urgencia del *tempo* político, sino también de cómo esta coyuntura repercutía en el armado de cada edición. *DF* había nacido como consecuencia de la clausura de su antecesora, lo que es determinante a la hora de entender el contexto en que aparece la publicación que, en sí misma, era una respuesta provocativa al intento de acallar la voz desafiante del grupo político que encaraba el proyecto editorial.

En la búsqueda por recrear una publicación distinta (es decir, desvinculada de la experiencia de *MPL*), el semanario no solo ocultaba la identidad de sus directores, sino que se despegaba de aquellas secciones que, como “Tendencia”, la “Sección Polémica” o la “Cárcel del Pueblo” —por nombrar algunas—, habían sido icónicas (y controversiales) en la primera época. Sin embargo, las notas y secciones siguieron siendo recursos claves para la crítica ahora directa contra el gobierno de Perón y sus políticas. Tras la ruptura con el líder peronista y la experiencia de su gobierno, *DF* expresó un acercamiento definitivo al *alternativismo* y a las organizaciones que lo encarnaban —sobre todo al PB—, erigiéndose como un medio

de expresión para estas posiciones y realizando un análisis común frente a hechos políticos claves como la confrontación entre Perón y Montoneros el 1° de mayo de 1974, el ascenso de López Rega desde su rango de cabo primero al de comisario general, el asesinato del padre Mugica (al que *MPL* había “encarcelado” en la sección “Cárcel del Pueblo” en su último número), la política de Perón frente al gobierno de Augusto Pinochet (presidente de facto chileno), el discurso del presidente el 12 de junio y su muerte, el 1° de julio (Stavale, 2021).

Retomando la categorización utilizada para *MPL*, en *DF* también se identifican secciones fijas y móviles, aunque es necesario aclarar que, en la nueva publicación, las últimas abundan por sobre las primeras. Dentro de las secciones fijas, es posible identificar solo tres que se mantendrán constantes: la nota central que no se encuentra sistematizada como sección —es decir, no lleva un título—, pero oficia como la “Semana Política” de *MPL*; “Argentina de las Bases”, que se incorpora en el n° 2 y se mantiene hasta el final, y la sección “Cartas”, que aparece junto con la anterior y refiere al espacio dedicado a la correspondencia de los lectores.

La “nota central”, al igual que “Semana Política”, se ubicó en la página 4, justo después de los editoriales. Desde allí, *DF* se ocupó de repasar críticamente los acontecimientos relevantes de cada semana y esbozó sus posiciones políticas e ideológicas no solo frente al gobierno, sino también de cara a las organizaciones revolucionarias del peronismo y de la izquierda en general. En dos oportunidades, ese espacio fue incluso más importante que los editoriales: tanto en el n° 7 (publicado el 20 de junio) como en el n° 8 (publicado el 27), las notas firmadas por la dirección y habitualmente ubicadas en la página 3 fueron reemplazadas por las centrales. En el n° 7, esta coincidió con el tema de la tapa y se tituló “Que algo cambie para que todo siga igual”. Allí, *DF* tomó posición frente al discurso de Perón del 12 de junio y, en diálogo con la ironía del título, afirmó que las palabras del viejo líder solo daban cuenta de un cambio en la retórica como consecuencia del proceso político, que reflejaba el alza de la combatividad de las bases. Como veremos luego, el grupo político descartó la posibilidad de otorgarle un sentido progresista

al discurso dado por Perón. Más bien, remarcaron su necesidad de “controlar el desborde del proyecto que pilotea”. Retrucando irónicamente que “Perón seguía siendo Perón”, *DF* sugería que sería ingenuo pensar que, quien había hablado el 12 de junio, era distinto a aquel que se había hecho conocer a través de su proyecto político, explícito durante su tercer gobierno. Por otra parte, en el n° 8, publicado una semana después, la nota central se titulaba “Las aguas bajan turbias” y repasaba los hechos de violencia que habían transcurrido durante la semana, desestimando las expectativas que muchos actores sostuvieron tras el discurso de junio (*DF*, n° 8, 27/6/1974, p. 4).

Con respecto a la sección “La Argentina de las Bases”, comenzó a ser publicada a partir del n° 2 de la revista y se mantuvo constante hasta la última edición. La sección preservó la misma estructura y los mismos objetivos de aquella que *MPL* publicaba bajo el nombre de “Conflictos y Movilizaciones” y reflejó la íntima relación que el grupo político establecía con los conflictos obreros. Allí, ofrecían semanalmente un seguimiento de sus luchas y reclamos, especificando medidas de fuerza, petitorios, gremios intervinientes y resoluciones, en caso de haberlas. Por último, la sección “Cartas” tuvo el mismo objetivo de siempre: abrir el espacio (y el juego) para que los lectores hagan llegar información y opiniones.

Como ya hemos dicho, las secciones móviles abundaron sobre las fijas. Gran parte de las secciones que la revista iba incorporando no eran constantes. Entre ellas, es posible nombrar las secciones “Opiniones”, “Hilando Fino” y “El Huevo de Oro” agregadas en el segundo número; la sección “Tribuna Popular” publicada por primera vez en el n° 3; la sección “Campana de Palo” aparece en la quinta edición y “Charlas de Boliche” se publica en el n° 7 y se presenta como una nueva sección augurando continuidad, pero no vuelve a salir.

De las secciones nombradas, “Opiniones” y “Tribuna Popular” serán las de mayor recurrencia y continuidad. El primer caso aparece en el n° 2 y vuelve a ser publicada en el 4, el 6, el 8 y el 10; es interesante observar que la sección se replica número por medio. A su vez, una de sus características relevantes es que se convierte en

una novedad: tiene una estructura inédita que no había aparecido antes en *MPL*. Aquí es necesario aclarar que, más allá de que *DF* era, en los hechos, una revista diferente, las secciones repetían formatos y estilos bajo nombres distintos. No es el caso de la sección “Opiniones”; con ella, el proyecto político-editorial invitaba por primera vez a que sectores de la militancia peronista debatieran, publicando posiciones diferentes sobre la coyuntura y la realidad del peronismo.

Por su parte, la sección “Tribuna Popular” es agregada a partir del n° 3 y sale publicada en los números 5, 6, 7, 8 y 11. El formato de “Tribuna” era el mismo que la sección “Comunicaciones” e incluso salía publicada con una aclaración similar: “Las opiniones vertidas en esta sección son responsabilidad de los firmantes de cada una de las comunicaciones transcritas” (*DF*, n° 4, 16/5/1974, p. 41); la nota constituía un espacio abierto para que las organizaciones revolucionarias (armadas y no armadas, peronistas o marxistas) publicaran sus comunicados.

Las secciones “Hilando Fino” y “Huevo de Oro” salen por primera vez en el n° 2 y comparten la misma extensión y el mismo formato: ambas son publicadas a modo de recuadro, están atravesadas por el humor y la ironía y ofrecen un relato corto. La estructura en ambos casos es similar a las secciones que *MPL* publicaba bajo los títulos de “Antología del Disparate” o “Rincón del Angelito”. Para el caso de “Hilando Fino”, la sección se publicó periódicamente hasta el n° 5, momento a partir del cual no volvió a aparecer. Desde allí, *DF* mencionaba pequeñas noticias, haciéndolas pasar por rumores o por información “no oficial”. Por su parte, “El Huevo de Oro” apareció en los números 2, 3 y 5, y se propuso premiar al “mayor disparate antológico” de la semana; en su primera salida, el premiado fue Ricardo Balbín, en la segunda, López Rega y en la tercera, publicaron un fragmento de la disertación del subsecretario general de la Presidencia, Francisco José Figuerola, en la clausura de los Cursos de Adoctrinamiento del Consejo Superior Justicialista.

Finalmente, se encontraban las secciones “Campana de Palo” y “Charlas de Boliche” (esta última se perfiló como una variación de la primera). Para el primer caso, la sección salió publicada en el n° 5, el 6 y el 11 y recuperó el formato de la “Sección Polémica” en la que

MPL estableció un diálogo epistolar entre “El Negro” y “Francisco”. Lo interesante en esta reedición es que no plantearon un intercambio, porque el destinatario siempre fue “El Negro” y quien firmó las cartas, un nuevo personaje: “Juan de Abajo”. El caso de “Charlas de Boliche” es un intento de variar el carácter de aquellas secciones que retrataban las historias de la clase obrera. En esta oportunidad, el protagonista es un personaje de clase media que se hace llamar “El Tano” y tiene llegada a importantes círculos políticos e intelectuales. Este aspecto es interesante: la nueva sección giraba en torno a un personaje vinculado a los sectores “pequeñoburgueses”, sugiriendo una intencionalidad crítica para con algunos sectores de la militancia peronista. De hecho, en la primera (y única) crónica, “El Tano” cuenta su vínculo con un “investigador yanqui” recién llegado a la Argentina para estudiar “el resurgimiento del poder civil en América Latina”. En la nota, “El Tano” relata el siguiente diálogo con “Richard”, el investigador estadounidense:

–Bueno, señor Tano, lo que más me importaba cuando yo venía de Estados Unidos era este asunto de los guerrilleros peronistas. Pero ahora he quedado, como se dice, desconcertado. Yo entendía a estos guerrilleros como una especie de disidentes de izquierda en el peronismo y ahora me explican que fueron surgidos otros disidentes, pero disidentes de estos disidentes. Esta cosa... no entiendo.

–Ah, sí, ¡los Leales!

–¿?

–Hombre, los de la “línea Lealtad”.

–¡Ah, sí, ¡Leal-tad! Entiendo esa palabra. Pero no entiendo este asunto. Si ellos antes eran con Perón pero disidentes y ahora son otra vez disidentes, no entiendo como “lealtad” (*DF*, n° 7, 20/6/1974, p. 19).⁵⁶

La crónica prosigue relatando el encuentro entre el investigador y dos dirigentes de la JP Lealtad que, como dijimos, fue una fracción “por derecha” de la organización Montoneros, en la que

⁵⁶ Posiblemente, este personaje se haya inspirado en el investigador Richard Gillespie quien, por esos años, ya se encontraba investigando sobre el peronismo revolucionario.

también confluyeron muchos de los miembros del grupo político de la revista *E*. Aun así, en la nota, ni los dirigentes de “la Lealtad” logran esclarecer las dudas del investigador estadounidense. La sección abunda en críticas e ironías respecto de aquella organización, caracterizando a sus militantes de “obsecuentes” y “oportunistas” (*DF*, n° 7, 20/6/1974, p. 19). Como veremos, el grupo *MPL-DF* debatirá duramente con estos sectores que, hacia fines de 1973, profundizaron sus posiciones *movimientistas*. Sin adelantarnos, podríamos sugerir que esta sección pudo haber sido un espacio editorial en el que verter los debates internos de la TRP de manera específica. Sin embargo —aun cuando la nota finaliza prometiendo próximas crónicas—, la sección no volvió a salir. Esto permite pensar que, probablemente, terminó desapareciendo por la aceleración del tiempo político y no respondió a una decisión estrictamente técnica o editorial.

A diferencia de *MPL*, la estructura de *DF* sistematizó menos contenidos en secciones periódicas y abundó en notas que no fueron constantes, pero sí refirieron a problemáticas recurrentes: el pacto social y sus consecuencias económicas, la escalada represiva, la situación de los países hermanos gobernados por regímenes dictatoriales (el caso reiterado será Chile), notas de opinión sobre el movimiento peronista, la lucha de clases y la identidad política, y un seguimiento detallado del grado de conflictividad obrera.

Tras haber repasado las características formales de ambas revistas y luego de recorrer los itinerarios previos de quienes se agruparon en torno al proyecto político-editorial, estamos en condiciones de avanzar sobre la idea de que las revistas significaron un nuevo punto de partida para la experiencia militante de quienes las produjeron. El período de circulación de *MPL* y *DF* tiene la particularidad de condensar, en pocos meses, la reconfiguración del *horizonte de expectativas* de buena parte de la militancia peronista y revolucionaria. Retomando a Koselleck, “solo puede sorprender lo que no se esperaba” (1993: 340), es decir, son las tensiones entre la experiencia y

las expectativas las que empujan el tiempo histórico, introduciendo las transformaciones que aquí buscamos identificar y explicar. En lo que sigue, buscaremos problematizar estas tensiones, identificando las reconfiguraciones que produjeron y sus implicancias para la identidad política del grupo de *MPL-DF*.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 3. El momento de las expectativas revolucionarias, 14 de junio - 13 de julio de 1973. La *militancia* en la calle

Ya en aquellos años, aunque no con la desmesura de hoy... las revistas, los diarios y las radios eran fusiles.

Vicente Zito Lema

Cámpora al gobierno...

El contexto de “apertura democrática” que enmarcó el fin de la dictadura militar y permitió la participación del peronismo en las elecciones de principios de 1973 generó contradicciones dentro del movimiento y, en particular, en su ala de izquierda. Como ya hemos dicho, la posibilidad de que el peronismo regresara al poder hizo estallar disputas por el control del proceso entre múltiples sectores internos que postulaban distintas interpretaciones de la tradición peronista y de la palabra del líder (Franco, 2012a). Aun así, la campaña electoral había mostrado la capacidad de unificar las bases heterogéneas del peronismo; el problema devino una vez consolidado el triunfo de Cámpora, luego de lo cual se agudizaron los conflictos entre las fuerzas “restauradoras” y aquellas que pugnaban por la ruptura del sistema. Según De Riz, el interregno camporista se caracterizó más por la continuidad del clima de la campaña protagonizada por la izquierda peronista, que por la inauguración de una nueva etapa política (1987: 74-76). Lejos de esta interpretación, aquí entendemos que esta corta experiencia fue clave ya que abrió

el juego a las disputas por (re)definir –de diversas maneras– el contenido de la identidad peronista.

El escenario de principios del 73 tenía actores protagonistas y secundarios: Perón había elegido a Cámpora como candidato buscando contrarrestar a los dirigentes sindicales que se habían manejado con márgenes demasiado grandes de autonomía. Esta decisión había sido un guiño directo hacia los sectores duros del sindicalismo y de la Juventud (De Riz, 1987). Sin embargo, la función no duró mucho y, en poco tiempo, el reparto cambió radicalmente. Tras el triunfo electoral, emergieron las tensiones entre Perón y los sectores revolucionarios: de parte de estos últimos, porque no reconocían como válidos los compromisos y normas de la democracia formal o los consideraban insuficientes; por parte de Perón, porque apostó a que, ganadas las elecciones, iba a poder acallar las voces de quienes consideraban exigua la legitimidad democrática (Lenci, 1999: 180). Las tensiones se expresaron a través de caminos antagónicos: por un lado, los sectores de la izquierda peronista presionaron por darle un sentido revolucionario al gobierno; por el otro, la experiencia del peronismo gobernante, lejos de definirse “revolucionaria”, trajo consigo un programa de corte reformista y respondió a aquellas presiones a través de una política represiva que, luego del *impasse* camporista, irá en aumento.

A pesar de estas tensiones, que se desenvolverán con el correr del tiempo, el gobierno fue recibido con entusiasmo y expectativas. Presidentes como Salvador Allende y Osvaldo Dorticós asistieron a la ceremonia de asunción representando a los países revolucionarios de América Latina y la multitud los saludó fervorosamente. Cámpora pronunció un discurso encendido en el que proclamó “la hora de Perón” y agradeció a “la juventud maravillosa que en los momentos decisivos supo responder a la violencia con la violencia”. Más adelante, se preguntaba: “¿Cómo no ha de pertenecer también a esa juventud este triunfo si lo dio todo [...] Si no hubiese sido por ella, tal vez la agonía del régimen se habría prolongado” (citado en Baschetti, 1999: 199).

En este nuevo contexto, el grupo político que ya giraba en torno a Ortega Peña y Duhalde terminó de instituirse en torno a la

idea de publicar una revista como *MPL* y su primer número estuvo en la calle el 14 de junio, seis días antes de la masacre de Ezeiza. La revista condensó las trayectorias de un agrupamiento que venía expresando una mixtura entre peronismo-marxismo-nacionalismo, que había condensado una identidad política que se definía peronista y revolucionaria, y que se articulaba en torno a la experiencia del pueblo y la clase obrera peronista. En efecto, el gobierno de Cámpora abrió un período en el que aquel trío pareció tener una articulación virtuosa que funcionó (para el grupo, pero también para otros actores) como una racionalidad política específica y como una creencia.

Esta característica es clave para interpretar las apuestas programáticas del grupo *MPL* que, en esta coyuntura, esperaba que la gestión fuese un elemento dinamizador en el camino de construir el socialismo nacional. En efecto, si retomamos el programa electoral del FREJULI (programa que *MPL* evocó sistemáticamente), las apuestas ganan sentido. En las *Pautas programáticas para el gobierno justicialista de la reconstrucción nacional*, Cámpora especificaba que el objetivo fundamental del gobierno era “la liberación nacional”, que en la Argentina se presentaba en “dos campos de batalla”:

Uno es el marco interno y las estructuras económico-sociales del privilegio. El otro son los intereses foráneos imperialistas. Uno y otro conforman las dos caras de una misma situación: la dependencia. Las pautas programáticas que desarrollaremos en esta exposición están dirigidas a eliminar, en lo interno, el privilegio, para hacer del pueblo el único beneficiario de sus esfuerzos, y en lo externo, las ataduras que someten los intereses nacionales a los dictados de los centros imperialistas (1973: 4).

Más adelante, especificaba que el programa pretendía lograr la soberanía política, la independencia económica y la justicia social —banderas del peronismo— “a través de la liberación nacional, el desarrollo socioeconómico, la socialización de la economía y la participación popular en todos los estratos del poder” (ibídem: 13). Ahora bien, aunque el programa mostrara signos de una importante radicalización política, también se nutría del ideario peronista clásico:

las contradicciones sociales se exponían en términos de “privilegios” y no de explotación, el texto volvía sobre la Tercera Posición –aunque resignificada en los movimientos de liberación nacional de los países del Tercer Mundo– y afirmaba que la reconstrucción nacional evocaba a “todos los argentinos [...] porque nuestro programa de liberación es para la Nación entera, sin exclusiones de ninguna índole” (ídem). Vale la pena remarcar estas definiciones que explican, por ejemplo, el programa económico del pacto social.

A pesar de estas contradicciones, el grupo se expresó confiado y esa convicción se reflejó en la decisión de abandonar la actividad defensiva y participar en espacios políticos vinculados al gobierno. Según reconstruyen Celesia y Waisberg, el entorno de amigos y familiares recuerda que Ortega Peña había sonado como posible ministro de Trabajo y Duhalde como titular de Justicia, más allá de que, irónicamente, quedaran Ricardo Otero para el primero y Antonio Benítez para el segundo (Otero, un hombre de la “burocracia sindical” y Benítez, del peronismo clásico) (2007: 236).

En efecto, al igual que el programa electoral, la composición del gobierno también representó la diversidad política peronista: López Rega (representante del peronismo fascista) ocupó el Ministerio de Bienestar Social, José Gelbard (portavoz del sector monopolista de la burguesía nacional) estuvo al frente de Economía, Taiana (decano y rector de la Universidad de Buenos Aires durante el segundo peronismo) fue designado ministro de Educación y personalidades como Esteban Righi⁵⁷ o Juan Carlos Puig (vinculados a la TRP) en el ministerio del Interior y de Relaciones Exteriores, respectivamente. Por fuera del gobierno federal, la izquierda había logrado ocupar ocho bancas de diputados en el Congreso Nacional e injerencia en gobiernos provinciales como el de Obregón Cano en Córdoba, Oscar Bidegain en Buenos Aires, Alberto Martínez Baca

57 Es interesante explicitar que existen diferentes expresiones sobre el vínculo político entre Righi y la izquierda peronista. Gillespie, por ejemplo, apunta su cercanía con Montoneros mientras que Svampa expresa que era “allegado” a la Juventud Peronista. Entendemos que las diferentes formas de referirse al ministro tienen que ver con la propensión a hablar de “la Tendencia” como sinónimo de Montoneros y la JP, cuando en realidad aquella fue un conglomerado heterogéneo que no puede reducirse a una organización armada o política (Gillespie, 2008: 212; Svampa, 2003).

en Mendoza, Jorge Cepernic en Santa Cruz y Miguel Ragone en Salta (Servetto, 2010; Tocho, 2020).

Para el grupo político de *MPL*, la participación estuvo vinculada con la política universitaria en la Universidad de Buenos Aires luego de la asunción de Rodolfo Puiggrós (teórico marxista y peronista revolucionario) como su rector. Muchos fueron parte de la gestión de la Facultad de Derecho y de Filosofía y Letras, con cargos docentes y académicos: Mario Hernández había sido designado secretario académico de la Facultad de Derecho; Carlos González Gartland, director del Departamento de Derecho Penal y profesor titular en la materia; Rodolfo Ortega Peña fue interventor del Instituto Historia del Derecho y director del Instituto de Historia Argentina y Americana de la Facultad de Filosofía y Letras siendo, además, docente de la cátedra Historia de Derecho Argentino; y Eduardo Luis Duhalde había sido designado director general de Asuntos Jurídicos y tenía a su cargo la materia Introducción al Derecho (González Gartland, 2015). En este contexto de expectativas, *MPL* se concibió como una herramienta política frente a un gobierno que se reivindicaba “democrático y popular” y que protagonizaba un momento preñado de posibilidades. Desde estas lentes, se posicionaron sobre las principales políticas del gobierno alentando las que consideraron acertadas y cuestionando severamente las que entendieron como contrarias al proceso de transformación social.

***MPL* frente a las políticas del “gobierno popular”**

Impulsada por las apuestas revolucionarias que el grupo político sostenía en torno a la gestión de Cámpora, *MPL* se posicionó sobre temáticas claves para el nuevo gobierno, como el orden social, el rol que debían asumir las Fuerzas Armadas y de Seguridad, y la Justicia. El grupo político venía expresándose al respecto en los espacios compartidos previamente y sus integrantes habían sido protagonistas en debates claves. Como vimos, uno de ellos giró en torno a qué hacer frente a la liberación de los presos políticos. Al respecto, habían asumido la consigna guevarista de “ni un día de gobierno

popular con presos políticos”, distanciándose de otros actores de la TRP (como Montoneros-JP) al presionar por el indulto inmediato. Esta postura –que reflejaba la independencia política del grupo, su amplitud y el carácter frentista de sus apuestas– implicaba “tomar una posición” respecto de la violencia, definiendo el sentido de la “democracia real”. En efecto, el primer número de *MPL* afirmaba que el debate no era “jurídico ni formal, sino esencialmente político”, y subrayaba como un “hecho revolucionario” que se haya resuelto a raíz de la presión popular, pues auguraba su injerencia en las decisiones del gobierno (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 8).

La revista afirmaba con entusiasmo que el primer desafío no había sido resuelto por la vía institucional-procedimental, sino por la movilización del pueblo que se interpretaba como un ejemplo de “democratización real” que, además, se materializaba en hechos de acción directa como las tomas y ocupaciones de fábricas, escuelas, universidades, hospitales, centros de salud, municipalidades y comunas en diferentes localidades y provincias (Nievas, 2000: 50-51). Al respecto, *MPL* afirmaba que las ocupaciones daban cuenta de que, “con el respaldo masivo y las situaciones resueltas popularmente”, el gobierno podía instrumentar “un nuevo orden jurídico revolucionario” (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 8). Una de las tareas claves para esta transformación era la función de las Fuerzas Armadas y de Seguridad. Como dijimos, Righi –abogado y colaborador de “la Gremial”– encaró esta tarea y, a pocos días de asumir, suprimió los organismos represivos del Estado, ordenó la disolución del Departamento de Investigaciones Políticas Antidemocráticas (DIPA) y la destrucción de sus archivos (Gillespie, 2008: 213).⁵⁸ El exministro del Interior recuerda que esta última iniciativa había sido propuesta por Mario Hernández, miembro del grupo político *MPL*:

Yo llevé a Sinigaglia como asesor al ministro del Interior, porque Hernández me rechazó la oferta. Recuerdo una discusión que tuve con Hernández en el Ministerio. Mario me dijo: “este gobierno todavía no destruyó los archivos de la dictadura” y yo le respondí

⁵⁸ La DIPA había sido un organismo clave para la política represiva de la dictadura militar, protagonista de la caza de brujas contra la izquierda.

“hacé un proyecto de decreto y Cámpora te los destruye”. Me hizo el decreto y se lo llevé a Cámpora. Luego, se quemaron los archivos (Righi, 2006).

El testimonio refuerza la cercanía que existía entre muchos miembros del grupo y algunos espacios significativos del gobierno. Esa afinidad se reflejó en la revista, que recuperó los primeros discursos del ministro –en los que conminaba a las Fuerzas de Seguridad a terminar con la tortura– y tituló: “El peronismo, el orden y la policía”; allí se afirmó: “El orden que guardaban los policías era injusto, arbitrario e impuesto por la violencia. Guardado con la misma violencia que lo originó” (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 7). Sin embargo, a pesar del optimismo inicial, *MPL* advertía sobre la vitalidad de las Fuerzas Armadas que se habían retirado del gobierno en forma ordenada y mantenían intactas su fuerza e influencia. El n° 2 de la publicación inauguraba la sección “Panorama Militar” y denunciaba que las tres fuerzas preservaban las cúpulas intactas, manteniendo inamovible el “esquema continuista” (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 29). Pronto, la sección alertó que aquellas cúpulas evolucionaban “hacia un gorilismo recalcitrante” que veía con “repugnancia las demostraciones populares”. Como veremos luego, a poco de andar, debieron posicionarse sobre “la masacre de Ezeiza” y, al respecto, denunciaron la responsabilidad del Ejército que había ordenado “el acuartelamiento de sus efectivos” desproveyendo al nuevo gobierno de esa fuerza en la prevención del conflicto (*MPL*, n° 3, 27/6/1973, p. 19).⁵⁹

En efecto, con el correr de los días, *MPL* exacerbó la denuncia de un complot por parte de las Fuerzas Armadas contra el nuevo gobierno. Utilizando metáforas organicistas –que ya comenzaban a ser usuales–, la revista denunciaba que la gestión llevaba en su seno “el cáncer que la habrá de destruir si no comienza a ser tratado de inmediato” y, discutiendo con el mismo Perón –quien, durante el exilio, había separado la responsabilidad de las “camarillas militares”

⁵⁹ Llama la atención que una revista como *MPL* reclame la participación del Ejército en los asuntos internos del gobierno. Podríamos sugerir que estas pronunciaci3nes son una muestra de cierta naturalizaci3n social en torno al rol pol3tico de las FF. AA., incluso en trayectorias como las del grupo aqu3 analizado.

de las fuerzas en general—, denunciaban que no había “pasado nada después del 25 de mayo, salvo el pase a retiro de alguno de los miembros más conspicuos de la anterior camarilla” (*MPL*, n° 4, 5/7/1973, p. 18). Con esta línea de análisis, una de las designaciones más cuestionadas por *MPL* fue la del Gral. Carcagno, figura polémica que, como veremos, contó con el apoyo de Montoneros-JPr. El grupo denunció que el objetivo del comandante en jefe era replegar a las Fuerzas Armadas, apartarlas del proceso revolucionario y reorganizarlas en pos de sus propios fines. La revista denunciaba la creación de un “poder militar” que contaba con “personajes lanussistas” vinculados al régimen dictatorial previo (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 29).

Otra de las medidas que *MPL* reclamó con urgencia fue la reforma judicial, pues consideraban que este poder se encontraba viciado por “el genocidio y la violación constante de todos los fueros, libertades y garantías” (*MPL*, n° 4, 5/7/1973, p. 23). Desde la sección “Poder Judicial: objetivo prioritario de la revolución”, el grupo conjugaba militancia y profesión e interpelaba al gobierno, advirtiendo que para construir “nuestra patria socialista” debían “revolucionar por demolición las viejas estructuras jurídicas, sus cauces normativos, sus cuadros humanos y los componentes que, desde tal estamento, coadyuvaron a la instalación y mantenimiento de los sistemas opresores del régimen” (*ídem*).

El rol del sistema jurídico también fue debatido a través de un espacio político clave: la Facultad de Derecho de la UBA. Tras las designaciones de Taiana y Puiggrós, la facultad quedó en manos conocidas: Mario Kestelboim. El puesto había sido objeto de disputa y, en efecto, existieron otros candidatos/as (como María Estela Vioica —ligada al reformismo de izquierda— o el Dr. Pasini Costadout, expoderado legal del PJ) (Chama y González Canosa, 2011: 312). En este punto, la elección de Kestelboim puede interpretarse como un guiño para el grupo político analizado, sobre todo, porque el decano había ejercido la defensa de presos políticos y formaba parte de “la Gremial”. Pero, también, por el vínculo estrecho entre Puiggrós y muchos de los miembros del grupo político, comenzando por Ortega Peña y Duhalde. En efecto, Alicia Pierini (abogada ligada a Montoneros) caracteriza a Kestelboim como un “basista” ligado

al PB y afirma que “a Mario lo instalan ellos, el grupo de Ortega” (Pierini, 2006).⁶⁰

Entre las primeras medidas tomadas, Kestelboim separó de su cargo a los docentes que habían estado ligados al Poder Judicial durante la dictadura militar y los reemplazó a partir de tres caminos: la designación de una generación de abogados que compartía espacios de experiencias en torno a la militancia político-profesional; la incorporación de aquellos docentes que habían sido exonerados en 1955 y el rechazo de las renuncias vinculadas a la irrupción de la “Revolución Argentina” en 1966.⁶¹ A la vez, su gestión apuntó a transformar el perfil profesional de la abogacía, resignificando sus prácticas en función de la liberación nacional y social. En esta dirección, se tomaron medidas de carácter simbólico y se renovaron las formas y los contenidos de la enseñanza.⁶² Envalentonados por los primeros días del gobierno de Cámpora y por el impulso que generaban este tipo de políticas, *MPL* celebró que la facultad esté “en manos revolucionarias” y destacó el significado político de una decisión que podía transformar los cimientos del orden jurídico. A la vez, en materia educativa, auguraban un cambio radical (y general), con un sentido fuertemente progresista (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 8).

Finalmente, otra de las áreas claves sobre las que se expidieron fue la política económica del gobierno. Sin embargo, respecto de ella y a diferencia de la mayoría de los sectores de la TRP, *MPL* fue explícitamente crítica, poniendo en práctica el “peronismo sin con-

60 A pesar de las diferencias, Montoneros-JP reconoció rápidamente al nuevo decano que, además, cumplió con las expectativas de todos los actores de la TRP.

61 Esta medida fue duramente criticada por actores internos y externos a la facultad. Entre los primeros, organizaciones estudiantiles y profesoriales vinculadas ideológicamente a los profesionales excluidos caracterizaron los hechos como “un ataque despiadado y grosero”. Entre los segundos, se destacaron el Colegio de Abogados de la ciudad de Buenos Aires y los diarios de tirada masiva como *La Prensa* y *La Nación*, que divulgaron la lista de profesores expulsados y se hicieron eco de sus reclamos en reiterados editoriales (Chama y González Canosa, 2011).

62 Una política ineludible en este sentido —que, además, excedió la experiencia de la Facultad de Derecho— fueron las cátedras nacionales que buscaron incorporar, en el ámbito de las ciencias sociales, ideas que eran consideradas bastardas, secundarias o no registrables, provenientes del pensamiento latinoamericano y nacional (Ceslea y Waisberg, 2007: 239).

cesiones” que habían prometido realizar desde el primer editorial. En efecto, el grupo político arremetió contra el ministro Gelbard desde el primer número y, en general, dedicó buena parte de sus páginas a cuestionar una política que fue clave para el gobierno (y para Perón). A la vez, hemos dicho que, a pesar del tono radicalizado del programa electoral, el tercer peronismo seguía respondiendo a fundamentos keynesianos y estructuralistas en su planificación económica.⁶³ De esta manera, la planificación conocida como *Plan Trienal para la Reconstrucción y Liberación Nacional* tenía como estandarte la defensa del mercado interno, el capitalismo “nacional” con pleno empleo y una distribución equitativa del ingreso entre los sectores asalariados y la burguesía nacional. A primera vista, es posible observar que el peronismo buscaba reeditar la experiencia de los gobiernos del período 1945-1955, acomodándose a las transformaciones acaecidas en la estructura productiva y en la situación política.

A quince días de la asunción de Cámpora, la central obrera y la empresaria firmaban el acuerdo conocido como “pacto social”, que otorgaba un incremento de salarios del 20% (respetando los aumentos por convenios ya pactados), la suspensión de las negociaciones colectivas por dos años y el congelamiento de precios y salarios, y preveía una instancia de negociación salarial por aumento de productividad (Sidicaro, 2002: 116). El programa estaba lejos de las pretensiones revolucionarias de los diferentes actores de izquierda. Las organizaciones marxistas lo rechazaron de cuajo y los actores hegemónicos de la TRP lo aceptaron, aunque con desconfianza. Nuevamente, *MPL* estuvo más cerca de las posiciones de la izquierda no peronista y, a contramano de la lectura pública realizada por el peronismo revolucionario, explicitó sus cuestionamientos. Es que el grupo apostaba por que la proclamada “reconstrucción nacional”

63 En materia económica, las políticas de corte keynesiano se relacionaban con la búsqueda de concertación social y el foco en la generación de empleo como receta para combatir la recesión y fomentar la inversión, en torno a la construcción de un capitalismo autónomo. Por su parte, las políticas de corte “estructuralista” se relacionaban con las medidas adoptadas para combatir la inflación y con el diagnóstico desarrollista, en la búsqueda de consolidar la producción nacional, sustentada en los capitales locales y en las pequeñas y medianas empresas (Vitto, 2012: 111-134).

significara la construcción del socialismo y apoyaba sus argumentos en los puntos más radicalizados del programa del FREJULI, retando al gobierno para que transformara su rumbo.

MPL forjaba sus análisis económicos desde la peculiar mixtura que entretejía su identidad peronista. Revelando aquella afinidad con un “marxismo situado en el lugar de la teoría” (González Canosa, 2013), afirmaban que la liberación nacional debía traer aparejada la superación de la dependencia⁶⁴ y la “democratización de la política y la economía” (*MPL*, n° 3, 28/6/1973, p. 5); dos axiomas que estaban presentes en las pautas programáticas de Cámpora. La diferencia radicaba en que, para el grupo, aquello debía significar un nuevo modelo de acumulación. En efecto, el primer número de la revista publicaba un informe sobre Gelbard y retrucaba que “el peronismo quiere construir el socialismo nacional, no un neodesarrollismo” (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 21). Esta última posición sintetizaba las diferencias entre la perspectiva del gobierno y las expectativas de la revista: la gestión peronista no encarnaba un programa revolucionario, sino reformista, que buscaba la concertación (y no la lucha) de clases.

A contramano de estas definiciones, *MPL* afirmaba que no era posible retomar la experiencia del primer peronismo y apuntaba que esta era una pretensión que respondía a “otra coyuntura internacional, a otro modelo de acumulación del capital y a otra etapa de la lucha de clases”. Además, el grupo político denunciaba que la aceptación del programa económico por parte de los sectores dominantes se debía a que ya había sido probado por la dictadura militar en un “simulacro de pacto social”. En este punto, denunciaban una continuación de la política lanussista que buscaba hacer retroceder “la fórmula revolucionaria del socialismo nacional con la que se ganaron las elecciones”. Gelbard (una pieza central para el peronismo gobernante) era definido como un “representante de los intereses

⁶⁴ El análisis de *MPL* revelaba una profunda afinidad con la teoría marxista de la dependencia latinoamericana que, en términos generales, discutía con el estructuralismo apuntando que el problema de la relación desigual entre países desarrollados y subdesarrollados no respondía a una deformación del capitalismo, sino al rol específico que países como la Argentina cumplían para la economía mundial.

oligárquicos”, prueba de la “corrupción del régimen” y caracterizado como un “delincuente económico” (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, pp. 29-30).

Más lejos aún, *MPL* se proponía revelar “la verdad sobre el acuerdo social” y afirmaba que “en Argentina no existe como clase una burguesía nacional progresista” pues, “atrapada por la ofensiva del capital monopolista y la amenaza de radicalización de la clase obrera peronista, teme más a la revolución social que al imperialismo, buscando sobrevivir en una alianza con el enemigo”. Por otra parte, denunciaban el “muy limitado o casi nulo antiimperialismo” de la CGE y su inoperancia para frenar “el proceso de concentración y extranjerización de la economía” (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 14).

La revista denunciaba un “círculo de la dependencia” en la región latinoamericana (convertida en “importadora de tecnologías y bienes de capital”) que se agudizaba con la política bancaria del régimen y la creciente deuda externa. Al respecto, instaban a resolver la situación a partir de una adecuada “solución revolucionaria”, como recuperar “para el pueblo” las empresas estatales concebidas como instrumentos para la liberación. Aunque respecto de este punto, el gobierno creó la Corporación de Empresas Nacionales con el objeto de centralizar su manejo financiero, medida que fue cuestionada: *MPL* afirmó que “por medio de esta experiencia, se trata de sustituir la planificación del Estado controlada políticamente por el pueblo a través de su gobierno”. Para el agrupamiento, las empresas estatales eran “la única alternativa a la empresa multinacional en los sectores productivos fundamentales”; así era posible asentar un poder real en manos del pueblo, que fundara las bases para la construcción del socialismo nacional (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 28).

Otro de los ejes cuestionados fue la política de empleo, denunciando el problema de la “desocupación”, la “superexplotación del trabajo” y la caída del salario real, potenciada por “los impuestos al consumo, inflacionarios y regresivos [...] producto del terrorismo estadístico de Gelbard”. Respecto de este punto, el grupo cuestionó el rol de las dirigencias gremiales (otra pieza clave para el programa económico) afirmando provocativamente que “Rucci puede firmar

cualquier acuerdo con la CGE, desde que tanto él como Gelbard no representan a nadie y, personalmente, se benefician con la nueva política” (*MPL*, n° 5, 12/7/1973, p. 24). Además de subrayar la (supuesta) falta de representatividad de las entidades firmantes, la revista señalaba a los dirigentes gremiales como “traidores” de los intereses de la clase obrera. Volveremos sobre este punto.

Desde las páginas de la revista el grupo fijaba los límites de un proyecto económico que sintetizaba “la mentira del desarrollismo” e implicaba aceptar la penetración de capitales extranjeros y empresas multinacionales al precio de acrecentar la dependencia, acentuando la brecha entre ricos y pobres y “enmarcando”, de manera general, las situaciones concretas del subdesarrollo. A la vez, afirmaban que, “vista desde adentro”, la dependencia era estructural y se correspondía con nuestra condición de país “semicolonial” y con la inserción en la división internacional del trabajo (*MPL*, n° 6, 19/7/1973, p. 27). A pesar de todo esto, en esta primera etapa, *MPL* insistió sobre la posibilidad de corregir las “desviaciones” del programa económico, dando cuentas de las expectativas que depositaba en la experiencia del gobierno.

“Perón al poder”: la identidad política de *MPL* en tiempos de expectativas

En esta primera etapa, *MPL* se construyó a partir de una fuerte identificación con el movimiento peronista, el gobierno y el liderazgo de Perón. Si la gestión de Cámpora era caracterizada como una experiencia “revolucionaria” y “definitiva”, la revista se proponía como una “publicación semanal que contribuya al desarrollo de esta guerra popular en el particular contexto argentino” (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 3). Un observador externo podría señalar una contradicción en este discurso, puesto que suponía que un gobierno que consagraba el retorno de la legalidad democrática podía abrir paso a un período de “guerra popular”. Sin embargo, en este tipo de razonamientos se expresaba aquella “racionalidad instrumental” (González Canosa, 2018: 182), estructurada en un relato que no se

fundamentaba en la distinción entre “legitimidad procedimental y otra sustancial no institucional, sino en la posibilidad de concretar una reivindicación que había atravesado la conformación de varios actores desde 1955: el retorno de Perón del exilio político” (Slipak, 2015: 68). Al respecto, *MPL* afirmaba:

Sabemos bien que el compañero Cámpora y los representantes elegidos el 11 de marzo están absolutamente compenetrados con la estrategia revolucionaria fijada por Perón. Pero nadie ignora que el ejército de ocupación está intacto en sus fuerzas [y que] los intereses monopólicos y antipopulares no están dispuestos a ceder voluntariamente en el campo de la dependencia. Todos ellos se amparan en la falsa legalidad burguesa a que nos somete el acceso al gobierno por la vía electoral (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 8).

Luego veremos las definiciones del *otro enemigo* realizadas por el grupo; aquí solo interesa señalar que, si bien *MPL* articulaba ambas legitimidades como formando parte de una planificación general y revolucionaria ideada por Perón, no obviaba que la tirantez entre ambas tensionaba la potencialidad del proceso. El riesgo estaba puesto en que sectores del “enemigo” se ampararan en la aceptación de las reglas de la institucionalidad burguesa, acatada por el peronismo (y gran parte de sus sectores de izquierda), quienes habían participado del proceso electoral.

La apuesta de que se asistía a la fundación de un nuevo orden social (y el rol del nuevo gobierno en este proceso) se vinculaban con una interpretación del peronismo que hacía énfasis en la historia de lucha y resistencia que el pueblo venía librando desde 1955. En este sentido, el proceso de identificación anclaba en una interpretación de esa historia, operando un proceso de selección de la tradición peronista que acentuaba ciertas prácticas y significados en detrimento de otros. Como hemos visto, una de las referencias claves fue la figura de John William Cooke, no solo por el vínculo directo que gran parte de los integrantes del grupo habían tenido con el referente de la izquierda peronista, sino también porque este había sido pionero en realizar una operación analítica entre Perón

y el peronismo a partir de una reinterpretación que se basaba en el vínculo peronismo-marxismo. En este último sentido y según el testimonio de un integrante del grupo, “*nosotros interpretábamos que, políticamente, lo que expresa el marxismo se viabilizaba en el peronismo, por eso hablábamos de la radicalización del peronismo, el peronismo como pase hacia el socialismo*” (Dri, 2014; el subrayado es nuestro).

El grupo apuntaba a radicalizar el peronismo y apostaba por sus virtualidades. El reto era ligar peronismo y socialismo, un intento que era común en diferentes actores de la izquierda peronista. Bajo las enseñanzas de Cooke —y la influencia de la Revolución cubana— *MPL* no afirmaba que el peronismo era revolucionario, sino que podía llegar a serlo. En este sentido, retomaban el axioma cookista acerca de que el movimiento era “el hecho maldito del país burgués”, para dar cuenta de una definición “por la negativa del peronismo” que permitía crear la imagen de que “los peronistas revolucionarios todavía tendrían la misión de construir su definición positiva, es decir, el socialismo” (Gil, 1989: 79). Esta referencia se tornó explícita desde el editorial del n° 1; allí afirmaron que “nuestro modelo permanente será el ejemplo de Cooke [quien] hizo suyo el pensamiento de Evita: ‘el peronismo será revolucionario o no será’”. Más adelante, destacaban como una enseñanza clave “que no hay mayor verticalidad y lealtad a nuestro líder que la exigencia permanente de profundizar la revolución peronista en marcha” (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 3).

MPL partía de la premisa de Cooke sobre la potencialidad revolucionaria del peronismo, para apuntar que la mejor forma de expresar lealtad a Perón era profundizando el proceso de transformación social. Y esa potencia se vinculaba al componente de clase, “sin el cual ya no sería peronismo” (Sorín, 2014: 598). Como hemos visto, estas definiciones abrevaban en caracterizaciones que los integrantes del grupo venían realizando desde antes. Por ejemplo, Ortega Peña y Duhalde habían escrito en *NH* que la liberación exigía partir del “sujeto real” y que este no era otro que la clase trabajadora, expresada políticamente como peronista. También bajo el influjo cookista, el peronismo era caracterizado como “la especificidad de

la lucha de clases y de la liberación nacional en Argentina” (*NH*, n° 19, 11/1971, p. 16).

Estas características condensaron en la construcción del *nosotros peronista* realizado por *MPL* durante esta primera etapa. En esta construcción, el grupo apelaba de manera indistinta y simultánea a las categorías de “pueblo” y “clase obrera”, expresando así la mixtura de un “peronismo marxista”. Ambas referencias convivían en las diferentes expresiones de la revista e, incluso, aparecían como sinónimos. Por ejemplo, el primer editorial se presentaba como “parte que somos del pueblo peronista y militante” y, páginas adelante, referían a estas luchas en términos más clasistas: “La Resistencia [peronista] se encuentra instalada en la conciencia de explotadores y explotados. Expresada en las luchas que, como experiencias de movilización popular, quedan incorporadas en la conciencia de la clase obrera” (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, pp. 3 y 19).

Esta dualidad también se expresó en las definiciones del proceso revolucionario: más allá de que, en las primeras caracterizaciones, aquel proceso se ligó a los objetivos de la liberación nacional (a secas), pronto especificaron:

La verdadera naturaleza ideológica de la lucha peronista es contra el colonialismo y la opresión, o sea contra las formas modernas y renovadas del imperialismo y contra la opresión interna que desatan las clases poseedoras sobre los oprimidos. Para el peronismo, toda liberación nacional es social y a la inversa (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, pp. 19-20).

Es interesante destacar la pretensión de generalidad que el grupo realizaba sobre la propia interpretación del peronismo, obturando las demás definiciones en pugna existentes dentro del movimiento y, particularmente, dentro de la TRP. *MPL* afirmaba que “para el peronismo”, toda liberación era a la vez nacional y social, aunque, como veremos, importantes sectores de la TRP hablaban de “liberación nacional” sin que esta implicara la revolución social. Por su parte, *MPL* complejizaba la contradicción imperio-nación: si bien puntualizaban que en este momento ese antagonismo era el ordenador de la lucha ideológica peronista, también hacían referencia a

las contradicciones de clase expresadas en términos de “poseedores y oprimidos” o “explotados y explotadores”.

Otros aspectos claves para perfilar la identidad política de *MPL* en esta primera etapa fueron sus posicionamientos respecto del liderazgo de Perón. Desde el primer número, la revista reconoció al viejo caudillo como el conductor indiscutido del proceso revolucionario:

Tras años de enfrentar a la contrarrevolución desde el forzado exilio, el Gral. Perón, afrontando todos los riesgos, volvió al país para firmar el acta de defunción del coloniaje. La represión, condicionamientos y presiones no impidieron que el General diera los últimos pasos desde la patria para lograr la gran victoria del 11 de Marzo [...] Ahora nuestro General victorioso vuelve para conducir personalmente la marcha del pueblo argentino hacia su liberación definitiva (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 5).

Como puede verse en este párrafo, el retorno de Perón al país se presentaba como el resultado del triunfo en el enfrentamiento con la “contrarrevolución” y la disputa política se figuraba como una lucha entre “la violencia de arriba” y la del pueblo peronista. Al mismo tiempo, la expresión “forzado exilio” buscaba acentuar el carácter de réplica que habían tenido aquellas luchas frente al avasallamiento del sistema.

En la caracterización del rol de Perón, *MPL* también reveló las improntas de un marxismo tercermundista a partir del cual el viejo caudillo era considerado como un líder del Tercer Mundo y su regreso permitía “vislumbrar la liberación definitiva [advirtiendo que] como precedía Cooke [...] ninguna batalla ha sido en vano, ningún sacrificio estéril” (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 3). Estas referencias remitían a las influencias de la Revolución cubana, a partir de la cual habían asimilado peronismo y castrismo como dos modalidades de la lucha revolucionaria continental (Bozza, 2014: 140).

Ahora bien, más allá de que en esta primera etapa la revista sostenía que Perón podía liderar el “tránsito hacia el socialismo”, la transformación también aparecía como una característica inevitable de los países del Tercer Mundo “poderosos, revolucionarios

y socialistas” y de sus bases, quienes habían llegado a un nivel de conciencia del cual era imposible regresar (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 20). En esta línea, retomaban nuevamente a Cooke y señalaban:

Nadie puede tener la solución mágica para tomar el poder, ni es eso lo que el pueblo reclama a su conducción revolucionaria. Pero sí exige una estrategia correcta, una lucha donde se vea, como culminación, la toma del poder y el cumplimiento de programas que transformen integralmente las estructuras del país. [...] el general Perón dará lineamientos generales; después los dirigentes serán responsables de sacar conclusiones ajustadas, desarrollar prácticamente los principios generales, responder a las necesidades de cada momento. La ilusión de los derechistas en cambiar “la moda” izquierda por otra es un disparate. De la izquierda no se retrocede. Podrá recular una dirección política o gremial, pero no la masa (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, pp. 22-23).

Con esta impronta, *MPL* introducía una dualidad: si, por un lado, Perón era señalado como el conductor del proceso (es decir, quien fijaba la línea revolucionaria), por otro lado, “el pueblo y la clase obrera” aparecían como protagonistas indiscutidos, responsables –en definitiva– de exigir las estrategias correctas en el proceso de transformación social. Esta dualidad se resolvió más adelante, la segunda en detrimento de la primera. Lo interesante es destacar que, en un momento político signado por las expectativas que despertaba el retorno de Perón, la revista comenzaba a sopesar su liderazgo. Finalmente, de la cita se derivan otras dos cuestiones que son centrales: la estrategia revolucionaria y el rol de la dirigencia intermedia –política y gremial– del movimiento peronista.

Respecto de la primera, *MPL* volvía a señalar que, para el proceso en ciernes, la estrategia correcta debía tener como fin la toma efectiva del poder por parte del pueblo y de la clase obrera. Esta afirmación se vinculaba con que, para el grupo político, haber llegado al gobierno no era sinónimo de haber tomado el poder. Como ya hemos dicho, lo que estaba en el llano de este tipo de interpretaciones era la apuesta por la experiencia revolucionaria de los trabajadores peronistas.

Sobre la dirigencia intermedia del movimiento, estos tenían un rol importante, pero secundario: debían ser capaces de acompañar el nivel de conciencia al que había llegado la masa peronista. En este punto, la última frase es contundente: las bases no retrocederán en sus posiciones aun cuando la dirección política lo haga. Como veremos, la distinción entre el rol de estos dirigentes y el de Perón —que debía establecer los lineamientos generales (y revolucionarios) que luego aquellos debían interpretar y llevar adelante— sirvió para sortear la tarea de señalar responsables frente a acontecimientos ríspidos, como la masacre de Ezeiza.

Finalmente, la construcción inicial de la identidad peronista de *MPL* dibujó el contorno de *los otros*. Si bien en esta primera etapa, el “enemigo” presentaba márgenes difusos, el cauce de la oposición giraba en torno a un eje central: la condición de “semicolonia” con la que caracterizaban la situación nacional y los actores “aliados” de “la dependencia”. Estas características hicieron que la revista apuntara contra ciertos actores: el “ejército de ocupación que se ha retirado ordenadamente y está intacto en sus fuerzas” junto con “los intereses monopólicos y antipopulares que no están dispuestos a ceder voluntariamente un metro de terreno en el campo de la dependencia” (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, p. 8); la burocracia sindical —que “pactaba con todos ellos” (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 6)— y la (in)existente burguesía nacional (representada por José Ver Gelbard como ministro de Economía).

Aquí interesa hacer una mención sobre la utilización del concepto de “ejército de ocupación” que —aunque equívoco en sí mismo— es utilizado por el grupo, sin problematizar. Su utilización invocaba a los procesos de liberación nacional como Vietnam, Argelia o China, es decir, países que habían sufrido invasiones externas y que se enfrentaron con verdaderos “ejércitos de ocupación”, habilitando procesos de liberación masivos contra el invasor externo, bajo demandas nacionales y a partir de amplios frentes de clases. Aun cuando la apelación al término se encuentre vinculada a la caracterización de “nación semicolonial” o “dependiente” y al vínculo que denunciaban entre “el enemigo interno” y los intereses imperialistas, el país no había sido invadido. La caracterización del ejército

argentino como “de ocupación” traía consigo una lectura cuanto menos equívoca que, además, ligaba con expectativas sobre un comportamiento posible de la población argentina, también errado: una reacción social amplia contra las Fuerzas Armadas, como si estas fueran una potencia extranjera.

Respecto de la mención a la “burocracia sindical” como parte del enemigo, el peronismo obrerista que articulaba la identificación política del grupo fue un ordenador para que *MPL* alertara, de manera temprana, sobre las contradicciones internas que atravesaban al movimiento peronista. Con el correr de las publicaciones, este será un elemento clave que distinguió el análisis de la revista respecto de otros, más afines al *movimientismo*. En este punto, *MPL* denunciaba –ya en sus primeros números– que el peronismo estaba plagado de contradicciones de clase que debían ser superadas si se quería el triunfo revolucionario. Zito Lema recuerda que para el grupo

... importaba el convencimiento de que se había generado una burocracia y una corrupción que iba a volver imposible que existiera realmente una revolución [...] nosotros creíamos que con burócratas y con corruptos era muy difícil que se construya una revolución por más que estén las condiciones dadas (2013).

En relación con esto, “los burócratas” asumieron un especial protagonismo en las críticas de *MPL*, fundamentalmente porque estos actores pertenecían al peronismo (aunque la revista lo negara) y también disputaban sus significados. El n° 2 de *MPL* inauguraba su sección “Bases Sindicales” afirmando la necesidad de recordar la lucha constante de la clase obrera contra las “direcciones que, diciéndose peronistas, no eran sino corifeos del participacionismo”. Además, el grupo político afirmaba que, más allá de que Perón regresara al poder, la presencia de la “burocracia sindical” dentro del movimiento volvía imprescindible reflexionar sobre las formas de organización de pueblo peronista (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 4). Más adelante, la “Sección Polémica” –que simulaba el intercambio epistolar entre personajes obreros– dedicaba su primera carta a esta problemática y vinculaba a “la burocracia” con las Fuerzas Armadas.

En línea con la interpretación de estas últimas como representantes del imperialismo y al calor de las críticas de *MPL* respecto del pacto social, se denunciaba una alianza entre las Fuerzas Armadas y los dirigentes gremiales en torno al “proyecto desarrollista del neocolonialismo”. Así, afirmaban: “La burocracia sustituye a la clase trabajadora y las Fuerzas Armadas, a la burguesía. Es una política del como sí. Ni detrás de la burocracia están los obreros ni detrás de las Fuerzas Armadas existe la burguesía nacional”; luego, continuaban:

Esta alianza burocracia-partido militar en el encuadre del neocolonialismo muchas veces surge con apariencias contradictorias, pero nunca antagónicamente. Es contradicción antagónica y cada vez más desarrollada la que se da entre la burocracia sindical y el movimiento peronista [...] El “acuerdo social” es nuevamente la propuesta desarrollista metida de contrabando por Gelbard y Cía. [...] el paso atrás de las Fuerzas Armadas ha significado, de inmediato, el paso delante de ese empresariado pactista que nada tiene que ver con el peronismo (*MPL*, n° 2, 21/6/1973, p. 6).

Nada más lejos que contradicciones antagónicas y desarrolladas entre los dirigentes gremiales y el movimiento peronista. Pronto veremos que el vínculo entre las direcciones sindicales, el peronismo y Perón se afianzó rápidamente, lo que significó un duro revés para este tipo de análisis. Aquí nos interesa resaltar que *MPL* estaba oponiendo a los dirigentes gremiales (peronistas) al movimiento peronista al homologar a este último solo con los trabajadores y el pueblo. Además, este tipo de operaciones discursivas también apelaba a definir los márgenes de una identidad en disputa, excluyendo a dirigentes que “se dicen peronistas pero no lo son” y que introducían “de contrabando” políticas caracterizadas como “ajenas” al peronismo.

Finalmente, la referencia a la burguesía nacional es un punto interesante. Con ello, *MPL* se alejaba de otras posiciones dentro de la TRP, que sí apostaban por la posibilidad de una alianza con estos sectores. A contramano de estas posturas, la revista desestimó la posibilidad de que esa fracción de las clases dominantes jugara un

rol preponderante en el frente de liberación. Como ya hemos visto, el grupo político afirmaba que la burguesía nacional era una “clase débil” e inexistente y cuestionaba severamente el programa económico basado en el acuerdo entre clases.

En términos generales, “el enemigo” quedaba integrado por los “representantes del imperialismo y el coloniaje” (*MPL*, n° 3, 28/6/1973, p. 3). Sin embargo, este conjunto engordó rápidamente, ensanchando sus márgenes. La masacre de Ezeiza será uno de los hechos claves para que la revista comenzara a delimitar con mayor claridad a los actores con quienes se enfrentaba, dentro y fuera del peronismo.

El primer “golpe”: la masacre de Ezeiza

A poco de andar, *MPL* tuvo que posicionarse frente a los hechos conocidos como “la masacre de Ezeiza” y los pronunciamientos públicos de Perón al respecto. Como veremos, estos acontecimientos tensionaron las expectativas del grupo respecto de la potencialidad revolucionaria del movimiento peronista y sus posiciones sobre el rol de Perón. Si bien los hechos sucedieron durante la primera etapa de *MPL*, es decir, cuando aún sostenían las expectativas iniciales, fueron el primer zarpazo de una herida en la identidad peronista del grupo, que nunca dejó de sangrar.

En términos generales, los incidentes simbolizaron el inicio de las luchas intrapartidarias en las que se enfrentaron los sectores de la izquierda peronista, nucleados alrededor de la TRP, y los sectores tradicionales y de la derecha. Antes, durante el proceso electoral, la disputa había quedado solapada por el triunfo en las urnas: los actores habían medido sus posiciones de manera silenciosa, estableciendo un delgado equilibrio dentro del movimiento. El episodio que rompió la correlación de fuerzas fue la masacre de Ezeiza, producida con el regreso de Perón al país; como apuntan Sigal y Verón, en el enfrentamiento, cada uno de los sectores buscó “apropiarse de la totalidad del verdadero peronismo”, definiendo su “nosotros”

como el único colectivo posible y calificando al otro como “traidor o infiltrado” (2003: 150).

El 20 de junio de 1973, el viejo caudillo retornaba luego de 18 años de exilio y una multitud se disponía a recibirlo participando de una de las concentraciones populares más importantes de la historia argentina. Allí se condensaban, en un mismo espacio político, las disputas y enemistades entre la derecha y la izquierda peronista y la estrategia pendular de Perón que, aunque se había apoyado en los sectores revolucionarios durante la campaña, ahora ponía a la derecha peronista a cargo de la organización del acto. Como afirma Besoky:

La presencia de sectores antagónicos en el movimiento había sido parte de la estrategia de Perón para negociar con los militares. Por un lado fomentaba el ala izquierda (donde estaban las organizaciones armadas y la Juventud Peronista) y por el otro sostenía un sector negociador (el aparato político, los sindicalistas, figuras de la derecha peronista) (2016: 198).

Ahora bien, más allá de que el conflicto interno era perceptible desde la asunción de Cámpora, “con el episodio de Ezeiza pasó a ocupar el espacio público y nacional” (Franco, 2012a: 50). Sectores asociados a “patotas sindicales” y fuerzas de seguridad desataron un enfrentamiento armado que tuvo por principales víctimas a los asistentes, en general, y a los sectores nucleados en torno al peronismo revolucionario, en particular (Franco, 2011 y 2012a: 50). Este acontecimiento inesperado desconcertó a los actores del peronismo revolucionario que expresaron variadas interpretaciones al respecto. Para el grupo político de *MPL*, significó el principio de una fractura que no tardaría en llegar y que, tal vez, había sido prevista. Sobre este punto, Zito Lema recuerda:

Nosotros fuimos juntos, Ortega, Duhalde y yo al día del retorno. Nos cagaron a tiros. Ese fue otro quiebre para nosotros. En relación con Perón, ¿eh? No te puedo contar lo que fue, hay que haber estado allá. Pero dentro, de lo que yo puedo decir, ese día nosotros sentimos que Perón nos había fusilado por la espalda, eso es un hecho (2013).

Sin embargo, el poeta afirma que “el núcleo de ese grupo político” no vivenció la sorpresa como un desencanto: “*Nosotros nunca creímos ciegamente en Perón. Desilusión no, quizás desconsuelo por darnos cuenta de que si Perón no hacía la vía revolucionaria el costo iba a ser terrible*” (Zito Lema, 2013). Debe recordarse que estamos hablando de un contingente militante con trayectorias que, en su mayoría, provenían de las entrañas del movimiento peronista y habían transitado diferentes experiencias en relación con Perón y su estrategia pendular. Como hemos dicho, sus dirigentes habían visto fracasar el “operativo retorno” ideado por Héctor Villalón luego de que el líder resolviera apoyarse en Vandor en 1964; conocían las consecuencias del progresivo distanciamiento respecto de Cooke a fines de los sesenta y habían sido testigos de las consecuencias del llamado a la “unidad gremial” realizado por Perón, en 1969. El objetivo de esta última había sido frenar la expansión de la CGT-A liderada por Ongaro, unificar la CGT en torno a la figura de Rucci, verticalizar el movimiento y retomar el control de la estrategia política. Quizá por todo ello, un miembro del grupo recuerde que tras haber vivido los sucesos de Ezeiza, tomaron conciencia de que la situación empeoraría y que tendría graves consecuencias.

Ahora bien, más allá de los testimonios, el n° 3 de la revista —publicado el 28 de junio— cubría casi con exclusividad lo sucedido en Ezeiza y, a la hora de denunciar responsables, obviaba señalar a Perón. Por el contrario, haciendo uso de aquella distinción entre el rol del líder y el de los dirigentes gremiales y políticos del movimiento, el grupo justificaba al primero y hacía recaer todas las críticas en los sectores de la derecha, encargados de organizar el acto. Aquí es posible identificar un esquema interpretativo similar al de “la teoría del cerco”, posicionamiento que explicaba las políticas y expresiones públicas de Perón como producto de una manipulación pergeñada por la derecha peronista, es decir, como ajenas o externas al propio líder.⁶⁵ Como veremos luego, *MPL* mantuvo una relación ambigua con este tipo de explicaciones; sin embargo —al margen

65 Como veremos, la teoría del cerco fue esgrimida y utilizada por Montoneros-JP y los sectores más *movimentistas* de la TRP para explicar la falta de comunicación con el viejo caudillo y los desaires políticos que Perón les propinó tras su regreso al país.

de algunas voces que afirman no haber recaído en esos axiomas—, lo cierto es que, en muchas ocasiones, reprodujeron su estructura argumental a partir de posicionamientos que, probablemente, respondieron a las evaluaciones y estrategias políticas que se estaban jugando en esa coyuntura.

En efecto, tras la masacre del 20 de junio, los sectores de la TRP que eran afines al proyecto político del agrupamiento de *MPL* se reunieron con carácter de urgencia en el sindicato del tabaco para evaluar en qué situación política quedaban posicionados:

En aquella reunión había quienes venían del peronismo y quienes no. Cuando analizamos lo sucedido, hubo quienes quisieron salir con un fundamento mucho más frontal contra Perón. Nosotros tratamos de adaptarnos a las posibilidades de la discusión política y no a la cuestión visceral de decir “nos traicionó y nos vamos” (Duhalde, M., 2014).

MPL acusaba como responsables al teniente coronel Jorge Osinde —subsecretario de Deporte en el Ministerio de Bienestar Social, cuyo ministro era José López Rega—, a Alberto Brito Lima —jefe del Comando de Organización (CdO)— y a Norma Kennedy, entre los más destacados. Todos ellos pertenecían a la derecha peronista, que venía reorganizándose desde principios de 1973: además de la mencionada CdO, también actuaban la Juventud Sindical Peronista (JSP), la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN) y la Concentración Nacional Universitaria (CNU). Todas tuvieron en Ezeiza su bautismo de fuego. Siguiendo a Besoky, observamos que la derecha peronista

... estaba convencida de que la Tendencia, y más precisamente Montoneros, planeaba asesinar a Perón. Más allá de si esto era efectivamente cierto, lo importante es que actuaron como si lo creyeran. Como resultado, encargados de la custodia del palco abrieron fuego sobre la columna sur de Montoneros que se acercaba por detrás [...] la Juventud Sindical Peronista, el Comando de Organización, la Concentración Nacional Universitaria, la Alianza Libertadora Nacionalista y otros grupos

independientes de la JP estuvieron bajo la dirección de Jorge Osinde, armados y encargados de defender a Perón (2016: 210).

De este modo, Ezeiza se convirtió en el primer eslabón de una escalada de violencia que, desplegada desde el aparato estatal de manera extralegal, había surgido de la propia interna del peronismo. En efecto, la nota editorial de *MPL* tituló “Derrota, derrota, victoria” y afirmó: “El día 20 asistimos a la confrontación de lo que es el movimiento peronista, para que su jefe pasara revista [...] el peronismo hoy es como se mostró en Ezeiza, aun con sus lacras que no hemos podido extirpar” (*MPL*, n° 3, 28/6/1973, p. 3).

MPL estructuraba el relato en torno a la relación entre política y guerra, evaluando las “derrotas y victorias” de los sectores enfrentados dentro del peronismo. La dirección afirmaba que la magnitud de la movilización (con una presencia mayoritaria de la clase obrera) y sus canales de organización (barriales y políticos) habían demostrado “la profundización del pueblo” reflejado en el “aplastante predominio de las banderas y consignas de las organizaciones armadas peronistas, FAR-Montoneros y FAP, la auténtica JP y la JTP y demás encuadramientos de la Tendencia Revolucionaria”. Esta presencia había marcado la derrota de la burocracia política y sindical que demostró su incapacidad para movilizar al pueblo y para frenar su “potencialidad revolucionaria” (*MPL*, n° 3, 28/6/1973, p. 3).

A la vez, *MPL* apuntaba que los sectores burocráticos portaban un “macartismo castrador” con “consignas reaccionarias” y señalaba que su única victoria había sido la de impedir el reencuentro del líder con su pueblo (*MPL*, n° 3, 28/6/1973, p. 5). Es interesante observar que la lectura de la revista retomaba la denuncia que desde el primer número venía realizando en torno a las contradicciones que convivían dentro del movimiento peronista y que requerían de una superación urgente.

Respecto de Perón, afirmaban: “La primera impresión ante el discurso del General del día 22 fue dura para los sectores combativos del movimiento peronista [...] pero un análisis más frío permite comprender su estrategia global”. A partir de una maniobra

discursiva que buscaba desvincular al líder de los sectores que eran señalados como responsables, sostenían:

Le corresponde a Perón la responsabilidad de velar por el conjunto del pueblo, sea este peronista o no, sea o no revolucionario. Esa es una responsabilidad que nadie le endilgó pero que el General asume [...] así, no es que deje abandonados a los revolucionarios, sino que desde su inmensa influencia [...] comienza un duro trabajo para ordenar el Estado argentino y reorganizar el movimiento peronista (ídem).

El discurso de *MPL* intentaba separar a Perón de sus fuertes acusaciones, escudándose detrás del argumento que señalaba que aquel no era el presidente y que no tenía a su cargo las responsabilidades del gobierno, sino otras aún más duras: la reorganización del Estado y del peronismo. Aquí es necesario recordar que, para este momento, *MPL* sostenía que el gobierno había abierto las puertas de un proceso revolucionario del que Perón era “el conductor”. De esta forma, el viejo líder debía reorganizar el Estado en función de ese rol. En esta línea, *MPL* afirmaba: “No es momento de tratar de obligar al General a expedirse. Hay un gobierno y una justicia que debe opinar y actuar. Es otro el papel de Perón” (ídem).

Sin embargo, *MPL* se ocupaba de aclarar que más allá de que el líder tuviera la función de cuidar al conjunto del pueblo, su “mensaje de ‘Unidad Nacional’ [no se podía convertir] en excusa para que los asesinos infiltrados sigan medrando al calor del movimiento”. La primera medida que se reclamaba era “desarmar a la represión que ahora está instalada insólitamente dentro del movimiento peronista y a veces cerca de su cúpula” y para ello insistían sobre la necesidad de “democratizar la economía y la política”. Estas definiciones ponían en juego elementos vinculados a la tradición marxista que subyacían a la formación política e intelectual del agrupamiento y la referencia explícita a Cooke en el análisis de la revista. Con relación a este último punto, la nota se encargaba de dejar en claro que la definición del pueblo peronista por el “socialismo nacional” no respondía a infiltraciones de ideologías “extrañas”, como afirman “los anales de la mentirología macartista”, sino al “más alto grado

de definición teórica” de un peronismo que “como decía Evita, será revolucionario o no será” (*MPL*, n° 3, 28/6/1973, pp. 5 y 6).

La lectura sobre Ezeiza se complementó con análisis más profundos que disparaban duras críticas sobre el poder que venían adquiriendo los sectores más conservadores del peronismo en el interior del movimiento y en el gobierno. En la “Sección Polémica”, *MPL* publicaba la carta de un nuevo personaje: “El Negro”, quien respondía a la anterior firmada por “Francisco”, publicada en el n° 2. Allí, el personaje obrero expresaba su opinión sobre los burócratas y los imperialistas:

Estamos de acuerdo cuando se habla de la alianza entre la burocracia sindical y las fuerzas de ocupación. En carne propia sentimos los efectos de esa alianza [...] Por eso ahora, debo confesarle que estoy preocupado. Mucho burócrata por los ministerios, poco trabajador por las fábricas. Cada vez más desocupados. Yo sé que la hora del pueblo se acerca [...] porque en Ezeiza había cuatro palos de pueblo con sus consignas a cuestas. Pero quiero dejarte planteada una pregunta: este gobierno ¿expresa realmente al pueblo? ¿Vamos a construir el socialismo nacional con Rucci, Gelbard y Osinde? (*MPL*, n° 3, 28/6/1973, p. 14).

Desde un lenguaje coloquial que buscaba representar las posiciones de un trabajador peronista, la revista comenzaba a sembrar la duda en torno a los objetivos de un gobierno que, hasta hacía dos semanas, se presentaba como revolucionario. Si bien el cuestionamiento no anclaba en el movimiento ni en Perón, sí lo hacía en personajes políticos que significaban piezas claves dentro de su estrategia y plan de gobierno, relacionándolos con la masacre contra el pueblo, sucedida el día de su retorno.

Lo cierto es que, más allá de la interpretación realizada por la revista, Perón había elegido pronunciarse vistiendo su uniforme militar y había abordado los enfrentamientos con un discurso que daba cuentas de su voluntad de pacificación. Así, afirmaba:

No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina ni a nuestra ideología. Somos los que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando “la vida por Perón” que se hace Patria,

sino manteniendo el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran los muchachos que levantan banderas revolucionarias. Los que pretextan lo inconcesable, aunque cubran sus falsos designios con gritos engañosos o se empeñen en peleas descabelladas, no pueden engañar a nadie (citado en Baschetti, 1999: 199).

Siguiendo a Svampa, observamos que el discurso de Perón significó un punto de inflexión porque dejaba atrás el arte de la contradicción discursiva, una característica constante de sus pronunciaciones hasta ese momento. Durante muchos años, su palabra se había transformado “en una especie de libro sagrado en cuyas páginas siempre era posible hallar, para una misma pregunta, dos sentencias diferentes, generalmente contradictorias entre sí”. En efecto, tanto la izquierda como la derecha peronista habían interpretado a Perón de manera antagónica. La novedad radicó en que, tras el retorno, el líder se despojó de “toda ambigüedad” y, luego de la masacre, “estableció un corte cuya sustancia difería sensiblemente de aquella que esperaban los sectores juveniles y las organizaciones armadas peronistas” (Svampa, 2003: 391). En relación con ello, el discurso de Perón fue una expresión de las especificidades que asumiría la política del tercer peronismo: llamaba a la inclusión de “una sola clase de argentinos, que luchan por la salvación de la patria”; a la tolerancia y pacificación como objetivos políticos y al “escarmiento” de quienes no lo entendieran. Finalmente, exhortaba a volver sobre el “orden legal y constitucional”, denunciando a quienes deseaban “copar el movimiento” o “tomar el poder” y estableciendo una línea clara entre el orden y el desorden, que el peronismo admitiría (Franco, 2012a: 28).

Finalmente, Ezeiza también significó el inicio del proceso de descomposición de la “primavera camporista”, que comenzó a marchitarse a poco de florecer. En el n° 4, publicado el 5 de julio, *MPL* denunciaba que “los infiltrados y la burocracia política y sindical” seguían preparándose para agredir al pueblo y que “con el cuento de la verticalidad”, diputados leales habían sido “apretados” (*MPL*, n° 4, 5/7/1973, p. 4). La referencia a la “verticalidad” (elemento clave

de la tradición peronista) en términos de fábula reforzaba aquella opción que se había dejado entrever como posible desde la primera publicación: la de cambiar la dirección política si no coincidía con la marcha revolucionaria del pueblo. Respecto del rol de Perón, *MPL* utilizaba los argumentos de la teoría del cerco y afirmaba:

El líder ha reiterado en sus palabras y lo que es más importante, en sus hechos [...] que es insobornable, que es un revolucionario [...] En su política de cerco a Perón y desnaturalización del movimiento, la burocracia se ha encontrado hasta ahora con una gran dificultad: la lealtad del doctor Cámpora [...] que mantiene una línea coherente y precisa de acatamiento y respeto a las directivas del General, sin aceptar por parte del enemigo interno y externo ningún tipo de presiones (*MPL*, n° 4, 5/7/1973, p. 5).

A su vez, volvían sobre la necesidad de diferenciar roles políticos entre el gobierno y el movimiento. En una nota titulada “La reconstrucción nacional y el movimiento peronista”, señalaban que ambas instancias se encontraban entremezcladas, dificultando la posibilidad de precisar “hasta dónde llega la responsabilidad del peronismo ni cuál es la tarea del apoyo que le debe dar al gobierno del presidente Cámpora”. *MPL* afirmaba que “el copamiento del movimiento” seguía siendo un “peligro latente” que podría ser prevenido a través de una diferenciación clara entre “las funciones partidarias y las oficiales”. De esta forma, la nota afirmaba que “los grupos que intentan —y que en Ezeiza lograron— infiltrarse en la cúpula del movimiento pueden ver limitadas sus aspiraciones cuanto mayor sea el control popular de las instituciones representativas del movimiento y en el gobierno popular” (*MPL*, n° 4, 5/7/1973, p. 6). En su quinta salida, la revista seguía insistiendo en la necesidad de aquella diferenciación apuntando que “en nombre de Perón se siguen cometiendo toda clase de atrocidades en materia de medidas oficiales, declaraciones políticas, agresiones personales y definiciones ideológicas” (*MPL*, n° 5, 12/7/1973, p. 4). *MPL* apuntaba que aquellas políticas y definiciones ideológicas que resultaran contrarias a un posicionamiento revolucionario no provenían de Perón, sino de la “burocracia infiltrada” que, además, estaba acusada de realizar una

“Operación Copamiento” tanto en el movimiento peronista como en el gobierno de Cámpora (en estos términos, respondían a los rumores sobre la renuncia de funcionarios afines, como Esteban Righi).

Sin embargo, la posibilidad de operar una diferenciación eficaz entre el movimiento y el gobierno que abriera canales de participación popular y limitase el avance de la derecha resultó imposible. Tanto es así que la propia revista, tensionada por la coyuntura política, transitará un proceso de ruptura que terminó homogeneizando la experiencia del gobierno, la realidad del movimiento y el rol de Perón como líder del proyecto que ambos encaraban.

***MPL*: un actor político dentro de la TRP**

La transformación de la revista *MPL* en un actor político más dentro de la TRP es una de las características claves de este proyecto editorial. Si bien, como ya hemos dicho, la revista no se encontraba vinculada a ninguna organización revolucionaria actuante en aquel momento, el espacio que generaba se constituyó rápidamente en una usina de pensamiento que materializó discusiones del peronismo revolucionario al tiempo que nucleó a varios actores que se identificaron con las posiciones y las apuestas realizadas desde las páginas de la revista. Ya desde el primer editorial, *MPL* definía que sus destinatarios serían especialmente los cuadros militantes del movimiento peronista y buscaba constituirse como un medio que expresara un posicionamiento crítico y autónomo, que reflejara “*la libertad de pensamiento sin el peso de la mamá organización*” (Duhalde, M., 2015).

Hemos visto que el grupo político que encarnaba *MPL* venía expresando “*diferencias con parte de la Tendencia [que habían empeñado] antes de la revista*” (Duhalde, E., 2006). Como iremos mostrando, estas divergencias –sobre todo con Montoneros y la JPr– se pondrán en juego a lo largo de la publicación de *MPL* e irán profundizándose a medida que la revista radicalice su identidad política. Sin embargo, en esta etapa, las similitudes y opiniones compartidas

fueron mayores que las diferencias, y estuvieron profundamente relacionadas con la significación revolucionaria que amplios sectores sociales le otorgaban al gobierno de Cámpora.

Las visiones coincidentes respecto de la etapa se vieron reflejadas en el espacio material que la revista les otorgó a los sectores hegemónicos de la TRP durante este primer momento: los primeros números de *MPL* publicaron conferencias de prensa de Montoneros y las FAR, comunicados conjuntos y reportajes realizados por revistas anteriores. Tanto en la primera como en la segunda edición, *MPL* otorgaba espacios a la palabra de “los compañeros Quieto y Firmenich” y se identificaba con los pronunciamientos que ambas organizaciones realizaban sobre el regreso del líder (*MPL*, n° 1, 14/6/1973, pp. 9-10 y 28). A la vez, haciendo suyo un comunicado que llamaba a “defender la victoria del 11 de Marzo”, la revista convocaba con Montoneros a estar “junto a Perón” el día 20 (*MPL*, n° 2, 21/6/1972, p. 17).

Tales coincidencias se relacionaban con el hecho de que, hasta el momento, Perón no se había pronunciado sobre el proyecto de gobierno ni había definido cuál era el sentido del “verdadero peronismo” (Altamirano, 2001). En este punto, es relevante poner en juego el análisis que Sigal y Verón (2003) realizan sobre el discurso de la JP, porque puede hacerse extensivo al resto de los sectores del peronismo revolucionario en este momento inicial: si en la enunciación peronista las entidades “Perón-Pueblo-Patria” eran inseparables y la palabra del líder “intransferible”, el panorama que se abría con su retorno dependía de que Perón afirmase su condición de revolucionario frente a una izquierda peronista heterogénea, que esperaba esa confirmación para mantener la unidad.

En efecto, a pesar de estas coincidencias iniciales, también es posible encontrar diferencias en los relatos de quienes apoyaron al gobierno peronista. Un buen termómetro para ubicar a *MPL* en el arco de lecturas disponibles es comparar las posiciones del grupo político con otras expresiones político-editoriales. Retomando a la revista *E*—expresión de una visión *movimientista* en el interior de la TRP— y a *Pasado y Presente* (*PyP*)—revista vinculada a exmilitantes del Partido Comunista y a intelectuales de la izquierda— podríamos

apuntar que, en esta primera etapa, *MPL* tuvo un posicionamiento intermedio. Si bien todas apoyaron al gobierno y compartían como horizonte el socialismo (“nacional” o a secas), las diferencias pueden identificarse en las formas de expresar los proyectos políticos posibles, la lectura sobre el movimiento peronista y la interpretación de Perón.

Para el grupo “pasado-presentista”, el triunfo electoral significaba un punto de partida para la lucha de clases. Con apuestas similares a las del grupo político de *MPL*, aquellos también interpretaban que el pasaje al socialismo debía darse en el interior del peronismo, por la identidad política de los trabajadores (Burgos, 2004: 209). La diferencia estribó en que *PyP* siempre reivindicó la autonomía de la clase obrera y el movimiento popular respecto del movimiento peronista y de Perón, mientras que, en esta primera etapa, *MPL* apostó porque el regreso del líder pudiera darse en clave revolucionaria.

En este punto, la revista se acercó a la posición de *E*, que –al igual que la mayoría de los peronistas revolucionarios– reivindicaba el rol de Perón y del movimiento, como un marco para la transformación social. Sin embargo, *MPL* articuló siempre un discurso clasista –que con el correr del tiempo se tornó más nítido– y que los acercó a grupos como los de *PyP*. Un ejemplo puede señalarse en los análisis sobre qué representaba el FREJULI, esto es, qué proyectos sociales contenía: si *E* habló de “socialismo nacional” versus “capitalismo nacional”, tanto *MPL* como *PyP* hacían referencia a un proyecto “neodesarrollista” o “nacional desarrollista” versus otro antiimperialista y anticapitalista.⁶⁶

Otra diferencia clave con los sectores hegemónicos de la TRP fue la denuncia incipiente que *MPL* realizó en torno a las contradicciones internas del movimiento. Esta lectura difirió de *E*, pero también de la revista *El Descamisado* (*ED*), prensa oficial de la organización Montoneros-JPr, que condensó sus posiciones junto con las de las FAR, próxima a fusionarse con la primera. Aunque no es posible simplificar posturas en el interior de estas organizaciones

66 Para un análisis comparado sobre la revista *Envido y Pasado y Presente*, ver Bilmes (2014).

(porque, siguiendo a Slipak, estuvieron surcadas por “distintas visiones sobre el peronismo, la figura de Perón, los sindicatos y políticos peronistas y la especificidad de la revolución”),⁶⁷ *ED* tuvo como prioridad homogeneizar posturas en torno a un discurso común que, con tipes y aflojes, afianzó lecturas *movimientistas*, abreviando la convivencia de intereses contrapuestos dentro del movimiento (Slipak, 2015: 67). Aunque la identidad de Montoneros no pueda reducirse al análisis de su prensa orgánica, sí es posible afirmar que *ED* constituyó una forma específica de construir esa identidad y de transmitirla. En este punto, la apuesta estuvo en apuntar que el peronismo era revolucionario en su conjunto, característica que iría descartando a aquellos actores que –como “la burocracia sindical”– abrevaban en proyectos contrarios.⁶⁸ Retomando algunas de sus posiciones, observamos que, a diferencia de *MPL*, *ED* entendía que:

... el nuestro es un movimiento de liberación nacional, tanto por su composición social como por su doctrina política [...]. La evolución del movimiento [...] no es pareja en todos sus sectores pues hay algunos que no asumen este proceso porque no representan fielmente a la clase trabajadora. Sin embargo, todos estos sectores pertenecen al movimiento peronista; la posibilidad de supervivencia [depende del] trasvasamiento generacional del cual somos parte protagónica [...] Esto no significa “tirar un viejo por la ventana todos los días” sino que debe consistir

67 La autora identifica tres lineamientos dentro de Montoneros-JPr: un grupo reivindicaba la idea de vanguardia y buscaba conducir el peronismo; un segundo grupo prefería el concepto de brazo armado y se limitaba a un rol más secundario, y el último aceptaba la categoría de formaciones especiales y expresaba una obediencia completa al líder. Cada una de estas posiciones planteaba relaciones divergentes con el resto de los actores del movimiento peronista (Slipak, 2015: 67).

68 En nuestro análisis nos centraremos en la comparación entre *MPL* y *ED* por varios motivos: en primer lugar, porque *MPL* consideró la revista como un interlocutor directo; a la vez, porque *ED* expresó las posiciones públicas de los sectores hegemónicos de la TRP. Finalmente, porque fue una de las revistas emblemáticas de la época tanto por su tiraje como por su repercusión. Sin ir más lejos, el reconocimiento que *MPL* le otorgó a la publicación (sea para discutir posiciones, sea para coincidir con ella) se materializa en el n° 3, cuando el semanario anuncia la aparición de *ED* como un acontecimiento político que debía ser celebrado por ser un medio más de la “prensa popular” y por reflejar un periodismo “auténticamente peronista” (*MPL*, n° 3, 28/6/1973, p. 17).

en dos cosas: la actualización doctrinaria y el abandono de los métodos burocráticos (*ED*, n° 4, 12/6/1973, p. 4).

En la interpretación de la revista montonera, el movimiento respondía a una estrategia de guerra integral dirigida por Perón y estaba embarcado en una actualización doctrinaria que tenía por protagonista a los sectores juveniles y que iba a ir descartando a quienes se oponían al proceso. Si bien en esta primera etapa, tanto el grupo político de *MPL* como los sectores que componían el espectro montonero destacaban el liderazgo de Perón y veían en él los lineamientos revolucionarios del ahora, las disidencias se expresaron en la definición del proceso revolucionario, es decir, en los significados de “la revolución” y su vínculo con el peronismo. Siguiendo a Lissandrello y Pacheco, observamos que Montoneros “se caracterizó por defender un programa de naturaleza reformista que hacía hincapié en la necesidad de alcanzar la liberación nacional [...] como precondition para luego poder construir el socialismo”; esto implicaba que el objetivo de la transformación social dependiera de la erección de un “verdadero capitalismo nacional” (2013: 2-3).

Finalmente, aunque identificaban en la clase obrera al sujeto revolucionario, se mostraban confiados ante la posibilidad de establecer alianzas con la burguesía nacional y consideraban que esta era una de las tareas claves del presente. Este tipo de políticas tenía un potencial revolucionario contra los monopolios, el imperialismo y la oligarquía agropecuaria, todos ellos sectores del “enemigo”. En esta línea, el movimiento peronista aparecía como el motor de la liberación nacional y esta definición hizo que Montoneros priorizara los espacios conquistados en su interior, asumiendo posiciones vacilantes frente a las definiciones de Perón (Lisandrello y Pacheco, 2013).

A diferencia de estas posiciones, por desestimar la existencia de sectores progresistas dentro de la burguesía, *MPL* desconfiaba de esa política de alianzas. Para el grupo político que encarnaba la revista, liberación nacional y revolución social eran instancias indivisibles y aunque también atendían la contradicción “imperio-nación”, vinculaban ese antagonismo con las contradicciones de clase

que, tanto dentro como fuera del movimiento peronista, adquirirían centralidad. Estas distancias esclarecen las disidencias que *MPL* tuvo respecto de Montoneros en el análisis del pacto social. Como dijimos, el grupo dirigido por Ortega y Duhalde denunciaba la política económica del gobierno como ajena a los intereses de las bases peronistas (y al objetivo de la patria socialista). La interpretación de la revista estuvo más cerca de un semanario de la izquierda marxista como *PyP* que de los análisis que tendieron a predominar entre los actores de la TRP. En efecto, con una perspectiva similar a la expuesta por *MPL*, el grupo pasado-presentista apuntaba que

... las fuerzas del nacional desarrollismo, que incluye al sindicalismo, a la burocracia política y a los sectores no peronistas del FREJULI [...] tiene como eje a la burocracia sindical y como programa al pacto de la CGE-CGT: un tímido desarrollismo reformista pactado con los monopolios, en el que se instrumenta como principal arieta desmovilizadora de la clase obrera a la burocracia sindical, mientras se mantiene en reserva a las Fuerzas Armadas, como antídoto último de la “subversión” (*PyP*, IV [n° 1], abril-junio de 1973, p. 23).

En cambio, Montoneros asumía una posición ambigua que, no sin desconfianza, justificaba el acuerdo. De esta forma, las páginas de la edición n° 4 de *ED* titulaban “Acuerdo Social y Control de los Trabajadores” y afirmaban que las medidas adoptadas por “el gobierno popular” tendían a “aumentar la riqueza nacional, evitar que el imperialismo se la lleve y distribuirla en forma creciente para beneficio de los trabajadores”. A su vez, señalaban que todas las medidas habían surgido de “la negociación y el acuerdo entre la CGT y los empresarios”, expresiones que reconocían la representatividad de las centrales firmantes del pacto social. *ED* advertía que los trabajadores y la “movilización” se encargarían de controlar que la burguesía nacional “cumpla con lo pactado” (*ED*, n° 4, 12/6/1973, p. 13).

Como hemos visto, el hecho político que en esta primera etapa sacudió a los actores del peronismo revolucionario fue la masacre de Ezeiza. Ya analizamos la forma en que *MPL* significó estos aconte-

tecimientos; ahora resulta pertinente revisar las posiciones de los sectores nucleados en torno a Montoneros y la JP, para tejer algunas comparaciones. Ricardo Grassi, por entonces director de *ED*, afirma que estos acontecimientos significaron el primer cortocircuito editorial para el semanario que publicaba (2015).

Tanto *MPL* como la revista montonera coincidieron en responsabilizar a Osinde y a los sectores de la derecha peronista de la masacre, corriendo del eje del conflicto a Perón. Sin embargo, el discurso de *ED* cerró filas en torno a la “teoría del cerco” y, a diferencia de *MPL*, no dejó espacio a la duda. En este punto, el editorial firmado por Dardo Cabo relataba: “Quería ser hermano en la alegría y el triunfo junto a los cuatro millones de compañeros que estábamos en Ezeiza. Y me jodieron. Volví triste, amargado, sin saber qué pasaba [...] volví sin ver a Perón, sabiendo que él también estaría triste” (*ED*, n° 6, 26/3/1973, p. 2). Más allá de que Grassi afirma que la redacción estaba sumida en una confusión que se potenció tras el discurso del líder, el equipo editorial decidió dejar pasar las definiciones que Perón realizó un día después de la masacre, publicando su pronunciamiento como “una cosa más de la cobertura de la semana” (Grassi, 2015: 148). Ubicado al final de la revista y bajo el título “Lo que dijo Perón”, la nota no llevó comentarios, reprodujo el discurso completo y se acompañó de una sola referencia a pie de página:

El jueves pasado a la noche, el general Perón dirigió un mensaje al país que era esperado con gran expectativa [...] la masacre de compañeros y la ausencia del general Perón en el acto multitudinario del miércoles en Ezeiza reclamaban, casi con angustia, la palabra del líder. Perón fue claro, preciso y sereno (*ED*, n° 6, 26/3/1973, p. 30).

El pequeño texto se transforma en el primer ejemplo de aquello que apunta Svampa sobre las consecuencias de que Perón se haya despojado de ambigüedades. Siguiendo a la autora, hasta el momento, la izquierda peronista no había tenido que “sobreinterpretar” las palabras del líder: “Solo se habían limitado a glosar una parte de su discurso” explicitando algunas expresiones por sobre

otras o uniendo lo que otros separaban, “amplificando los nexos entre aquellos temas que atravesaban los debates de la época, como aquel entre el socialismo y la nación” (Svampa, 2003: 296). En efecto, el intento por acomodar el discurso del líder a favor del peronismo revolucionario se encontró presente tanto en *MPL* como en *ED*, más allá de que la primera dejara entrever cuestionamientos al “gobierno popular” (como el señalado en la “Sección Polémica”) u ofreciera soluciones que ponían en juego elementos de otras tradiciones políticas como el marxismo.

Pasada la conmoción que produjo Ezeiza, las diferencias comenzaron a tornarse evidentes; ya en el cuarto número, *MPL* publicó un editorial que tituló “El mandato de Evita” y que se posicionaba críticamente frente a Montoneros-JP:

Los sucesos de Ezeiza pretenden ser explicados –por propios sectores de la Tendencia– como la obra de un conjunto de “matones” cuya “maldad” tuvo rienda suelta ese día. Si no se advierte que la contrarrevolución está en marcha, que los enemigos del pueblo no se han desorientado por la coyuntura y mantienen con claridad los términos antitéticos de la guerra, que la batalla del peronismo es básica y que es fundamentalmente ideológica porque las bases no le pertenecen al enemigo interno, continuaremos haciendo la política del avestruz, hasta advertir que hemos perdido el tiempo de la historia (*MPL*, n° 4, 5/7/1973, p. 3).

Allí, la revista refería explícitamente a la perspectiva *movimientista* con que algunos sectores del peronismo revolucionario interpretaban las contradicciones internas del movimiento. *MPL* afirmaba que la burocracia sindical y política no encarnaba una contradicción secundaria, sino crucial, y que una incorrecta evaluación política de este hecho podía implicar el triunfo contrarrevolucionario. Al respecto, afirmaban: “Es ingenuo creer que lo aconsejable es ‘hacer buena letra’ con los traidores enquistados en el movimiento, como si en última instancia fuera un desacuerdo capaz de ser resuelto” (*MPL*, n° 4, 5/7/1973, p. 3).

Además de este tipo de lecturas, la revista comenzó a asumir una postura desafiante, orientada a disputar posiciones con Montoneros. A modo de ejemplo, el mismo número recordaba (y conmemoraba) un nuevo aniversario de “La Calera”, operativo militar que tuvo duras consecuencias para la organización armada. Sobre todo porque, tras su fracaso, los militantes que habían caído presos se desprendieron de Montoneros creando la columna José Sabino Navarro, cercana a posiciones alternativistas y afín a *MPL* (Semina, 2015). A la vez, la revista comenzó a republicar fragmentos de la entrevista a las FAR aparecida en *Cristianismo y Revolución*, junto con el consecuente debate generado con el PRT-ERP, durante 1971 (*MPL*, n° 4, 5/7/1973, p. 35).

Aquí es necesario analizar detenidamente el significado de la reedición de estos artículos: una mirada fugaz podría hacernos pensar que el espacio otorgado a las FAR significaba un guiño para su postura política, en 1973. Sin embargo, la línea política de estos últimos, en aquellas declaraciones, se alejaban de las posiciones que la organización estaba adoptando en el proceso de fusión con Montoneros. En efecto, las FAR de principios de los setenta se acercaban más al alternativismo de las FAP tanto por la caracterización del movimiento peronista y sus sectores internos, como por las definiciones sobre Perón.⁶⁹ A su vez, como dijimos, la organización articulaba peronismo y marxismo de una manera similar al modo en que lo hacía el grupo político de *MPL* que en aquel momento se desempeñaba en la defensa de presos políticos y de intelectuales.⁷⁰ En este sentido, no sorprende que en 1973 el grupo apuntara desde las páginas de *MPL* que ambos artículos fueran “uno de los documentos políticos más importantes emanados del peronismo” (*MPL*, n° 3, 28/6/1973, p. 37). Allí, las FAR definían los fundamentos

69 Según González Canosa, las FAP tuvieron un rol preponderante en el proceso de peronización de las FAR. Las diferencias entre ambas organizaciones estuvieron dadas, sobre todo, en torno a la estrategia revolucionaria. Las FAR discutieron el “basismo” en germen, que ya se intuía en las posturas de sectores de las FAP tras el lanzamiento de la AI (González Canosa, 2013 y 2021).

70 Ramiro Ortega recuerda que, para los tempranos setenta, Rodolfo Ortega Peña y, en general, el grupo político que lo acompañaba, tenía un acercamiento más afín con las FAR y con las FAP (2014).

de su acercamiento al movimiento poniendo énfasis en la identificación con la experiencia política de la clase obrera peronista. La apuesta estaba en construir un proceso que tuviera como fin el socialismo desde la experiencia nacional. En efecto, siguiendo a González Canosa, observamos que, en general, los escritos de las FAR en 1971 coincidían con la forma en que *MPL* analizaba el pacto social, la política de alianzas y el rol de la burguesía nacional en 1973. A la vez, retomando un fragmento del reportaje a las FAR republicado por la revista, destacamos la forma en que la organización definía al peronismo dos años atrás:

Nosotros decimos que si lo que se pretende al hablar de doctrina justicialista es fijar la historia [...] hacerle creer hoy a nuestro pueblo que es posible el capitalismo sin explotación, o que los intereses de los dominados y los dominantes pueden conciliarse, nosotros decimos que eso no es justicialismo o que si lo es, ya no interpreta las necesidades del pueblo [...] la doctrina tiene que adecuarse a los peldaños de la lucha por la liberación (*MPL*, n° 3, 28/6/2973, p. 43).

En este pasaje, las FAR encarnaban la sentencia de un peronismo que solo puede ser revolucionario. Lema cookista que, como vamos viendo, era un fundamento para la identidad política de *MPL*. Además, para el caso de la organización armada, González Canosa apunta que estos lineamientos revelaban posiciones que aún mantenían continuidades con la perspectiva guevarista de sus fundadores (2013: 159). La argumentación es interesante y puede servirnos para iluminar la hibridación política que, nosotros sostenemos, caracteriza la identidad peronista de la revista.

Lo cierto es que estas posiciones disentían de las posturas presentes que las FAR habían adoptado en su acercamiento a Montoneros: el discurso de aquella organización había tenido que limar muchas de sus posiciones previas con motivo de este acercamiento político. La identidad de Montoneros tenía una composición compleja, que –a diferencia de las FAR– no se redujo *solo* a la identificación con la experiencia política peronista del pueblo y de la clase obrera. Siguiendo a Slipak, observamos que, en el caso de Monto-

neros, convivieron dos “mitos de origen”: uno, con asiento en el 17 de octubre de 1945 y otro, en 1955. El primero establecía una particular relación entre Perón y el pueblo en la que ambos constituían una díada indivisible. Para este esquema, “el pueblo era digno y feliz” gracias a Perón. El segundo, se remontaba a la resistencia peronista y destacaba un rol activo del pueblo y su capacidad de lucha (2015: 83-85). Esta última posición sí era común a todos aquellos actores que se identificaron con el “peronismo obrero”. Para una organización como las FAR —que provenía de la izquierda marxista-leninista y se había inspirado en el guevarismo— la interpretación más difícil de limar fue la primera, que incluía una visión paternalista en torno al rol de Perón.

En este sentido, podríamos suponer que la publicación de textos del 71 en la coyuntura del 73 fue una provocación al itinerario político que habían resuelto tomar las FAR, al tiempo que una advertencia para que, en el caso de fusionarse con Montoneros, no sometieran su línea. Si en el pasado el grupo político de *MPL* había sido íntimamente cercano a las FAR, el camino que esta había encarado produjo importantes cortocircuitos entre ambos. Eduardo L. Duhalde comenta que, antes de publicar la revista, habían mantenido un crudo debate con las FAR por diferencias profundas respecto de las posiciones frente al gobierno y al movimiento: “*Nosotros tuvimos una reunión muy dura con la dirección de las FAR, vienen Osatinsky y Quieto para decirnos que no podíamos apretar al gobierno popular [...] Ahí advertimos que se abrían dos caminos completamente diferentes*” (2006).

Ahora bien, si estas insinuaciones existían, también convivían con cierto reconocimiento a Montoneros-FAR, expresados en la publicación de algunos de sus pronunciamientos. A su vez, la revista reconocía gestos de “madurez política al señalar adecuadamente al enemigo, marcando el ritmo a seguir: el apoyo al gobierno en el camino al poder, junto a Perón” (*MPL*, n° 4, 5/7/1973, p. 6). En resumen, la existencia de estas contradicciones da cuenta de un proceso de transición en el que no se puede dilucidar, todavía, una posición clara.

Capítulo 4. Identidad peronista en crisis: el interregno de Raúl Lastiri, 13 de julio - 12 de octubre de 1973. La *militancia* cuestionada

Teníamos claro que con Perón era más fácil, pero sin Perón igual, es decir, no depositábamos el centro de la acción en él, por lo que no nos pasó decir “uy, ahora él nos traicionó, y sin él ya no se puede”; no, el pensamiento era “con él mejor y sin él... más doloroso pero igual”, porque también habíamos tenido una sospecha nietzscheana desde el principio.

Vicente Zito Lema

“Lastiri, Lastiri, Lastiri gorilón”...

El 13 de julio de 1973 finalizaba el gobierno de Héctor Cámpora, a pocas semanas de haber asumido. Ciertamente es que el regreso de Perón al país no dejaba mucho margen para la acción: la necesidad de ungirlo presidente se tornaba explícita y a la tensión desatada en Ezeiza se le sumaban las concesiones que Cámpora había realizado a los sectores progresistas del movimiento (Cavarozzi y Gutiérrez, 1999: 16).

Más allá de las motivaciones íntimas de Cámpora al optar por definiciones políticas afines a la izquierda del movimiento, lo cierto es que muchos aspectos de sus decisiones inquietaron a la ortodoxia del peronismo y al propio Perón, cuyo programa lejos estaba de equiparar “patria peronista” con “patria socialista”. Además, el

esquema económico requería de una base de apoyo extrapartidaria que aún no se había consolidado. Por todo eso, la “revolución” debía ser hecha en paz, según las líneas ideológicas que el peronismo había establecido más de veinte años atrás. A diferencia de algunas pronunciaciones de Perón durante el exilio, el “socialismo” no figuró en su discurso tras su regreso definitivo al país (De Riz, 1987: 91).

Cámpora buscó apaciguar el estado de movilización social que había germinado durante su gobierno, pero la intención llegó tarde. Los rumores sobre el recambio presidencial se afianzaron el 4 de julio, tras una reunión de gabinete en la Casa Rosada. Según reconstruyen Anguita y Caparrós, aquel cónclave había resuelto que Cámpora renunciara el sábado 14, dejando en claro que era un gesto voluntario (2006: 162). Dos días después, el presidente agravó su situación al pronunciar un discurso frente a las Fuerzas Armadas que las inquietó aún más; allí emitió su opinión sobre la violencia y apuntó que los militares sabían que la tutela de la democracia y la república dependía de la realización plena de la soberanía popular. En la publicación n° 5 de *MPL* —que circuló un día antes de que el presidente firmara su renuncia—, el agrupamiento destacaba ese discurso, apuntando que sus palabras podían calificar como revolucionarias “dentro de la actualidad política argentina” (*MPL*, n° 5, 12/7/1973, p. 4). A contramano de este tipo de lecturas, Perón sentó una posición contraria, se reunió con el comandante en jefe del Ejército y, en un diálogo de “soldado a soldado”, simbolizó la reconciliación formal entre el líder y los militares. Al día siguiente

... se entrevistó con los titulares de la marina y la aeronáutica [mientras que] la mesa directiva de la CGT se entrevistaba con Cámpora. Al salir del despacho presidencial José Rucci declaró a la prensa “se acabó la joda” (frase que a la luz de los acontecimientos puede traducirse como “se acabó el gobierno actual”) (De Riz, 1987: 92).

La renuncia del presidente y su vice terminó por consumarse cuando el día 13 ambos dimitieron frente a la Asamblea Legislativa. Acto seguido, los ministros cercanos a la TRP fueron removidos de sus cargos: Esteban Righi fue reemplazado por Benito Llambí en el

Ministerio del Interior, en Relaciones Exteriores tanto el ministro Puig como el subsecretario Jorge Vázquez fueron desplazados, quedando a cargo Alberto Vignes. La misma suerte corrieron el procurador general del Tesoro, Enrique Bacigalupo, el secretario de prensa, José María Castiñeira de Dios, y el asesor para la juventud, Juan Carlos Dante Gullo.

Los medios hegemónicos se posicionaron de diferente forma frente a estos hechos: el editorial del diario *La Prensa* tituló “Acefalia que agravia las instituciones” y apuntó que el cargo de presidente no se abandona sin graves consecuencias (16/7/1973, p. 4). Con una línea opuesta, *La Nación* analizó los hechos con indisimulable alivio. Para el diario, el gobierno de Cámpora había sido un “caldo de cultivo de un tipo de aventura más afín a la insurrección que a la consolidación gubernativa” (14/7/1973, p. 6).

Más allá de las interpretaciones, Lastiri tenía por delante la tarea de preparar el terreno para que Perón fuera presidente. En efecto, se comprometía a convocar elecciones libres, sin cláusulas ni proscripciones. En su discurso de asunción, afirmaba:

El hecho electoral del 11 de marzo tuvo características del estado de necesidad, porque la mayoría del pueblo se vio obligado a aceptar un juego nada limpio, para poder salir del gobierno de una dictadura [...] Cumplida esta primera etapa se hace necesario, por lealtad al pueblo y por fidelidad a las leyes de la República, continuar el camino reparando el daño a la Constitución Nacional [...] Hoy queremos continuar el proceso hasta su depuración y hacer realidad uno de los principios de la democracia representativa: conformar genuinamente el gobierno del pueblo y para el pueblo (citado en Marotte, 2008: 8-9).

En conferencia de prensa, explicitó que los objetivos de la “depuración” hacían eje en el alejamiento de los funcionarios vinculados a la izquierda peronista y afirmó que su gobierno perseguiría la paz y el orden del país acorde a los planes del movimiento justicialista. Según el presidente interino, el pueblo había votado una “revolución pacífica [...] y no habrá enemigo, grande o pequeño, de afuera o de adentro que la pueda detener, porque la revolución

pacífica no es otra cosa que el mismo pueblo en marcha hacia su destino nacional” (ibídem: 8). El carácter polisémico del concepto “revolución” en 1973 se tornaba explícito: el yerno de López Rega ponía en juego una interpretación tradicional y justicialista del programa del FREJULI que, lejos del “socialismo nacional”, se vinculaba a la democracia representativa y la Constitución.

La revista *MPL* interpretó la renuncia de Cámpora como un “golpe de Estado”, producto de la conspiración de tres actores claves: las Fuerzas Armadas, la derecha peronista liderada por López Rega y la dirigencia sindical dirigida por José Ignacio Rucci. Más adelante analizaremos con detalle los supuestos en juego detrás de esta estructura argumental. Aquí solo interesa señalar que *MPL* denunció una “conspiración de la brujocracia”, aludiendo irónicamente a la confluencia de intereses entre “la burocracia sindical”, la dirección política tradicional del movimiento peronista y la derecha, comandada por el “brujo” López Rega.

Respecto del rol de las Fuerzas Armadas, *MPL* denunciaba “el regreso de los comandantes en jefe a la actividad política”. Omitiendo la reconciliación reciente entre Perón y los oficiales de las tres armas, alineaban la renuncia de Cámpora (que respondía a la voluntad del viejo caudillo) con las pasadas dictaduras militares y afirmaban que los hechos habían sido planeados a pesar de (y en respuesta a) las advertencias del expresidente sobre el rol de las Fuerzas Armadas en el proyecto de una Argentina “conducida por el pueblo”. *MPL* observaba que los oficiales que habían “retaceado los aplausos al recibir esas instrucciones [...] participaron alegremente en la liquidación del mandatario” (*MPL*, n° 6, 19/7/1973, p. 5). Con esta línea, introducía un debate que luego será clave: el rol de los militares en un potencial frente de liberación nacional. En la sección “Panorama Militar”, sostenían que solo era posible adjudicarles un papel específico: el de la represión, desestimando de cuajo cualquier tipo de participación conjunta (*MPL*, n° 6, 19/7/1973, p. 33).

Respecto de la pata político-gremial de la “conspiración”, el grupo denunciaba directamente a Rucci y López Rega. Sobre este

último, apuntaban que hasta el momento ningún sector se había animado a cuestionar su rol en torno a Perón y se preguntaban:

¿Por qué esta demora en la militancia? Pues simplemente por respeto al General [...] pero ahora las cosas han llegado a un punto insoportable. Este sujeto ha hecho una carrera demasiado rápida de valet a ministro y, lo que es aún más grave, se permite manejar factores de poder que lo llevaron a ocupar ahora el lugar de suegro-consorte, poniendo en la presidencia de la Nación Argentina, en un peligrosísimo interinato, al señor Lastiri (*MPL*, n° 6, 19/7/1973, p. 5).

Sobre Rucci, el grupo apuntaba que se había vinculado con “cuanto milico ocupó la presidencia” y que, en esta oportunidad, había sido una pieza clave en “el golpe de Estado contra el compañero Cámpora”. Perón —a quien se referían en términos de “el General”— quedaba al margen del cuestionamiento y esto a pesar de que la herida entre el grupo y el líder peronista sangraba en silencio desde 20 de junio. Para *MPL*, un motivo de esta “conspiración” fue el programa económico. En efecto, la revista apuntaba que lejos de un pacto social, lo que existía era un pacto entre socios, y explicaba el desplazamiento de Cámpora como la expresión de la necesidad de establecer “un sólido espacio económico, desvirtuando los contenidos revolucionarios del peronismo” (*ídem*).

Ahora bien, si la política económica había sido diagramada por el propio Perón e impulsada por el gobierno de Cámpora, ¿cómo interpretar la denuncia de una supuesta conspiración? Hemos dicho que la revista fue duramente crítica con “el Pacto” desde el n° 1, pero también que sus apuestas eran por que la gestión corrigiera las desviaciones político-económicas. La asunción de Lastiri echó por tierra estas expectativas: Gelbard mantuvo su puesto y el programa se profundizó, avivando las caracterizaciones que *MPL* venía realizando sobre el pacto social.

Como vimos, uno de los ejes centrales de la crítica fue el rol de “la burocracia sindical”. *MPL* los señaló de “traidores a la clase obrera” (*MPL*, n° 5, 12/7/1973, p. 24), a pesar de que los dirigentes gremiales suscribieron el acuerdo porque Perón les reclamó actuar

en nombre de “la lealtad peronista” (Torre, 2004: 32). Que *MPL* los señalara como “traidores” por acatar una orden de Perón introduce la pregunta sobre “la lealtad” y adelanta la existencia de una diversidad de legitimidades en juego: según *MPL*, ¿a quiénes debían ser leales los dirigentes gremiales? O mejor, ¿qué concepciones se articulaban en torno a la “lealtad peronista” proclamada por *MPL*?

Como apunta Balbi (2005), el concepto de “lealtad” se encuentra entrelazado con la forma en que los peronistas conciben la política y la hacen. El autor apunta que, en la tradición peronista, la lealtad se compone de diversos atributos, entre los que destaca una referencia clave: el objeto último de la “lealtad” es siempre Perón, ya sea como creador de aquello a lo que se es leal (el movimiento, el partido o la doctrina) o como encarnación de los intereses de aquello a lo que se es leal (la patria, el pueblo). Siguiendo este razonamiento, el acatamiento del pacto social por parte de los dirigentes gremiales, lejos de encarnar una “traición” —como lo señala *MPL*—, respondía a las concepciones tradicionales de la lealtad peronista.

Esto obliga a repensar las definiciones del grupo *MPL* en el período previo, porque allí radican algunas claves para interpretar los sentidos otorgados por la revista al concepto de “lealtad”. Como hemos visto, el grupo bregaba por la potencialidad revolucionaria del peronismo, sustentándose en la experiencia de lucha y resistencia de los trabajadores. De esta forma, suponían que la clase obrera había avanzado en conciencia, ligando las reivindicaciones económicas y gremiales a la lucha efectiva por la conquista del poder político. Esta concepción les permitía realizar dos operaciones simultáneas: en principio, tildar de “traidores” a los dirigentes obreros, suponiendo que habían faltado a su condición dirigencial al traicionar los intereses “objetivos” (pretendidos) del proletariado, el socialismo. Acto seguido, si los trabajadores eran la columna vertebral del peronismo y avanzaban hacia la liberación nacional y social, tanto el movimiento como Perón (por ser su líder) debían defender esos intereses. Retomando a Balbi, “la lealtad” es en la tradición peronista el elemento constitutivo de la conducción política: los trabajadores son leales a Perón porque él demostró lealtad sin condiciones (2005: 10). Es posible que la revista supusiera que Perón

—para mantener su rol de conductor— terminaría apoyando los objetivos revolucionarios que se suponían ligados a los trabajadores por aquella lealtad recíproca. De momento, esto permitiría explicar por qué *MPL* tildaba de “traidores” a los dirigentes gremiales y obviaba verbalizar el hecho de que tanto esos dirigentes como el programa económico respondían a las órdenes del viejo caudillo.

Con esta línea de análisis, el n° 6 de *MPL* publicaba en la página 27 una nota titulada “El pacto social, los planes de la burocracia sindical y otras intoxicaciones”, en la que caracterizaba a la cúpula sindical como

... una banda que usurpa la representación de los trabajadores [...] la representatividad de esta pequeña pandilla obedece en realidad a las grandes empresas extranjeras que operan en el país, junto a los grandes monopolios de origen nacional [...] son estos los intereses que representa la CGT. Los intereses de la oligarquía y el imperialismo (*MPL*, n° 6, 19/7/1973, p. 26).

Aquí, el argumento conspirativo se replica: las dirigencias sindicales “usurpan” la representación de los intereses obreros. Como hemos dicho, *MPL* suponía que los trabajadores habían politizado sus conflictos sociales; en términos marxistas, podríamos decir que, según el grupo, los trabajadores transitaban el pasaje de la clase “en sí” a la “para sí” y en este tránsito, daban cuenta de que el fenómeno de la explotación se ligaba a intereses concretos y podía ser revertido a partir de la lucha política:

Cada vez más, nuestra clase obrera comprende que un patrón extranjero y un patrón argentino proponen igualmente la explotación del hombre por el hombre y se va a haciendo cada vez más difícil defender la conciliación de clases, política vitalmente necesaria para la burguesía que pretende legitimar su alianza con el peronismo (*MPL*, n° 6, 19/7/1973, p. 28).

Apuntaban una disociación entre la clase obrera y la política económica peronista, que solo respondía a las necesidades de la burguesía. A contramano de los sectores de la TRP que apostaban por la liberación nacional sin identificarla inmediatamente con la

revolución social, *MPL* apuntó que, aun cuando la construcción de un “capitalismo nacional e independiente del imperialismo” podía augurar la liberación nacional, no conducía a la liberación social “en tanto permanecen intactas las bases del sistema capitalista”. Reafirmando que el peronismo solo podía ser revolucionario, el grupo presionó por “la planificación de una política socialista y nacional que reemplace las fuerzas de producción y las viejas relaciones de propiedad por los trabajadores, la juventud, los productores, etc., tomando la dirección del proceso económico” (*MPL*, n° 5, 12/7/1973, p. 28).

Probablemente, el hecho de que *MPL* analizara la realidad social a partir de estas lentes sea una explicación de la disputa encarnizada que la revista impulsó con la figura de Gelbard. En efecto, las posiciones de otros actores del peronismo revolucionario –JPr e incluso Montoneros– eran cautelosas a la hora de referir al accionar del ministro. Lejos de ello, el grupo de *MPL* sostenía un crudo enfrentamiento con él y, en esta etapa, llegó a homologarlo a Krieger Vasena, ministro de Economía durante el ongiato. Esta acusación se realizó en el n° 16 que circuló el 27 de septiembre, dos días después del triunfo electoral de Perón. Gelbard era una pieza clave en el tablero peronista y la vinculación que la revista establecía entre este y el ministro de la dictadura era, de por sí, fuertemente irritativa. En la página 26 del número mencionado, titulaban: “Los planes del continuismo. Krieger y Gelbard, ¿el mismo perro con distinto collar?” y apuntaban que el plan del ministro era incluso más dañino que el de la “Revolución Argentina”; acto seguido, afirmaban: “La liberación es para ellos un buen preservativo. No hay que caer en el error de confundir a quienes se enrolan en la guerra para libertar a la patria, de aquellos que lo hacen en función del saqueo o el botín” (*MPL*, n° 16, 27/9/1973, p. 28).

El giro a la derecha de la nueva gestión radicalizó las posiciones de *MPL*, que ahora no solo denunciaba una política ajena a los intereses de la clase obrera peronista, sino también la consolidación de las “burocracias sindical y política” dentro del movimiento y del gobierno, con intereses alineados a los sectores dominantes. A continuación, veremos esta otra pata de este proceso.

El giro represivo y la desarticulación de la “primavera camporista”

Un objetivo central del gobierno de Lastiri fue desarmar las políticas que, en materia de seguridad, orden interno y sistema jurídico, había llevado a cabo el mandato de Esteban Righi al frente del Ministerio del Interior. Sin embargo, estos avances no lograron desdibujar a los sectores de la derecha que, tras la explosión que significó Ezeiza, fueron consolidando posiciones durante todo el lastiriatto. El accionar de bandas parapoliciales de derecha se generalizó durante esta etapa e incrementó el enfrentamiento con las organizaciones revolucionarias que volvieron a la acción rápidamente. A su vez, la coyuntura se potenció a causa de una política gubernamental cada vez más represiva, “justificada en la *necesidad* de preservar a la nación y a las instituciones amenazadas por la violencia” (Franco, 2012a: 64; las cursivas son del original).

A menos de un mes de la asunción de Lastiri, el octavo editorial de *MPL* denunciaba que, al igual que los gobiernos antipopulares que el país había “soportado” en los últimos años,

... la “brujocracia” dedica sus esfuerzos a la reforma de “la legislación penal en la materia”, en impartir directivas para establecer la censura de prensa –“las acciones que pudieran corresponder por la publicación de solicitadas de franco tono subversivo”– y para ordenar “las tareas de prevención y represión con todos los medios que por razones de seguridad no pueden explicitarse”. Esta vocación represora es natural en todos aquellos que ven al pueblo como un estorbo (*MPL*, n° 8, 2/8/1973, p. 3).

Más adelante, la sección “Semana Política” apuntaba que la coyuntura se encontraba signada por un “clima permanente de amenazas y de atentados de toda índole contra los sectores que resisten ‘el copamiento del movimiento y del Estado’” (*MPL*, n° 8, 2/8/1973, pp. 5-6). Este tipo de afirmaciones apuntaban a reforzar dos ideas claves: en primer lugar, que la gestión de Cámpora había significado un avance de los sectores populares sobre las estructuras de gobierno; en segundo lugar, que los sectores del “enemigo in-

filtrado” (las burocracias sindical y política, la derecha peronista y las Fuerzas de Seguridad) habían redoblado la apuesta y a partir de una “maniobra amplia” desde diferentes momentos como Ezeiza, el desplazamiento de Cámpora o la profundización del pacto social habían logrado afianzar espacios de poder en el movimiento y en el Estado que apartaron a los sectores revolucionarios de la ofensiva a la resistencia.

Como apunta Franco, el universo representacional del concepto de “infiltrado” no fue privativo de la derecha peronista: también se replicó en el discurso de la izquierda que denunciaba a las “fuerzas imperialistas”, “oligárquicas” de la “antipatria” y la dictadura previa” (2012a: 48). De esta forma, *MPL* recurría a la idea de infiltración no solo para tomar distancia frente al *otro interno* y construir su propia identidad, sino como una manera de obviar —cómodamente— el hecho de que aquellos eran miembros del movimiento, habían surgido en su seno y estaban siendo avalados por el líder.

Con la distancia de quien trata a lo ajeno, la revista denunciaba las disposiciones gubernamentales para “reprimir con todos los medios: mediante gabinetes especiales y el cambio de la legislación penal” y se preguntaba: “¿Querrá referir a cosas como la ‘policía brava’, la picana y una nueva cámara del terror, con pena de muerte y todo?” (*MPL*, n° 8, 2/8/1973, p. 7). Al igual que con la política económica, alineaban la gestión con las prácticas represivas de la dictadura e insistían sobre la persistencia de funcionarios y cuadros medios vinculados al régimen de facto. A su vez, denunciaban la existencia de bandas parapoliciales “que el propio suegro [referen a López Rega] alienta desde el Ministerio de Bienestar Social” (*MPL*, n° 8, 2/8/1973, p. 7); en su análisis sobre Ezeiza, el grupo político había sido pionero en revelar el accionar de estas organizaciones e insistía sobre el tema. La complejidad radicaba en el hecho de que el gobierno que se denunciaba era peronista y estaba siendo apoyado explícitamente por Perón; suponer que ignoraban estas vinculaciones implica subestimarlos. Por el contrario, aquí entendemos que *MPL* adoptó como estrategia política la decisión de omitir pronunciarse sobre el líder, denunciando solo a los “sectores enemigos”

vinculados a una dictadura que había sido resistida por amplios sectores sociales.

Impartiendo iguales alertas, la sección “Poder Judicial, Objetivo Prioritario de la Revolución” denunciaba a los jueces y secretarios que seguían en funciones y eran afines al régimen militar. El n° 6 caracterizaba a la Justicia Federal como “ciega, sorda y muda en punto a los más tremendos atropellos” y alertaba que ese fuero se encontraba imbuido de un espíritu represivo que debía desarticularse si se pretendía la liberación nacional y social (*MPL*, n° 7, 26/7/1973, p. 22). Como veremos, estos llamamientos respondían al posicionamiento ambiguo que *MPL* sostenía sobre Perón, quien, por momentos, seguía siendo interpelado en su liderazgo para “corregir” estas desviaciones.

El giro a la derecha dio un salto en septiembre, mes que estuvo atravesado por acontecimientos de peso tanto a nivel local como internacional. A escala internacional, el día 11 se produjo el golpe militar contra Salvador Allende, en Chile, con consecuencias sentidas para *MPL* y, en general, para el resto de los sectores revolucionarios. A su vez, el 5 de septiembre se había llevado a cabo la X Conferencia de Ejércitos Americanos (CEA) en la que el comandante en jefe del Ejército, Gral. Carcagno, había pronunciado un discurso que –a contramano de la dirección que venía tomando la política nacional– defendía como principios “básicos e inalienables” la no intervención, la autodeterminación de los pueblos y el respeto a las individualidades de cada país; posición que se oponía a las doctrinas que Estados Unidos propagaba para América Latina y el mundo.

A escala local, el discurso de Carcagno produjo interpretaciones disímiles. Los sectores hegemónicos de la TRP lo apoyaron, impulsando el debate sobre la posibilidad de que las Fuerzas Armadas formaran parte del proceso de liberación nacional. En marcado contrapunto, la organización más importante de la izquierda marxista descartaba esta posibilidad con una acción concreta: el mismo día en que Carcagno se presentaba en la CEA, el ERP intentó copar el Comando de Sanidad del Ejército en plena capital porteña. Este hecho fue considerado “el primer ataque de real importancia de la guerrilla, desde la vuelta a la legalidad constitucional” (Franco,

2012a: 64). Como veremos luego, no fue el único: el 25 de ese mes, aunque con objetivos distintos, Montoneros “ajustició” a José Ignacio Rucci, pese a que no hizo pública su autoría.

El n° 14 de *MPL*, publicado el 13 de septiembre, se posicionó frente al golpe en Chile, el discurso de Carcagno y la operación militar del ERP. Más adelante, analizaremos las posiciones sobre Chile. Respecto de los últimos dos, *MPL* apuntó:

Los discursos de Carcagno y el ataque del ERP al Comando de Sanidad actualizan el debate de las posibilidades de incorporar a las Fuerzas Armadas a los procesos de liberación [...] La factibilidad de una posición real antiimperialista de los ejércitos latinoamericanos parece encontrar, como limitación prácticamente absoluta, la resistencia de esas fuerzas a que el antiimperialismo adopte posiciones concretas de construcción nacional del socialismo (*MPL*, n° 14, 13/9/1973, p. 4).

La posición los distanció de Montoneros—que, como veremos, apoyó a Carcagno— y los acercó a la izquierda guevarista. A pesar de que la revista criticó el intento en Sanidad por sus consecuencias represivas, ambos compartían la caracterización política sobre las Fuerzas Armadas. Debido a ello y a la política de apertura hacia cualquier organización revolucionaria, *MPL* publicó dos comunicados del ERP en los que la organización se pronunciaba sobre Sanidad caracterizando a los oficiales allí presentes como “integrantes de un comando fascista”, perpetradores del pueblo argentino y con vínculos en el proceso militar chileno (*MPL*, n° 14, 13/9/1973, p. 36). Sin embargo, la revista reprochó el accionar de la guerrilla por sus posibles consecuencias: con la coyuntura del golpe en Chile, el frustrado intento del ERP podía impulsar una intervención militar. En esta línea, la sección “Panorama Militar” apuntaba:

El episodio más destacado fue el ataque al Comando de Sanidad, en el que falleció en acción el teniente coronel Duarte Ardoy. El velorio [...] fue cínicamente aprovechado por los pescadores de río revuelto para exacerbar los ánimos progolpe militar de derecha. Se produjeron incidentes con la llegada del yerno del

presidente y la cinta floral enviada por el teniente general Perón (*MPL*, n° 15, 20/9/1973, p. 20).

La cita sugiere dos elementos interesantes: en primer término, la referencia al grado militar de Perón, en una sección que denunciaba el “continuismo” dentro de las Fuerzas Armadas. En segundo lugar, la referencia a los sectores de la derecha que, excusados en el ataque –y a tono con la política internacional latinoamericana– buscaban asentar posiciones en un contexto de represión creciente. En efecto, la situación propició que Lastiri decretara la ilegalización del ERP, definiéndolo como un “grupo subversivo” y utilizando por primera vez en un boletín oficial ese tipo de caracterizaciones. Al respecto, Franco llama la atención sobre la articulación entre la depuración en el interior del peronismo (y la ofensiva contra “todo aquello considerado comunista”) y “las políticas estatales de control ideológico y de seguridad”, cuyos objetivos eran “las organizaciones insurgentes de la izquierda”. A la vez, apunta que, durante este período, el gobierno abordó “la problemática de la violencia” como un problema de carácter policial “con la intención de alejarse de la interpretación de la dictadura saliente, que suponía el carácter político de la guerrilla”. De esta forma, los sectores revolucionarios fueron caracterizados como “delincuentes” y sus acciones, interpretadas bajo la lupa del crimen común (Franco, 2012a: 66).

En esta línea, también es posible afirmar que *el lastiriatto* permite apreciar el carácter procesual de la represión: no solo por la depuración efectiva de los funcionarios afines a la TRP, sino, también, por la desarticulación de las principales políticas impulsadas por el camporismo (sobre todo, las referidas a la legislación penal), la represión efectiva o el nombramiento de personajes repudiados por la militancia, como el general Iñiguez, ascendido a jefe de la Policía Federal (Merele, 2016: 103). Sobre este último punto, *MPL* comentaba:

Distintos sectores del movimiento recibieron con sorpresa [aquel] nombramiento [...] Su trayectoria política, que lo identifica claramente con la derecha burocrática actualizada por la denuncia de sectores de la Tendencia sobre su presunta parti-

cipación en la masacre de Ezeiza, contribuye y da fundamento a la preocupación de que la Policía Federal cumpla un rol que tienda a impedir la activa participación popular (*MPL*, n° 16, 27/9/1973, p. 6).

El grupo político afirmaba que esta resolución se sumaba a disposiciones promovidas por el Poder Ejecutivo que buscaban limitar libertades que se creían definitivamente recuperadas –como “la prohibición de movilizaciones públicas sin autorización”– o la creación de organismos coordinadores de la Policía Federal (*MPL*, n° 16, 27/9/1973).

Septiembre finalizó con otro salto represivo (el último durante *el lastiriato*) que respondió al “ajusticiamiento” de José Ignacio Rucci por parte de la organización Montoneros. Como veremos más adelante, este acontecimiento político abrió un proceso complejo que derivó en un entramado de mecanismos que (con)fundieron la disputa intrapartidaria con el accionar del gobierno y del Estado. La muerte del dirigente sindical impulsó que el movimiento peronista llamara a una depuración interna de los “infiltrados marxistas” y que echara mano sobre los recursos estatales para llevar adelante semejante empresa. Como veremos, el avance de la legislación represiva y las resoluciones del gobierno no pudieron divorciarse ni del movimiento peronista ni de las decisiones del propio Perón. Para una revista como *MPL*, la situación tuvo consecuencias profundas, precipitando una crisis en su identidad política y el desmoronamiento de la confianza que, inicialmente, habían expresado en torno al potencial rol revolucionario que esperaban del movimiento y del propio Perón.

Identidad peronista en crisis: las posiciones respecto de Perón, el movimiento y sus consecuencias político-ideológicas

Suponiendo que fuera posible tomarle temperatura a la identidad política del grupo, el resultado de este período arrojaría un estado febril en ascenso, fogueado por las transformaciones que se sucedieron en el gobierno tras el desplazamiento de Cámpora, hasta la

consolidación de un proyecto político que, con Perón a la cabeza, se diferenció violentamente de las apuestas del grupo. En este camino, *MPL* fue endureciendo sus posiciones y tensionó las fronteras de su identidad política, sin abandonar la reivindicación del peronismo. En lo que a Perón se refiere, la postura de *MPL* estuvo sujeta al vaivén propio de un período de crisis que supuso definiciones inestables que respondieron a la evolución de los acontecimientos políticos.

La renuncia de Cámpora fue interpretada de diferentes formas por la militancia revolucionaria: Montoneros apuntaba que había tenido un “gesto” similar al simbólico renunciamiento de Eva Perón (*ED*, n° 9, 17/7/1973, p. 2). Del otro lado, PRT-ERP sostenía que la dimisión del presidente encarnaba un “autogolpe contrarrevolucionario” que tenía por gestores a los “odiados enemigos del pueblo” (Santucho, 1973). Como dijimos, *MPL* denunció la existencia de una “conspiración” que había llevado adelante un “golpe de Estado”. De esta forma, combinaba elementos afines a la interpretación de la izquierda guevarista con una estructura argumental similar a “la teoría del cerco” que Montoneros-FAR y la JPr venían esgrimiendo desde el 20 de junio.

La diferencia con la interpretación del PRT radicó en que, para el grupo de *MPL*, el “golpe de Estado” no había sido autogenerado para justificar el giro a la derecha, sino que, efectivamente, expresaba la existencia de “conspiradores” en el interior del movimiento peronista. Esta posición suponía dos argumentos claves. El primero de ellos los alejaba de la lectura de la JPr y Montoneros: Cámpora no había renunciado para que Perón fuera presidente, sino que había sido víctima de contradicciones internas que debían ser resueltas de manera urgente. Sin embargo, la otra pata de su argumentación los acercaba a la interpretación hegemónica de la TRP, dado que suponían a un Perón alineado a los sectores revolucionarios, víctima de un complot que venía cercándolo desde la masacre de Ezeiza. De hecho, el grupo utilizaba una solicitada de Montoneros para titular el n° 6: “Perón enfrenta la conspiración”, acompañándolo de una fotografía del General con los brazos abiertos. En el editorial, afirmaban “el pueblo tiene las cosas en claro” y con la misma línea utilizada para po-

sicionarse frente a Ezeiza, volvían a diferenciar a Perón del gobierno y de la conducción política del movimiento. El editorial se adjudicaba la representación del pueblo y apuntaba que este

... exige claridad sobre los sucesos del 13 de julio [...] Hoy la realidad política nos muestra un gobierno provisorio con el cual el pueblo no se siente identificado y una promesa de elecciones a corto plazo que es preciso materializar de inmediato. PERÓN AL GOBIERNO PERO FUNDAMENTALMENTE, PERÓN AL PODER, rompiendo el cerco de la conjura (*MPL*, nº 6, 19/7/1973, p. 3; las mayúsculas son del original).

Más allá de que, como veremos, *MPL* puso rápidamente en tela de juicio la explicación de un Perón “cercado” por su entorno, esta etapa estuvo tensionada por aquello que Sigal y Verón caracterizaron como “la trampa” en el discurso de Montoneros-JP: “La juventud debió afrontar una contradicción indisoluble: aquella pretensión de hablar en nombre del pueblo y la necesaria sumisión a la palabra de Perón, reconocida por definición como la expresión misma de la voluntad popular” (2003: 147). Junto con ello, aparecía un segundo problema: Perón estaba en el país, pero aún no era presidente, por lo que la histórica reivindicación de *la resistencia* permanecía inconclusa. En efecto, el interinato de Lastiri proponía llamar a elecciones libres para que Perón asumiera el poder efectivo, objetivo que no podía ser discutido por quien se llamara peronista. El problema estaba en que la solución, lejos de venir de la mano del gobierno que le había abierto espacios institucionales a la TRP, se afianzaba junto con el giro a la derecha. Por otro lado, puede suponerse que el hecho de que Perón no fuera el presidente permitía que la revista apuntara toda su crítica al gobierno, responsabilizando a quienes ocupaban cargos efectivos y omitiendo el hecho de que detrás de las decisiones políticas estuviera el viejo líder. Probablemente, todas estas fueron estrategias políticas para “no perder la identidad peronista con las masas”.⁷¹ Con esta línea, la sección “Semana Política” apuntaba:

71 Zito Lema utiliza esa frase para explicar la preocupación que suscitó la renuncia de Cámpora: “*Creímos que se había sorteado el proceso revolucionario. Lo que quedaba ahora era decirlo*”

Los argumentos con que se planteó la liquidación de Cámpora son muy simples: el poder real ya funcionaba en Gaspar Campos, las reuniones de gabinete y las decisiones importantes se efectuaban con la presencia y participación del Tte. General Perón, por lo que no significaba nada práctico la dualidad de poderes ejecutivos, uno formal y otro real. Además [...] Perón, quien había sido proscrito [...] merece la asunción de la primera magistratura. Hasta aquí, como se ve, todo es inobjetable. Pero como siempre, la apariencia que muestran los interesados nada tiene que ver con la realidad. Los hechos posteriores demostraron que lo que realmente molestaba a los dos personajes centrales de la conspiración [refieren a López Rega y Rucci] era la lealtad del compañero Cámpora y la política llevada a cabo por el Poder Ejecutivo en el cumplimiento fiel de las promesas preelectorales (*MPL*, n° 6, 19/7/1973, pp. 4-5).

La revista diferenció la necesidad de que Perón asumiera la presidencia de quienes estaban a cargo de prepararle el terreno, y denunció intenciones ocultas en la maniobra política del gobierno peronista, propias de una “conspiración” de la que tanto el pueblo como Perón eran supuestas víctimas. A la vez, el pasaje vuelve a subrayar el elemento “lealtad” que, como vimos, ponía en juego legitimidades diversas. Si –al igual que con la dirigencia sindical– la renuncia de Cámpora podía analizarse, en un sentido tradicional, como expresión de la “lealtad” a las órdenes de Perón, *MPL* puso en juego una concepción contrapuesta: en primer término, porque denunció una conspiración y los “conspiradores” no pueden ser “leales”. A su vez, afirmó que Cámpora fue destituido *por* “ser leal”, desconociendo que su renuncia fue la respuesta a una orden de Perón. Finalmente, porque, en la cita, la lealtad de Cámpora no tiene un sujeto de referencia: no se especifica si fue leal a Perón, al pueblo o la clase obrera peronista, o a todos a la vez. Su sentido puede inferirse de la fidelidad a las promesas preelectorales de un programa político que, apoyado por Perón, había sido interpretado como revolucionario.

Ahora bien, si los números que se sucedieron tras la caída de Cámpora replicaron la estructura argumental de una teoría conspirativa, porque, en efecto, la “Semana Política” del n° 7 afirmaba que el pueblo debía organizarse para “romper el cerco que se ha tendido en torno al líder [...] secuestrado por López Rega y la familia” (*MPL*, n° 7, 26/7/1973, p. 5), *MPL* no fue lineal y, en sus páginas, estas afirmaciones convivieron con otras que implícitamente interpelaban las posiciones de Perón. Ejemplo de ello fue la “Sección Polémica” de la misma edición, titulada “La burocracia sindical”, en la que el grupo comenzó a cuestionar sus vínculos con Perón. Allí, apuntaban:

Cuando ya terminábamos la rueda del mate, Carlitos –que había permanecido callado– largó la pregunta: decime una cosa, ¿no estaremos equivocados?, porque fijate que el Viejo lo ha apoyado siempre a Rucci, a pesar de toda nuestra pelea. Carlitos, bastante venido abajo por todo lo que ha pasado en los últimos días –en especial por la renuncia del Tío–, metía el dedo en la llaga (*MPL*, n° 7, 26/7/1973, p. 34).

Es interesante notar que los cuestionamientos no surgían de las secciones políticas dedicadas a sentar una posición pública en torno a la dirección que asumía el proceso, sino en una sección que *representaba* la voz de obreros militantes del peronismo revolucionario. Aquí vale la pena repensar el concepto de *representación* en dos sentidos complementarios. El primero refiere a su significado teatral: la sección actuaba un debate entre dos obreros que comenzaban a cuestionar el vínculo entre Perón y las direcciones burocráticas del movimiento. Podría suponerse que buscaban asentar la idea de una clase cada vez más consciente de sus *verdaderos* intereses. La segunda interpretación refiere al significado político, pues *MPL* se arrogaba la *representación* de los obreros en un supuesto debate con Perón. En cualquiera de sus formas, se enfatizaba el rol de los trabajadores peronistas: sea como el sector que debía hegemonizar el movimiento o como una clase de vanguardia que ponía en debate cuestiones claves, incluso antes que la militancia revolucionaria.

Esa *representación* (junto con la identidad peronista) estaba abiertamente en disputa y Perón no se mantuvo ajeno. Por el contrario, afianzó sus posiciones rápidamente y, a contramano de cualquier expectativa revolucionaria, pronunció un discurso en la CGT titulado “El camino de nuestra revolución”, en el que se comprometió a visitar la central obrera “para hablar con los trabajadores”:

Es evidente que en todos los movimientos revolucionarios existen tres clases de enfoques: el de los apresurados, que creen que no se hace nada porque no se rompen cosas ni se mata gente. El otro sector está formado por los retardatarios, que hacen todo lo posible para que esa revolución no se realice. Entre estos dos extremos existe uno que es el equilibrio, que es el arte de hacer lo posible [...] Cuando se habla de revolución, algunos creen que se hace a fuerza de bombas y balazos. Revolución, en su verdadera acepción, son los cambios estructurales necesarios que se practican para ponerse de acuerdo con la evolución de la humanidad [...] a toda esa muchachada apresurada [...] hay que decirles [que] no llegaremos por la lucha violenta. Llegaremos por la acción racional e inteligente, en su medida y armoniosamente (Perón, 30/7/1973; el subrayado es nuestro).

El líder peronista realizaba definiciones explícitas al afirmar que *su* revolución estaba lejos de una transformación radical del orden social. Más bien, se aparejaba a la “evolución” asociada a cambios estructurales dentro del orden existente. Pero también realizaba definiciones implícitas, porque había optado por realizar su disertación en la CGT y, con ello, había definido a los actores protagonistas de esa “revolución”. Finalmente, rebajaba a la militancia revolucionaria, sus métodos de lucha y objetivos, caracterizándolos como “muchachos apresurados”.

En respuesta a estas definiciones, el nº 8 de *MPL* circulaba el 2 de agosto y titulaba “Cooke: peronismo es revolución”, junto con una fotografía del representante del peronismo marxista en la tapa. A través de la portada, la revista proponía un debate silencioso con el discurso de Perón y abría el juego para una disputa con el propio líder sobre los alcances del vínculo entre peronismo y revolución.

Aunque explícitamente justificaba el discurso de Perón apuntando que “el objetivo del líder es comprensible y esperan en vano los que pretenden que Perón se defina en este momento por uno de los bandos enfrentados”, implícitamente desarticulaba sus definiciones al volver sobre Cooke, para afirmar que el sentido de la revolución peronista ya había sido definido (y no precisamente por Perón) junto con sus alcances y objetivos (*MPL*, n° 8, 2/8/1973, p. 5). De esta forma, *MPL* (le) respondía sobre el rol de las dirigencias gremiales en un proceso revolucionario, a partir de Cooke, quien antes había apuntado:

Lo burocrático [...] presupone operar con los mismos valores que el adversario, es decir, con una visión reformista, superficial y antitética de la revolucionaria. [El burócrata] afirma que el peronismo no puede ser “clasista” porque [...] no puede entender que en un frente de lucha todos estamos de acuerdo con el policlasismo, pero que la ideología solo puede ser o la revolucionaria del proletariado o la burguesa. [...] Burocracia y revolución son incompatibles [...] lo esencial de la burocracia, lo que la convierte en la negación de lo revolucionario, es su incapacidad para comprender, concebir o ejecutar una política revolucionaria. No puede imaginarlo porque se maneja con los mismos valores y conceptos que la minoría contra la cual tiene que hacer la Revolución (*MPL*, n° 8, 2/8/1973, p. 27; el subrayado es nuestro).

El grupo retrucaba la posibilidad de realizar una “revolución” junto con la dirigencia sindical, perdiendo de vista (u omitiendo deliberadamente) que la posición de Perón tenía mucho de las reglas democrático-burguesas y nada de la construcción nacional del socialismo. Se retomaba a Cooke para discutir a Perón sobre –nada más y nada menos– que el sentido de la revolución peronista.

Luego de la disertación en la CGT, Perón acompañó al presidente provisional en la firma del Acta de Compromiso Nacional y el 2 de agosto pronunció un discurso en el que confrontó directamente a la militancia revolucionaria. Allí bregó por la conformación de una “democracia integrada”, llamó a la conformación del Con-

sejo Superior Peronista encargado de dirigir e “institucionalizar” el movimiento y, finalmente, apuntó:

La delincuencia juvenil ha florecido de manera espectacular en el país [...] debemos encaminar a una juventud que está, por lo menos, cuestionada en algunos graves sectores. Lo que ocurrió en Ezeiza es para cuestionar a la juventud que actuó en ese momento [...] No admitimos la guerrilla [...] eso es un asunto que la ley no tolera y que en consecuencia, nosotros no podemos tolerar. Nosotros no le ponemos ningún inconveniente: si ese partido político –se llame comunista, se llame ERP o se llame Mongo Aurelio [refiriendo irónicamente a Montoneros]– quiere funcionar dentro de la ley. [Pero] en lo que sea fuera de la ley, es la Justicia y la Policía la que deberá atender (Perón, 2/8/1973).

La novena edición de *MPL* analizaba este discurso y otros acontecimientos, como el acto del Partido Justicialista en el Teatro Cervantes, en el que se definió la fórmula Perón-Perón; esta decisión significó un nuevo desaire a la TRP que había presionado para que Cámpora fuera el candidato a vicepresidente. En esta oportunidad, la tapa volvía a entablar una comparación silenciosa, esta vez con *otro* general: José de San Martín. El grupo publicaba una orden del “libertador” dirigida al Ejército de los Andes, en la que arengaba a no bajar las armas hasta ver al país “enteramente libre” (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, tapa). Desarticulando el paralelismo que, en reiteradas oportunidades, la militancia peronista había realizado entre ambos generales, cuestionaban el carácter revolucionario del liderazgo de Perón. Asimismo, la nota editorial afirmaba: “No hay peronismo sin Perón, pero tampoco Perón sin peronismo”; y a partir de esta máxima, reflexionaban:

El discurso pronunciado por el Tte. General Perón en el cierre de la conferencia de gobernadores nos obliga a profundas meditaciones. El Conductor ha fijado pautas precisas para la acción del movimiento [...] pero debemos analizar hasta qué punto se adecuan al estadio actual de la realidad argentina [...] no renunciamos a reivindicar los objetivos estratégicos, métodos de

lucha, los mártires y los soldados del pueblo que permitieron el acceso del movimiento peronista al gobierno [...] Nuestra clase trabajadora no se inquieta por los discursos que puedan pronunciarse. Sí en cambio, advierte cuando un proyecto político no le es favorable [...] la relación Perón-Pueblo tiene su correlato lógico y necesario: Pueblo-Perón (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, p. 3).

La *representación* de los trabajadores (columna vertebral del movimiento) y, en general, la disputa por los sentidos del “peronismo verdadero” (Altamirano, 2001) volvían a ponerse en juego; el editorial configuraba una propuesta *alternativa* que hacía pie sobre el peronismo obrero, desarticulando la irrefutabilidad supuesta en la unidad Perón-pueblo. En este camino, el grupo fortalecía el carácter clasista de sus planteos y comenzaba a subrayar el rol activo de los trabajadores respecto de un gobierno que se presentaba ajeno a sus intereses de clase. A la vez, Perón comenzaba a aparecer prescindible para una revolución caracterizada como “inevitable”, asentada en la “experiencia obrera” y en “la marcha del pueblo hacia su liberación”.

Ahora bien, debemos decir también que, a pesar de estas posiciones, *MPL* nunca dejó de apoyar la candidatura de Perón. De esta forma, el mismo editorial que revertía los términos del binomio peronista advirtiéndole que no existe líder sin el apoyo popular apuntaba:

Continuamos planteando la toma del poder. Seguimos exigiendo que el Tte. General Perón sea proclamado de inmediato presidente [...] En este momento hay desilusión y desconfianza [pero el pueblo] se apresta con segura esperanza a los cambios de fondo, que en todos los órdenes deberá realizar indispensablemente el Tte. General Perón desde la presidencia, para que tengamos verdaderamente un gobierno popular (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, p. 3).

La cita puede tener múltiples explicaciones. En primer término, *MPL* protagonizaba un juego de espejos y presiones que, bajo una misma identidad política, no renunciaba al peronismo (Rot, 2016: 110). De esta forma, si bien comenzaba a estirar las fronteras

de aquella identidad, su identificación los llevaba a asumir una posición ambigua respecto del líder del movimiento con el que se referenciaban. Pero también, apoyar el regreso de Perón significó un cálculo político vinculado a que su retorno era una reivindicación popular sostenida desde la caída del segundo gobierno peronista. Eduardo Luis Duhalde recuerda:

[Nosotros sabíamos que] si Perón volvía se iba a apoyar en la burocracia sindical. Así que se trataba de quebrar esa lógica inexorable [...] [Porque] el no retorno de Perón era una enorme derrota de la que iba a ser muy difícil recuperarse. Era preciso que los 18 años de resistencia peronista concluyeran con su retorno [De lo contrario] hubiera sido vivido como una derrota histórica del movimiento popular, muy difícil de revertir. En todo caso, la vuelta de Perón invitaba a poner al Perón real. No desenmascararlo, porque ese Perón ya aparecía, sino mostrarlo como era (2006).

Es necesario matizar el hecho de que, efectivamente, supieran el giro a la derecha que Perón realizó luego de retornar al país. De hecho, la ambigüedad que venimos señalando da cuenta de que el grupo vio frustradas sus expectativas cuando Perón comenzó a definirse explícitamente. Pero también, el análisis de *MPL* refleja aquella tensión entre experiencia y expectativas que, al decir de Kosselleck, entra en juego cada vez que se produce un quiebre: en sus itinerarios previos, muchos integrantes del grupo habían asistido a la pendularidad de Perón. Esta experiencia tuvo que ser clave para la lectura que *MPL* realizó en esta coyuntura.

Respecto del discurso de Perón frente a los gobernadores, *MPL* afirmó que había sido un duro revés “para la Tendencia Revolucionaria innominada, pero claramente aludida en la disertación” que, además, había quedado fuera de la “geográfica descripción política” que Perón realizó sobre el movimiento, tras definirlo como “de izquierda” en su conjunto. A su vez, apuntaron:

Hoy, tras la asunción al gobierno, el movimiento peronista aparece tal cual es, en su expresión superestructural. Y Perón no hace más que ser la expresión sintetizadora de esa correlación de fuerzas [...] El gigante invertebrado vuelve a retomar su verda-

dera imagen y el cercano camino de la liberación aparece como un lejano laberinto. No hay por ello ni engaño ni traición [pero] esto tampoco significa que ese reacomodamiento del movimiento y la reaparición de toda su escoria debamos aceptarla con naturalidad (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, pp. 8-9).

Volviendo sobre Cooke, el grupo recuperaba aquella caracterización multiforme del movimiento peronista para crear la imagen de que los peronistas revolucionarios debían imprimirle la forma (en torno a la clase obrera) y el contenido (la construcción del socialismo) aun cuando ello implicara ir a contramano de las definiciones de Perón. Con esta misma línea, la “Sección Polémica” salía de su formato habitual y proponía una carta conjunta de los personajes obreros, “El Negro” y “Francisco”, dirigida a Perón. El recurso es interesante porque si, como hemos visto, la sección *representaba* a la clase obrera peronista, lo que se buscaba era demostrar que quien estaba realmente “cuestionado” era el viejo caudillo y no la juventud:

Estimado General: escuchamos su discurso y quedamos desconcertados [...] La verdad es que para nosotros la lucha no ha terminado [...]. Estamos de acuerdo, por supuesto, en que al movimiento hay que institucionalizarlo, pero en el gran sentido: transformarlo en una organización revolucionaria; pensamos que ese debe ser el sentido de sus palabras, porque de otra manera significaría integrarlo al sistema [...] Hacemos un respiro y entramos en el tema de “ponernos a trabajar”, porque la verdad, General, hace años que no hacemos otra cosa que trabajar para que los monopolios y el capital se lleven nuestro esfuerzo (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, p. 10; el subrayado es nuestro).

Más adelante, los personajes obreros se pronuncian sobre la crítica a la guerrilla, los hechos del 20 de junio y el cuestionamiento de Perón a “la muchachada apresurada”. Alineando a los trabajadores (representados en ambos personajes) y la juventud, se apuntaba: “A los muchachos no nos cabe la menor duda de que la ‘juventud’ cuestionada es la del botón Brito Lima, que usted conoce bien, y la de esa supuesta ‘juventud sindical’ [...] el movimiento es de iz-

quierda, y como nosotros somos la izquierda, el pueblo es de izquierda” (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, p. 10; el subrayado es nuestro). El párrafo es contundente: *MPL* denunciaba el vínculo entre el líder y la formación de organizaciones paraestatales; a su vez, retomaba la estrategia discursiva de Perón —que había definido al movimiento como “de izquierda” para excluir a los sectores revolucionarios— y la daban vuelta: la izquierda “somos nosotros”, es decir, el pueblo y la militancia revolucionaria; lo que quedaba por ver era si Perón pertenecía a ese colectivo o no. En efecto, unas páginas más adelante aparecía la caricatura “Tendencia”, quien se presentaba por primera vez sosteniendo una pancarta en la que se leía que “Mongo y Aurelio” eran sus compañeros (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, p. 21). Retrucando la ironía, el personaje retomaba la forma con que el viejo caudillo se había referido a Montoneros para decir lo contrario y, personificando un “nosotros”, se distanciaba del líder para identificarse con los sectores que aquel estaba dejando fuera de la legalidad y de la órbita peronista.

Finalmente, un acontecimiento de peso que enfatizó la línea política que *MPL* estaba esgrimiendo sobre el proceso revolucionario, el rol de la clase obrera y el liderazgo de Perón fue el golpe militar contra Salvador Allende, en Chile. El análisis del desenlace trasandino hizo germinar reflexiones sobre el proceso local y sobre las lecciones que debían recuperarse si se buscaba “salvar” la revolución nacional. Con un sentido editorial titulado “Chile, dolor y enseñanza”, el grupo afirmaba:

Debemos recordar los primeros tiempos del gobierno de la Unidad Popular [en adelante UP], cuando todo parecía fácil y el proceso hacia el socialismo marchaba por la vía pacífica, en su medida y armoniosamente. A poco de andar [...] los “momios” empezaron a conspirar y el idílico frente político comenzó a resquebrajarse. Allí se jugó el destino del proceso chileno, cuando el compañero Allende debió elegir [...] La opción era clara y bien distintos los caminos: uno, el de la movilización popular, el pueblo en la calle y la clase obrera militarizada en defensa del triunfo popular [...] El otro era el de [...] buscar alianzas

con la oposición, dejar el Poder Judicial intacto, respaldarse en las Fuerzas Armadas, convirtiendo al pueblo en espectador del proceso (*MPL*, n° 14, 13/9/1973, p. 3; el subrayado es nuestro).

MPL apelaba a una expresión que Perón había utilizado en el auditorio de la CGT, al pronunciar el discurso “El camino de nuestra revolución”. Como vimos, en esa oportunidad, el viejo líder estableció *su* vínculo entre peronismo-revolución, desestimando la lucha armada y caracterizando sus políticas de gobierno de manera pacífica, “racional” e “inteligente”. Que *MPL* apelara a la misma expresión para caracterizar la experiencia trasandina da cuentas de que alertaba irónicamente sobre el posible destino del proceso nacional. Además, la caracterización de la UP como un frente político excesivamente idealizado permite suponer que el grupo comenzaba a rever sus posiciones sobre el FREJULI, que para muchos era su expresión vernácula.

Entre las “lecciones” que les acercaba Chile, señalaban la necesidad de apoyarse en el pueblo y la clase obrera, camino que, por otra parte, la revista venía reclamando como clave para evitar el “retroceso” del gobierno peronista. Además, “los errores de Allende” eran idénticos a los que *MPL* denunciaba a escala local: alianzas con la oposición, inalterabilidad del Poder Judicial y el apoyo en las Fuerzas Armadas. En efecto, a pesar de que el editorial afirmaba que “los argentinos, con el general Perón a la cabeza, nos aprestamos a iniciar el camino a la liberación”, ponían sobre el tapete la desconfianza que Perón y su proyecto les generaba, al afirmar que “tal como viene desarrollándose y se esboza en su futuridad, sucumbirá necesariamente ante el embate de la oligarquía y el imperialismo”. La única salida para este atolladero volvía sobre el rol de la clase obrera peronista; por eso, la victoria de Perón solo era relevante si se “transfiere el poder al pueblo [...] no hay otra garantía [...] que la propia clase trabajadora custodiando su victoria” (*MPL*, n° 14, 13/9/1973, pp. 3-4).

Estas posiciones se apoyaron en líneas programáticas que venían esgrimiéndose desde antes y que apostaban por “la construcción del ejército popular” y por la exaltación del “peronismo de

abajo” (*MPL*, n° 9, 9/8/1973). Respecto de la primera, es interesante notar sus similitudes con las apuestas que, tiempo atrás, las FAR habían sostenido en su proceso de peronización. En efecto, la organización apoyó la apertura electoral de 1973 aduciendo que la tarea de los revolucionarios era construir un “ejército del pueblo” que permita, luego, la construcción del socialismo (González Canosa, 2018: 166). Ahora, *MPL* ponía en juego idénticos argumentos en una coyuntura distinta: el gobierno que llamaba a elecciones no era una dictadura, sino un gobierno peronista, y las urnas consagrarían la tercera presidencia del viejo líder.

Por otro lado, la apuesta por el “peronismo de las bases”, revolucionario y de la clase obrera, se opuso al peronismo “de arriba”, burocrático y representativo de los intereses de la burguesía que “opera a través de la superestructura del movimiento” (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, p. 9). Con esa estrategia, *MPL* analizó la fórmula presidencial: por un lado, Isabel Martínez de Perón se asoció con el peronismo “de arriba” y “contrarrevolucionario” y, por el otro, Perón buscó asimilarse al pueblo y a la clase obrera peronista. Sin embargo, apuntaban que la existencia de dos peronismos antitéticos no podía sobrevivir sin una síntesis que, indefectiblemente, debía darse en favor de “los de abajo”: “No habrá institucionalización peronista con el monopolio de los burócratas y traidores. Si no retroceden [...] el pueblo representado por sus organizaciones políticas los ha de reventar adecuadamente, en el momento preciso” (*MPL*, n° 11, 23/8/1973, pp. 4-6).

Así las cosas, el apoyo a la candidatura de Perón se acompañó con un “pero” que presionó (o más bien, advirtió) sobre la dirección que debía tener su gobierno: “La confianza en el líder se va a ratificar una vez más [...] porque las bases saben por su experiencia histórica que el único Perón que existe es aquel que hará lo que el pueblo quiere o ‘dejaría de ser Perón’” (*MPL*, n° 15, 20/9/1973, p. 3). Esta forma de entender su liderazgo junto con la denuncia de dos peronismos antitéticos revelaban un acercamiento cada vez más estrecho con el peronismo *alternativista* que venía afirmando, desde épocas tempranas, que el pueblo no abogaba por un hombre, sino por lo que él encarnaba (Lucece, 1993: 86-87).

Dos días después de la victoria de Perón, “Tendencio” ironizaba sobre la “vía electoral” abordando el tema de los métodos de la guerra revolucionaria. El personaje conversaba con su hijo *Moderato*, que preguntaba: “Papí, ¿qué quiere decir ‘larga y prolongada’? La cola del kerosene, hijo” (*MPL*, n° 16, 27/9/1973, p. 7). La respuesta ironizaba sobre una situación política a punto de explotar. Paradójicamente, ya había estallado cuando el 25 de septiembre un comando montonero “ajustició” a Rucci.

Otro latigazo: las consecuencias represivas del “ajusticiamiento” a Rucci

La muerte del dirigente sindical –pieza clave del pacto social– marcó un punto de clivaje en el conflicto interno del peronismo y en su proyección para la política nacional (Franco, 2012a: 51). Existen varias interpretaciones sobre por qué Montoneros resolvió “ajusticiar” a Rucci. Ricardo Grassi, por ejemplo, apunta que el objetivo había sido obligar al viejo líder a negociar con la organización (2015: 211). Aun cuando así haya sido, el resultado fue otro: tras su muerte, se produjo una ola de acusaciones cruzadas entre diferentes sectores y el incremento de las acciones represivas, legales y extralegales.

MPL analizó los hechos en un número al que tituló “La ofensiva de la derecha”, en clara alusión a esta coyuntura. Las consecuencias políticas tras la muerte de Rucci fueron el último zarpazo sobre la herida política entre *MPL* y la experiencia del tercer peronismo, abierta desde Ezeiza. A partir de este momento, la grieta entre la identidad política del grupo, el movimiento peronista y el rol de Perón como su líder se volvió evidente. El análisis sobre los hechos inundó el decimoséptimo editorial, que se extendía más de una página. La revista no hizo alusión a Montoneros, porque la organización no se adjudicó la responsabilidad del operativo; sí explicó que la convulsión en torno a la muerte de Rucci se debía a su lugar en la estructura político-sindical, al tiempo que denunciaban:

El suceso fue rápidamente aprovechado por los sectores de derecha para ganar posiciones [...] En este cuadro se inserta el atentado que costó la vida al compañero Enrique Grinberg, los esfuerzos del jefe de policía para inculpar a una organización político-militar de izquierda como autora de la muerte de Rucci, pese a su formal desmentida; la clausura del diario *El Mundo* y los artefactos explosivos colocados a Manuel Gaggero [...] Nadie ignora la existencia de verdaderas bandas, armadas desde la estructura gubernamental, cuyos miembros son pagados con fondos del propio presupuesto nacional, lo cual da verosimilitud a la existencia de listas de futuras víctimas que contienen, entre otros, los nombres de los directores de *Militancia* (MPL, n° 17, 4/10/1973, p. 3).

En primer término, la revista tomaba posición respecto del gobierno desde una estrategia discursiva que apuntaba a convertir la denuncia acerca del consentimiento gubernamental (y peronista) del ejercicio de la violencia represiva (articulada en “bandas armadas”, financiadas por el Estado) como algo conocido por todos. La nota editorial formulaba una acusación al gobierno como parte de un saber colectivo, disfrazando discursivamente el carácter inédito de lo que se denunciaba. En segundo lugar, volvían a remarcar la existencia de organizaciones paraestatales: la primera alerta había sido tras la masacre de Ezeiza, cuando apuntaron la responsabilidad de “bandas de derecha” vinculadas a las burocracias sindical y política. La diferencia ahora radicaba en que esos sectores se encontraban más organizados, tenían mayor influencia y avanzaban con el guiño de Perón contra los sectores revolucionarios.

En el mismo número, la sección “Semana Política” se posicionaba en torno a la problemática que atravesaba la coyuntura, “el contenido y significado de la violencia”, y apuntaba que los sucesos de septiembre

... acentuaron una tendencia ya en marcha a partir del 13 de julio: el avance del gobierno en materia de medidas destinadas a perfeccionar la legislación y el aparato represivo del Estado como método para pacificar al país. La estructuración de or-

ganismos y normas que coordinan las Policías Federal y provinciales con los distintos servicios de informaciones de todas las fuerzas de seguridad –incluidas las Fuerzas Armadas, con el explícito objetivo de combatir la subversión– la sanción de decretos que re-implantan normas ya derogadas por el Congreso, las directivas impartidas a las provincias sobre el combate a “los infiltrados” con las amenazas de intervenciones, la avalancha de allanamientos [...] son elementos que configuran un clima de violencia que el pueblo creía desterrado [...] Clima represivo que lleva inevitablemente a encontrar similitudes con “la revolución argentina” (*MPL*, n° 17, 4/10/1973, p. 8).

El grupo retomaba la narrativa que, poco antes, había utilizado para explicar la violencia revolucionaria durante los 18 años de proscripción peronista: la contraposición entre una violencia “de arriba” o contrarrevolucionaria y otra violencia nacida desde abajo, que adoptaba un carácter de réplica contra los abusos y las injusticias “del sistema”. La diferencia era que ahora se pronunciaba contra un gobierno peronista que utilizaba los recursos del Estado para avanzar contra los sectores revolucionarios:

En nada ayuda un clima de violencia impuesto desde arriba, porque [cobran] fuerza la impunidad de los grupos reaccionarios de la derecha [...] esa violencia del Estado se descarga sobre el pueblo en su conjunto y, en especial, sobre los sectores que ponen todo su esfuerzo en hacer que este proceso concrete las reivindicaciones revolucionarias (*MPL*, n° 17, 4/10/1973, p. 8).

La revista ponía sobre la mesa el arsenal de ideas que venía hilvanando desde el desplazamiento de Cámpora. La escalada represiva le daba forma a aquella tendencia, ya antes denunciada, de considerar al gobierno como expresión de los sectores de la derecha que, a partir de una “maniobra amplia” (que, como vimos, incluía momentos como la masacre de Ezeiza o políticas como el pacto social), venía implementando estrategias para desplazar al “pueblo” y a los sectores revolucionarios. A su vez, el editorial revelaba la urdimbre de diálogos y tradiciones que componía la trama identitaria del grupo político. Frente a semejante coyuntura, *MPL* volvía sobre

el significado que tenía para sus miembros la “revolución peronista” y apuntaba:

Liberación o dependencia. No hay terceros caminos. Y la liberación nacional no se logra con emparches y fomentos al sistema injusto de los opresores. La liberación nacional y la liberación social son dos caras de una misma moneda, indivisibles entre sí, sin que sea posible la una sin la otra [...] La revolución peronista o surge de las bases, de abajo hacia arriba creando contradicciones insalvables al neocolonialismo, o se desdibujará en la más grande de las frustraciones (*MPL*, n° 17, 4/10/1973, pp. 4-5).

En su reinención de la propia tradición, el grupo político negaba uno de sus elementos fundacionales: la “tercera posición”. Esta exclusión era una definición política frente a Perón, no solo porque la idea de un camino alternativo a los sistemas imperantes era un pilar de la doctrina peronista, sino, fundamentalmente, porque el viejo caudillo levantaba aquella consigna en la coyuntura analizada.

En respuesta al triunfo de Perón en las elecciones, ganadas con el 62% de los votos, *MPL* hacía convivir aquellas afirmaciones con el reconocimiento de la confianza popular en su liderazgo. Aun así, volvían a retrucar:

Las masas trabajadoras tienen depositada su natural confianza en el Líder. Pero así como el pueblo necesita a Perón, el General necesita al pueblo, que de pie, en marcha hacia su destino soberano, haga la práctica cotidiana de la revolución, cuestionando con firmeza en sus lugares de trabajo, sus barrios, en las escuelas, en toda su vida de relación, las estructuras capitalistas del vasallaje [...] Exigiendo que el ejercicio de la democracia popular no quede reducido a las convocatorias electorales [...] La patria socialista no es una quimera de intelectuales trasnochados, es el anhelo de un pueblo templado en la lucha que sabe lo que quiere y lo logrará, sin lugar a dudas, porque está maduro para ello (*MPL*, n° 17, 4/10/1973, p. 5; el subrayado es nuestro).

La cita pone en evidencia las suturas de una identidad que se zurcía con los hilos provenientes de un “marxismo situado en el

lugar de la teoría” (González Canosa, 2021) y con la experiencia de un peronismo obrero que bullía desde abajo. Este entramado es el que subyace a la transformación de la “patria libre, justa y soberana” en “patria socialista”, el que articula “revolución peronista” con el cuestionamiento de las estructuras capitalistas y, finalmente, el que sostiene que el pueblo había llegado a su madurez política. En los términos de un marxismo sensible a la cuestión nacional, esto equivale a decir que las bases peronistas, a partir de su experiencia de clase, habían llegado a grados superiores de conciencia.

Ahora bien, el grupo de *MPL* lejos estuvo de ser el único que realizó definiciones. Del otro lado, el “peronismo oficial” también avanzó, pero en sentido contrapuesto: el 2 de octubre, el Consejo Superior del Movimiento (CSdM) dio a conocer un Documento Reservado (DR1), firmado por el propio Perón, que impartía órdenes precisas para “limpiar” el movimiento de la “subversión marxista”. El escrito era partidario, aunque impartía órdenes al gobierno e instaba a las autoridades a que participen “en la lucha iniciada, haciendo actuar todos los elementos de que dispone el Estado para impedir los planes del enemigo y para reprimirlo con todo rigor”.⁷² Como apunta Marina Franco, el documento esclarecía diferencias ideológicas entre marxismo y peronismo, informaba la posición partidaria frente a una “ideología ajena” y llamaba a utilizar todos los medios “que se consideren eficientes” para concretar la “depuración” (2012a). A su vez, el documento anunciaba la “eliminación” del “enemigo infiltrado”, aludiendo a aquellos grupos que se identificaban con el “marxismo, máxime cuando se presentan como si fuesen peronistas” (DR1, 1973). Esta acusación le cabía a un grupo como el de *MPL* que, como vimos, ponía en juego estos elementos.

A pocos días de asumir la tercera presidencia, el documento dio lugar a reuniones oficiales en la Casa Rosada, en las que Perón impartió órdenes precisas a los gobernadores. A su vez, el mismo día en que salía publicado el DR1, presidió un nuevo acto en la CGT, donde ratificó al sindicalismo como “columna vertebral del peronismo”, insistió sobre la necesidad de eliminar al “enemigo infiltrado”

⁷² Consejo Superior Peronista, “Documento Reservado”, en *La Opinión*, 2/10/1973 y *Clarín*, 2/10/1973.

y agregó intimidatoriamente: “Acá nos acompaña el señor jefe de la Policía Federal [se refería al general Miguel A. Iníiguez] que también puede saber cómo hacerlo” (Franco, 2012a: 54).

El 11 de octubre, un día antes de que Perón asumiera la presidencia, *MPL* analizaba la coyuntura buscando concentrarse en las características del DR1. Más allá de que las definiciones del líder habían sido abundantes, la revista se limitó a cuestionar el documento partidario relacionándolo con la “burocracia traidora”. Es posible suponer que la inminente asunción de Perón llevó a que el grupo ratificara la estrategia política de no pronunciarse sobre sus definiciones; so pena de ello, el número fue contundente y desde la “Semana Política” disparó: “El terror blanco y las exigencias del pueblo” denunciando una campaña violenta que se complementaba con un “terrorismo ideológico” que emanaba de las propias definiciones del documento:

La derecha burocrática instrumenta la muerte del secretario general [...] para lanzar una verdadera cruzada contra el marxismo y la izquierda en general. La aparición de un Documento Reservado en el que se dan las pautas de cómo deberá llevarse esa lucha en el seno del movimiento señaló un verdadero “enemigo” destinatario de esta ofensiva: la Tendencia Revolucionaria del Peronismo [...] Una vez más se vuelven a enfrentar en el seno del movimiento los dos proyectos antagónicos que coexisten en el mismo [...] Este documento es la expresión más acabada de la ideología y del proyecto político de la burocracia en oposición al estado de conciencia de la clase obrera (*MPL*, n° 18, 11/10/1973, p. 4).

Aquí los términos de “conciencia” y “clase obrera” aparecen vinculados al “peronismo de abajo” u obrero, con el que *MPL* se identificaba, y contrapuestos al “peronismo burocrático”, que denunciaban como el artífice de un documento que –aunque no lo explicitaban– llevaba la firma de Perón.

Si las posiciones frente al viejo caudillo oscilaron entre la crítica y el reconocimiento de su liderazgo, la lectura en torno al rol que jugaba el movimiento peronista en esta coyuntura fue clara y

se tornó explícita: *MPL* denunciaba que aquel estaba sirviendo de herramienta política para el proyecto del “peronismo de arriba”. En efecto, el grupo pasó de denunciar su “copamiento” a mostrar la manera en que los sectores de las burocracias sindical y política habían consolidado espacios de poder en su interior.

A partir de estas definiciones, fueron aceitando el acercamiento a la corriente *alternativista* que se basaba en convicciones semejantes y afirmaba la necesidad de construir una organización “para y de la clase obrera”; es decir, por fuera de las estructuras del movimiento y excluyendo a los sectores que habían conformado la alianza original del peronismo, pero que, hacia 1970, según se sostenía, habían traicionado los intereses del pueblo (Stavale, 2012). Este acercamiento será un ingrediente clave en el debate que la revista sostuvo en el interior de la TRP.

“El camino de la revolución está empedrado de buenas intenciones”: *MPL* disputa posiciones en la TRP

El giro a la derecha del peronismo gobernante reactualizó viejas discusiones dentro de la TRP. El debate entre *movimentistas* y *alternativistas*, que había germinado en 1971, resurgió como respuesta a las estrategias que el peronismo revolucionario debía tomar para enfrentar la coyuntura adversa. Con posiciones cercanas al *alternativismo*, *MPL* sentó posición en el interior de la TRP y tuvo como interlocutores claves a Montoneros y la JPr. Aunque por momentos se acercó al análisis realizado por estas organizaciones, las disidencias políticas predominaron, transformándose en duras críticas sobre sus lecturas y posicionamientos políticos.

Estas diferencias comenzaron a expresarse en la forma en que ambos sectores se posicionaron frente al desplazamiento de Cámpora. Como vimos, el grupo dirigido por Ortega y Duhalde denunció una conspiración de la “brujocracia” y la existencia de un “golpe de Estado”. Montoneros, en cambio, hizo hincapié en el “gesto” de Cámpora; desde *ED*, apuntó que “El tío actuó como un hermano” (17/6/1973, tapa) y retomó el discurso de Perón tras su desplaza-

miento, destacando que “pocas veces escuchamos hablar al General así de alguien [...] Una fue el día que le entregó a Evita la medalla de la lealtad por el renunciamiento del 22 de agosto. La otra ha sido ahora, para señalar en C ampora una conducta leal y peronista (*ED*, n  9, 17/6/1973, p. 2). La revista asimilaba la renuncia del presidente con la de Evita, destacaba su carácter “heroico” y señalaba a ambas figuras como símbolos de la “lealtad peronista”. A la vez, establecía diferencias con quienes

... quisieron aparecer como los posibilitadores del triunfo [...] A Perón lo impone su pueblo, no cuatro imbéciles que quieren jug rsela a sucesores [...] Cámpora debía renunciar porque era la condición que puso para aceptar la candidatura [aunque] los aspirantes a herederos quisieron hacerlo aparecer como parte de sus maniobras (*ED*, n  9, 17/6/1972, pp. 2-3).

Aunque tanto *MPL* como los sectores hegemónicos de la TRP denunciaron una conspiración en torno a Perón, las diferencias comenzaron a evidenciarse alrededor de otros aspectos relevantes, como el sentido en torno al concepto de “lealtad” y la importancia otorgada a las contradicciones internas del movimiento peronista. Respecto de la primera, para Montoneros y la JP, la lealtad asumía un sentido tradicional: *ED* afirmaba que Cámpora había abandonado su cargo por *lealtad a Perón*. En cambio, *MPL* ponía en juego una suerte de “operación ideológica” (Sigal, 2002: 185) que supeditaba el rol de Perón al de los trabajadores:⁷³ la lealtad se depositaba en la clase obrera peronista y, por transferencia, en quien ejercía su liderazgo. De allí que denunciaran un golpe de Estado orquestado por el enemigo interno contra la “voluntad popular” y que, luego, confrontaran al propio Perón y lo alertaran de que podía perder su liderazgo si no encarnaba los intereses de las bases.

En cambio, *ED* mantuvo el vínculo Perón-pueblo como totalidad imbricada, al menos en esta primera etapa. Siguiendo a Slipak,

⁷³ Silvia Sigal pone en juego este concepto para caracterizar a la intelectualidad de izquierda en los tempranos sesenta. Según la autora, “reconocida la realidad política del peronismo”, los intelectuales marxistas pusieron en juego diversas “operaciones ideológicas”, una de las cuales fue “escotomizar el papel de Perón, separando al peronismo de su jefe” (2002: 185).

observamos que la revista partió de un lazo inmediato que tenía origen el 17 de octubre de 1945 (día de la Lealtad peronista). A la vez, silenció los triunfos electorales del peronismo, dado que “desde su perspectiva, poco tenía para decir la legitimidad electoral frente a la legitimidad sustancial originada en aquel vínculo” (2015: 88). Esta reflexión es aplicable a la lectura sobre Cámpora: el hecho se tornaba irrelevante, porque lo significativo era que *el tío* renunciaba para que *el líder* sea presidente. “A Perón lo impone el pueblo”, afirmaban.

Con esta misma lógica, la disputa con la “burocracia sindical y política del movimiento” se minimizó. Esta subestimación fue duramente criticada por *MPL*, que denunció el avance de la derecha peronista e incluso relacionó su creciente poder con los errores cometidos por las organizaciones hegemónicas de la izquierda peronista:

Quienes tenían desde el 25 de mayo la responsabilidad de marcar la línea política revolucionaria del peronismo tienen su enorme cuota de responsabilidad que debe asumirse auto-críticamente. La burocracia traidora avanzó porque los sectores revolucionarios del movimiento cedieron posiciones en aras de una mal entendida verticalidad. Si se persiste en el error de no comprender que en esta instancia el meridiano de la guerra popular pasa por la batalla dentro del movimiento y nos limitamos a esperar que el propio general Perón frene la contrarrevolución, continuaremos desandando el camino en la construcción del socialismo nacional (*MPL*, n° 6, 19/7/1973, p. 3).

La revista discutía el carácter mayormente *movimientista* del análisis de *ED* e instaba a las organizaciones hegemónicas del peronismo revolucionario a hacer frente a la disputa interna. A su vez, ponía en cuestión otro elemento clave de la tradición peronista: la “verticalidad”, emparentada a la forma de entender la “lealtad” y la conducción política. *MPL* apuntaba que las organizaciones revolucionarias debían asumir un papel protagónico, encarando la tarea de frenar la contrarrevolución en marcha, sin esperar definiciones del viejo caudillo.

Con esta línea de análisis, el grupo político de *MPL* comenzó a explicitar estos cuestionamientos. Un primer ejemplo fue una nota titulada “Si Evita viviera... El *movimientismo*, enfermedad infantil del peronismo”, publicada en el séptimo número de la revista. Allí, retomaban irónicamente el cántico de Montoneros “Si Evita viviera, sería montonera” y reemplazaban la identificación entre Eva y la organización por puntos suspensivos. A la vez, apelaban al clásico trabajo de Lenin *Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, en el que el líder marxista cuestionó el “voluntarismo” de algunos de los dirigentes comunistas, surgido en Europa tras la Revolución rusa.⁷⁴ La frase era utilizada para explicar la realidad del movimiento y analizar “las debilidades y desaciertos del campo revolucionario”. Al mismo tiempo, encaraban un análisis complejo que buscaba poner sobre la mesa los errores de la TRP, desde el 25 de mayo hasta el presente. De esta forma, señalaban que, “pese al claro contenido programático de la campaña electoral”, los sectores “burocráticos”, “conciliadores” o “francamente contrarrevolucionarios” venían avanzando frente a una “combatividad militante que fue perdiendo iniciativa” y que “desdibujó la identificación del enemigo” (*MPL*, n° 7, 26/7/1973, p. 7).

MPL identificaba dos posturas antagónicas en el interior del movimiento: la revolucionaria de los trabajadores y la contrarrevolucionaria de “los traidores”, desestimando toda apuesta por la unidad. En medio, el rol de Perón era el de realizar una “síntesis” entre ambas. Por eso, afirmaban que esperar que el líder “fije el correcto accionar del campo revolucionario [...] implica renunciar a una política revolucionaria pura [...] mientras la burocracia elabora su táctica abiertamente contrarrevolucionaria” (*MPL*, n° 7, 26/7/1973,

74 Siguiendo a Borón, el “izquierdismo” puede definirse como “una tendencia ideológica y práctica que propone la radicalización incontrolada de una propuesta revolucionaria, con absoluta prescindencia del entramado de condiciones objetivas y subjetivas requeridas para su exitosa realización. Es el voluntarismo, llevado a su extremo [...] De acuerdo con esta actitud, la revolución es entendida como un proceso rectilíneo y siempre ascendente, cuyo motor es la voluntad de sus líderes o vanguardia” (2020: 58). Al margen de las diferencias que separan el contexto y los destinatarios de Lenin del de la revista *MPL*, es interesante señalar que el paralelismo de la crítica gira en torno al *movimientismo* como una posición anacrónica, ajena al contexto y a las necesidades de la revolución nacional y desconectada de la realidad ideológica del movimiento peronista.

p. 7). Para *MPL*, ese era el error de los sectores hegemónicos de la TRP, quienes recaían en el *movimientismo*, posición caracterizada como un “pecado de ingenuidad” de quienes “recién se aproximan al movimiento” y que impedía una identificación correcta del “enemigo, la lucha ideológica [y] claridad en la acción” (*MPL*, n° 7, 26/7/1973, p. 7).

En esta nota, el grupo precisaba dos cuestiones importantes: en principio, que el liderazgo de Perón no era revolucionario, sino que estaba ligado a realizar una labor de síntesis entre los proyectos antagónicos que convivían en el interior del movimiento. En segundo lugar, la publicación insistía en que los sectores de la TRP debían ganar la disputa interna para lograr una definición positiva de Perón; el error era desestimar esas contradicciones. A la vez, la caracterización del *movimientismo* como una posición de “los recién llegados” resulta, cuanto menos, interesante: el grupo deslegitimaba a sectores como la JPr o Montoneros y apelaba a sus itinerarios previos, en las entrañas del peronismo, como un mecanismo de autoridad. En efecto, algunos de los miembros de *MPL* habían asumido posiciones *movimientistas* cuando se acercaron al movimiento, en los tempranos sesenta. La lógica argumental *alternativista* parecía ser: nosotros conocemos las pendularidades de Perón y la realidad ideológica del peronismo.

Las diferencias entre *MPL* y Montoneros-JPr se tornaron evidentes, en una vertiginosa coyuntura que, además, tenía por protagonista a Perón. Como ya vimos, el líder comenzó a definir el vínculo peronismo-revolución y a cuestionar a la juventud peronista en diferentes disertaciones. Sin embargo, a pesar de estas referencias explícitas, la revista de Montoneros no se dio por aludida públicamente. Como una estrategia política, Montoneros puso el énfasis en los cuestionamientos de Perón al imperialismo, omitiendo sus desaires para con la TRP. Solo se limitaron a apuntar:

Los medios de comunicación han reproducido en forma fragmentada e interesada los mensajes pronunciados por el jefe de nuestro movimiento el 30 de julio y el 2 de agosto. Es una obligación de todo peronista conocer, discutir, profundizar y difun-

dir la palabra de nuestro líder. *El Descamisado*, como miembro más de la militancia peronista, publica textualmente ambos discursos (*ED*, n° 12, 7/8/1973, p. 6).

En la contraparte, *MPL* los cuestionó severamente, argumentando que lejos definir una estrategia revolucionaria autónoma, quedaban supeditados a las expresiones de Perón. Además, apuntaban como una “necesidad urgente” reencauzar la actividad del peronismo revolucionario tras el desconcierto causado, porque Perón se apoyara en “la familia” –refiriendo a López Rega y Lastiri– como “base operativa”. El grupo insistía en que “el enemigo del pueblo” se expresaba en “el enfrentamiento interno” del movimiento peronista y en que debía ser confrontado, organizando adecuadamente a las bases (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, p. 5). La inversión del vínculo Perón/peronismo (que venía siendo una advertencia para el propio caudillo) se utilizó también en el debate con las organizaciones hegemónicas de la TRP, que fueron interpeladas directamente:

Un gran desconcierto y notorio desencanto reinan hoy entre gran parte de la juventud peronista y de los sectores revolucionarios del peronismo [...] Perón regresa a la Argentina y [...] deja hacer a López Rega y a todos sus secuaces, liquida a Cámpora, a Righi, Puig, afirma la política de Gelbard, transforma a Balbín en un hombre de gran importancia y destroza uno a uno, minuciosamente, los sueños de la juventud [...] ¿Qué ha pasado? ¿Por qué Perón hace lo que hace? ¿Es eso voluntad del jefe del movimiento o de los que lo rodean? ¿Será esto un siniestro plan de López Rega y Perón es prisionero? Para contestar estos interrogantes tenemos que ponernos de acuerdo en qué es Perón y tratar de saber cuál es su proyecto (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, p. 12).

Por primera vez, el grupo ponía entre signos de pregunta la teoría del cerco y apuntaba:

Digamos para comenzar que, a nuestro juicio, la clave está en que Perón no es socialista sino peronista. Esto parece una perogrullada, pero no lo es; sin embargo, Perón es un líder popular

y como tal, un nacionalista de un país dependiente, lo que equivale a decir antiimperialista. No es un ideólogo revolucionario apegado a una concepción ideal del mundo sino un conductor pragmático que define su acción a partir de la realidad (*MPL*, n° 9, 9/8/1973, p. 13; el subrayado es nuestro).

MPL retomó una posición que venía siendo común en algunos sectores alternativistas desde 1971: definir a Perón como un “líder popular” no revolucionario capaz de conducir solo una parte del proceso: el de la “liberación nacional”. La segunda instancia era la revolución social, venía de la mano de la clase obrera y el pueblo peronista y debía ser garantizada por las organizaciones revolucionarias. Estas posiciones ponían en juego las precisiones que el grupo venía realizando en el debate con la TRP: la necesidad de encarar la disputa en el interior del peronismo y la arenga porque las organizaciones más importantes del peronismo revolucionario asumieran un papel protagónico, incluso si ello implicaba definiciones alejadas de las realizadas por Perón.

Las críticas surtieron efecto en los sectores vinculados a Montoneros y a la JP. En efecto, muchos protagonistas recuerdan que el posicionamiento del semanario se tornaba fuertemente irritativo; a modo de ejemplo, Eduardo Jozami afirma “que lo que decía *Militancia* impactaba, sobre todo en los militantes que veían con cierto recelo la teoría del cerco” (2006). Aunque *ED* no respondió críticas, la revista *E* (vinculada inorgánicamente a la JP) sí lo hizo. El décimo y último número de esa publicación analizó los hechos sucedidos desde mayo (fecha de su última salida) y se posicionó frente a la coyuntura, retomando buena parte de los debates que habían atravesado a los sectores revolucionarios. Con un tono reflexivo, el décimo editorial de *E* asumía una identidad, presentándose como la expresión de la radicalización de sectores medios, provenientes del mundo cristiano y universitario. Apuntaban: “Sin duda, hemos acompañado con altibajos un proceso social. La incorporación a la conciencia nacional de amplios sectores medios, profesionales y estudiantiles”. A su vez, respondían a las acusaciones que, tiempo antes, *MPL* había vertido en sus páginas: “El apego a la conducción

estratégica de Perón no es un deslumbramiento irracional ni una pirueta de los recién llegados” (*E*, n° 10, 11/1973, p. 1). Para quienes se vinculaban a la revista, el vínculo peronismo/revolución se planteaba de una manera bien distinta a la de *MPL*. *E* aseveró que la “revolución peronista” se vinculaba a la “liberación nacional” y se identificaba con la presencia de Perón en la patria, como conductor de ese proceso. Desde este lugar, la publicación vinculada a algunos sectores de la JP rechazó las recomendaciones del grupo político aquí analizado y afianzó su *movimientismo*, reforzando una noción de verticalidad que suponía permanecer dentro de las estructuras del movimiento (*E*, n° 10, 11/1973, p. 1).

Por su parte, *MPL* también se hizo eco de las críticas que recibía por parte de los sectores de la TRP. El editorial del n° 12 tituló “Hablemos un poco de militancia” y, proponiendo un juego irónico entre el nombre del semanario y el activismo, apuntaba:

Poco importa que los alquimistas del macartismo analicen si MILITANCIA es “químicamente pura” o si los recién llegados al movimiento nacional la impugnen desde una ortodoxia mal entendida. Hay una sola forma de ser peronista: cada cual en su campo, tratando de crearle el máximo de contradicciones al sistema de la dependencia y poniendo todo de sí para transformar la realidad (*MPL*, n° 12, 30/8/1973, p. 3; las mayúsculas son del original).

El intercambio da cuentas de cómo las disputas en torno a la identidad peronista no eran exclusivas del enfrentamiento con la derecha, sino que se daban en el interior de la TRP. *MPL* también definía su visión del peronismo y con ello, una identidad que hacía pie en la experiencia de los trabajadores y el pueblo.

A pesar de un clasismo cada vez más nítido, el peronismo obrero no se tradujo en la alineación del grupo *MPL* con las posiciones de la izquierda no peronista. Al margen de las críticas que podían surgir respecto de Perón, este seguía siendo reconocido como un líder popular. En este punto, si en el interior de la TRP insistían en la necesidad construir una alternativa revolucionaria e independiente, criticaban la realización efectiva de esa alternativa si se pretendía

por fuera del peronismo. Esta fue la posición que sobrevino a la propuesta de levantar la candidatura de Agustín Tosco y Armando Jaime para enfrentar a Perón, por parte del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS). Más adelante, caracterizaremos al FAS y los vínculos políticos con el grupo *MPL-DF* que, como veremos, llegaron a ser estrechos. Aquí solo nos interesa señalar que, en esta etapa, *MPL* rechazó cualquier camino político que contradijera las preferencias políticas de la clase obrera peronista:

Algunos sectores han levantado la candidatura de Agustín Tosco y Armando Jaime como alternativa revolucionaria clasista opuesta a la del Tte. General Perón. Más allá de la honesta lealtad subjetiva de dichos compañeros, la política revolucionaria no es un problema de abstracciones ni subjetividades. No existen obreros en general, sino trabajadores particularizados en una realidad determinada. En la Argentina, las luchas de la clase trabajadora tienen un nombre: peronismo; y un líder: Juan Perón [...] no existe otro clasismo posible que el que resulta del rol hegemónico que debe asumir el proletariado en la conducción del movimiento (*MPL*, n° 10, 16/8/1973, p. 3; el subrayado es nuestro).

Como vimos, *MPL* acompañó la candidatura de Perón sin dejar de presionar sobre el sentido que debía tomar su gobierno. Otra de las apuestas de esta etapa fue la presión para que la TRP ganara la disputa interna, para que el líder se inclinara a su favor. Por eso, cuestionaron severamente a los sectores que convivían “tácticamente” con el “enemigo”, cediendo espacios de poder. Estas críticas se potenciaron en torno a dos hechos: la participación de Montoneros-JP en el acto organizado por la CGT el 31 de agosto y las posiciones sobre el rol de las Fuerzas Armadas en un potencial frente de liberación, impulsadas por el discurso del general Carcagno en la CEA y por la participación conjunta entre la JP y el Ejército en el “Operativo Dorrego”.

Respecto del acto organizado por la dirigencia gremial, tuvo por objetivo apoyar la fórmula presidencial Perón-Perón. Montoneros y la JP aceptaron la convocatoria e interpretaron la asistencia

al acto en términos positivos. Desde *ED*, resaltaron que la JP había movilizado al 60% de los asistentes; aún más, afirmaron que Perón, en vez de volver el 20 de junio, había regresado ese día, “porque la realidad del regreso está dada por el encuentro físico”. La revista orgánica de Montoneros reivindicó la decisión de “copar el acto” a través del argumento *movimientista* que postulaba la necesidad de no marginarse del movimiento. A su vez, alinearon a las organizaciones de la izquierda “que no logra coordinar lo que dice con lo que hace, marginándose del pueblo” con organizaciones como FAP, PB y la cúpula de la organización gráfica bonaerense –todas ligadas al *alternativismo*– que “decidieron no ir” (*ED*, n° 16, 4/9/1973, p. 4).

El debate entre *movimientistas* y *alternativistas* se expresaba concretamente. En el mismo número de *ED*, la revista analizaba un conflicto gremial de la Lista marrón en el gremio de telefónicos. La nota titulaba “Telefónicos: ¿combativos o vandomistas?” y denunciaba agresiones hacia militantes de la JTP por parte de “grupitos sectarios” que se “autoconciben combativos” y que habían buscado impedir la presencia de JTP en una asamblea (*ED*, n° 16, 4/9/1973, p. 27). En la nota, afirmaban:

Queremos dejar bien en claro ante el gremio de telefónicos y los trabajadores que hechos como este demuestran que la democracia gremial es algo que los “combativistas” y “alternativistas” solo practican de la boca para afuera. Estas actitudes nacen de la incomprensión de que el peronismo es revolucionario en su conjunto. Para estos *alternativistas*, Perón es un líder de la clase media y no un líder revolucionario. Para ellos, las FAR y Montoneros son representantes de la Iglesia y de la pequeña burguesía. Su *alternativismo* los lleva a separarse del movimiento y de la Juventud, a la que consideran aburguesada. No es extraño que de este análisis se llegue a las actitudes vandomistas que denunciamos y que desvía el eje de las contradicciones principales (ídem).

Es interesante subrayar el vínculo entre *alternativismo* y vandomismo realizado por la revista montonera: podría suponerse que esta

relación respondía a la caracterización que los sectores que levantaban la AI realizaban sobre el rol de Perón: el cuestionamiento de su liderazgo se interpretaba como una reedición de la estrategia de un “peronismo sin Perón” erigida por Vandor. Pero, a la vez, la crítica interpelaba de particular manera al grupo de *MPL*: no solo porque la revista venía alineándose al *alternativismo*, sino porque, como ya hemos visto, sus dirigentes habían sido abogados laboristas de Vandor cuando este pregonaba aquella estrategia.

En efecto, *MPL* apoyó a las organizaciones que no asistieron al acto del 31 de agosto y argumentó contra Montoneros y la JP. En su editorial del n° 13, apuntaron que la concentración había implicado un “aval para la burocracia, alineando a la JP con su proyecto político general y motivando una sonrisa de triunfo en Lorenzo Miguel y Rucci” (*MPL*, n° 13, 6/9/1973, p. 3). Con la misma línea, “Tendencio” irrumpía en la página 9 sosteniendo hacia abajo una cuerda de la que colgaban diversos carteles con consignas de la militancia revolucionaria: “Patria socialista”, “Trelew-Ezeiza”, “Guerra popular”, “Evita”, mientras el personaje exclamaba: “¡No dirán que no bajo la línea!”. Provocativamente, *MPL* dejaba entrever que una de las organizaciones más importantes de la TRP había echado por tierra las reivindicaciones de la militancia con la excusa de no autoexcluirse del movimiento.

Las mismas críticas subyacieron al debate sobre el rol de las Fuerzas Armadas en un potencial frente de liberación nacional. Un primer eje se abrió tras el discurso del Gral. Carcagno, cuyas repercusiones se aunaban a las expectativas que despertaba la presidencia Torrijos en Panamá. En efecto, Montoneros-JP afirmaron públicamente que las contradicciones de clase también penetraban en las armas y que “el Ejército argentino parió ante la luz pública, su nueva orientación [...] que lo llevó a enfrentarse contra el eje Washington-Brasilia” (*ED*, n° 17, 11/9/1973, p. 28). A la vez, el acercamiento no se redujo a posicionamientos públicos en la prensa oficial de Montoneros, sino en hechos concretos: Caviasca afirma que un grupo militar cercano al comandante en jefe se había reunido con dirigentes de la TRP, para pensar su intervención en la CEA (2015: 12-13).

Con el golpe en Chile resonando en sus análisis, *MPL* cuestionó estas posiciones. La “Sección Polémica” del n° 15 publicó una carta de “Francisco” en la que el personaje-obrero invitaba a revisar “la historia personal de Carcagno” antes de afirmar cualquier posible vinculación con un proceso de liberación nacional y social. Retrucando algunas de las definiciones que había realizado *ED*, la sección respondía que “sin perjuicio de que existan, y existen, oficiales revolucionarios [...] las Fuerzas Armadas no son un lugar donde se den todas las contradicciones de la sociedad, sino que en ellas se asumen, por el contrario y claramente, los intereses de la burguesía” (*MPL*, n° 15, 20/9/1973, p. 8). Por su parte, “Tendencia” también hacía eco del debate y, desde la página 9, aparecía señalando a un gorila disfrazado con uniforme militar y exclamaba: “¡Cómo ha cambiado! ¡Usted no es el mismo gorila que antes!”.

El grupo endureció su análisis cuando el 5 de octubre la JP puso en marcha el “Operativo Dorrego” que, en conjunto con el Ejército, buscaba colaborar con la reconstrucción de barrios de la provincia de Buenos Aires afectados por las inundaciones. Al respecto, *MPL* afirmó que “el hecho de referencia no aporta sino oscuridad al proceso político, porque el ejército represor [...] no ha cambiado en su esencia por el tono de un discurso [en referencia a Carcagno]”. Irónica, la revista afirmaba que el Ejército no devenía en “ejército del pueblo” por una expresión de deseo de la JP, que “en una de esas, un día descubre que en vez de haber trabajado por la Argentina Socialista, estuvo poniendo sus esfuerzos en la Argentina Potencia [expresión utilizada por Gelbard para señalar los objetivos de crecimiento económico de su programa]” (*MPL*, n° 19, 18/10/1973, p. 14). Las críticas al Operativo también estuvieron representadas por “Tendencia”, quien apareció a punto de ser fusilado: atado de pies y manos y con una venda en los ojos, era apuntado por escopetas del Ejército, mientras él preguntaba: “¿Está seguro Coronel que así es el Operativo Dorrego?” (*MPL*, n° 20, 25/10/1973, p. 9). Si hasta el momento el personaje de *MPL* había apelado a la ironía para cuestionar a las organizaciones hermanas de la izquierda peronista, esta será la única vez que la revista acuda a la

sátira política para interpelar a la JP, dejándola en ridículo al aludir a su falta de visión revolucionaria.

En efecto, la distancia entre el grupo de *MPL* y las organizaciones más importantes de la TRP venía *in crescendo*. En el n° 17, la sección “Reflexiones para el análisis” había publicado una nota que encarnaba este distanciamiento. Titulando “El temor al descuelgue”, la revista comenzaba apuntando que “compañeros del peronismo revolucionario” dedicaban sus esfuerzos en luchar contra “el fantasma del descuelgue” para “no quedar marginados” del movimiento peronista. La revista denunciaba que esta práctica política terminaba siendo funcional a la derecha y que los compañeros “se comportan como si fueran realmente infiltrados”. Además, retomando aquella caracterización de “los recién llegados”, apuntaban que estos sectores padecían

... los errores de una equivocada conceptualización del movimiento, de una desacertada caracterización de la verticalidad, de un desconocimiento de la propia historia del peronismo y encierra, en fin, la raquítica visión de sectores de la pequeña burguesía que solo visualizan al movimiento de su expresión superestructural [...] Lo que no se advierte en tales análisis es que la burocracia hace muchos años que está descolgada de las bases y que de ninguna manera es la expresión sintetizadora del movimiento [...] Cuando se es verdaderamente peronista, cuando se está consustanciado con la historia y las luchas del pueblo [...] se integra por derecho propio este gran movimiento de liberación (*MPL*, n° 17, 4/10/1973, p. 10).

Como veremos más adelante, la discusión en torno a ser o no peronista (y el significado que ello asumía) fue clave en una coyuntura en la que el propio movimiento (y su conductor) expulsaban a amplios sectores de la militancia señalándolos como “infiltrados”. Lo interesante es que aquí aquello se replicaba entre sectores que convivían dentro de un espacio político común.

TERCERA PARTE

Capítulo 5. “Perón presidente”: de la asunción a la clausura de *MPL*, 12 de octubre de 1973 - 28 de marzo de 1974. La *militancia* transformada

El 12 de octubre de 1973, Perón asumió su tercera presidencia luego de 18 años de forzado exilio. Sin embargo, la coyuntura política que bautizaba su gobierno, lejos de la algarabía tradicional, presentaba un movimiento en pie de guerra, enfrentado por sectores antagónicos que, armados, medían sus fuerzas con hechos concretos. En efecto, las FAR y Montoneros anunciaron su fusión el mismo 12 de octubre, lo que no puede más que interpretarse como una demostración de fuerza. Como vimos, esto vino a sumarse al “ajusticiamiento” de Rucci días antes de que Perón asumiera la presidencia y a la avanzada violenta de la derecha peronista, a través de organizaciones paraestatales ahora legitimadas por el DR1.

Si en el pasado Perón había mantenido una posición compensatoria dentro del movimiento que, a partir de un juego pendular, alentaba a los sectores revolucionarios cuando la ortodoxia cobraba demasiado poder y viceversa, la particularidad de este momento histórico radicó en que “la postura asumida por el líder implicaba un viraje mayor pues, por primera vez, antes que proponer una integración que sabía de antemano forzada, Perón apuntaba a la abierta exclusión de toda una corriente interna”: la TRP (Svampa, 2003: 16). En términos concretos, buscó reorganizar al Estado y reafirmó su propuesta de una “democracia integrada, que diese cabida a todas las fuerzas sociales que se coloquen dentro de la ley” (De Riz, 2008: 40). La guerrilla –excluida de la geografía política– fue

asociada al delito común, pero el gobierno, lejos de limitarse a aplicar las herramientas penales dispuestas para responder a este tipo de situaciones, articuló tres vías para avanzar contra la izquierda revolucionaria: los instrumentos previstos por la legalidad constitucional; los intrapartidarios (como la reestructuración del movimiento o la decisión de intervenir y normalizar a todos los partidos justicialistas) y, finalmente, el empleo de la violencia parapolicial y paraestatal (Franco, 2012a: 57-58).

Las características de la tercera presidencia de Perón acabaron por definir la posición del grupo de *MPL*, que terminó de parir la crisis identitaria que venía atravesando desde el desplazamiento de Cámpora. Si el interinato de Lastiri marcó el ritmo de una curva térmica siempre en alza entre el grupo político, el movimiento peronista y Perón, este último momento estará signado por el nacimiento de una identidad peronista transformada que dejó atrás los posicionamientos pendulares sobre el liderazgo del viejo caudillo y avanzó hacia un enfrentamiento abierto con su gobierno.

***MPL* y el “peronismo verdadero” versus “el peronismo de Perón”**

El camino hacia el enfrentamiento no se dio instantáneamente; los primeros números de *MPL* tras la asunción de Perón mantuvieron posiciones imprecisas respecto de su liderazgo y se concentraron en denunciar la existencia de un “peronismo de arriba” o “burocrático” que había logrado enquistarse en el Estado. De esta manera, el n° 19 de *MPL* –publicado el 18 de octubre– editorializaba que solo existía un camino y afirmaba:

El Tte. General Perón ha asumido la Presidencia de la Nación. Termina así una larga etapa de la resistencia peronista. Hoy el movimiento peronista es gobierno y Perón, el conductor de la República. La etapa que se abre es sustancialmente distinta, pero iguales siguen siendo los enemigos de la clase trabajadora y el pueblo peronista, los representantes de los monopolios y del imperialismo, la oligarquía apátrida, la burocracia traidora [...]

Es esta la hora de alegría pero también, de confusión y desconcierto [...] Si los hechos no se corresponden con las exigencias y anhelos populares, si Perón tiene a su lado a un conjunto de dirigentes que no son los que los peronistas aprendimos a conocer en las jornadas de lucha, de represión y cárcel, si la auténtica militancia es castigada por las bandas del “terror blanco”, si los sindicatos siguen en manos de los traidores a su clase, inmovilismo no es el camino (*MPL* n° 19, 18/10/1973, p. 3; el subrayado es nuestro).

Las referencias a Perón se acompañaron de condicionales que reflejaron la tensión entre el apoyo a su presidencia y las advertencias sobre el carácter que *debía* tener su gobierno. Por un lado, *MPL* reivindicó su regreso al gobierno y apuntó que “los peronistas” (a esta altura, aquellos identificados con “el peronismo de abajo”) habían llegado a la Casa Rosada. Pero luego —en marcado contrapunto— advirtió la necesidad de mantenerse alertas, por si el Perón realmente existente no se correspondía con el Perón de las “exigencias y anhelos populares”.

Este tipo de contradicciones inundaba el análisis de la “Semana Política”, en la que el reconocimiento a Perón se contenía a partir del papel otorgado al pueblo y a la clase obrera, quienes “habían forjado su propia experiencia y desarrollado su conciencia”. Como hemos visto, *MPL* había afirmado que el viejo caudillo era un “líder popular”, no un revolucionario: la revista explicaba ese liderazgo a partir de una “operación ideológica” que asociaba la lealtad del pueblo a “una causa” (la liberación nacional y social) y, por transferencia, a Perón:

Este líder [...] fue creciendo en el corazón de las bases, llegando su solo nombre a ser grito de batalla y a fortalecer a los de abajo en una lealtad responsable a un hombre, que era lealtad a una causa, en la convicción de que ella era recíproca, puesto que, históricamente, Perón había hecho siempre lo que el Pueblo quería (*MPL*, n° 19, 18/10/1973, p. 4).

Si la doctrina peronista les había otorgado un rol pasivo a los trabajadores, *MPL* trastocó esa relación, afirmando que estos eran

leales con sus propios intereses de clase; intereses que habían coincidido con la figura del viejo caudillo porque este había sabido encararlos y potenciarlos. La cita vuelve sobre aquella posibilidad que, como vimos, se delineó en el período previo: Perón “dejaría de ser Perón” si no representaba la *conciencia* alcanzada por los trabajadores. Podríamos pensar que, en este tipo de pasajes, primó la apuesta política de *MPL*, que enfatizó en los supuestos “intereses objetivos” de la clase obrera y en su organización revolucionaria como las únicas respuestas posibles frente al avance del “peronismo de arriba”. En efecto, *MPL* describió esta situación como una “contradicción impensada”, agravada por el hecho de que aparecían “como los ganadores, encaramados en los puestos más importantes del Estado” (*MPL*, n° 19, 18/10/1973, p. 5). Las diferencias se exponían parafraseando a Perón:

El peronismo no es uno, en su seno existen dos proyectos que chocan constantemente [...] no son diferencias de métodos, de que unos son apresurados y violentos y otros, pacíficos y maduros. Son diferencias ideológicas y políticas de fondo. La burocracia sindical y política quiere perpetuar un sistema explotador disfrazándolo de “armonía social”. Las bases y la Tendencia Revolucionaria Peronista, que busca ser su expresión más cabal, luchan contra el imperialismo explotador y sus aliados nativos y contra el sistema capitalista (*MPL*, n° 19, 18/10/1973, p. 7).

La existencia de dos proyectos antagónicos, uno revolucionario, obrero y popular y otro contrarrevolucionario, burgués y explotador, ponía en juego las lentes de un marxismo nacional y tercermundista que terminaba con el “disfraz” de la “armonía social”, otro de los estandartes del peronismo clásico actualizado en el pacto social impulsado por Perón, ahora desde el gobierno. En efecto, el viejo caudillo venía realizando definiciones que se traducían en políticas concretas y que, bajo la égida de su presidencia, asumían una importancia capital. Entre ellas: reforzar la autoridad del Consejo Superior del Movimiento Justicialista (CSMJ), reorganizándolo en cuatro ramas con dirigentes que nada tenían que ver con los secto-

res revolucionarios.⁷⁵ Esa reestructuración había dejado en claro la continuación del proceso de “descamporización” que había significado el desplazamiento del expresidente⁷⁶ y un ataque directo a los actores de la TRP, que no solo brillaban por su ausencia en las designaciones, sino que, además, debían lidiar con que el Consejo los reconociera (o no) como peronistas: la “institucionalización” se había realizado por derecha. Más allá de que *MPL* había afirmado con actitud desafiante que “el *carnet de peronista* no lo da ni lo quita la burocracia, sino el reconocimiento de la base y la tarea consecuente de luchar con ella en la larga marcha hacia sus objetivos históricos” (*MPL*, n° 18, 11/10/1973, p. 4).

Lo cierto es que el CSMJ avanzaba con la depuración y, en la última semana de octubre, expulsaba del peronismo a la dirección montonera, a personalidades políticas como Cámpora o el gobernador cordobés Obregón Cano y a las revistas *MPL*, *YA* y *ED*. Al respecto, el grupo se posicionaba en el n° 21, en el que planteaban una disputa abierta por los significados de “ser peronistas” con el propio Perón. En esta dirección, el número titulaba “Obregón Cano: el verdadero peronismo”, y la nota editorial se acompañaba de la siguiente cita a Eva Perón: “No importa que ladren. Cada vez que ellos ladran nosotros triunfamos. ¡Lo malo sería que nos aplaudieran!” (*MPL*, n° 21, 1/11/1973, p. 3). A la vez, la dirección asumía las acusaciones del CSMJ y afirmaba:

La cúpula de la burocracia político-sindical ha intensificado en estos días su acción depuradora [...] al menos que creamos que la burocracia neoperonista ha enloquecido en conjunto –beneficio que no le concedemos– debemos aceptar que esto forma parte de un plan político racionalmente estructurado [...] *Mili-*

⁷⁵ El CSMJ había quedado conformado por cuatro ramas, compuestas por los siguientes dirigentes: en el sector político, Humberto Martiarena, Julián Licastro, Ferdinando Pedrini y José Camus; sector gremial: José Rucci, Lorenzo Miguel, Casildo Herrera y Adolfo Medina; sector femenino: Silvana Roth, Hilda Castiñeira, Dolores Ayerba de Moreno y Patricia Romero Gómez; sector juvenil: Julio Yessi, Ana María Sola, José Luis Pirraglia y Humberto Romero.

⁷⁶ Siguiendo a Besoky, observamos que esta expresión, que bien caracteriza las consecuencias del desplazamiento de Cámpora, fue realizada por Grondona en una nota publicada en el diario *La Opinión*, en 1973 (2016: 216).

tancia, *YA* y *El Descamisado* son tres publicaciones que reflejan en sus páginas el pensamiento de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo en todos sus matices [...] Es decir que los truhanes burocráticos, obsesionados con la “sucesión” del general Perón, atacan por anticipado a los que ven como herederos con mejor derecho: en primer lugar, a la organización político-militar Montoneros, en segundo lugar al viejo peronismo político leal y honesto y a los órganos que resumen las posiciones revolucionarias, del peronismo de base, del verdadero peronismo (*MPL*, n° 21, 25/10/1973, pp. 3-4).

La revista ponía sobre la mesa su definición revolucionaria del peronismo como la verdadera expresión de esa identidad. En este punto, las demás definiciones –aunque provinieran del gobierno, del CSMJ o del propio Perón– se desestimaban como falsas. Aquí es interesante traer a colación las reflexiones de Altamirano (2001) y la contraposición que realiza entre “el peronismo verdadero” y “el empírico”. El autor define al primero como una expectativa real que, cuando se atribuía a los trabajadores, no podía extenderse a los dirigentes políticos o sindicales, quienes eran parte del “peronismo empírico” por detentar poder. Lo interesante es que Perón no fue siempre una expresión del peronismo verdadero y, cuando sucedió esta separación, el evocador fue otro: el pueblo, la clase obrera, Evita (Altamirano, 2001: 130-131).

El análisis arroja luz sobre la operación que realiza la revista para expresar las transformaciones en su identidad política. *MPL* tensionaba sus límites identitarios sin renunciar a “ser peronistas”. Como señala Altamirano, para pertenecer al peronismo verdadero no era necesario formar parte de las estructuras formales del movimiento; por el contrario, a veces era necesario abandonarlas, “sin renunciar al peronismo que es el espacio donde se puede mantener la identidad y librar la lucha por el peronismo verdadero” (2001: 134). Ya desde el período previo, *MPL* venía encarando esta disputa que ponía en Cooke, en Eva Perón o en la militancia revolucionaria la vara con la que medir la pertenencia o no a una identidad que

excedía las estructuras del espacio político concreto. En este punto, el editorial continuaba afirmando:

Queremos referirnos brevemente a la acusación de “no ser peronistas” a los integrantes de MILITANCIA y a la “exclusión” del movimiento pretendida por ese Consejo. Los hombres y mujeres peronistas que tienen a su cargo esta modesta herramienta crítica –con sus aciertos y con sus errores– tienen largos años de militancia [...] las persecuciones, cárceles y atentados que ostenta el equipo redactor de la revista no les da ningún derecho con respecto al pueblo y a la clase obrera peronista [...] pero sí es válidamente oponible a la burocracia traidora, ante quienes crea una diferencia sustancial por cuanto esta negoció el sacrificio militante, delató compañeros y participó de buen grado de los beneficios de un sistema explotador [...] el peronismo no se mide por méritos pasados ni por antigüedad. Este Consejo Superior no cuestiona seriamente el peronismo de nadie, en tanto el único cuestionable es el de ellos (*MPL*, n° 21, 1/11/1973, pp. 3-4; las mayúsculas son del original).

Para el grupo, “peronismo era revolución” y, desde allí, la pertenencia (o no) a esa identidad política quedaba demostrada en la lucha librada durante los años de resistencia. La revista volvía a utilizar mecanismos de legitimidad que repasaban la experiencia política de sus miembros en el interior del peronismo. Los mismos que, anteriormente, habían sido utilizados para argumentar posiciones dentro de la TRP.⁷⁷

La disputa por los sentidos del peronismo se retomó en la sección “Reflexiones para el análisis”, en la que el grupo se preguntaba: “¿Qué es ser peronista?”. Irónicos, afirmaban que “a un extranjero que de pronto arribara a nuestras tierras” le resultaría difícil entender la realidad del peronismo en el que “por igual se definen los que masacraron al pueblo el 20 de junio y sus víctimas”. A su vez, sostenían no necesitar un “peronómetro” para determinar “quiénes

⁷⁷ Recordemos que *MPL* había tildado de “recién llegados al movimiento” a importantes sectores de la izquierda peronista, buscando el contrapunto con sus posiciones a través de la propia experiencia.

son realmente peronistas y quiénes se autotitulan como tales”: el significado de esta identidad política estaba puesto en “la identificación con la historia concreta de nuestras masas, entendiendo al peronismo como la expresión política del pueblo y la clase obrera [...] reconociendo [su] papel hegemónico en el camino hacia la patria socialista” (*MPL*, n° 21, 1/11/1973, p. 9). Afirmando la pertenencia al peronismo a partir de la identificación con las bases, vaticinaban: “Si por apatía o inadvertencia ante los factores retrógrados que obran en su seno el movimiento está por debajo de su papel [revolucionario], otras direcciones aparecerán para reemplazar su visión renunciada”. Finalmente, volviendo sobre Cooke, remataban: “O el movimiento está a la altura de la historia o la historia no lo esperará” (*idem*).

Este tipo de definiciones se enfrentaban con la palabra de Perón, quien siguió actualizando posiciones desde el auditorio de la CGT. El 8 de noviembre pronunció un discurso endurecido en el que afirmó la necesidad de que las organizaciones sindicales tuvieran su propia doctrina, acorde a las funciones específicas que debían cumplir:

La doctrina es el basamento fundamental que configura una ideología. La ideología puede ser cambiante [...] pero cuando ha de cambiarse será por la decisión de conjunto, jamás por la influencia de cuatro o cinco trasnochados que quieren imponer sus propias orientaciones a una organización que ya tiene la suya (Perón, 8/11/1973).

Más adelante, reforzó estas posiciones homologando el discurso de la “infiltración marxista” con metáforas médicas que llamaban a “desinfectar a tiempo para evitar que la enfermedad avanzara sobre el cuerpo del movimiento”. De esta forma, continuaba preguntando: “¿Qué sucede ahora en nuestro movimiento?”, y respondía:

Cuando aparece uno de esos individuos calificado como traidor vienen a mí para decirme que hay que echarlo. Pero ello no es lo que corresponde [porque] sucede como [...] en nuestro cuerpo [...] ¿Cómo se generan las autodefensas? Es muy simple: el germen patológico que invade el organismo genera sus propios an-

ticuerpos. En el organismo institucional sucede lo mismo [...] el cuerpo orgánico institucional genera también sus anticuerpos (Franco, 2012a: 54).

El discurso cobra relevancia si lo relacionamos con la Triple A, organización paraestatal que había comenzado a accionar en este mes y que puede interpretarse como uno de esos “anticuerpos institucionales”.

MPL respondió con los “tapones de punta”: el n° 23, publicado el 15 de noviembre, simulaba en la tapa un comunicado de las Fuerzas Armadas, parodiando la persecución de un militante: “El Negro Pueblo, alias el infiltrado”. Este tenía una serie de “señas particulares” como “pretender comer todos los días”, creer que “al pueblo solo lo salvará el pueblo”, no reconocer aliados en “patrones, burócratas y milicos”, pensar que “Evita es irremplazable”, entre otras. Acto seguido, apuntaban: “Se le presume autor de los siguientes delitos: 1) del 17 de Octubre; 2) de la Resistencia Peronista; 3) del Cordobazo; 4) de la guerra popular; 5) del retorno del general Perón; 6) del lema ‘la patria socialista’” (*MPL*, n° 23, 15/11/1973, tapa). A través de esta portada, *MPL* denunció la ausencia “del peronismo de abajo” en el gobierno de Perón y aceitó la acusación sobre el accionar represivo de su gestión. En la misma línea, el editorial interpelaba directamente al viejo líder. Titulando “Hablemos claro”, afirmaba:

No cabe ninguna duda de que el general Perón ha traído al país, desde su largo exilio, un preconcebido plan político. Un esquema de gobierno que por sus particularidades conciliacionistas, de “buena letra con el enemigo”, de “desensillar hasta que aclare”, etc., se aviene exactamente para ser ejecutado por la burocracia traidora [...] El pueblo no conoce con precisión qué es lo que se propone Perón a mediano alcance con esta estrategia política, puesto que no lo ha explicitado. Pero siguiendo sus enseñanzas, sabe que “la única verdad es la realidad” y no puede ser más sombría [...] El convencimiento les surge del hecho innegable de que los ejecutores de la política del gobierno no son otros que los cómplices de la dictadura militar [...] Todo

está igual que antes: Gelbard, Lorenzo Miguel, Osinde, Calabró, Carcagno, etc. Traficantes permanentes de la sangre y esfuerzo de los trabajadores argentinos (*MPL*, n° 23, 15/11/1973, p. 3).

La revista rompía el cerco y no precisamente aquel que se suponía rodeando a Perón, sino la teoría que afirmaba una conspiración en torno a un líder débil, enfermo y rodeado de sujetos que lo hacían actuar contra su voluntad. Si en el período previo el grupo había coqueteado con esos argumentos, ahora quedaban atrás definitivamente. De hecho, en el editorial citado, *MPL* se acercó a la caracterización que de Perón realizó la izquierda marxista. Para el PRT, Perón era el último recurso de la burguesía para defender el sistema capitalista ante la avanzada de las organizaciones revolucionarias (Stavale, S., 2017: 83). Con una línea similar, *PyP* afirmó que la masacre de Ezeiza y la caída de Cámpora habían desnudado la voluntad de Perón: desmovilizar al pueblo y neutralizar la dirección revolucionaria para poner en marcha su proyecto de capitalismo autónomo (*PyP*, n° 2-3, 7/12/1973). En *MPL*, el “plan racional” antes vinculado a la burocracia sindical y política ahora aparecía ideado por Perón quien, además, lo había diagramado durante el exilio. El grupo volvía a parafrasearlo para denunciar su política de conciliación con los sectores de la dictadura y afirmaba que el cuestionamiento a la burocracia y “el aval que a la misma le otorga Perón” no podía obviarse con acusaciones de “infiltración o sinarquía” (*MPL*, n° 23, 15/11/1973, p. 3). Lo que se tornaba explícito era la transformación de la propia identidad peronista, que se enfrentaba a sus expresiones históricas.

La revista expresó un giro clasista en cada definición, desestimando las decisiones políticas de Perón: “No se trata de apresuramientos o impacencias”, afirmaban, “lo que se cuestiona es el camino elegido. El de la búsqueda de un *capitalismo bueno*. No es una cuestión de tiempos”. A la vez, las definiciones de *MPL* no solo hacían pie sobre personalidades claves de la tradición combativa peronista (como Cooke o Evita), sino también sobre políticos actuales y contemporáneos al viejo líder, como los gobernadores de Córdoba. Al respecto, apuntaba:

Si queremos viajar a Córdoba no podemos marchar para Mar del Plata. Si vamos hacia Córdoba podemos ir rápido o lentamente, que si sabemos marchar llegaremos indefectiblemente. Si tomamos otro camino –el que va a Mar del Plata–, aunque marchemos lenta o armoniosamente, jamás llegaremos a Córdoba (*MPL*, n° 23, 15/11/1973, p. 4).

La elección de esta provincia como “el lugar al que se quiere llegar” no es casual: tanto Obregón Cano como Atilio López eran actores políticos vinculados con los sectores revolucionarios. Como vimos ya en un número anterior, *MPL* había titulado que el gobernador cordobés era un ejemplo del peronismo verdadero. Volviendo sobre las reflexiones de Altamirano, esto podría suponer una contradicción: un representante del “peronismo empírico” estaba siendo bendecido por el peronismo verdadero. Sin embargo, en este caso, la afirmación adquiere otro tenor por el enfrentamiento que el gobierno provincial mantenía con el nacional y la amenaza cada vez más certera de una posible intervención por parte del Ejecutivo. A su vez, la clase obrera cordobesa estaba considerada a la vanguardia del movimiento obrero por sus direcciones clasistas y combativas, y la provincia había sido el epicentro de las principales luchas políticas y sociales de los últimos años. Con esta misma línea, el editorial retomaba uno de los ejes del discurso de Perón y retrucaba que “la doctrina peronista es una sola [...] y emana de las propias acciones del pueblo trabajador. Peronismo es revolución, porque el pueblo trabajador así lo entendió. Todo lo demás nada tiene que ver con el verdadero peronismo” (*MPL*, n° 23, 15/11/1973, p. 4).

Pero el grupo estaba lejos de tener la última palabra. Perón siguió aportando sus definiciones políticas y en diciembre de 1973 anunció el “Plan Trienal para la reconstrucción y la liberación nacional”, que proponía objetivos para el período 1974-1977. El gobierno peronista buscaba confirmar la cooperación de la central obrera y la empresaria en un contexto en el que la conflictividad de clase se había profundizado a través del recurso a la acción directa y a la formación de liderazgos alternativos al sindicalismo oficial (Torre, 2004). En este punto, el espaldarazo de Perón a las direc-

ciones gremiales tradicionales tenía por fin desactivar el conflicto social y reforzar la autoridad de la confederación. Con este objetivo, afirmaba:

La CGT es una garantía para todos los trabajadores, conozco a los dirigentes no de ahora, sino desde hace treinta años. ¡Si sabré yo quiénes son los dirigentes! Tengo la confianza más absoluta en la honradez, honestidad y capacidad de esos hombres. La CGT puede estar segura y tranquila con los dirigentes que tiene, aunque algunos tontos digan que son burócratas (Perón, 14/12/1973).

Desde la “Semana Política” del n° 28, *MPL* señalaba que ese discurso constituía una de las definiciones políticas de la semana y lo contraponía al conflicto de las bases que, “opinando en los hechos”, se expresaban “sobre pactos y burócratas”. A la vez, retrucaba sus pronunciamientos sobre la dirigencia sindical y enfatizaba:

Son burócratas porque se acostumbraron a vivir atrás de un escritorio y no tienen la más mínima intención de dejarlo para ponerse en frente de la lucha concreta. Además, son traidores a sus bases, a su clase. Porque asumen todos los valores de los explotadores y con esos viven y se manejan. Y traidores porque negocian y trafican por dinero y prebendas las luchas obreras desde hace años; porque siempre es más fácil encontrarlos del lado de la patronal, frenando las bases; porque en épocas de lucha contra la dictadura, el pueblo se cansó de verlos coquetear con cuanto milico aparecía (*MPL*, n° 28, 20/12/1973, p. 5).

El grupo asumía *la* palabra de Perón y confrontaba con ella a través de diferentes recursos editoriales. Entre ellos, el personaje del “Negro Pueblo”, que números atrás había aparecido en la tapa “perseguido” por las Fuerzas Armadas y ahora le escribía una carta a Perón:⁷⁸

⁷⁸ Es interesante observar que esta carta se publicó en la sección “Reflexiones para el Análisis”, con similares características de la “Sección Polémica”.

Usted sabrá disculpar que le escriba así nomás, sin pedirle permiso a Martiarena ni a López Rega [...] tengo viejas costumbres que no puedo olvidar, como aquella de dialogar con usted [...] Le llenábamos la plaza y cuando nos mandaba “de casa al trabajo” pero lo sentíamos medio apretado, nada de movernos. Usted ordenaba que nos fuéramos y nos quedábamos [...] Por eso, porque me acostumbré a conversar así, derechito, sin nadie en el medio, lo seguí haciendo durante esos 18 años. La carta y la cinta ayudaban, pero no era demasiado importante. Nosotros seguíamos conversando a la distancia, sin necesidad de escucharlo (*MPL*, n° 28, 20/12/1973, p. 8).

El párrafo es relevante porque pone en juego varias cuestiones. En primer lugar, la afirmación de trabajadores conscientes de sus propios intereses ofrece un elemento novedoso: en general, la izquierda peronista realizó el pasaje del “pueblo como sujeto pasivo” a “pueblo como sujeto activo” a partir de la Resistencia Peronista. Aquí, *MPL* presentaba a un trabajador que desafiaba las órdenes de Perón incluso durante sus primeros gobiernos: la tradicional frase peronista “de casa al trabajo y del trabajo a casa” se presenta desautorizada por la conciencia obrera: “Usted decía que nos fuéramos y nosotros nos quedábamos”. En segundo lugar, porque en la cita figura un diálogo imposible, dado que uno de sus interlocutores (Perón) no habla: “no hay necesidad de escucharlo”. Volviendo a Sigal y Verón, recordamos que, durante el exilio del viejo caudillo, los intermediarios entre líder-pueblo –sean revolucionarios, sean ortodoxos– podían rechazar la palabra de Perón, sin expresar desacuerdo con él (Sigal y Verón, 2003). Aquí, *MPL* ponía en juego esta estrategia, pero le daba una vuelta de tuerca al rememorar un pasado en el que incluso la voz de Perón quedaba desautorizada frente a la decisión del pueblo. De esta manera, el “diálogo” que se añora siempre ubica a Perón en un lugar de subordinación: o como palabra desautorizada (por la conciencia del pueblo) o como una palabra irrelevante, porque no importa escucharla.

Más adelante, “El Negro Pueblo” analizaba las definiciones que Perón había realizado en su discurso frente a la CGT y sobre su espaldarazo a los dirigentes gremiales:

General, lo escuché a Ud. los otros días desde la CGT y de eso quiero hablarle. Usted dijo allí muy clarito que los dirigentes sindicales tenían treinta años de lealtad probada y que solo los tontos los llamábamos burócratas. ¿Sabe, General, que no consigo hacer memoria? Ya le dije, la pucha, que ya no soy el mismo de antes [...] Ahora no hay caso, Usted me dice de los 30 años de lealtad de los dirigentes sindicales y yo no consigo recordarlo [...] tratemos de memorizar esa lealtad de la que Usted nos habla, como la de Vallese, como la de Tito Bevilacqua... claro que no eran dirigentes sindicales, pero esa sí que era lealtad, ¿no, compañero Conductor? (*MPL*, n° 28, 20/12/1973, p. 9).

El grupo político dislocaba a Perón de los trabajadores, “separando al peronismo de su jefe” (Sigal, 2002: 185). En efecto, la nota ponía en juego dos memorias sobre un mismo pasado: la de abajo, representada en la voz del “Negro Pueblo”, y la de arriba. La novedad es que la primera —antes vinculada al pueblo y a Perón— ahora solo le pertenecía al pueblo y el viejo líder quedaba asociado a la memoria de “los enemigos”. Es debido a esta bifurcación que el personaje no puede recordar lo que rememora Perón y le pregunta por compañeros caídos durante el período de resistencia que, además, se presentan como verdaderos leales. Con ironía, la sección volvía sobre el fragmento en el que Perón refería a la honestidad de los dirigentes gremiales y afirmaba:

¡Pucha que me estoy volviendo viejo! Ya no lo entiendo ni volviendo a leer sus discursos [...] Años cantando aquello de “combatiendo al capital” que ahora no entiendo lo del capital bueno, los patrones buenos, el pacto social y tantas cosas [...] Por eso me quedo en casa, no sea cosa que le pida aumento al patrón y Otero me acuse de subversivo o infiltrado. ¿Sabe que a una cuadra de casa vive la mamá del Negro Delleroni? ¿Tampoco lo conoció al negro, General? Qué lástima. Era muy peronista [...] todos muy peronistas (*MPL*, n° 28, 20/12/1973, p. 9).

La experiencia de la clase obrera se asociaba a las improntas del grupo y alcanzaba a símbolos de la tradición peronista como la marcha, que se asociaba a la lucha (y no a la armonía) de clases. En segundo lugar, la apelación a la vejez conllevaba una ambigüedad que, en verdad, estaba dirigida al propio líder: el “desmemoriado”, el que no entendía o el “tonto” no era “El Negro Pueblo”, sino Perón. Finalmente, retomando los términos que venimos utilizando, la pregunta en torno a Delleroni sugería que Perón no conocía a los *verdaderos* peronistas.

Artillería pesada: Perón... ¿a la “Cárcel del Pueblo”?

Aquello de que el peronismo podía excluir al propio Perón iba quedando claro a partir del enfrentamiento que *MPL* protagonizó con su gobierno y que fue tornándose explícito en secciones que se ocupaban de denunciar a los sectores contrarrevolucionarios. Lo particular de este momento es que, ahora, muchos de ellos eran funcionarios designados por Perón y pilares claves de su proyecto político. En este sentido, es posible afirmar que esas decisiones editoriales eran un cuestionamiento a Perón y no solo al accionar de los ministros designados, que, por lo demás, el grupo ya venía criticando. Un ejemplo paradigmático fue la sección “Cárcel del Pueblo”, que cobró especial relevancia dado que a partir del n° 25, publicado a fines de noviembre, devino en un desfiladero de ministros. Número tras número, el grupo político fue apresando a funcionarios que cumplían un rol determinante y cercando al propio presidente, quien, como veremos, quedará detenido implícitamente en el n° 35. Antes, pasaron por la “Cárcel del Pueblo” el ministro de Economía, Gelbard, el de Bienestar Social, López Rega, el de Interior, Llambí, y el de Trabajo, Otero.

La “detención” de Gelbard venía en línea con la crítica al programa económico que *MPL* cuestionaba desde el n° 1. De esta forma, no habría sorprendido que “encerraran” al ministro en los períodos anteriores. Sin embargo, hacerlo durante la presidencia de Perón fue una decisión política. La pieza clave del programa

económico –que el discurso oficial alineaba con el objetivo de la “liberación nacional”– volvía a ser asimilada con la política económica liberal que Krieger Vasena había impulsado durante los primeros años de la dictadura militar. En efecto, el cuestionamiento al pacto social aparecía también en la “Sección Polémica”, en la que “Francisco” le escribía a “El Negro” aludiendo al vínculo entre Gelbard y Krieger (*MPL*, n° 25, 29/11/1973, p. 10). Esta relación entre el ministro de Perón y el de la “Revolución Argentina” se retomaba en la “Cárcel del Pueblo” y se presentaba como uno de los motivos más importantes de su detención. Allí *MPL* afirmaba:

Maestro en el doble juego de la clandestinidad y la figuración en el marco de la superestructura de la cúpula militar [...] combatiendo de contratos que hoy le aseguran el doble papel de representar al Estado y a su contraparte, activo militante de la clase empresarial, Don Gelbard no encontró mejor forma de dirigirse al Pueblo que treparse lo más alto posible al pasado de lucha de un Pueblo que no necesita tanto aparato para explicarse una política económica que, palabras más, palabras menos, conoce a fondo desde la época de Krieger Vasena. La vanguardia del enemigo se convierte en [nuestra] vanguardia [...] nunca el sacrificio de tantos sirvió para que tan pocos se beneficiaran tanto [...] Mientras la historia recupera su auténtico sentido, Gelbard queda en esta cárcel del pueblo (*MPL*, n° 25, 29/11/1973, p. 39).

En este pasaje, el discurso de *MPL* ponía en juego ideas clásicas de la tradición marxista como el concepto de vanguardia y la convicción de una historia con mayúsculas, cuya marcha había comenzado y tenía un “auténtico sentido”: la revolución socialista (o la liberación nacional y social).

Con un tono más confrontativo, el número posterior avanzó sobre uno de los ministros más polémicos del gobierno: José López Rega, referencia de la derecha peronista que, además, estaba vinculado con la formación de organizaciones paraestatales financiadas por el Ministerio de Bienestar Social. En línea con las críticas que el grupo venía impartiendo, *MPL* enumeraba las causas por las que “el brujo” quedaba “detenido” en “la Cárcel del Pueblo”:

Si en un principio resultó cómico que Lopecito hiciera surgir el socialismo nacional del nacional socialismo, cuando las bandas del Ministerio de Malestar Social comenzaron a efectuar su política de militancia se advirtió que la cosa era en serio y que no se trataba simplemente de un problema de horóscopos. El brujo –calificativo que le agrada, según propia declaración– ha dicho ahora que todo aquel que no entre en el esquema de “unidad a palos” deberá ser “apretado”. El vocabulario policial pertenece a las muy recordadas experiencias en la institución de don José. Pero resultan graves, muy graves, cuando provienen de un Ministro con el poder que el brujo tiene, lo cual es indiscutible. ¿Qué tiene que ver López Rega con el peronismo de Perón? Nada, por supuesto. Por eso queda en la Cárcel del Pueblo, de un pueblo que no quiere ser apretado nunca más (*MPL*, n° 26, 6/12/1973, p. 47).

En relación con esto último, resulta interesante destacar la ironía de la pregunta con la que el grupo terminaba de “condenar” a López Rega; retomando los debates sobre el *verdadero peronismo* que la revista venía librando, la pregunta sobre “el peronismo de Perón” resulta deliberadamente ambigua pues ya habían dejado en claro que ese peronismo (el de Perón) no estaba siendo “el verdadero”. La respuesta de que Perón y López Rega nada tenían que ver podría haber sido sincera si el encarcelamiento del “brujo” no se hubiese realizado en el marco de la secuencia de “detenidos” que estamos analizando. Pero si tenemos en cuenta que, números después, el propio Perón terminó “encarcelado”, resulta razonable pensar que la disociación entre López Rega y Perón fue sarcástica: podría suponerse que “el brujo” no fue a parar a la *cárcel del pueblo* solo como líder de la derecha peronista, sino, también, como un funcionario de Perón.

En el n° 27, quedaba preso el ministro del Interior, Benito Llabí. La sección aporta una característica interesante, pues en ella se afirmaba que habían recibido una carta que esgrimía una defensa ante su posible detención: “Supongo con fundamento que en la *Cárcel del Pueblo* de esta semana colocarán a Benito Llabí,

por lo tanto les mando el hipotético escrito de defensa”. Así, en vez de publicar los motivos de la detención, la carta de este número publicaba un supuesto alegato, en el que el acusado se defendía de las acusaciones del pueblo:

Señores del Tribunal del Pueblo: vengo a presentar en tiempo y forma la defensa del ministro del Interior Benito Llambí a fin de que se le permita salir de la cárcel del pueblo donde ha sido colocado [...] No es cierto que pertenezca a una familia de la oligarquía. Él simplemente aprovechó la coincidencia de apellido para aumentar el círculo de sus amistades con criterio de hombre de empresa [...] Se dice que no ha pronunciado una sola palabra cada vez que es asesinado un militante popular. El ministro Llambí [...] al no haber participado ni por error en las luchas de la resistencia, no conoce a los militantes populares [...] Se dice que Benito Llambí está proporcionando la modificación de la legislación represiva tal cual estaba en la época de Lanusse. Señores del Tribunal, ¿cómo puede decirse que Benito pueda propiciar algo? Es indudable que la propiedad intelectual de cualquier iniciativa no puede pertenecerle. Por todo lo expuesto, solicitamos que se le permita salir de la cárcel del pueblo de inmediato a fin de que no pierda un solo día de fin de semana en Punta del Este. Es justicia (burguesa) (*MPL*, n° 27, 13/12/1973, p. 48).

Apelando al humor sarcástico, el grupo denunciaba las vinculaciones entre Llambí y el proyecto represivo que el gobierno venía impulsando. En efecto, en la “Semana Política”, adelantaba los motivos que llevarían “preso” al ministro, apuntando que la represión “uniformada o clandestina” condensaba su accionar, a la par que Llambí —“a la orden del Ejecutivo”— elaboraba las modificaciones que “aumentan el castigo para quienes osen ejercer la violencia desde abajo” (*MPL*, n° 27, 13/12/1973, p. 5).

Con la misma ironía, en el número siguiente encerraron a otro ministro clave: Ricardo Otero. La detención era coetánea al discurso de Perón en la CGT, en el que, como vimos, el viejo líder había avalado al proyecto económico y a las dirigencias sindicales.

En efecto, *MPL* denunciaba su preocupación por “el respaldo que da el General a la cúpula cegetista, que el pueblo identifica como burócrata y traidora” (*MPL*, n° 28, 20/12/1973, p. 5). En este punto, la “Cárcel del Pueblo” apuntaba:

Da la impresión que se va a quedar eternamente en la cárcel del pueblo, sin salida posible. Se ha convertido en el más inverosímil vocero de la Patria Metalúrgica, coleccionador de disparates contrarrevolucionarios tan sensacionales como llamar “renegado” al Che [...] Pero no es por eso que lo colocamos en la cárcel del pueblo, porque al fin y al cabo, los patriotas metalúrgicos de la burocracia poco tienen que ver con la liberación nacional y social [...] Lo que los más audaces críticos de la burocracia sindical no hubieran imaginado es lo que proclamó don Ricardo Otero con toda su seriedad: que *la nueva forma de penetración* estaba encarnada por los trabajadores que pedían 50.000 pesos viejos de aumentos. Sensacional. Que la reivindicación salarial –obligación mínima de cualquier dirigente de segunda línea– se convierta en una “provocación” [...] Esta es la demostración más evidente de que si esa es una forma de penetración todos los trabajadores son infiltrados (*MPL*, n° 28, 20/12/1973, p. 48).

Esto último es interesante porque *MPL* ponía en juego una operación discursiva que hacía recaer sobre los trabajadores la acusación de “infiltrados”, que venía siendo aplicada a la militancia revolucionaria por el “peronismo de Perón”.

El grupo cerraba las filas del peronismo verdadero en torno a una identidad revolucionaria que, a su vez, era la identidad peronista de la clase obrera y del pueblo, y excluían de ese nosotros a los funcionarios de Perón. En efecto y como adelantamos, el encarcelamiento de los ministros más importantes del gobierno termina cuando, números adelante, el propio Perón queda “encerrado” implícitamente en la “Cárcel del Pueblo”. Esto sucede porque la sección del n° 33 se presenta de una manera peculiar: no muestra detenidos, sino un aviso de redacción:

La dirección de *Militancia*, luego de debatir con el cuerpo de colaboradores, llegó a la conclusión de que no caben en la Cárcel

del Pueblo todos aquellos que se han hecho merecedores de la misma esta semana. Por lo tanto, invitamos a cada lector a que la llene con aquellas personas, instituciones y/u organizaciones políticas que a su juicio merezcan más que el resto esta sanción popular (*MPL*, n° 33, 31/1/1974, p. 49).

Lo interesante es que, dos números después, la “Correspondencia de lectores” publica una carta de dos militantes del PB que deciden colocar a Perón en la “Cárcel del Pueblo”, aunque no la nombren explícitamente:

Hace algunos días y con motivo de que la dirección de *Militancia* dejara libre la denominada “Cárcel del Pueblo”, una compañera y yo decidimos con rabia e impotencia que del peronismo lindo y montonero, el Peronismo de Evita y de Cooke, el de la resistencia brava, el de los muertos en lucha y el de los obreros [...] no quedaban sino algunas organizaciones de base con el corazón desangrándose de frustración. Aunque el Perón que esperábamos, el revolucionario, no parece haber llegado al país, nos siguen perteneciendo las luchas peronistas como prácticas concretas y nuestra identidad de pueblo [...] Por todo esto, encarcelamos a la traición al pueblo y por favor, no me hagan decir el nombre (*MPL*, n° 35, 21/2/1974, p. 50; el subrayado es nuestro).

La carta pudo ser verdadera (y en este caso, la revista quedó ligada por extensión, en virtud de la decisión de publicarla) o un recurso retórico. En cualquier caso, podemos analizar su contenido retomando a Sigal y Verón: los autores apuntan que durante el exilio del líder todos podían ser su voz y definir al peronismo. Sin embargo, cuando Perón regresa es más difícil interpretar sus palabras de manera laxa: Perón está presente y su palabra le pertenece, es él quien define los límites de la identidad, quiénes forman parte y quiénes no: “El peronismo es lo que las veinte verdades dicen” dirá, y con ello, ponía fin a la polisemia (2003). En esta encrucijada, algunos siguieron afirmando que “Perón no es Perón” –es decir, que está cercado o que no ha regresado– y otros, como en el caso del grupo analizado, pusieron en juego las improntas revolucionarias

de una identidad que apostaba por la posibilidad de un peronismo obrero, el peronismo verdadero que representaba el proyecto político de la clase obrera y que avanzaba en sus definiciones, capaz de superar la identificación con un Perón que (supuestamente) había dejado de representarlos.

“Al igual se lo conoce por los iguales”: la disputa con Perón y la derecha peronista

Durante el período analizado, el gobierno utilizó dos tipos de instrumentos que se vincularon íntimamente: los legales y los ilegales. Estos últimos hicieron de la represión clandestina una vía de escape que complementó a la legislación represiva y se esbozó como respuesta a la superposición de conflictos cada vez más evidentes (Franco, 2012b: 90). *MPL* se posicionó sobre ellos y el enfrentamiento entre el grupo político y el gobierno de Perón tomó estado público desde las páginas de la revista. En términos generales, denunciaron una maniobra amplia que vinculó el desarrollo de la represión con el programa económico. Así, las llamadas “leyes gremiales” —como la de Prescindibilidad Laboral y la modificación a la Ley de Asociaciones Profesionales— se analizaron como dispositivos para disciplinar a la clase obrera, en una coyuntura signada por la protesta social. De hecho, *MPL* denunciaba que estos dispositivos legales encuadraban “coherentemente con la política del pacto social para asegurar la permanencia de la burocracia y consolidar su poder sobre las organizaciones sindicales combativas a las que ya amedrentan a través de sus patotas”. A su vez, profundizaron la denuncia sobre la existencia del “terror blanco” y la forma en que “el crimen y la tortura volvieron a ser armas gubernamentales” (*MPL*, n° 22, 8/11/1973, pp. 4 y 9).

La presidencia de Perón fue escenario del incremento de acciones por parte de las organizaciones de la derecha peronista, que lejos estuvo de ser un conjunto homogéneo (Besoky, 2016). Entre sus organizaciones más importantes (por su influencia, por la cantidad y por el tipo de acciones), debemos destacar a la Alianza

Anticomunista Argentina (Triple A), que comenzó a operar en noviembre de 1973 atentando contra el senador Solari Irigoyen.⁷⁹ La identificación entre el gobierno y el accionar de las organizaciones de derecha fue tornándose explícita y en el n° 26 el grupo editoria-
lizó que “para reprimir nadie tiene mandato popular”, ironizando sobre el respaldo electoral que había llevado a Perón a la presidencia (6/12/1973, p. 4). En esta misma edición, *MPL* denunciaba un nuevo atentado de la Triple A, que ahora había terminado con la vida de Antonio Delleroni –abogado defensor de presos políticos y conocido militante del PB– y su mujer, Nélica Arana. El grupo *MPL* afirmó que los hechos eran producto de una “violencia como sustento del aparato del Estado” y relacionó el incipiente accionar de la organización paraestatal vinculada a López Rega con la organización política Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA) dirigida –entre otros– por Julio Yessi, quien, además, había sido elegido por Perón como representante juvenil en el CSMJ (Merele, 2016). A medida que el accionar represivo fue en aumento, *MPL* agudizó el análisis y la identificación de los grupos vinculados a estas prácticas. Para mediados de diciembre, la revista apuntaba que “la burocracia” protagonizaba la avanzada represiva, aunque

... no se trata de una sola organización de mercenarios; ocurre que la política burocrática concita adhesiones de cuanto grupúsculo fascista y reaccionario de aspirantes a mercenarios ande por ahí. Por esto, no todos los golpes son coherentes y en una dirección única. Lo que sí es indiscutible es que guardan un sentido: ataque a las expresiones políticas de los sectores populares y en especial a la Tendencia Revolucionaria del peronismo (*MPL*, n° 28, 20/12/1973, p. 7).

79 Siguiendo a Besoky, la organización dirigida por López Rega y Alberto Villar –exjefe de la Policía Federal durante la dictadura militar– utilizaba ilegalmente a efectivos de esa fuerza, miembros de la custodia presidencial y del Ministerio de Bienestar Social, personal de Inteligencia del Estado (a cargo de Aníbal Gordon) y, también, patotas provenientes de otros sectores como la Unión Obrera Metalúrgica, la CNU –que operaba en Buenos Aires, en Chaco, Formosa y Córdoba– o miembros de las Fuerzas Armadas vestidos de civil. A su vez, sus dirigentes “se reunían en el comedor de la Casa Rosada a seleccionar los enemigos a eliminar y confeccionaban listas que eran exhibidas con fotografías a Perón” (2016: 231).

Este clima represivo encontró respaldo en las pronunciaciones del propio Perón. En efecto, también en diciembre, el presidente anunció la firma del Acta de Compromiso de Seguridad Nacional, orientada a establecer lineamientos de conjunto contra “la violencia organizada”, que se complementaría con la reforma al Código Penal a discutir en el Congreso; el acta creó mecanismos de coordinación entre la Policía y las Fuerzas de Seguridad nacionales y provinciales (Franco, 2012a: 68). Luego de presentar el documento, Perón brindó una conferencia de prensa en la que profundizó sobre la necesidad de resolver el problema a través de “la ley y la Justicia”. Sin embargo, en la misma conferencia, el ministro Llambí afirmó –con argumentos bien distintos– que “no hay fronteras para el terrorismo, el crimen alevé y la subversión; no habrá fronteras para eliminarlos y erradicarlos” (*La Opinión*, 21/12/1973). Como apunta Franco, ambas declaraciones resultan ambiguas con respecto al peso de la legalidad para hacer frente a “la violencia generalizada”: el líder había hecho hincapié en resolver el problema a partir de la ley y uno de sus ministros más importantes enfatizaba la necesidad de “erradicar a la subversión” por el camino que sea (2012a: 69).

Esta contradicción avanzó por un delgado camino que buscó concentrarse en la aprobación en el Congreso de la reforma al Código Penal. El proyecto de ley preveía un endurecimiento sustantivo de las penas (incluso más allá de lo hecho por la “Revolución Argentina”), creando políticas tendientes a garantizar la “seguridad nacional”. En el recinto legislativo, el debate había despertado diferentes posiciones y entre ellas figuraba la de los diputados vinculados a la JP que, como miembros del FREJULI, estaban presionados a aprobar una legislación impulsada por el bloque oficialista del que formaban parte.

En este contexto, la nota editorial del último número del año es especialmente relevante, dado que aporta a la línea argumentativa que sostuvimos previamente. Allí, se realizaba un balance a partir de los conceptos de “frustración”, “incumplimiento” y “madurez”. Esta última, referida a la experiencia del pueblo y de la clase obrera que “sabe que su liberación no la recibirá como regalo”. Las primeras dos, en referencia al gobierno peronista que “se nos escapa entre

las manos cómplices de la burocracia: Perón-exilio-mito da lugar a Perón-hombre-presidente, las masas ausentes y un gran silencio en la plaza” (*MPL*, n° 29, 29/12/1973, p. 3). Este último punto puede ser interpretado retomando aquella disociación que recuperamos de Altamirano entre peronismo verdadero y empírico: la primera tríada –Perón-exilio-mito– vinculada al peronismo verdadero (dado que está asociado a las expectativas que aparejaba la idea de su retorno) y la segunda –“Perón-hombre-presidente”– al peronismo empírico (tras convertirlo en un hombre real, de carne y hueso).

En el mismo número, la sección “Semana Política” explicitaba la forma en que el entramado represivo echaba mano de instrumentos legales recientemente aprobados: *MPL* volvía a criticar la aplicación de la Ley de Prescindibilidad Laboral, convertida en “un arma del macartismo que orienta la depuración ideológica del CSMJ”. A su vez, integrantes del grupo político denunciaban la persecución a Ortega Peña y a Duhalde y afirmaban:

Nuestros compañeros directores han fijado como norma que solo tangencialmente pueden mencionarse cuestiones en las que ellos tienen participación activa. De allí que MILITANCIA no recoja en sus páginas de forma específica las alternativas de su pretendida prescindibilidad en los cargos docentes de la UBA como tampoco los intentos judiciales de torcer la ley aplicable para detenerlos y las consiguientes “visitas” de personal policial a los domicilios de sus familiares (*MPL*, n° 29, 29/12/1973, p. 20; las mayúsculas son del original).

Respecto de la reforma al Código Penal, *MPL* caracterizaba como “inexplicable” que “un gobierno que fue elegido por la mayoría abrumadora del pueblo apruebe una legislación represiva que no tiene nada que envidiar a las leyes que se dictaron en las épocas del CONINTES o de la dictadura militar”. Más adelante, vinculaba el proyecto de ley con la firma del acta de Compromiso de Seguridad como elementos de un mismo plan político y remataba: “Lo que se ganó en las calles y en la lucha se pretende hoy traerlo de vuelta como si nada hubiera ocurrido en el país [...] lo más grave, que lo

hace un gobierno peronista que encabeza el propio Perón” (*MPL*, n° 29, 29/12/1973, pp. 7 y 20).

El debate en torno a la reforma subió la temperatura de los primeros días del año y terminó sofocado cuando el 19 de enero, la compañía “Héroes de Trelew” del ERP atacó la guarnición del ejército establecido en Azul. El hecho significó un golpe político profundo que endureció aún más los posicionamientos de Perón: vestido con uniforme militar, el presidente se pronunció sobre los hechos en cadena nacional y afirmó que era preciso “aniquilar cuanto antes este terrorismo criminal”. Con la intención de presionar a los diputados de la TRP para que aprueben las reformas al Código, agregó:

Hemos pedido esta ley al Congreso para que este nos dé el derecho de sancionar frente a esta clase de delincuentes. Si no tenemos la ley, el camino será otro; les aseguro que puestos a enfrentar la violencia con la violencia, nosotros tenemos más medios posibles para aplastarla y lo haremos a cualquier precio, porque no estamos aquí como monigotes [...] vamos a proceder de acuerdo con la necesidad, cualquiera sean los medios. Si no hay ley, fuera de la ley también vamos a hacer y lo vamos a hacer violentamente (*Clarín*, 23/1/1974).

La avanzada represiva pos Azul se apoyó sobre la aprobación del nuevo Código Penal y el pedido de renuncia al gobernador de Buenos Aires, Oscar Bidegain, acusado de complicidad con los sectores revolucionarios. Estos hechos se complementaron con acontecimientos previos: la destitución del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, Gral. Carcagno (también asociado a los sectores de la JP), y el nombramiento del Gral. Leandro Anaya, quien junto con el Gral. Alberto Cáceres en Gendarmería Nacional se comprometieron públicamente con la lucha antisubversiva (Franco, 2012a: 73). Sobre ellos, *MPL* se preguntaba con letras mayúsculas y varios signos de interrogación: “¿A quiénes derrotó el pueblo el 11 de marzo en las urnas y el 25 de mayo en las calles sino justamente a ellos? ¿Qué tienen que hacer en este gobierno?” (*MPL*, n° 30, 3/01/1974, p. 7). A la vez, el n° 32 titulaba “Ley represiva, vuelta

al pasado” y presentaba la fotografía de un militante aferrado a las rejas de un establecimiento penitenciario, visibilizando sus manos y los garrotes. El editorial tituló “la distinta vara” y enfatizó sobre dos violencias: la del sistema y la revolucionaria. Dentro de la primera, ahora incorporaban la explotación de los trabajadores, el hambre y la desocupación. Con esta tónica, apuntaron:

Un grupo de militantes del ERP ataca una guarnición militar y la superestructura de la Argentina se conmueve hasta extremos inimaginables [...] cabe preguntarse ¿porqué la vida útil de Constantino Razzetti, médico abnegado, no es comparable a la del Cnel. Gay? [Militar muerto en Azul] ¿Por qué solo se subvierte el orden atacando cuarteles y no hambreado a un pueblo o entregando su economía a empresas extranjeras? ¿Por qué son mercenarios y criminales los militantes de izquierda y no las bandas parapoliciales que asesinaron al estudiante Burns? ¿Por qué la gendarmería custodia las empresas multinacionales, mientras se incendia con impunidad una cooperativa de obreros gráficos? La distinta vara con la que se miden los términos opuestos de la violencia [...] la no modificación de una situación de dependencia y explotación van llevando lenta e inexorablemente a la sociedad argentina a un abismo del que no se saldrá sino a costa de generaciones enteras que deberán pagar el precio de tantos desatinos (*MPL*, n° 32, 24/1/1974, p. 3).

Si bien, como veremos más adelante, la revista se posicionó crítica frente al accionar del ERP por llevar adelante una acción militar en pleno debate sobre la reforma al Código Penal, la lectura hizo eje en las posiciones del gobierno, que tuvo el puntapié final para arremeter contra los sectores revolucionarios. Así, apuntaban como primera consecuencia “el golpe fatal recibido por la gobernación de Buenos Aires” y, en segundo término, la “ofensiva criminal” por parte de “sectores reaccionarios” que tomaron Azul como causal. En esta línea, el grupo analizó las palabras de Perón:

No podemos, ni por asomo, comprender ni mucho menos justificar los aprestos represivos del gobierno. El discurso del general Perón crea honda preocupación. No podemos concebir al

enemigo en la izquierda. Al pueblo no se lo ha convocado para enfrentar a los monopolios, al imperialismo, a los represores y asesinos de “la Revolución Argentina”, a los explotadores, a los torturadores, a los traidores de la clase obrera. En cambio, se lo convoca para luchar contra “el extremismo”. Y bien sabemos que para el “peronismo de arriba” extremistas somos todos los que luchan por una patria sin explotadores ni explotados (*MPL*, n° 32, 24/1/1974, p. 6).

El número ponía a disposición de esta crítica sus más importantes secciones: “Tendencio” aparecía junto con su hijo “Moderato” quien, sosteniendo una brocha con pintura negra le decía: “Papi, que sea la última vez que tenés estos pensamientos”, mientras lo censuraba. En la página 9, la “Sección Polémica” disparaba directamente contra el presidente y titulado “Perón y el Movimiento” *teatralizaban* una conversación entre trabajadores peronistas en la que los obreros preveían un enfrentamiento con el gobierno del viejo caudillo: “En las fábricas se advierte cada vez más intranquilidad y tengo la impresión de que para marzo, vamos a tener conflictos grandes”, auguraba Francisco; luego remataba: “te digo lo que me preocupa: está gobernando Perón [...] si llega a haber represión, no vamos a entender nada de nada”. La conversación terminaba con la opinión de “El Negro”, quien se preguntaba:

¿Significa esto que Perón se ha equivocado? ¿Si se ha equivocado, podrá corregir el rumbo y dejar de lado las fuerzas en las que se ha apoyado para formular el Plan Trienal? Por de pronto, fijate vos que Perón no es solamente un hombre, como tal puede equivocarse en tanto condición humana. Pero Perón es un nombre que sintetiza años de historia política argentina [...] por eso, como este pueblo confronta esa experiencia que lleva adentro con lo que está ocurriendo actualmente, es que surge el desconcierto y desaliento. Pero vos fijate qué es lo que hace el pueblo: por un lado no abandona su lucha pero, por el otro, no deja de ser peronista, es más, asume las banderas del peronismo, “profundiza” digamos su peronismo. Porque es desde adentro del peronismo que se “superará” al peronismo, no desde afuera

[...] No te olvides de que la única verticalidad debida es a la patria, luego al movimiento y por último a los hombres (*MPL*, n° 32, 24/1/1974, p. 9).

La verticalidad no respondía al líder, sino al proyecto de liberación que llevaba *in situ* el peronismo: “por último a los hombres”, decían, y Perón ya había devenido en uno de ellos (y estaba equivocado). Sin embargo, su nombre también sintetizaba una experiencia política que tenía por protagonista al pueblo. En este punto, la conciencia política de las bases (adquirida a través del peronismo) les permitía reivindicar esa identidad y “profundizarla”, aun a pesar de Perón. La carta realiza aquel movimiento que Cooke ya había augurado: la superación del peronismo desde adentro. Aun cuando, a estas alturas, el grupo político había roto abiertamente con Perón, no estaban dispuestos a abandonar al peronismo como identidad política. Esto, en el contexto de acciones del ERP, también significó un mensaje para la izquierda marxista. Incluso cuando, como veremos luego, el vínculo con estos sectores se aceitó a partir de la ruptura con el gobierno peronista, *MPL* seguía afirmando que la lucha revolucionaria no podía darse por fuera del movimiento ni a partir de una lucha de aparatos armados.

A la vez, la sección “Semana Política” denunciaba la ligazón entre Perón y el plan represivo de su gobierno de manera descarnada: la “radicalización de las diferencias entre el peronismo de arriba y el peronismo de las bases” dejó sin efecto “la política pendular de Perón dando por tierra las ilusorias teorías del cerco y demás especulaciones sobre giros mágicos”. Desechando —como se ve— la estructura argumental de la teoría conspirativa, remarcaban las habilidades políticas del viejo líder:

Como político sumamente experimentado que es, asume su proyecto de manera de colocar a su favor todos los elementos necesarios. Es entonces que lo expresa con absoluta claridad: la política del pacto social exige esta ley represiva, como exigió la Ley de Asociaciones Profesionales y la Ley de Prescindibilidad Laboral [...] La precisión con que Perón fijó su posición, cohe-

rente con lo que viene sosteniendo desde Ezeiza [...] no permite segundas interpretaciones (*MPL*, n° 32, 24/1/1974, p. 6).

Con esta tónica, el primer número de febrero llevaba en la tapa la fotografía de una protesta obrera que cuestionaba la política económica del gobierno: “Nos deben siete quincenas y aguinaldo, Perón: tenemos hambre. Queremos trabajo” (*MPL*, n° 34, 7/2/1974). Allí estaban los trabajadores peronistas, volviendo explícitas las diferencias con quien había sido su líder histórico. En la misma edición, denunciaban el ascenso de los comisarios Alberto Villar y Luis Margaride en los cargos de jefe de la Policía Federal y superintendente de Seguridad Federal, respectivamente, otorgados por Perón. *MPL* caracterizaba los nombramientos como “insólitos y antirreglamentarios”, y en la sección “Antología del Disparate”, afirmaba:

Por momentos parece una pesadilla, hasta que se comprende que todo responde a una política continuista [...] Sin embargo, ahí están [...] Es que Villar y Margaride más que dos hombres son dos nombres simbólicos para el pueblo. Son, quizá, las expresiones más acabadas de la represión a nivel policial [...] colocamos estos nombramientos en la antología del disparate porque la primera reacción es de estupor, pero es indudable que el disparate adquiere significación cuando se lo relaciona con el pacto social, el papel de la burocracia sindical, la reafirmación de las Fuerzas Armadas y, sobre todo, la conciencia de un pueblo peronista que se niega a aceptar una política de entrega y sometimiento (*MPL*, n° 32, 24/1/1974, p. 23).

El avance represivo también se llevó por delante las experiencias de gobierno vinculadas a la militancia revolucionaria. La aprobación del nuevo Código Penal causó la renuncia de los diputados de la JP.⁸⁰ A su vez, en el interior del país, los gobiernos afines comenzaron a ser intervenidos: el Poder Ejecutivo acusó a sus gobernadores de “fomentar la subversión marxista” y avaló la

80 Como veremos en el próximo capítulo, este acontecimiento fue clave porque a raíz de la renuncia de los diputados de la JP, asumió su banca Rodolfo Ortega Peña.

intervención en Formosa, Córdoba, Mendoza, Santa Cruz y Salta. Todos los gobernadores eran peronistas, habían sido candidatos del FREJULI y ganaron las elecciones de la mano de un gran apoyo popular (Servetto, 2010).

MPL venía poniendo el acento en “la ofensiva a las provincias” desde diciembre de 1973 y, en enero, había alertado sobre la situación de Córdoba luego de que el vicegobernador Atilio López apoyara una huelga de trabajadores de la Unión de Tranviarios Automotor. La intervención se consolidó el 28 de febrero, a partir de los hechos conocidos como “el Navarrazo”.⁸¹ En marzo, la revista publicaba su antepenúltimo número titulado “Córdoba avasallada”. La nota editorial arremetía con una frase de gran impacto: “Cada día más gorila”, en referencia al gobierno (y al presidente):

El pueblo no votó esto. Ni el pueblo quiere esto. Está claro. Y como el pueblo no lo quiere ni lo aprueba, como el pueblo se reconoce en quienes lo representan, es que se creó el complot contra Obregón Cano y Atilio López en Córdoba. Porque no había otra forma de suprimir al gobierno popular de Córdoba que, por medio de la violencia ilegítima, en una combinación de burocracia sindical, policía provincial y tolerancia simpática de las Fuerzas Armadas. ¿Por qué esta campaña coherente contra el peronismo, contra el verdadero peronismo revolucionario? [...] Porque es evidente que en Argentina se está tratando de llevar a cabo un proyecto burgués, tal vez la última gran tentativa, con el apoyo explícito de las fuerzas reaccionarias y el imperialismo. Y el objetivo final es desperonizar a la clase trabajadora [...] aburguesando al peronismo, tornándolo cada día más gorila [...] Pero también por todo eso los trabajadores no dejarán de ser peronistas. Ni nosotros junto con ellos. Porque esta historia nos pertenece, no tiene un dueño único, amo y señor, sino un pueblo que construye esa historia con su sangre (*MPL*, n° 36, 7/3/1974, p. 3; el subrayado es nuestro).

81 En alusión al jefe de Policía Antonio Navarro, quien depuso al gobernador y a su vice, a partir de un estado de sitio garantizado por la policía con el auxilio de grupos armados civiles, comandados por la Juventud Sindical Peronista.

El pasaje refleja las tensiones de una identidad peronista transformada: *MPL* adoptaba el análisis de la izquierda marxista, afirmando que el gobierno de Perón era la última carta de la burguesía, pero subrayaba la identidad peronista de los trabajadores. En este movimiento, Perón era tildado de “gorila” y expulsado de la geografía peronista. Por su parte, la “Sección Polémica” ponía el acento en la responsabilidad de Perón: la nota se publicaba junto con una foto del viejo líder y titulada “Todos los cumpas se preguntan”, giraba en torno a una conversación entre “El Negro” y “Olegario”:

Decime, Ole, ¿vos pensás que Perón ignora todo eso o lo dirige él? Ole se rio de entrada. Todos los cumpas se preguntan lo mismo, Negro [...] me fui unos días al interior. Allá ya es mufa. Fijate que no hay duda, como puede existir acá, entre los porteños. Allá te afirman que Perón dirige esta política, porque cree que al país se lo va a salvar con la unidad con los patrones, los militares, los burócratas [...] Bueno, pero hay algo que no entiendo, Olegario. Si el proyecto del gobierno de Perón es un desastre y no es sino un plan de la oligarquía [...] ¿no significa que vamos a enfrentar a Perón? ¿No quiere decir que tenemos que enfrentar a Perón inexorablemente? Olegario se rio un rato largo y me miró: ¿y vos no pensás que él está chocando ya con todos nosotros? (*MPL*, n° 36, 7/3/1974, p. 13; el subrayado es nuestro).

El grupo político ponía en boca de los personajes obreros la estrategia de responsabilizar a Perón de la (supuesta) ruptura con los trabajadores. A partir de esta maniobra, la revista recurría a la idea de que la violencia de “los de abajo” tenía carácter de réplica y sopesaba la carga simbólica de una operación ideológica que separa (y enfrentaba) al peronismo de su jefe.

“Mimetismo trágico”: el debate con Montoneros y la JP en la TRP

En la coyuntura analizada, el debate en el interior de la TRP fue clave porque, como iremos viendo, *MPL* apostó por un frente revo-

lucionario en el que confluyera la militancia popular. En este punto, la interpelación a Montoneros-JP fue constante: porque eran las organizaciones más importantes del peronismo revolucionario, por su historia de lucha dentro del campo popular y porque *MPL* no abandonó el peronismo, sino que encaró una disputa con sus expresiones históricas.

Uno de los debates más importantes continuó siendo contra quienes, en mayor o menor medida, sostuvieron el *movimientismo* y ello porque, a estas alturas, *MPL* nutría la apuesta por construir una política revolucionaria del “peronismo de abajo”. Con esta línea, tras la asunción de Perón, la revista volvía a cuestionar “la política de conjunto” de aquellos sectores, argumentando:

Esta poco feliz frase ha querido significar en los seis meses de gobierno (Cámpora-Lastiri-Perón) el empeño de importantes sectores de la Tendencia por marchar al mismo paso y aunando esfuerzos con la superestructura político-sindical del movimiento. La política de conjunto es el correlato de “no descolgarse” a que nos hemos referido en números anteriores [...] costó al peronismo revolucionario, tal como fue planteada, mucho más que la lucha contra la dictadura militar [...] Se marchó en conjunto con la burocracia política hasta compartir una entrevista con los asesinos de Ezeiza, se marchó en conjunto con la burocracia sindical compartiendo desfiles y solicitadas, se marchó en conjunto con el ejército, hasta ayer represor (*MPL*, n° 20, 25/10/1973, p. 9).

Como vimos en el capítulo anterior, *MPL* había sido duramente crítica respecto de políticas que exigían “una actitud pública de no beligerancia con los traidores de siempre, beligerantes”. El grupo denunciaba que ese tipo de decisiones habían permitido “el avance de la derecha, reduciendo el espacio político del peronismo verdadero [que] fue arriando sus banderas” y sentenciaban que “marchar en conjunto con la burocracia político-sindical implica tomar el camino de la contrarrevolución” (*MPL*, n° 20, 25/10/1973, p. 9).

Pero Montoneros no respondió a las críticas y sostuvo una posición ambigua: hacia adentro, la organización comenzó a definirse

con mayor contundencia sobre las diferencias político-ideológicas que los separaban de Perón. En efecto, en octubre de 1973 circuló un documento entre los cuadros dirigentes que se conoció como “el mamotreto” y que reflejó posiciones izquierdistas y una autocrítica sobre la forma en que habían caracterizado al líder y al proceso abierto tras el 25 de mayo. Sin embargo, el documento no se reflejó en las posiciones públicas de la organización. En efecto, allí mismo terminaban afirmando que “sería estúpido pelearnos con Perón por la ideología, no por eso nos vamos a ir del peronismo, no tiene el más mínimo sentido porque compartimos el proyecto estratégico que formula Perón aunque nosotros vayamos más allá” (Baschetti, 1999: 293). Con esta línea política, sus posicionamientos públicos (expresados en la prensa oficial) matizaron toda crítica y oscilaron entre un cuestionamiento solapado y el reconocimiento del liderazgo de Perón (Slipak, 2015).

Esta fue una diferencia clave respecto de *MPL* y se replicó en el análisis de la coyuntura. Un ejemplo fueron las posiciones de *ED* respecto de los discursos de Perón: a pesar de que el viejo caudillo cuestionó a la izquierda peronista por caracterizar de “burócratas” a los líderes sindicales, la revista montonera titulaba: “En el peronismo tenemos la vida, tenemos nuestros muertos, está el pueblo y los trabajadores. Aquí está la revolución y la liberación. Esto es una guerra que tiene su líder y conductor. Y aunque a veces se esté en desacuerdo: AQUÍ MANDA PERÓN”. El editorial firmado por Dardo Cabo apuntó:

Podríamos hacernos los burros y como nosotros no somos infiltrados ni troskos, decir que la bola va para otros [...] Pero el General hablando desde la CGT, rodeado por los que quieren echar del movimiento a los leales como Cámpora, orienta sus palabras contra nosotros. El General nos ha dado una sacudida. Si no lo hubiese hecho desde la CGT –que en este momento no es la casa de los trabajadores sino de los burócratas– la mano no sería tan mala. No fortalecería a los traidores. Pero la cosa es así y hacerse el zongo y decir que no es para uno, no es derecho. El General ha conducido el movimiento casi durante 30 años. Ha

llevado a su pueblo por el camino de la liberación. El resultado de esa conducción es lo que vale y ese resultado dice que Perón le ha sido leal al pueblo y el pueblo le ha sido leal a Perón [...] Por eso esto es lo que debemos tener en cuenta cuando Perón nos sacude: quien conduce es Perón, o se acepta esa conducción o se está fuera del movimiento [...] No hay que atacar a los ministros: bien, acatamos la orden [...] Creemos que esto no es ni justo ni bueno para la salud del gobierno peronista. Pero quien manda es Perón (*ED*, n° 26, 13/11/1973, p. 3; el subrayado es nuestro).

Si comparamos este editorial con el n° 23 de *MPL*, las diferencias saltan a la vista: en la tapa de aquella edición había figurado un comunicado de las Fuerzas Armadas en el que se perseguía a “El Negro Pueblo” y el editorial había denunciado que Perón había “preconcebido” un proyecto político de “conciliación con el enemigo” (*MPL*, n° 23, 17/11/1973). A su vez, lejos de acatar la orden de “no criticar a los ministros”, la revista los venía “encerrando” uno por uno en la sección “Cárcel del Pueblo”, con críticas que interpelaban al gobierno explícitamente.

La diferencia entre el grupo de *MPL* y la revista montonera radicaba en que la primera definía una posición, la volvía explícita y enfrentaba a Perón. En el caso de *ED*, el editorial sostenía una posición ambigua, que “pendulaba” entre responder a las órdenes del viejo líder e insistir en la necesidad de denunciar al “enemigo interno”: “No entendemos por qué no hay que señalarlos [...] Hay que obligarlos a ser leales. Son traidores, General, y cuanto más lo digamos nosotros más muestras de lealtad deberían dar” (*ED*, n° 26, 13/11/1973, p. 3). La nota firmada por Cabo expresaba aquella tensión que Sigal y Verón establecen para “los enunciadores segundos”: la disputa con el enemigo interno pasaba por “definir el nosotros peronista como el único colectivo posible” buscando “la legitimidad de su palabra en la denuncia del enemigo” y esperando que “la palabra del líder pueda señalar al traidor y diferenciarlo del auténtico peronista” (2003: 152). Esta contradicción explica el vaivén de

un editorial que, por un lado, interpelaba al presidente, pero, por el otro, retrocedía acatando sus decisiones.

MPL aludió a este número de *ED* explícitamente e impulsó abiertamente el debate, con el objetivo de sentar una posición en el interior de la TRP: aquella que se ligaba a las transformaciones de la propia identidad y que hacía pie en un peronismo obrero que —de ser necesario— enfrentaría al gobierno de Perón:

El mimetismo con la burocracia tiende a “enfriar el juego”, evitar la asunción de una política propia que indefectiblemente, si expresa a la clase obrera y al pueblo peronista, implica tomar distancias con el proyecto político gubernamental. Como no hay terceros caminos, ese enfrentamiento llevaría a optar por la lucha superestructural de aparatos o por la vuelta a las bases —origen y fin de toda política revolucionaria— construyendo la única alternativa válida para una argentina liberada (*MPL*, n° 24, 22/11/1973, p. 3; el subrayado es nuestro).

El grupo interpelaba a Montoneros para que rompa con el gobierno de Perón, optando por el camino de la organización independiente de los trabajadores peronistas. A la vez, la opción por el “peronismo de abajo” (o “verdadero”) desestimaba como falsa la pretensión de una “tercera posición” entre capitalismo y socialismo. Finalmente, alertaban con ironía sobre los riesgos de “jugar al como si se fuera igual a la burocracia”, sentenciando que “el descuelgue de las bases puede convertirse en un mimetismo trágico: de tanto parecerlo, serlo” (*MPL*, n° 24, 22/11/1973, p. 3).

Estos cuestionamientos se replicaron en “Tendencia”. El n° 23 lo presentaba “colgado” de una de las aristas de su recuadro, junto con un aviso que informaba: “Esta semana, *Tendencia* quedó fuera del marco por un mal encuadramiento de conjunto. Prometemos que en el próximo número será un ejemplo por lo centrado” (*MPL*, n° 23, 8/11/1973, p. 9). En el número posterior, el personaje apareció del lado derecho de la página, encuadrado en una viñeta pequeña que apenas dejaba espacio para su silueta. Allí se lo veía sin el mate, elemento que se mostraba por fuera y del lado izquierdo, junto con una pequeña nota que informaba sobre un congreso del PB.

Ajustado en su pequeño recuadro, “Tendencio” afirmaba: “Lo importante es defender el espacio político” (*MPL*, n° 24, 22/11/1973, p. 9). La viñeta resulta interesante por varios motivos: en primer lugar, sintetiza con claridad las críticas que la revista venía realizando en torno a “la política de conjunto”; en segundo lugar, el detalle del mate (símbolo popular) fuera del recuadro buscaba simbolizar el riesgo que suponían ligado a esa política: el alejamiento de las bases. Finalmente, el hecho de que el mate se ubicara junto con la información sobre el PB era un guiño a la política de esa organización.

Los cuestionamientos se potenciaron frente a la posibilidad de que los diputados vinculados a la TRP votaran a favor de las modificaciones a la Ley de Asociaciones Profesionales. En efecto, aunque Montoneros-JP promovieron (sin éxito) modificaciones al proyecto, venían apuntando que la nueva ley gremial tenía “postulados altamente válidos y positivos para el desarrollo del movimiento obrero argentino” (Pacheco, 2014: 255). Al respecto, *MPL* los interpelaba:

Se equivocan. Todo parece indicar que los diputados juveniles guardarán silencio y votarán la ley de la burocracia, la Ley de Asociaciones Profesionales. Y se equivocan. Podrán decir que lo hacen porque “lo manda el General”. Y se equivocan. Porque los peronistas sabemos que el líder no manda, PERSUADE. Se equivocan. Porque el General no desconoce la oposición de las bases [...] Se equivocan, porque si Perón hubiera tenido interés en su silencio y en su voto, conociendo su opinión los hubiera llamado para PERSUADIRLOS. Y no los llamó. Se equivocan [...] Perón persuade, solo la clase obrera y el pueblo peronista mandan. Y equivocarse ahora puede ser el comienzo del fin [...] Perón persuade, la clase obrera y el pueblo mandan. No se equivoquen (*MPL*, n° 25, 29/11/1973, p. 5; las mayúsculas son del original).

La revista retomaba el término “persuadir” porque había sido utilizado por Perón para definir el accionar de su gobierno: el anciano general había afirmado que “mandar es obligar. Gobernar es persuadir” (2/8/1973). Utilizando sus definiciones, interpelaban a los diputados de la TRP y remarcaban que, si la persuasión era atri-

buto de Perón, el mandato (y, por ende, la obligación) recaían en el pueblo y la clase obrera.

Con la misma línea de análisis, el grupo *MPL* discutía las posiciones de Montoneros sobre el pacto social. En el n° 31 de *ED*, los sectores hegemónicos de la TRP se preguntaban: “¿Qué pasa con el pacto social?”, y el editorial de Cabo explicitaba estar de acuerdo con la política de alianzas, aunque cuestionaba la forma en que ese pacto se estaba llevando adelante:

Claro que no todo es lo mismo. Una cosa es la alianza de clases, base social del Frente de Liberación Nacional expresada a través del pacto social. Y otra, bastante diferente, es cómo se está llevando adelante este pacto social, cuál es el contenido de este pacto social. Resulta que tanto la clase trabajadora como la pequeña burguesía no han sido beneficiadas [ni están representadas en] este pacto social (*ED*, n° 31, 18/12/1973, pp. 2-4).

Las diferencias programáticas entre *MPL* y Montoneros se volvían evidentes: si para estos el proceso revolucionario seguía articulado en la construcción de un Frente de Liberación Nacional, para el grupo dirigido por Ortega y Duhalde la clave pasaba por construir un frente revolucionario (volveremos sobre este punto). A modo de respuesta, *MPL* desarmó los argumentos de *ED*:

Es absolutamente inexacto y falso que el pacto social sea expresión de una alianza de clases entre trabajadores y pequeños empresarios; por el contrario, es el acuerdo entre la burocracia sindical y el capital monopolista representado por Gelbard [...] *El Descamisado* confunde un frente de liberación ideal, a construir dentro de la concepción de guerra popular y con hegemonía de la clase trabajadora peronista, con una propuesta del enemigo en la cual no figuran ni los trabajadores ni los débiles y casi inexistentes empresarios nacionales (*MPL*, n° 28, 20/12/1973, p. 16).

Más adelante, apuntaban que *ED* defendía una política económica que estaba lejos del proyecto al que decían adherir:

Según la publicación, el pacto social es una cosa y funciona como otra. ¿No será que directamente es otra cosa que la que *El Descamisado* cree encontrar en sus análisis? Porque el malabarisimo que se hace a continuación para explicar este ser, que tiene cola de pacto social, cara de pacto social pero que no es un pacto social, llama la atención singularmente (ídem).

Ironizando sobre lo que presentaban como argumentos incongruentes, la sección terminaba afirmando que el pacto social “no es un Frente de Liberación Nacional. Es, como decíamos, el acuerdo del gran capital con la burocracia. Sin tanta vuelta, confusión y contradicción”.

Las críticas de *MPL* no pasaron desapercibidas y, aunque Montoneros no respondió a estas interpelaciones en sus órganos de difusión orgánica, sí pueden rastrearse algunas repercusiones a partir de las cartas de lectores. Uno de esos debates giró en torno a una nota que *MPL* publicó en el n° 25 y que, irónicamente, denunciaba:

Ha aparecido en nuestro escenario político un nuevo espécimen. Se trata del perejil o presunto peronista de clase media, que aporta toda su estructura pequeñoburguesa al movimiento [...] el proyecto perejil es el de dominio de la débil pequeña burguesía que quiere convertirse en vanguardia por encima del destino hegemónico de los trabajadores. Para ello utiliza conceptos como el de “encuadramiento”, que sin clase trabajadora resulta vacío, y “organización”, que sin política resulta ciego (*MPL*, n° 25, 29/11/1973, p. 38).

En el número siguiente, la sección “Carta de lectores” hacía circular el escrito de un militante de la JP bajo el título “Perejiles”, con la clara intención de exponer al redactor como ejemplo de la categoría que venía a cuestionar. Allí, aquel afirmaba:

Soy compañero de la JP y esto es suficiente presentación. Hace tiempo que en mi ámbito hemos suprimido la lectura de esa revista para no caer en confusiones puesto que la misma nada aporta al desarrollo del proyecto. Nos sentimos representados por *El Desca*, que acompaña armónicamente el desarrollo or-

ganizativo de la Tendencia. Pero en los otros días cayó en mis manos el número 25 de *Militancia* donde se ironiza sobre el lenguaje de la JP y se ataca al “perejilismo”. ¿Si somos perejiles? No sé ni me importa. El mote corre por cuenta de ustedes o del *alternativista* que lo inventó. En todo caso, si somos perejiles, somos 100.000 perejiles. ¿Qué tal? Pregúntenles a los burocratas cómo quedaron con el desfile ante la CGT o al brujo, cuando marchamos a la quinta presidencial. ¿Qué tal? O a los generales, qué les pareció la demostración de disciplina que nos mandamos en el operativo Dorrego. Lo que tienen mucha razón es que estamos en proyectos diferentes. Ustedes están con la patria socialista, con toda la zurda. Nosotros estamos por la reconstrucción nacional en el marco del socialismo nacional (*MPL*, n° 26, 6/12/1973, p. 50).

La carta finalizaba con la firma del militante. Por debajo, *MPL* agregaba irónica: “¿Qué tal?”. Utilizando el latiguillo del redactor, la revista sugería una autoexposición en lo que pretendía ser una crítica al semanario. A la vez, interesa destacar la influencia que *MPL* había adquirido en la coyuntura analizada. La carta confirma el recuerdo de algunos integrantes del grupo, quienes han afirmado que Montoneros “había prohibido la lectura de la revista entre sus activistas”, señalando que algunas secciones resultaban “profundamente irritativas”.⁸²

Lejos de supeditar el debate a la correspondencia de lectores, *MPL* recogió el guante en una sección titulada “Crítica a la crítica”, en la que analizaron algunos de los cuestionamientos recibidos. En principio, volvieron a definirse como una herramienta de análisis “leal a los sectores populares [...] la madurez y conciencia de la clase obrera [...] exige un respetuoso tratamiento de verdad sabida y buena fuente guardada” (*MPL*, n° 26, 6/12/1973, p. 8). En esta definición ya no incluían –como sí lo habían hecho en el primer número– a todos los sectores de la militancia peronista, sino solo a los trabajadores. La omisión puede suponerse deliberada, si la vin-

82 En este caso, se reserva la identidad de los dos integrantes entrevistados ante su expreso pedido de que sus nombres no fueran publicados. Entrevista con la autora, 2014.

culamos con las transformaciones en la identidad política del grupo, que ahora se vinculaba exclusivamente con el peronismo obrero. A la vez, el grupo respondía a dos cuestionamientos importantes: su caracterización de Perón y sus críticas a Montoneros. Acerca del viejo líder, el grupo sostenía que sus posiciones no acataban

... la Teoría de la Genialidad, donde todo se explica por la positiva y los hechos negativos se consideran pasos necesarios [...] Ninguna teoría justificatoria podrá explicarle a las bases que es bueno que los hombres que rodean al General sean Gelbard, López Rega, Otero, Lorenzo Miguel y cía. Y si no es bueno, es malo [...] cada uno, desde el más modesto trabajador hasta el propio General, sabrá sin duda qué responsabilidad le cabe (MPL, n° 26, 6/12/1973, p. 8).

Sobre la crítica que apuntaba que “*Militancia*, en un momento en que hay que solidificar la Tendencia, divide y debilita”, respondían:

La Tendencia no es un negocio oportunista, donde no importa cómo y hacia dónde se marche [...] En primer lugar, así no se le gana a nadie. Si no se tiene una clara política que vaya de lo estratégico a lo coyuntural, tratando de convertir esa política en fuerza organizada de las bases, la Tendencia no le va a ganar a la burocracia. Unirse por unirse no da cartas de triunfo [...] aquí no buscamos el triunfo de cinco mil activistas. Aquí se trata de imponer la política hegemónica de la clase obrera y del pueblo peronista [...] unirse para triunfar, sí, en el proyecto peronista de la patria socialista. Dejar las diferencias secundarias, sí, para enfrentar no para negociar con el enemigo. Unirse sí, pero dirimiendo nuestras contradicciones en el seno de las masas, no superándolas en los despachos, en el reparto de influencias (MPL, n° 26, 6/12/1973, p. 8).

En primer lugar, interesa destacar que, siendo tan solo una revista (independiente), *MPL* había logrado pisar fuerte en la disputa dentro de la TRP: se reconocían sus posiciones políticas y el grupo era equiparado al resto de las organizaciones revolucionarias,

al considerarlos como actores que podían aportar o restar a esa unidad. Además, por el tono de la última respuesta y porque el grupo bregaba por la unidad revolucionaria, es posible suponer que estos tipos de cuestionamientos repercutían con más fuerza. En efecto, otra diferencia a señalar entre *MPL* y *ED* fue el posicionamiento de ambas publicaciones respecto del accionar armado de otras organizaciones revolucionarias. Nos referiremos específicamente a los hechos de Azul, no solo por las consecuencias políticas que trajeron aparejadas, sino porque también implicaron una toma de posición respecto del rol del Ejército. Como hemos repasado, *MPL* cuestionó al PRT-ERP por haber acelerado buena parte de las políticas represivas. Pero, en línea con su política frentista y sus críticas al “macartismo”, la revista también afirmaba que no podía concebirse al enemigo en la izquierda y acordaba con la caracterización que del poder castrense había realizado el ERP:

Cualesquiera sean las diferencias que los sectores revolucionarios del peronismo tengan con el ERP [...] nada hace a la conceptualización de las Fuerzas Armadas como un ejército de ocupación que ha jugado un papel permanente para legalizar el sistema de explotación y dependencia (*MPL*, n° 34, 24/1/1974, p. 4).

En marcado contrapunto, *ED* asimiló el accionar del ERP (como organización de “ultra” izquierda) con las organizaciones de ultraderecha, preguntando “¿Qué milonga es esta que la ultraizquierda asalta en Azul y la ultraderecha viene a volar los locales de la JP [...] General, si usted se va, ¿qué nos queda hacer a nosotros, regalarles el país a los monopolios, al ERP o a los matones?” (*ED*, n° 37, 29/1/1974, p. 2). Al respecto, es interesante señalar que Montoneros tuvo una posición ambigua y contradictoria respecto del accionar armado durante el gobierno peronista puesto que, si por un lado se expresó tajante en su condena al ERP, por otro, expresó su favor frente a los “ajusticiamientos” (Slipak, 2015: 65). La crítica de *ED* llegó al punto de afirmar:

Agarremos a los que participaron en Azul y metámoslos en una cancha ante cien mil compañeros y que expliquen [...] que aho-

ra se trata de apuntalar este gobierno popular, puede ser que se clarifiquen un poco y si no, los que no entienden ya son un problema policial (*ED*, n° 37, 29/1/1974, p. 3).

Lejos de la posición de *MPL* —que se preguntaba “¿por qué son mercenarios y criminales los militantes de izquierda y no las bandas parapoliciales?” (*MPL*, n° 32, 24/1/1974)—, la revista oficial de Montoneros adoptaba el discurso del gobierno y se refería a los militantes de la izquierda revolucionaria como un “problema policial”.

Aunque, como hemos visto, las diferencias entre *MPL* y la posición de Montoneros-JP se potenciaron, la revista siguió bregando por la unidad revolucionaria del peronismo. Como veremos a continuación, esta apuesta se fortaleció a partir de dos vías: el acercamiento inorgánico del grupo a la corriente *alternativista* y la propuesta política de construir un frente revolucionario.

La propuesta política de *MPL*: por la Alternativa Independiente y el “Frente de Trelew”

En la coyuntura analizada y como consecuencia del resquebrajamiento de las expectativas trazadas en torno a Perón, el grupo resignificó su identidad peronista asociándola a la experiencia de los trabajadores, entendidos como el sujeto político de una revolución social que preveían inevitable. Como hemos dicho, estas transformaciones hicieron gravitar con mayor fuerza las improntas de un marxismo nacional y tercermundista en el análisis de la revista, potenciando el carácter clasista de sus planteos. Estas mutaciones tuvieron su correlato en las apuestas políticas del grupo: por un lado, la construcción de una organización independiente y revolucionaria, dirigida por los trabajadores. En este camino, se tejieron vínculos con los sectores del peronismo revolucionario que venían sosteniendo la necesidad de construir una “alternativa independiente” al movimiento: las FAP-PB, unificadas definitivamente desde 1973, el McJSN, el Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (MR17), el Frente Revolucionario Peronista (FRP) y, en general, todas las expresiones clasistas y combativas del sindicalismo.

Pero, además, esta propuesta organizativa se conjugó con la idea de conformar un frente capaz de unificar a las organizaciones revolucionarias del campo popular. La apuesta encontraba sus raíces en los itinerarios previos del grupo que, ya desde “la Gremial”, se habían vinculado con todas las organizaciones revolucionarias, fueran marxistas o peronistas. En efecto, la revista definió su propuesta como “el Frente de Trelew” para homenajear el plan de fuga que terminó en masacre en 1972 y que había comprometido en una acción conjunta a las direcciones políticas de las organizaciones armadas más importantes.

En esta línea, el último número de 1973 realizaba una suerte de balance de lo sucedido hasta el momento y en las “Reflexiones para el análisis” titulaba “A convocar a la patria socialista”. Allí, apuntaba:

La patria insurgente e irrefrenable del 17 de Octubre, la patria de resistencia de los largos años de dictadura militar [encuentra su] resumen, guía y referencia en los pasillos de la base almirante Zar, en el FRENTE DE COMBATE DE TRELEW. FRENTE DE TRELEW que día a día cobra nueva vigencia, porque es imprescindible explicar por todos los caminos qué querían decir y hacer Pujadas, Sabelli, Santucho y Bonet [dirigentes de Montoneros, FAR y PRT-ERP, respectivamente] cuando la metralla les dejó inconcluso el camino de la libertad. Un camino que es urgente volver a recorrer (*MPL*, n° 29, 27/12/1973, p. 10; las mayúsculas son del original).

La publicación de esta nota tenía como escenario el debate con Montoneros-JP. En efecto, el grupo volvía a pronunciarse sobre las posiciones montoneras acerca del programa económico vigente y las definía como un “desprecio absoluto por la conciencia de las masas [...] un suicidio político y hasta militar” y una “claudicación irrevocable en la historia de la guerra revolucionaria”. *MPL* (les) insistía sobre “la hora de la autocrítica para la unión” y rebatía:

Aquí no es cuestión de reemplazar a tal o cual dirigencia por otra, no estamos debatiendo nombres, por más importantes que sean [refieren a Perón] sino PROYECTOS POLÍTICOS

y compañeros, esto es una guerra y tenemos nuestros muertos aunque a veces se esté en desacuerdo, AQUÍ MANDA EL PUEBLO [...] Frente a estos proyectos diferentes, ha llegado la hora de completar la lucha de TRELEW. Es la hora de convocar a la patria socialista, a programar sus banderas. Es la hora de la unidad, de la organización, es la hora de revisar seriamente los métodos utilizados, no sea cosa que por actitudes liberales, este-mos en el mismo proyecto y creamos que no lo asumimos por problemas de tácticas diferentes [...] Asumir la tarea de reunir la patria socialista en un proyecto común y movilizador, con-vidar a sentarse en torno al fuego a Cooke, a Evita, al peronismo del pueblo, a Carlos Olmedo, a los compañeros de Trelew (*MPL*, n° 29, 27/12/1973, p. 10; las mayúsculas son del original, el subrayado es nuestro).

El grupo parafraseaba el editorial de Cabo, quien había subrayado que, a pesar de las diferencias, “aquí manda Perón” y lo reem-plazaba por “el pueblo”, acorde con el movimiento identitario que venían realizando. Pero también seguía convocándolos a reunirse en torno a una misma causa y, en esa oscilación, (les) recordaban la figura de Olmedo, como si quisieran remarcar (provocativamen-te) la heterogeneidad de afluentes de Montoneros en la coyuntura analizada. Además, asumiendo la necesidad de construir una or-ganización alternativa al movimiento, instaban a que los sectores hegemónicos de la TRP asumieran la disputa intraperonista y la confrontación con Perón.

En este punto, resulta interesante comparar la propuesta de *MPL* y la de *PyP* por dos motivos: primero, porque ambas publi-caciones tenían por interlocutores a Montoneros; segundo, porque aunque *PyP* daba cuenta de un movimiento inverso, la “peroniza-ción” del marxismo, ambas apostaron por la experiencia de la clase obrera. Sin embargo, a diferencia de *MPL*, el grupo pasado-presentista publicaba el último número de la revista en noviembre de 1973, instando a que Montoneros no se separe del movimiento peronista ni apueste a su división. La revista alertaba sobre la tendencia a recaer en “el vanguardismo” y apuntaba que si en lo inmediato esta-

ban cerradas las posibilidades de construcción del socialismo, se volvía necesaria la elaboración de un “programa de transición” al pacto social que fuera capaz de concitar amplios apoyos, sin renunciar a la inclusión de elementos críticos a la organización clasista de la sociedad (Tortti, 2014: 12). La contraposición de ambas publicaciones es un buen termómetro para significar el proceso de radicalización política de *MPL* que, desde el peronismo, instó a abandonar el movimiento para construir una organización alternativa, revolucionaria y obrera, sostenida *por y en* la unidad de peronistas y marxistas. Aunque no desconocían las dificultades inherentes para lograr esa tarea, destacaban “la idéntica caracterización del enemigo” y “la semejanza en la concepción de la etapa y de la correlación de fuerzas” de las organizaciones revolucionarias en su práctica cotidiana. De esta forma, insistían sobre la construcción de una herramienta política que permitiera superar el “grave e irreparable riesgo [...] que consiste en ESTAR UNIDOS PARA RECIBIR LOS GOLPES PERO SEPARADOS PARA DARLOS” (*MPL*, n° 31, 17/1/1974, p. 8; las mayúsculas son del original). Afirmaban:

Frente a la represión se abre una etapa defensiva, que presupone fundamentalmente la Unidad de las fuerzas revolucionarias, en los frentes de trabajo de la guerra integral. Todos aquellos que le crean diariamente al sistema las mayores contradicciones posibles en su frente de trabajo deben convocar a la unión en los hechos [...] Unidad que [...] NO ES AMONTONAMIENTO, UNIDAD para un PROYECTO que no debe ser el de 100.000 militantes sino el de la clase trabajadora, proyecto de la patria socialista [...] UNIDAD en los hechos, en la discusión política, que luego se traduzca en TRABAJO CONJUNTO, porque el peronismo de las bases no puede darse el lujo de actitudes liberales que, aunque estén bien intencionadas, son objetivamente contrarrevolucionarias (*MPL*, n° 31, 17/1/1974, p. 8; las mayúsculas son del original).

Con el mismo argumento que había subyacido a la defensa de presos políticos durante la labor en “la Gremial” —aquel que había proclamado que todos aquellos que le crean contradicciones diarias

al “Sistema” eran militantes del campo popular—, la revista esgrimía su propuesta frentista. Esta apuesta encontró su correlato en la posición del PRT-ERP, que sin abandonar la crítica y el debate ideológico, insistió por “la unidad de las organizaciones armadas” (Stavale, S., 2017: 88), interpelando a Montoneros y a las FAR durante todo 1973.

Por su parte, en las huestes de la izquierda peronista, la situación fue diferente: si en los tempranos setenta existieron prácticas de convergencia con la izquierda marxista —las FAR y ERP realizaron acciones conjuntas durante 1972—, estas se esfumaron en una coyuntura de polarización creciente que además explica la fusión FAR-Montoneros (más adelante retomaremos este punto). Aquí interesa señalar que, en parte, este fue un motivo por el cual la revista hizo especial hincapié en la unidad de la izquierda peronista: afirmaban que debía prevalecer una posición unificada, para luego replicarla con el resto de los sectores revolucionarios:

Contarles la historia [de compañeros como Sabino Navarro, Olmedo, entre otros] a los vecinos del barrio, a los cumpas del taller [...] no alcanza, tenemos que reemplazarlos UNIENDO AL PERONISMO REVOLUCIONARIO SIN LIBERALISMOS NI MEZQUINDADES, PENSANDO LA PATRIA SOCIALISTA QUE ES EMBRIONARIAMENTE LA PRÁCTICA COTIDIANA DEL PUEBLO, para marchar juntos en el camino del socialismo [...] Claro que es difícil [...] alguien nos decía el otro día con sorpresa, ¡eso es como empezar de nuevo! Claro, ¡si de eso se trata, precisamente! (*MPL*, n° 31, 17/1/1974, p. 9; las mayúsculas son del original).

En la coyuntura analizada, la expresión “comenzar de cero” puede traducirse como “redefinirse frente a Perón”. A su vez, la revista ya no se expresaba en términos de “socialismo nacional”, sino de socialismo a secas. Aunque podría ser irrelevante, aquí sostenemos que ello se encuentra íntimamente vinculado al giro clasista de *MPL* y a sus apuestas frentistas.

En este movimiento, el acercamiento entre el grupo *MPL* y las diferentes organizaciones del aternativismo se volvió explícito y

se materializó con publicaciones de notas escritas por referentes de organizaciones como el PB o McJSN. Ignacio Vélez, referente de McJSN, recuerda:

La revista para nosotros fue un refugio muy claro, en la medida en que no teníamos otro recurso de expresión [...] nosotros hicimos algunos materiales, separatas, que se incluyeron en *Militancia* [...] porque se consideraba que compartíamos un espacio que era crítico con el peronismo, con Perón (2016).

Las “separatas” se incluyeron en la sección “Material de Discusión” que comenzó a publicarse a partir del n° 23, momento en el que *MPL* había terminado de expresar explícitamente sus diferencias con el gobierno de Perón. Las notas escritas por McJSN giraron en torno a la construcción de una propuesta alternativa que debía surgir desde el seno de las bases y que estuviera dirigida a construir el frente de liberación. Una de las cartillas publicadas analizaba las interpretaciones existentes dentro de la izquierda peronista y distinguía entre quienes asumían al peronismo “desde arriba” y quienes lo hacían “desde abajo”. Entre los primeros, incluían a quienes bregaban por el proyecto de la “liberación nacional” y la concreción de un “modelo capitalista independiente”, sin tener en cuenta “el desarrollo histórico y los cambios reales de las fuerzas que compusieron el movimiento”. Entre los segundos, ubicaban a quienes entendían al peronismo como “parte fundamental de la historia de la clase obrera y el pueblo, en búsqueda de su propia política”, y apuntaban:

La historia de la clase obrera hacia su autoconciencia se funde con la del movimiento nacional y popular, porque es allí donde los explotados reconocen su único término de unidad y lealtad política. Por esto, el peronismo representa una experiencia interna e ineludible de la clase obrera. Interpretación que llamaremos “desde abajo” por ser la asunción del peronismo *desde* la clase obrera y el pueblo (*MPL*, n° 23, 15/11/1973, p. 16; las cursivas son del original).

Con estas definiciones, “los sabinos” hacían pie en una posición que *MPL* ya había puesto en juego como mecanismo de legiti-

midad frente a la lectura de Montoneros-JP: afirmar que la apuesta *movimientista* respondía a una asunción del peronismo desde afuera, que bien puede corresponderse con la expresión de “los recién llegados al peronismo”. La construcción política que ellos hacían sobre la experiencia de la clase obrera peronista suponía que los trabajadores se estaban moviendo hacia formas superiores de conciencia, que los llevarían a “superar el hecho maldito del país burgués”. Aquí se torna necesario realizar tres observaciones: la primera, paradójica, puesto que McJSN era una escisión de Montoneros; es decir, los militantes de ambos espacios políticos compartieron, en sus orígenes, la pertenencia a la misma organización, lo cual implica la existencia previa de coincidencias políticas y trayectorias comunes. La segunda, porque esta construcción del “peronismo del pueblo” era, al fin y al cabo, eso: una construcción política: ¿cuánto de esa clase obrera estuvo finalmente dispuesta a romper con Perón? Finalmente, esa construcción política era minoritaria dentro de la TRP y aun entendiéndola correcta, alinear a Montoneros-JPr con un peronismo asumido “desde arriba” era, cuando menos, un obstáculo para la apuesta de unificar al peronismo revolucionario en torno a la perspectiva propia.

La cartilla continuaba explicitando la génesis de ambas interpretaciones. Para ello, realizaban un repaso de la experiencia política de los primeros gobiernos peronistas y afirmaban que la caída en 1955 se había vinculado a la contradicción burguesía/proletariado, que había “roto” con la alianza de clases propuesta por Perón. En este punto, se preguntaban, irónicos: “¿A partir de 1955, el proceso entró en una congeladora histórica?” (*MPL*, n° 23, 15/11/1973, p. 17). En la retórica del interrogante, dejaban entrever que esa contradicción (y la consecuente imposibilidad de replicar la alianza de clases) se había desarrollado durante los 18 años de lucha peronista. En efecto, una publicación posterior de la misma sección hacía circular otra cartilla en la que “los sabinos” concluían:

Para la clase obrera y el pueblo peronista perseguido políticamente y hambreado económicamente la LIBERACIÓN NACIONAL ES INDIVISIBLE DE LA LIBERACIÓN SOCIAL.

Y desde que son indivisibles no hay posibilidades de nacionalismo BURGUÉS. Y esto porque la contradicción principal durante este momento es –precisamente– capital monopolista versus clase obrera industrial. Es en esta contradicción donde [...] la experiencia vivencial de la clase trabajadora se va inscribiendo la exigencia de una resolución socialista de la crisis argentina; donde se pone en cuestión el aferramiento a seguir pensando –por ingenuidad u oportunismo– en un supuesto movimiento peronista unitario como sujeto histórico-político de la revolución en la Argentina. Para nosotros este sujeto ha comenzado a ser la clase obrera enfrentada a muerte con el peronismo burgués y claudicante (*MPL*, n° 26, 6/12/1973, p. 34; las mayúsculas son del original).

La organización y la revista coincidían en el vínculo peronismo-revolución y en la lectura en torno al rol de los trabajadores como sujetos históricos del proceso revolucionario. Lejos de quienes supe- ditaban la contradicción entre el capital y el trabajo como secundaria o sujeta al antagonismo desarrollado entre imperio y nación, para estos sectores el proceso era uno solo: amparados en Cooke y en el ejemplo siempre vigente de la Revolución cubana, la liberación nacional debía ser una que condujera indefectiblemente al socialismo.

“Material de Discusión” también publicó una serie de notas firmadas por Rubén Dri, referente del PB. Con una línea similar a las cartillas de McJSN, el cura peronista desarrollaba, sección a sección, la propuesta política en torno a la construcción de la Alternativa Independiente que venían desarrollando junto con las FAP, desde 1971. La coincidencia entre todos estos sectores no solo radicaba en la caracterización de la revolución, sino, fundamentalmente, en la convicción de que el movimiento no podía concebirse como revolucionario en su conjunto. La salida era llamar a construir la organización de la clase obrera peronista. La primera nota firmada por Dri apareció en el n° 31 y se tituló “Necesidad de una Alternativa”. Allí se apuntaba:

Algunos hechos capitales que están sucediendo en el ámbito político nacional tornan imperiosa la necesidad de profundizar e

implementar la alternativa revolucionaria de la clase obrera y el pueblo peronista, independiente de burócratas y traidores [...] Para que la alternativa aporte al máximo al proceso revolucionario, debe partir de la clase obrera y del pueblo peronista. Es necesario tener presente que solo la clase obrera es revolucionaria, porque es el único sector social que, por su sola existencia, cuestiona de raíz al sistema capitalista. Todos los demás sectores son asimilables al mismo (*MPL*, n° 31, 17/1/1974, p. 21).

La lectura revela un diálogo con el marxismo que, al igual que en las páginas de la revista, reforzaba el carácter revolucionario de la propia identidad y el vínculo con los trabajadores. A partir de esa identificación apuntaban que, como “el movimiento peronista está hegemonizado por la burguesía y la burocracia”, no era “una herramienta apta para conducir el proceso de liberación nacional y social [...] solo creando la alternativa revolucionaria de la clase obrera, el peronismo cumplirá su misión que desemboca de acuerdo con los intereses históricos de los trabajadores” (*MPL*, n° 31, 17/1/1974, p. 21).

La apuesta por la alternativa independiente y el diálogo con el proyecto más amplio del “Frente de Trelew” hizo que *MPL* —que seguía siendo una revista independiente— adhiciese a espacios que, por fuera de la TRP, constituyeron un aporte en el camino de la unidad. Ejemplo de ello fue la participación del grupo en los congresos del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS), propuesta impulsada por varias organizaciones de la izquierda revolucionaria (por ejemplo, el PRT-ERP o el FRP-peronista). Este vínculo se potenció más adelante, cuando el grupo dirigido por Ortega y Duhalde circuló con la revista *De Frente, con las bases peronistas* (*DF*). Volveremos sobre esto en el capítulo que sigue. Aquí nos interesa remarcar que ya en esta etapa, *MPL* avaló muchos de los comunicados del FAS, hecho que además abona a la idea de que el grupo político pisaba con fuerza en el debate del activismo revolucionario.

En efecto, muchas expresiones de la izquierda marxista reconocían que *MPL* era una herramienta política peronista útil. Como ya hemos apuntado, Gorriarán Merlo afirma que el PRT-ERP consideraba que la revista “iba en nuestro sentido. Había coincidencia

estratégica” (Gorriarán Merlo, 2006). Otro dato interesante es que, en abril de 1974, la revista cordobesa *Posición* –vinculada al PRT– publicó una nota sobre *MPL*. Aun cuando, para la fecha, *MPL* había sido clausurada, *Posición* afirmaba que *MPL* era “un aporte a la revolución” y apuntaba que “a partir de que apareció, se convirtió en un vocero del peronismo revolucionario. Su prédica política se generalizó y se popularizó rápidamente. Su referencia es ya un lugar común en todo ambiente revolucionario” (*Posición*, n° 13, 4/1974, p. 24). La cita constituye en sí misma una referencia de la influencia que habían logrado construir. La revista distinguía a *MPL* como un vocero del peronismo revolucionario y la vinculaba expresamente con ese “peronismo de abajo” identificado en los trabajadores y el pueblo. Continuaban:

Sus editoriales políticos marcan claramente una línea de oposición frontal a la tregua, al pacto social, a la conciliación. Desde sus páginas se combate firmemente la tendencia al exitismo, al “triumfalismo” y a las constantes vacilaciones que caracterizan a los sectores juveniles del peronismo. Su posición de NO negociar la sangre derramada y su concepción de que la explotación y la dependencia no han sido erradicadas a pesar del gobierno peronista la ubican a la avanzada de la Tendencia Revolucionaria (*Posición*, n° 13, 4/1974, p. 25).

Como dijimos, esta caracterización se daba en abril del 74, cuando *MPL* estaba clausurada y el grupo político preparaba su nueva salida como *DF*. La fecha es interesante porque subraya la transición entre la última etapa de *MPL* –en la que la apuesta por la unidad hizo eje en el peronismo revolucionario– y la publicación de *DF*, en la que el agrupamiento explicitó que las diferencias con la izquierda no peronista debían supeditarse a la unidad concreta, en el enfrentamiento a la contrarrevolución.

Finalmente, otro elemento para destacar de aquella nota de *Posición* es que la revista dedicó una sección específica a “Tendencia”, lo que demostraba que la tira cómica había devenido en un hito característico de la publicación: “El ya famoso *Tendencio* es

un personaje ingenioso y revolucionario, agriamente crítico con el reformismo y el conciliacionismo” (*Posición*, n° 13, 4/1974).

En sus últimos números, *MPL* sintetizó los debates que venía dando dentro de la TRP y respondió a las críticas que la señalaban como “una publicación anti-JP o anti-M” (en referencia a Montoneros) caracterizándolas como una muestra de “pequeñez política”, producto de

... ignorar que la profunda preocupación de la revista por una política superestructuralista, de acuerdo con los sectores que no expresan a las masas [...] instrumentada por el sector del peronismo revolucionario con mayor capacidad de movilización y organización militante, está fundada en sentir a la Juventud Peronista como parte indivisible del campo del pueblo [...] La militancia revolucionaria peronista tiene ante sí la responsabilidad de mostrar la viabilidad histórica de un movimiento que en tanto sintetice los anhelos del pueblo, deberá marchar inexorablemente hacia la construcción de la patria socialista (*MPL*, n° 34, 7/2/1974, p. 3).

Alineados con la propuesta de una organización alternativa, apuntaban:

El verdadero peronismo, el peronismo de abajo, tiene una historia y una identidad política de la cual no reniega ni tampoco necesita acreditar ante nadie [...] Cuando esta identidad política plasme en organización independiente de la clase obrera y del pueblo peronista, entonces la patria socialista habrá dejado de ser aspiración y consigna (*MPL*, n° 37, 14/3/1974, p. 3).

Estas posiciones retratan la tensión de una identidad que, sin abandonar el peronismo, trastocó todas sus fronteras en respuesta al enfrentamiento con Perón y la ruptura explícita con la experiencia de su gobierno. El enfrentamiento fue tal que *MPL* se convirtió en un blanco privilegiado del agobie represivo. Sin embargo, a pesar de la clausura, al grupo le sobraba tinta: quedaban páginas por escribir.

Capítulo 6. *DF*: “peronismo sin Perón”, 2 de mayo - 25 de julio de 1974

Debemos recordar que la lucha no se libra en el Congreso, sino que la libran los propios trabajadores. Solo el pueblo salvará al pueblo, no podemos olvidar esto.
Diputado Rodolfo Ortega Peña, frente a los trabajadores de INSUD, 1974

El 13 de marzo de 1974, luego de que los ocho diputados vinculados a la TRP renunciaran a sus cargos legislativos en respuesta a la aprobación de las reformas al Código Penal, Rodolfo Ortega Peña asumía la banca en reemplazo del diputado —e integrante del grupo político de *MPL*— Diego Muñoz Barreto. Días después de la jura, sobrevinieron los hechos que ya hemos apuntado en el capítulo anterior: la clausura de *MPL* a través de un decreto firmado por Perón. Sin embargo, interesa comenzar con este acontecimiento político porque sintetiza el recorrido que, de manera más amplia, venía realizando el agrupamiento vinculado a *MPL*.

Como reconstruyen Celesia y Waisberg en la biografía de Ortega Peña, su asunción fue tapa del diario *La Opinión* publicado el 14 de marzo. La crónica del matutino hacía hincapié en el flamante diputado como “el único representante del Peronismo de Base” y revelaba la urdimbre de identificaciones que *MPL* venía expresando desde hacía meses (2007: 230). En efecto, Ortega no asumía el cargo como legislador del FREJULI, sino a partir de la conformación

de un bloque unipersonal y “de base”. Tras el acto, el director de *MPL* afirmó:

Deseo poner en conocimiento del pueblo de mi patria la firme decisión de guiarme en la labor parlamentaria por la consigna *la sangre derramada no será negociada* y por el cumplimiento del programa que fuera votado por el pueblo. Esa decisión que como militante peronista asumo me lleva a no poder integrarme en el bloque del FREJULI, convencido de que dicha estructura, en la actualidad, impide totalmente la asunción de aquella consigna (Celesia y Waisberg, 2007: 231).

La posición no solo espejaba el distanciamiento que había agrietando el vínculo entre el grupo y la experiencia del gobierno peronista, sino que además ponía sobre el tapete la transformación de la identidad peronista que habían comenzado a parir tras la asunción efectiva de Perón a la presidencia, en octubre de 1973.

Reorganizados en torno a *DF*, cuyo primer número salió el 2 de mayo de 1974, las tensiones y mutaciones políticas se pusieron de manifiesto a través de varias definiciones; entre ellas, recuperar el nombre del periódico de Cooke y apuntar que la revista era una “reedición” de aquel; convocar a Oscar del Hoyo —un viejo militante del EGP— como director responsable; incorporar a personalidades como Di Pasquale (dirigente sindical) o Gaggero (director del diario *El Mundo* y dirigente del FAS) en la escritura de notas o secciones, y la identificación explícita con el peronismo obrero.

En efecto, durante esta etapa, el grupo hizo dialogar la labor legislativa de Ortega Peña con la producción de una revista que se proponía ser tribuna para los conflictos de la clase trabajadora:

DF estaba muy relacionada con los conflictos de los trabajadores de los distintos gremios [...] había una cuestión que era permanente: como Ortega Peña era diputado, con Eduardo iban a las asambleas de los lugares de trabajo, porque los llamaban, los iban a buscar, y ahí se enteraban de los problemas, las reubicaciones y las luchas, y esas novedades se reflejaban en la revista, incluso antes del Congreso (Duhalde, M., 2014).

Con esta impronta, el primer editorial titulaba “De frente y hablando claro” y se presentaba a partir de una doble adscripción: a la tradición combativa del peronismo y a la experiencia de la clase trabajadora:

En aquellas páginas de *De Frente*, sobre la base de la gran cuota de coraje y talento del gordo Cooke, se pergeñaron los primeros esbozos teóricos y el enfrentamiento práctico de las corrientes revolucionarias del peronismo. Hoy, reeditar *De Frente* nos compromete y obliga a un gran esfuerzo colectivo, pues ya no está John con esa inmensa capacidad de los elegidos para resolverlo todo. Esta revista que solo pretende ser una herramienta de análisis para la militancia, sin embargo, no parte de cero. Se trata –tarea ímproba, pero no imposible– de volcar en páginas periodísticas, la experiencia y conciencia de un pueblo, en especial la clase obrera peronista [...] Desde esta perspectiva, la de las bases peronistas, nace esta revista abierta a todas las expresiones del campo popular, porque somos conscientes que la revolución no tiene más dueño que la propia clase obrera, ni más caminos que el de la construcción del socialismo (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 3).

Podemos comenzar apuntando, *grosso modo*, las continuidades y rupturas respecto al período anterior. En el plano de las rupturas, esta nueva etapa desconocía el liderazgo de Perón. La figura emblemática que surgía en su lugar era la de Cooke, quien siempre había sido una referencia explícita, pero ahora se presentaba como la encarnación del peronismo “de abajo”. Es interesante destacar que, debido a su ausencia física, la referencia al revolucionario peronista cumplía con esa “inactualidad” propia del peronismo verdadero: “Ya no está, con esa inmensa capacidad de los elegidos de resolverlo todo” (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 3). En íntima vinculación, *DF* hacía pie sobre la experiencia de la clase obrera peronista buscando expresar sus intereses y perspectivas. Podríamos decir que estas nuevas configuraciones resultaron del sincretismo entre los axiomas de la izquierda, “según la cual la clase obrera es portadora del socialismo”

y la convicción de que el peronismo (por su componente proletario) podía ser revolucionario (Caletti, 1980: 8).⁸³

En el plano de las continuidades, *DF* siguió postulándose como una herramienta crítica para “la militancia y las bases”, abierta a “todas las expresiones del campo popular”. Estas definiciones respondían a la apuesta frentista que seguía esgrimiéndose como salida revolucionaria frente a la compleja coyuntura. Como hemos dicho, el llamado a la unidad de las organizaciones interpelaba a las FAP y al PB, al MR17, al FRP y a figuras políticas como Alicia Eguren de Cooke y Raimundo Ongaro; todos ellos con una praxis armada alejada de Montoneros (Rot, 2016: 116). Del lado de la izquierda no peronista, el vínculo con organizaciones como PRT-ERP, ERP 22 de Agosto o el FAS llegó a ser estrecho. Respecto del FAS, Ortega Peña fue orador en el VI Congreso realizado en Rosario durante el mes de junio. A su vez, la revista acordaba con muchos aspectos de su programa y bregaba por sus consignas desde las páginas del semanario.

Desde una perspectiva programática, la publicación mantuvo su independencia política y su búsqueda central giró en torno a “ser puente” entre los actores mencionados. La diferencia con *MPL* —sobre todo en sus primeros momentos— es que, ahora, las cartas estaban echadas: explicitando su *clasismo*, *DF* se definía “antiimperialista, anticapitalista y antiburocrática” desde el primer editorial. En un contexto de enfrentamiento abierto con Perón, esas definiciones significaron un quiebre definitivo con el líder peronista (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 3).

“Solo el pueblo salvará al pueblo”. El enfrentamiento con Perón, la identidad peronista y la representación de la clase obrera

El primer número de *DF* circuló el 2 de mayo, luego del enfrentamiento entre Perón y las organizaciones hegemónicas de la TRP, en

⁸³ En el artículo citado, el autor analiza críticamente la conjugación de estos axiomas en el interior del peronismo revolucionario.

el marco de la conmemoración del día del trabajador, en la Plaza de Mayo. Como apunta Gillespie, el 1º de mayo de 1974 desnudó la aversión de Perón respecto de la izquierda, en general, y la peronista, en particular. Según el autor, Montoneros y la JP habían asistido al acto con la intención de protagonizar una “asamblea popular” que consiguiera que el líder explicara el rumbo de su gobierno, pero se retiraron coreando “aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va” mientras Perón los tildaba de “imberbes” y “estúpidos que gritan” (Gillespie, 2008: 235).

El grupo de *DF* no demostró sorpresa frente a los acontecimientos. Por el contrario, los hechos fueron leídos como una implosión esperada, producto de que el gobierno encarnaba un peronismo “burocrático y burgués” que no estaba dispuesto a rendir cuentas. La nota central de este primer número titulaba “Sin diálogo posible” y reducía el enfrentamiento a una disputa entre sectores del activismo entre sí y con Perón. Para el grupo de *MPL-DF*, “el pueblo” no había asistido a Plaza de Mayo, puesto que “sabía que poco tenía para festejar”. Afirmaban:

Los hombres y mujeres que de cientos de millares, por impulso propio, daban el marco multitudinario de las concentraciones peronistas, no fueron. La clase obrera, con su ausencia, expresaba su ajenidad a una política que no es la suya y a un acto que tampoco era para sí (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 4).

Al igual que *MPL*, *DF* se alineaba al peronismo obrero y (se) construía políticamente como canal de expresión del estado de ánimo de las bases. Desde la primera publicación, la revista ponía en juego la disputa por la representación del pueblo, que no solo enfrentaba al propio Perón, sino también, como veremos, a las organizaciones Montoneros-JP. En efecto, la nota evaluaba como “correcta” la decisión del PB de no concurrir al acto, puesto que “los peronistas de abajo no fueron a la plaza” (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 4). Esta construcción política es realmente significativa si retomamos algunos aspectos claves de la tradición peronista. Como afirma Sli-pak, la concurrencia a la plaza –y aún más, la presencia enmarcada en la celebración del día del trabajador– formaba parte de la di-

mención mítica de la identidad peronista. Siguiendo a la autora, la asistencia de Montoneros-JP el 1º de mayo trascendió el accionar de orden estratégico y se vinculó con la construcción y el sostenimiento de una identidad (2015: 353). En contrapunto, la decisión política de *no* asistir –prescindiendo del encuentro con Perón– nos habla de otra construcción identitaria: aquella que jugaba sus fronteras a partir de la reinención de la tradición peronista evocando solo a la clase obrera.

En efecto, *DF* analizaba el sentido de ese 1º de Mayo y del acto organizado por un gobierno que “de popular ya solo tiene sus orígenes”, y señalaba que la gestión peronista se había visto “obligada” a convocar a la plaza para evitar el descontento que hubiera generado que Perón violara la promesa realizada el 12 de octubre y “la memoria histórica de la masa peronista, acostumbrada a festejar esta fecha”.⁸⁴ También explicaban que el operativo represivo montado por el gobierno era directamente proporcional a su temor hacia “la masa obrera”, aunque luego haya sido la principal ausente en ese acto (*DF*, n° 1, 2/5/1974, pp. 6-7). Que una revista peronista afirmara que el gobierno de Perón le temía a los trabajadores –columna vertebral del movimiento– era profundamente provocador, lo mismo que apuntar que aquellos no habían asistido, transformando al acto en una “concentración de activistas –de la burocracia y del peronismo que hegemoniza Montoneros– que solo había servido para develar la posición política del viejo caudillo (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 4).

En relación con esto último, *DF* sostenía que Perón había resignificado los conceptos de liberación, justicia social, democracia y libertad en favor de los intereses dominantes, demostrando que

... liberación nacional solo significa respeto y concesiones vitales a las empresas multinacionales [...] justicia social significa un pacto entre la patronal y sus personeros: esa burocracia sindical

⁸⁴ La referencia a la “promesa de Perón el 12 de octubre” se refiere al hecho de que, en su discurso de asunción, el líder había afirmado que “durante este gobierno [...] y siguiendo la vieja costumbre peronista, los días primero de mayo de cada año he de presentarme en este mismo lugar [Plaza de Mayo] para preguntarle al pueblo aquí reunido si está conforme con el gobierno que realizamos” (Perón, J. D., 12/10/1973).

que sistemáticamente traicionó y traiciona las reivindicaciones obreras, un pacto que perpetúa la forma y el grado de explotación [...] que libertad y democracia significan represión –legal e ilegal– de todo intento de expresión de los intereses de la clase obrera [...] demuestra que los objetivos de este gobierno no pueden ser nunca populares (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 7).

Para el agrupamiento, el enfrentamiento en Plaza de Mayo ponía sobre la mesa, como conclusión irrevocable, dos premisas que venían esgrimiendo hacía tiempo: el carácter “antipopular” del gobierno y la imposibilidad de concretar la unidad dentro del movimiento, atravesado por “el contenido de clase de dos proyectos que se enfrentan” de manera antagónica. En ese enfrentamiento, el presidente jugaba un papel clave, puesto que además de haber demostrado “que no admite un diálogo popular, ni una crítica, en [su] discurso, el Gral. Perón define claramente a la Tendencia Revolucionaria como ‘el enemigo principal’ [en una] declaración de guerra contra los sectores revolucionarios del peronismo” (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 7).

Como venía siendo común en la labor político-editorial del grupo, la coyuntura marcaba el ritmo de las publicaciones. La centralidad de los acontecimientos del día del trabajador eclipsó la salida de *DF*. Pero en esta primera publicación, la revista también se posicionaba sobre hechos anteriores, como la clausura de *MPL* junto con otros medios revolucionarios, o la convocatoria a una gran paritaria nacional enmarcada en la política del pacto social. Hechos que fueron interpretados como la expresión de políticas que buscaban consolidar al “peronismo de arriba”. Como ya hemos dicho, *DF* se refería a la clausura de *MPL* publicando una (auto)entrevista a sus directores, Ortega y Duhalde, en la que ambos caracterizaban al gobierno:

Militancia ha sido consecuente con sus propósitos iniciales. Cuestionar y desnudar el “orden de la dependencia”. Si el gobierno ha visto en su prédica una subversión, entonces es porque este gobierno, en la disyuntiva liberación o dependencia, marcha por los carriles de esta última (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 11).

Respecto de las paritarias, titulaban “la gran paritaria nacional, un acuerdo para tontos” e insistían (como siempre lo habían hecho) en que la política económica solo representaba los intereses de “la Argentina Potencia”. A partir de un lenguaje abiertamente marxista, refutaban:

La realidad depende de los intereses de clase que la configuran, por eso los resultados de la paritaria son los únicos reales solamente desde la perspectiva de los burócratas, la patronal y el imperialismo. Son los únicos reales porque son los que les permiten conseguir su objetivo: ganar tiempo para explotar más y mejor a la clase obrera y a los sectores populares (*DF*, n° 1, 2/5/1974, p. 22).

El cuestionamiento al acuerdo entre clases era una huella de origen para el grupo de *MPL-DF* y se ligaba con la apuesta por la potencialidad revolucionaria del peronismo. Desde esta perspectiva, la construcción del socialismo debía haber sido la realización económica-política del gobierno popular. Siguiendo el análisis que De Diego realiza para la revista *Crisis* –coetánea a las publicaciones aquí analizadas–, podríamos afirmar que el grupo político *MPL-DF* también expresó una situación paradójica: aun cuando reconocían, rescataban y asumían valores propios a la tradición peronista, todos ellos

... se habían puesto de manifiesto con la caída del peronismo: son los valores de la mítica resistencia peronista, de la militancia clandestina, del líder en el exilio, de los años de proscripción. No es extraño advertir que la más clara identificación de la revista [el autor habla de *Crisis*, pero ello es claramente aplicable a nuestro análisis] sea la de John William Cooke (De Diego, 2000: 31).

El pacto de clases –pilar fundamental de los primeros gobiernos peronistas– se desechaba a partir de la experiencia política de los trabajadores peronistas durante el período de resistencia y proscripción, asumiendo una importancia clave para un grupo que entretejía su identidad peronista-revolucionaria con hilos del marxismo. El

editorial del segundo número volvía sobre estas *operaciones ideológicas* y bajo el título “Solo el pueblo salvará al pueblo”, explicaba el liderazgo de Perón como un elemento del pasado:

Simplemente ocurre que quienes forjaron los 18 años de resistencia al grito de “Perón o muerte” lo hicieron así puesto que el nombre de aquel esencializaba las conquistas del pasado y las esperanzas del futuro. Levantaban sintéticamente una experiencia –la propia– y un proyecto político, que en cada enfrentamiento [...] se iba radicalizando, hasta hacer visible que esas tres grandes banderas de Justicia Social, Independencia Económica y Soberanía Política solo eran posibles de lograr mediante la construcción de la patria socialista [...] Las fuerzas sociales antagónicas que acampaban bajo la sombra del viejo caudillo tienen planteado entre sí un enfrentamiento inconciliable [...] En el enfrentamiento, Perón ha optado. Ya su nombre no expresa a los descamisados del 17 de Octubre, a los cabecitas que irrumpieron en Buenos Aires en la década del 45-55 exigiendo ser protagonistas de la historia, a los anónimos héroes de la Resistencia, a los obreros de Rosario que resistieron la Libertadora, a los del Lisandro de la Torre, del Cordobazo, a los combatientes de las organizaciones armadas, a Cooke y a Evita [...] Ahora más que nunca, los peronistas tenemos en claro que solo el pueblo salvará al pueblo, pero no con un aleatorio espontaneísmo [...] la organización independiente de la clase obrera y el pueblo, rescatando la experiencia de los últimos 19 años, es una exigencia concreta (*DF*, n° 2, 9/5/1974, p. 3).

Destacamos que, en este pasaje, también se hacía hincapié en la experiencia de la clase obrera durante el primer peronismo. Como ya lo habían hecho desde *MPL*,⁸⁵ el agrupamiento ponía en juego su reinvencción de la propia tradición, enfatizando el rol de los trabajadores y su protagonismo en la política argentina, antes y después de

85 Por ejemplo, en la “Sección Polémica” del n° 28, en la que la voz de los personajes obreros “El Negro” y “Francisco” interpelaba a Perón, recordándole los tiempos del primer peronismo (45-55), cuando los trabajadores se quedaban en la plaza para defender a su líder, a pesar de que los mandara a casa (ver capítulo 5 y Stavale, 2021b).

1955. El señalamiento es importante porque abona aquella idea que ya habían esbozado en *MPL*: Perón fue líder mientras representó los intereses de la clase obrera; dejó de serlo al encarnar los intereses de la burguesía, la burocracia y el imperialismo.

Pero *DF* avanzaba un paso más y, amparándose en el nivel de conflictividad obrera, afirmaba la existencia de un enfrentamiento efectivo entre los trabajadores y Perón. Siguiendo a J. C. Torre, vale destacar que, en efecto, las luchas obreras no cesaron luego de que su líder histórico asumiera la presidencia. Incluso, el autor apunta que la paritaria había sido pensada para el mes de junio, pero se adelantó a febrero por pedido de los dirigentes gremiales, debido a que “las luchas obreras se sucedían en abierta rebeldía” (1982: 104). Esta coyuntura servía de apoyatura para que el grupo dirigido por Ortega Peña y Duhalde afirmara que este momento histórico se encontraba signado por un enfrentamiento abierto “entre el proyecto del general Perón y el del peronismo de abajo”, encarnado por “sus expresiones militantes” (*DF*, n° 2, 9/5/1974, p. 22). Aquí, la disputa por la representación de los trabajadores peronistas se llevaba a cabo con Perón. La revista afirmaba que el 1° de Mayo se había convertido en una fecha bisagra, puesto que había abierto el juego de una lucha explícita, que lo enfrentaba a la otrora columna vertebral de su movimiento. Un elemento clave en esta argumentación era el carácter antiburocrático de muchas de las disputas obreras: *DF* hacía pie en el cuestionamiento de las bases a la “burocracia sindical” y lo asociaba mecánicamente a un enfrentamiento con Perón.

Este hecho se nutrió, además, de las expresiones públicas del viejo caudillo que, por su parte, siguió defendiendo a los dirigentes gremiales. El 13 de mayo se expresó frente a la Comisión Organizadora del acto del primero y afirmó:

Esos 1° de Mayo y esos 17 de Octubre que festejábamos hace veinte años ya no tienen las mismas características. Entonces veíamos una masa inmensa que se juntaba y transitaba por ahí. En la actualidad hay un amago de infiltración y de acción disolvente, que trabaja no solo dentro de las organizaciones sino también fuera de ellas (Perón, 2012).

Con respecto a las expresiones antiburocráticas del movimiento obrero, afirmaba que las “organizaciones de base” habían surgido “como caballos de Troya” (es decir, como infiltrados en el interior del movimiento), “como si la organización sindical no fuese la organización de base más grande que existe. Es un invento nuevo. Son intentos de disociación y de anarquía y ceder es muy peligroso” (ídem).

La revista retomaba estas pronunciaciones en una nota titulada “La lucha de clases, la militancia y la contradicción principal” publicada en el n° 3. Luego de citar las palabras del líder, *DF* encaraba un análisis político-ideológico sobre las implicancias de sus definiciones. En principio, analizaban el rol que la dirigencia gremial tenía en la lucha de clases, para vincularlo al carácter ideológico del proyecto peronista y afirmar que “el enemigo principal de su proyecto de Argentina Potencia [el *su* refiere a Perón] es justamente la clase obrera”. Líneas adelante, afirmaban que el aval del presidente a la burocracia significaba “una clara definición política: el reconocimiento de que el proyecto que se defiende es el de la patronal capitalista, un proyecto que pasa por la ‘reconstrucción política del capital’” (*DF*, n° 3, 16/5/1974, p. 29).

Con el primer aniversario del 25 de mayo como escenario, *DF* enfatizaba las continuidades entre el gobierno peronista y la dictadura militar, y afirmaba que la opresión gubernamental se enfrentaba con obreros “cada día más conscientes y organizados”. Esto es interesante y abona a la disputa por los trabajadores peronistas: lo que se buscaba enfatizar era la desvinculación entre Perón-Pueblo, díada que para el agrupamiento estaba lejos de ser irrefutable. Al igual que los “burócratas sindicales”, Perón ya no representaba a las bases porque estas habían adquirido “una clara asunción de posiciones anticapitalistas y antiburocráticas” (*DF*, n° 4, 23/5/1974, pp. 3 y 5).

Con esa línea, pero en la tapa, *DF* publicaba la fotografía de los trabajadores de la fábrica Matarazzo junto con una banda diagonal en la que se leía: “Cárcel para los obreros”. El número reconstruía ese conflicto fabril, junto con el de Gatic y al paradigmático caso

de Villa Constitución.⁸⁶ Matarazzo y Gatic concentraban la atención de la revista, porque ambos testificaban sobre la represión al movimiento obrero: las medidas de fuerza de los trabajadores fueron motivo de detención de muchos de ellos. En ese sentido, *DF* afirmaba: “A lo largo de todo este conflicto se muestra claramente lo que significa el pacto social. Los compañeros [...] conocen, ya de sobra, la explotación de la patronal, la represión que la sostiene y las leyes que la acompañan”. Respecto del “villazo”, la revista titulaba “Unidos hasta la victoria” y publicaba la resolución de un congreso de delegados en el que los metalúrgicos denunciaban el incumplimiento del gobierno del acta que, firmada en marzo, reconocía los cuerpos de delegados y comisiones internas de Acindar, Metcon y Marathon (*DF*, n° 4, 23/5/1974).

El giro clasista de *DF* se expresaba con el seguimiento de los conflictos obreros, pero, también, con definiciones marxistas del análisis de la realidad sociopolítica que, ahora, se presentaban sin rodeos. Ejemplo de ello, la publicación de una nota firmada por Rubén Dri, titulada “Nacionalismo y clasismo”, en la que se definía al sujeto de la revolución:

Si tomamos como agente de la revolución *al pueblo*, caemos en el *movimientismo* que nos lleva derecho al pacto social para diluir la lucha de clases; si pensamos que el agente es *la nación* agredida por el imperialismo, nos encontramos con que explotadores y explotados, obreros y patrones debemos ser unidos para defender a la patria de la agresión imperialista. Si en cambio pensamos que el agente es la clase obrera, la cosa aparece más clara [...] el verdadero agente de la revolución es la clase obrera, cuando impulsa un proyecto que engloba a toda la nación ava-

⁸⁶ Los conflictos obreros en Acindar, Marathon, Metcom (Villa Constitución) fueron paradigmáticos. “El villazo” comenzó en marzo de 1974 y comprometió el accionar de 2500 obreros que demandaron el levantamiento de sanciones a miembros de las comisiones internas y delegados, así como la inmediata convocatoria a elecciones. El conflicto quedaba inmerso en las elecciones generales de la UOM (realizadas entre el 5 y el 9 de marzo) en las que la burocracia sindical había ganado de manera fraudulenta. El reclamo de los trabajadores (centrado fundamentalmente en la democracia sindical) suscitó la solidaridad de empresas aledañas y de todo el pueblo de Villa Constitución, que se solidarizó con los obreros (Laufer, 2021).

sallada por los centros de dominación y arrastra a todas las capas populares, a todo el pueblo (*DF*, n° 4, 23/5/1974, pp. 18-20; las cursivas son del original, el subrayado es nuestro).

Si *MPL* aludió al “pueblo” y a la “clase obrera” como entidades intercambiables y equiparables, *DF* remarcó una contradicción que hizo decantar el análisis a favor del concepto de clase. A su vez, el grupo partió de la identidad política de los trabajadores, apuntando la necesidad de recuperar sus experiencias concretas: “[Lo que] existe [es] la clase obrera peronista [...] Si tenemos en claro lo que hemos dicho, no caeremos en la trampa de hacer un clasismo puro que [...] en definitiva es antimarxista porque quita al marxismo [...] la creatividad revolucionaria” (*DF*, n° 4, 23/5/1974, p. 20).

Con esta perspectiva, *DF* analizó el discurso de Perón frente al Congreso del Partido Justicialista el 24 de mayo, en el que volvió sobre la doctrina peronista para establecer las fronteras de una identidad que había sido (y seguía siendo) transformada por la otra “juventud maravillosa”. En esa oportunidad, Perón reforzaba la necesidad de cohesionar al peronismo en torno a los estandartes tradicionales y afirmaba:

Hay algunos que se dicen peronistas, que no piensan como pensamos doctrinariamente los peronistas [...] indudablemente, a todos los que se dicen peronistas y desvarían ideológica o doctrinariamente, deberemos recomendarles que lean “La comunidad organizada”, “La doctrina peronista” y “Conducción política” [...] El que no esté de acuerdo con la doctrina [...] que se vaya [...] no es suficiente con que yo diga que soy peronista para que todos crean que lo soy [...] En nuestro movimiento, nadie es peronista por derecho propio [...] es peronista el que siente la ideología y la doctrina del peronismo (Perón, 12/6/1974).

A lo largo de su discurso, remarcó con insistencia que era peronista y que estaba frente a peronistas, y dio cuenta de la urgencia de establecer la geografía política del movimiento y definir, sobre todo, sus fronteras. A la vez, volvía sobre textos fundacionales de esa tradición política para establecer sus contenidos político-ideológicos. Si en el pasado Perón se había beneficiado con la laxitud de las

fronteras de la identidad peronista –echando mano sobre el juego pendular, posicionándose hacia la izquierda o la derecha según la coyuntura–, ahora se veía obligado a restringirlas, definiendo criterios de pertenencia frente a lo que pudo haber percibido como una disputa por el liderazgo de su propio movimiento.

En la quinta publicación de *DF* –que además conmemoraba un nuevo aniversario del Cordobazo–, el grupo afirmó que Perón había establecido “la condición que fija *el peronismo de arriba*, para la pertenencia al movimiento” y respondía que “no existe ninguna ideología –en este caso, la peronista– sin un contenido de clase. Toda ideología supone una concepción del mundo, de la organización de la vida social destinada a dar legitimidad y a reproducir un determinado modo de producción”. Para el caso del gobierno peronista, ese modo de producción era el capitalista –basado en “la explotación del trabajo asalariado por el capital”– y la ideología definida por Perón buscaba ocultar la existencia de la explotación y la lucha de clases (*DF*, n° 5, 30/5/1974, pp. 4-5).

Apelando a un recurso que ya habían puesto en juego en *MPL*, retomaban a Cooke para discutir las definiciones del líder del movimiento. Así, volvían a decir que la ideología “solo puede ser o la *revolucionaria del proletariado* o la burguesa”. Aquí es interesante realizar dos señalamientos: primero, el acercamiento de *DF* con grupos de la izquierda marxista como el PRT-ERP, que venía apuntando esta correspondencia desde los tempranos setenta. En efecto, en el conocido debate FAR-ERP, la organización marxista-leninista sustentó la necesidad del partido revolucionario y la impugnación del peronismo, apuntando que

... la ideología siempre respondía a los intereses de una clase social, por lo que en la práctica solo podían existir dos ideologías enfrentadas: la socialista y la burguesa. Ambas eran separadas tajantemente para demostrar que no podía haber al respecto término medio o, dicho de otro modo, ninguna “tercera posición” (González Canosa, 2018: 17).

Estas similitudes coincidían con el giro clasista de *DF* y daban cuenta de un acercamiento que también los llevó a confluir en espacios comunes.

La segunda observación refiere al hecho de que, aun a pesar de sustentar el análisis en hechos concretos —como las luchas antiburocráticas del movimiento obrero—, *DF* asociaba a los trabajadores peronistas con la revolución de manera automática, es decir, partiendo de una concepción que postulaba a la clase obrera como sujeta a una suerte de immanentismo revolucionario. A partir de allí, construían políticamente el concepto de “peronismo de arriba”, y afirmaban:

En la medida en que se señala como enemigo principal a los sostenedores de la patria socialista, la ideología peronista, como decía Cooke, al no ser revolucionaria del proletariado peronista, no es otra que la ideología del peronismo burgués. Como toda ideología burguesa, la del peronismo de arriba tiene propósitos concretos: 1) Sustener como fundamental la conciliación entre el capital y el trabajo, a partir de afirmar que no existen intereses antagónicos de clase. La resultante es esa falsa alianza, el pacto social; 2) Resolver todas las cuestiones sociales dentro de las propias leyes del sistema (*DF*, n° 5, 30/5/1974, p. 5).

Siguiendo a Rot, observamos que *DF* encarnó la prédica de un grupo político que había llegado a ribetes de beligerancia completa respecto del peronismo gobernante. La revista declaraba el agotamiento del reformismo peronista que, sustentado en la armonía de clases, develaba sus propios intereses: “Una suerte de 18 Brumario local, pero sin sobrinos de Napoleón. Por el contrario, en su tercera presidencia, era el propio Perón quien interpretaba, en clave de farsa, la otrora fuerza nacional y popular del peronismo” (Rot, 2016: 114). En efecto, el semanario afirmaba que la clase obrera y el pueblo estaban “demasiado maduros para presentarse sumisamente a una nueva etapa de explotación, esta vez bajo banderas nacionales” (*DF*, n° 5, 30/5/1974, p. 7).

Abonando al argumento que sostenía un enfrentamiento entre las bases y Perón, el n° 6 publicaba una nota firmada por Di Pas-

cuale en la que el dirigente gremial afirmaba que el peronismo era de los trabajadores y ya no de Perón:

Este Perón habla de pacto social y PERÓN hablaba de justicia social; este Perón habla de asociaciones profesionales y PERÓN hablaba de dirigentes corrompidos, este Perón habla de leyes represivas y secretarios de superseguridad y PERÓN hablaba de que la única garantía era la movilización de la clase obrera y su presencia activa en las decisiones (*DF*, n° 6, 12/6/1974, p. 24; las mayúsculas son del original).

Jugando con las mayúsculas y minúsculas, Di Pascuale se refería a “este Perón”, encarnando los intereses de las clases dominantes. Debido a ello, la clase obrera quedaba como única “dueña de las luchas y de esa experiencia que armó contra todo, para entregársela a PERÓN. Porque este Perón la rechaza. Así, nosotros, la clase trabajadora, nos quedamos con nuestro PERONISMO” (ídem; las mayúsculas son del original).

Ese mismo número denunciaba que el gobierno “impulsado por el Gral. Perón [...] exige la quietud de los trabajadores y una actitud pasiva por parte de estos para su concreción” (*DF*, n° 6, 12/6/1974, p. 21). Como veremos a continuación, este fue el argumento central a partir del cual *DF* vinculó (y denunció) la asociación entre pacto social y política represiva.

Perón: “jefe de la represión”

La acusación a Perón como el representante de los intereses capitalistas tuvo su correlato lógico en la denuncia de su responsabilidad sobre la escalada represiva. Hemos visto que el grupo político dirigido por Ortega y Duhalde había sido pionero en develar el accionar de las organizaciones paraestatales como la pata ilegal del gobierno peronista, que además se daba herramientas legales para desarticular la resistencia. También hemos visto que en los itinerarios de Ortega, Duhalde y buena parte del grupo político existen numerosos ejemplos de la caracterización de la represión como una herramienta

consustancial e indispensable del sistema capitalista. En efecto, esta urdimbre interpretativa entretejió la labor de “la Gremial” y se sostuvo luego en el análisis de las revistas (Chama, 2010: 212).⁸⁷

En este último período, acorde con la escalada represiva que caracterizó al año 1974 –y que, en efecto, terminó con la vida de Ortega Peña en pleno microcentro porteño–, las denuncias impulsadas desde *DF* ocuparon un lugar clave.

Ya en el primer número, reconstruían la reunión que Perón había mantenido con representantes de la JP días antes del 1º de mayo, en la que el presidente respondió el cuestionamiento sobre las designaciones de Villar y Margaride afirmando: “No serán peronistas, pero son buenos policías”. Esta frase daba título a la nota en la que informaban que el presidente también había sido específico acerca del rol de las Fuerzas de Seguridad: “La policía es un aparato del gobierno y debe defenderlo. Villar y Margaride no son más que policías que cumplen con esa función, por lo tanto, todo aquel que ande armado, que se cuide” (*DF*, n° 6, 12/6/1974, p. 31).

Este tipo de definiciones fueron moneda corriente en los discursos del líder, que además avanzaba con políticas concretas como la promoción de López Rega a comisario general de la Policía Federal, la creación de la Superintendencia de Seguridad, la avanzada sobre las provincias que –como la otrora Buenos Aires o Córdoba– tenían gobernadores afines al progresismo de izquierda o, como vimos, la aplicación efectiva del nuevo Código Penal a las luchas de la clase obrera.

La promoción de López Rega –dirigente político de la Triple A– a comisario general fue tratada con profunda ironía desde las páginas del tercer número de *DF* y, según recuerda Marcelo Duhalde, acrecentó la furia de Perón y su círculo íntimo (2014). La nota titulaba “Tucho, de canillita a campeón. La historia del hombre que se hizo a sí mismo” y con este tono, afirmaban:

⁸⁷ El autor afirma que “la Gremial” impugnaba la posición del Poder Judicial por estar al “servicio de la dictadura” y por ser la “Justicia del sistema”. Subraya que esta concepción era tributaria de un marxismo convencional, que caracterizó a la Justicia como uno de los poderes del régimen liberal burgués.

En nuestra patria, cuna del tango, del colectivo, de la lapicera a bolilla, del pelapapas a cuerda y de tantas otras maravillas no podía faltar nuestro *self made man* [...] Este hacedor de su imagen acaba de darnos otro ejemplo, ante nuestra falta de osadía e imaginación, ¿qué hubiera hecho un común cabo de cuarto, retirado de la Policía Federal, en iguales circunstancias? Pues bien, ramplonamente hubiera intentado aumentar los haberes de su retiro, consiguiendo que los cabos ganaran un tanto por ciento más [pero] Daniel [...] no ha vacilado ¡en promover su ascenso a comisario general! Toda la carrera policial en un día, en un mágico decreto de Juan Perón. *Tucho de Canillita a Campeón* (*DF*, n° 3, 16/5/1974, p. 9).

El grupo apelaba a la sátira política para ridiculizar a López Rega, pero también al viejo caudillo, quien era responsable de la decisión de ascenderlo. Estas críticas, sumadas a la denuncia que venían difundiendo tanto desde *MPL* como en *DF*, tuvieron respuestas concretas por parte de las Fuerzas de Seguridad: por ejemplo, el servicio de inteligencia de la provincia de Buenos Aires tenía elaborado un informe titulado “Revista *Militancia*”, compuesto por recortes periodísticos referidos a la publicación o a la actividad política-universitaria de sus miembros.⁸⁸ A su vez, el círculo que rodeaba a Perón y que dirigía López Rega les impartía serias amenazas. Algunas de ellas fueron públicas y circularon en el semanario *El Caudillo* (*EC*), órgano oficial de la Triple A. *EC*, revista dirigida por Felipe Romeo, se había expresado contra *MPL* y ahora hacía lo propio respecto de *DF*. Ambas fueron caracterizadas como “la basura que ensucia los quioscos porteños. Aunque no por mucho tiempo” (*EC*, n° 26, 10/5/1974).

A su vez, *EC* publicó una tira cómica protagonizada por un personaje llamado “Ortodoxio” que satirizaba a “Tendencia”. La prensa de la derecha retomó al personaje de *MPL* para ridiculizarlo e intimidar a los sectores revolucionarios peronistas y marxistas. Las amenazas a la izquierda peronista y, en particular, a aquellos secto-

88 Legajo N° 336, “Revista *Militancia*”, Carpeta “Varios”, Mesa DS, Archivo DIPPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

res que –como *DF*– expresaban posiciones alternativistas fue aún más dura. En el n° 14, por ejemplo, el “Tendencio” de *EC* aparecía atado a un bombo, a punto de ser brutalmente torturado por “Ortodoxio”. A su costado, la figura de un diablito acotaba: “La salida independiente, viste” (*EC*, n° 14, 15/2/1974, p. 23).

Como apunta Rot, la embestida de la prensa ultraderechista no era fanfarronería: el autor reconstruye una reunión sucedida a mediados de mayo de 1974 entre Perón, López Rega y Villar, en la que miembros del grupo político como Ortega Peña, Duhalde o Mario Hernández fueron señalados como “marxistas encubiertos dentro del Justicialismo, que debían ser depurados del movimiento” (2016: 119). Lejos de ser intimidados, el grupo *DF* redobló la apuesta. Sus páginas se inundaron de denuncias frente a la política represiva del gobierno informando la tortura, detención o muerte de activistas de la izquierda revolucionaria. Estas acusaciones se emparentaban con la situación de países que, como Chile, padecían el terrorismo de Estado en todas sus dimensiones. De hecho, el Gral. Perón recibió a su par trasandino, Gral. Pinochet, en la base militar de Morón, en un acto cargado de simbolismos. Para el grupo *DF*, el encuentro representaba un “abrazo fraterno con el masacrador del pueblo chileno”, al igual que se había hecho con Banzer Suárez (dictador boliviano) o Bordaberry (Uruguay). Respecto de Pinochet, *DF* apuntaba que “es autor de uno de los más grandes genocidios contemporáneos [...] No se puede abrazar a Pinochet con la excusa de que la Argentina debe mantener relaciones con el mismo. Con él solo cabe el repudio más enérgico” (*DF*, n° 3, 16/5/1974, p. 33). Respecto de la situación nacional, el cuarto número publicaba una nota firmada por Manuel Gaggero en la que el exdirector del diario *El Mundo* apuntaba que el proyecto del “ala hegemónica del peronismo” necesitaba legitimar la tortura, otorgar impunidad a las bandas fascistas e insistir en crear un clima de terror “asesinando a militantes”, para poder implementarse (*DF*, n° 4, 23/5/1974, p. 37).

El grupo avanzaba con definiciones claras sobre la responsabilidad de Perón en la planificación del ejercicio represivo. La sexta publicación denunciaba el peligro de “mordaza” a *DF*, la creación de

un Comité de Seguridad y la embestida de la derecha peronista que se cobraba nuevas vidas militantes. Respecto del peligro de clausura que recaía sobre la revista, el editorial afirmaba:

Hoy debemos hablar de nuestra revista, sobre la que se cierne el peligro de una maniobra tendiente a amordazarla. Como sucedió con *El Mundo*, *El Descamisado*, *Militancia* y hace pocos días con *El Peronista* [...] Lo que en verdad se quiere reprimir –y se reprime– es esa realidad que, resistente y decidida, se niega a ser embretada en un nuevo proyecto dependiente [...] lo que realmente resulta insoportable para los ejecutores del proyecto de la Argentina Potencia son esa clase obrera y el pueblo, esa militancia activa, que forjadas en 18 años de luchas y combates acumulan experiencias en la búsqueda de formas organizativas superiores para la toma del poder y la construcción del socialismo en la Argentina (*DF*, n° 6, 12/6/1974, p. 3).

Como ya hemos dicho, la represión se explicaba como respuesta al nivel de conflictividad obrera. Siguiendo a Franco, podemos observar que, en efecto, el avance sobre el mundo obrero y sindical rebelde dio forma a un paquete de medidas que buscaron proporcionar “seguridad” en el mundo laboral y que se sumaron a las restricciones al derecho a huelga, la representación gremial y la utilización de la Gendarmería para custodiar plantas fabriles en conflicto, aplicadas por el Ejecutivo amparado por las llamadas “leyes represivas” (2012a: 91). A principios de junio, otra herramienta vino a sumarse a este paquete: la creación de un Comité de Seguridad que, presidido por el propio Perón, los ministros de Interior, Defensa y Justicia, y los comandantes generales de las Fuerzas Armadas, designaba como secretario de Seguridad al general de brigada Alberto S. Cáceres, quien fuera el jefe de la Policía Federal durante el lanussismo. En la nota central de este número, *DF* titulaba “Comité de Seguridad: Perón jefe de la represión” y afirmaba:

Tal vez en Argentina nadie crea con tanto fervor como el mismo Perón en su liderazgo carismático. Tan convencido está en que su estrella brilla con el antiguo fulgor (pareciera que el 1° de mayo no le dejó ninguna enseñanza) que se obstina en poner su

nombre y su figura en los actos más irritantes del gobierno. No solo reparte por doquier bendiciones a la burocracia sindical, intenta apuntalar el pacto social, avala los continuos desatinos del comisario general ministro del pueblo, sino que ahora asume la conducción de la represión contra todos los sectores que “coco-rean”, como a él gusta decir. Como es obvio [...] lo que más inquieta al gobierno [es] la rebeldía obrera expresada diariamente en las violaciones al pacto del hambre, con las tomas de fábricas con rehenes y la exigencia de una verdadera democracia sindical [...] Para devolverles tranquilidad [...] se ha creado este comité del garrote. A fin de otorgarle mayor eficacia también se ha creado una Secretaría de Seguridad. ¡Qué mejor para este cargo que el jefe de Policía de Lanusse! El general Alberto Samuel Cáceres vuelve a ser “un salvador de la patria” decidido a salvaguardar los valores de nuestra sociedad occidental y cristiana (también capitalista, rapaz y represora) (*DF*, n° 6, 12/6/1974, p. 6).

A través de un discurso abiertamente confrontativo (que, además, buscaba ridiculizarlo), *DF* apuntaba que el liderazgo de Perón era una cuestión del pasado y denunciaba su rol como principal ejecutor de la violencia opresiva del gobierno. Con esta perspectiva se posicionaron frente a los hechos conocidos como “la masacre de Pacheco”, en la que fueron asesinados dos militantes obreros y un activista juvenil del Partido Socialista de los Trabajadores (PST). La nota se titulaba “Habrá que ver si escarmentamos” y allí apuntaban:

No nos engañemos, aquí no existen grupos fascistas sueltos, independientes de cualquier tipo de estructura, que andan matando militantes populares indefensos por las calles [...] La ola de atentados [...] son la consecuencia directa de un proyecto político claro: el de la Argentina Potencia [...] ¿Cómo podrá el Presidente mantener un pacto social con obreros como los de Matarazzo o Gatic, o los docentes, o tantos otros miles de trabajadores que en el último año exigieron con la lucha un aumento de salarios? ¿Cómo defenderá la UOM su sueño de Patria Metalúrgica con obreros como los de Acindar o Propulsora, que “se portan tan mal” y reclaman con tanta insistencia

el derecho a la democracia sindical? ¿Cómo acallará el ministro del Interior las protestas por las torturas que padecen obreros o militantes populares? Está claro que solo a través de la represión, de aparatos ilegales que actúen cuando la Constitución y las leyes no alcancen (*DF*, n° 6, 12/6/1974, pp. 10-11).

Concluían con un tono desafiante, planteando un juego de palabras entre la frase de Perón que daba título a la nota y la lucha de los sectores populares; de esta forma, afirmaban: “Habrà que ver si escarmentamos”; y respondían: “Nuestra memoria es tan grande como nuestra historia y cada gota de sangre del pueblo ya está anotada en la columna del *debe*. Porque es una cuenta que [...] vamos a terminar de saldar en el momento preciso de nuestra definitiva independencia” (*DF*, n° 6, 12/6/1974, p. 11).

Las denuncias no se limitaron a las páginas del semanario. En carácter de diputado nacional, Ortega Peña pronunció un discurso en el acto organizado por el PST y allí afirmó: “La responsabilidad por estos asesinatos tiene nombre y apellido: Juan Domingo Perón” (30/5/1974).⁸⁹ A su vez, el dirigente del grupo político de *DF* se entrevistó con la revista del PST, *Avanzada Socialista (AS)*, y expresó que la masacre de Pacheco tenía como objetivo “intimidar y producir muertes ejemplificadoras” para evitar el trabajo político *de y con* la clase obrera. Replicando la línea editorial de *DF*, Ortega Peña afirmaba que la represión respondía a las “necesidades del pacto social” y surgía “desde el ámbito de la burocracia sindical con el consentimiento del gobierno y ejecutada posiblemente por cuadros militares, policiales o paramilitares”. Al final de la entrevista, el diputado respondía sobre el rol del viejo caudillo y afirmaba:

Creo que es lógico que Perón, que es el ejecutor de esa política del pacto social, trate de minimizar el episodio y lo haga aparecer como un conflicto menor entre facciones secundarias [...] Tiene lógica que quien está ejecutando conscientemente un proyecto neodesarrollista le reste significación. Por algo están Cáceres, Villar y Margaride como responsables de la repre-

89 Discurso extraído de *Izquierda Punto Info*, diario online: <http://www.izquierda.info/modulos.php?name=News&file=article&sid=12559> (fecha de última consulta: 11/12/2017).

sión. Al igual que en la dictadura militar cuando se les restaba importancia a estos episodios de tipo represivo, en esta nueva etapa de la política de las clases opresoras, es lógico que quien aparezca como responsable político del proyecto le reste significación, lo cual es inaceptable para los sectores populares (*AS*, n° 108, 18/6/1974, p. 7).

La masacre de Pacheco daba cuentas de que el proceso de depuración que había sido impulsado en 1973 multiplicaba sus tentáculos hacia fuera de la interna peronista y que no solo avanzaba sobre la militancia revolucionaria, sino que también embestía la institucionalidad democrática, atacando partidos políticos que estaban en la legalidad (PST) o gobiernos provinciales que habían ganado elecciones con amplia mayoría. Al decir de Franco, “la limpieza de las administraciones provinciales” había sido anticipada en el DR1 y fue consolidando “la utilización excepcional del instrumento legal de la intervención federal y el mecanismo intragubernamental del forzamiento de las renuncias de las autoridades provinciales” (2012a: 78). En junio se puso en marcha el proceso de intervención a la provincia de Mendoza, buscando llevar adelante un juicio político contra su gobernador, Martínez Baca. A su vez, pendía de un hilo la situación en Santa Cruz y en la provincia de Salta, provincias que terminaron siendo intervenidas en octubre y noviembre de 1974, respectivamente. *DF* alcanzó a cubrir la situación en la provincia mendocina, aunque ya adelantaba la complejidad de los casos salteño y santacruceño, denunciando que sus gobernadores debían convivir con vicegobernadores vinculados a los sectores verticalistas del peronismo. Respecto de Mendoza, analizaban el avance de “la ortodoxia peronista” contra un gobernador “débil”, que “no buscó ni alentó la movilización popular, sino que, por largos meses, intentó la buena letra con la burocracia nacional, denostó a los ‘infiltrados’, solicitó renuncias e hizo gala de toda clase de verticalismos” (*DF*, n° 6, 12/6/1976, pp. 5-6).

El quiebre entre el grupo de *MPL-DF* y Perón –crónica de una ruptura anunciada– devino insalvable. El agrupamiento dirigido por Ortega y Duhalde mantuvo su lectura sobre el líder peronista,

aun frente a acontecimientos claves como el último discurso público del anciano General, el 12 de junio de 1974.

**“Que algo cambie para que todo siga igual”:
12 de junio de 1974**

Más allá de las críticas que un semanario como *DF* podía disparar contra el gobierno peronista, hacia junio de 1974 la inestabilidad económica, política y social signaban la realidad concreta de la tercera presidencia de Perón. Siguiendo a Torre, entre marzo y junio se registró el promedio mensual más elevado de luchas obreras. El nivel de conflictividad desestabilizó el pacto social: la disputa de los trabajadores rompió el congelamiento salarial y los empresarios respondieron trasladando el costo a los precios, sin esperar autorización gubernamental. En efecto, el autor apunta que los dirigentes gremiales acudieron a Perón buscando una respuesta frente a un acuerdo que había pasado a ser “letra muerta” (1982: 5).

Frente a esta situación, el anciano General salió a los balcones de la Casa Rosada y, de cara a una multitud apresuradamente reunida, afirmó que había vuelto al país para unir a los argentinos y lanzar “un proceso de liberación nacional” mancomunado con una “revolución en paz y armonía”. A su vez, arremetió contra aquellos que, acusados de “interpretar malintencionadamente” sus mensajes y discursos, buscaban obstruir el proceso y socavar el acuerdo social (Perón, 12/6/1974). Perón intentaba poner fin a la polisemia que él mismo había fomentado, definiendo la relación entre peronismo y revolución a partir de la doctrina peronista. Es decir, como términos que, en lugar de hallarse esencialmente unidos—como siempre había sostenido la izquierda del movimiento—ahora resultaban dicotómicos. Respecto de las violaciones al pacto social, apuntó:

Pareciera que algunos firmantes de la gran paritaria están empeñados en no cumplir con el acuerdo [...] Yo califico a quienes están en esa posición como minorías irresponsables y las acuso de sabotear la reconstrucción nacional [...] sean empresarios o sindicalistas (ídem).

Respondiendo al pedido de auxilio de los jefes sindicales, el anciano General procuró subsanar el vacío político que generaba su proyecto gubernamental apelando a su autoridad política y carismática (Torre, 1982: 5). La necesidad de recuperar la iniciativa sobre un proceso cada vez más ingobernable lo llevó a amenazar con su renuncia, afirmando:

Cuando acepté gobernar, lo hice pensando en que podría ser útil al país, aunque ello me implicaba un gran sacrificio personal. Pero si llego a percibir el menor indicio que haga inútil ese sacrificio, no titubearé un instante en dejar este lugar a quienes lo puedan llenar con mejores probabilidades (Perón, 12/6/1974).

El nº 7 de *DF* circuló el 20 de junio de 1974 y junto con una fotografía de Perón, tituló: “Que algo cambie para que todo siga igual”. Como hemos adelantado, el número no contaba con el editorial de la dirección; en su lugar, publicaron una extensa nota en la que analizaron las implicancias político-ideológicas de las palabras de Perón, así como también la estrategia política supuesta detrás de su accionar. Para *DF*, el discurso del viejo líder respondió a la imperiosa necesidad de controlar la “combatividad de las bases” y el cuestionamiento a un programa económico que dejaba ver graves fisuras. Apuntaban que Perón

... no necesitó un planteamiento concreto para advertir la necesidad de *tomar las riendas*. Haciendo gala de su habilidad política jugó sus cartas más importantes, con el fin de controlar el desborde del proyecto que pilotea. La ambigüedad de las acusaciones contra los que sabotean el acuerdo social, su denuncia de la oligarquía y el imperialismo tradicionalmente visualizados por la clase obrera como enemigos del pueblo, su convocatoria a la movilización popular y la dramática amenaza de abandonar el gobierno [...] precipitaron en la concentración de Plaza de Mayo a importantes sectores populares, llamados por un Perón que aparecía hablando un lenguaje conocido, pero hace mucho tiempo no escuchado. Sin embargo, es imposible explicarse lo que pasó el 12 de junio al margen de lo que viene pasando desde la masacre de Ezeiza [...] Hay que tratar de detectar, tras

la retórica empleada por Perón, el verdadero significado de la convocatoria (*DF*, n° 7, 20/6/1974, p. 3).

A contramano de Montoneros, que había afirmado que Perón comenzaba a “tener en cuenta las orientaciones y críticas que nosotros le formulábamos” (Gillespie, 2008: 236), *DF* interpretaba el discurso de Perón como una estrategia política que buscaba encauzar un proceso desbordado y caracterizaban como crédulo a quien pensara que había habido un cambio en la posición del anciano General. Para el grupo dirigido por Ortega y Duhalde, “Perón [seguía] siendo Perón”. Esta provocativa afirmación no suponía un mensaje de aliento: lejos de conjeturar que el viejo caudillo volvía a ser aquel líder revolucionario que habían supuesto durante el exilio, lo que *DF* afirmaba era que nunca lo había sido. Es decir, que siempre había estado identificado con el proyecto de la “Argentina Potencia” y la represión desatada desde Ezeiza:

Es ingenuo –en el mejor de los casos– pensar que el Perón del 12 de junio es distinto al que conocemos a través de su proyecto explicitado en estos meses de gobierno. Ni su proyecto ha cambiado, ni sus aliados y enemigos han sido redefinidos (*DF*, n° 7, 20/6/1974, p. 3).

La revista iba más allá y afirmaba que lejos de una demostración de fuerza, el discurso de Perón daba cuentas del ocaso de su poder, íntimamente vinculado al enfrentamiento que suponían (y construían) con la clase obrera:

El 1° de Mayo, el presidente intentó convocar al pueblo bajo la consigna de “Conformes, General”, buscando el apoyo explícito a su proyecto. No lo tuvo. La ausencia de la clase obrera masivamente y el retiro del activismo que había concurrido mostró la falta de identificación de las masas con el proyecto de la Argentina Potencia [...] ese 1° de Mayo significaba así, abruptamente, el fin del liderazgo de Perón, la ruptura total de la clase obrera peronista con el propio Perón. La mayoritaria identidad peronista de la clase obrera no ha sido abandonada, lo cual no impide el cuestionamiento concreto al proyecto de Perón, a partir

de la propia experiencia de clase [...] De allí que [...] su única carta posible se haya reducido a plantear como motor de la movilización su amenaza de irse del país [...] lo hace con el claro propósito de consolidar su propio frente de alianzas (*DF*, n° 7, 20/6/1974, pp. 3-4; el subrayado es nuestro).

Como dijimos, la revista sostuvo el argumento de la ruptura entre Perón y los trabajadores basándose en el nivel de conflictividad obrera. El análisis de *DF* fue similar al realizado por el PB. La regional “Eva Perón” publicó una solicitada que se expresaba “sobre el acto, sobre los que llamaron al mismo, sobre las diferencias con otras movilizaciones y sobre las cosas que se dijeron”. Allí, el PB hizo énfasis en que, quienes llamaron a la movilización del acto, fueron los “traidores [...] y politiqueros que votaron leyes como la Reforma del Código Penal, que solo ha servido para encarcelar a compañeros obreros. Vemos entonces que ya no es Evita las que nos convoca, sino los traidores que ella marcó a fuego” (Baschetti, 1999: 84-86). Respecto de las palabras de Perón –y con la misma línea que *DF*–, el PB apuntaba:

Nosotros estamos de acuerdo con que hay que enfrentar a la oligarquía, pero cada vez que enfrentamos con nuestra lucha a los oligarcas de nuestras fábricas y barrios se nos acusa de infiltrados y de violar el pacto social [...] Se dijo que el gobierno solo escucha la voz del pueblo, pero nadie escuchó la voz de miles y miles de trabajadores en huelga, de los compañeros asesinados por luchar por nuestros derechos [...] mientras que sí se escucha la voz de los milicos o de los gorilas como Balbín [...] Por eso este gobierno que elegimos nosotros ya no es popular (ibídem: 86).

A su vez, *DF* publicaba una nota firmada por Di Pascuale (dirigente sindical vinculado al basismo) en la que se afirmaba que “la campaña psicológica” denunciada por el presidente era ni más ni menos que la lucha de los trabajadores que “han pasado a ser infiltrados” por rechazar “las actitudes conciliadoras y burocráticas de las direcciones de sus gremios” y reclamar “por propio derecho lo que les pertenece”. El líder del Sindicato de Farmacia apuntaba que quienes habían concurrido al acto habían sido las organizacio-

nes de la derecha peronista, mientras que “ni los compañeros de Matarazzo, ni los de Acindar, ni los de Propulsora, ni los de Panam, ni tantos otros que estuvieron luchando contra el pacto social” asistieron (*DF*, n° 8, 27/6/1974, p. 12). Con este discurso, la revista replicaba *su* construcción del pueblo peronista y la clase obrera, identificándola exclusivamente con los sectores clasistas. Esta construcción obviaba las diferencias que existían sobre la caracterización del líder peronista en el interior de la clase obrera. En efecto, la nota terminaba apuntando que los trabajadores que se habían acercado a la plaza de forma espontánea lo habían hecho pensando, esperanzados, que “ahora lo echan a López Rega y a Gelbard, a lo mejor a Llambí y a Otero, y por fin empezamos una nueva etapa” (*DF*, n° 8, 27/6/1974, p. 13).

DF explicaba que la inestabilidad del proyecto gubernamental resultaba del conflicto obrero, pero también de la lucha de clases en el interior del movimiento peronista, la disputa de la militancia revolucionaria y los conflictos entre facciones de la clase dominante en el interior del “frente burgués”. Este cóctel político había obligado al presidente a recurrir

... hábilmente [a] los recursos ideológicos necesarios para lograr el apoyo buscado [...] se cuidó muy bien de identificar abiertamente a los enemigos de clase de su proyecto: las bases y los activistas sindicales, la militancia que lucha por el socialismo. Por el contrario, si bien mencionó a algunos sindicalistas y a los apresurados que sabotean el pacto social, el peso de su denuncia cayó sobre la oligarquía y el imperialismo. Claro que un “imperialismo” en general [...] con ello obvió desenmascarar a los principales responsables del desabastecimiento y del mercado negro: el imperialismo insertado en nuestra propia estructura productiva y expresado a través de la burguesía monopólica industrial a él asociada, de distintas maneras (*DF*, n° 8, 27/6/1974, p. 6).

Lejos de ese Perón débil y supuestamente cercado del análisis de *MPL* en la primera etapa, *DF* no titubeaba en afirmar que el viejo líder había apelado a sus habilidades políticas para sensibilizar al

pueblo y a los trabajadores, con el objetivo de encausar un proyecto político que iba en detrimento de sus intereses. Con esta línea, a un año de la masacre de Ezeiza, la revista publicaba una nota titulada: “Los culpables están en el gobierno”, en la que realizaban una crítica y autocrítica de las lecturas de la izquierda peronista sobre los hechos del día 20 de junio. Comenzaban afirmando que “la lectura de las publicaciones de aquellos días –algunas de cuyas partes reeditamos– dan cuenta de la magnitud de los sucesos de Ezeiza. Pero también de la ingenuidad con que muchos caracterizamos esos mismos hechos”. *DF* criticaba los argumentos de la teoría del cerco y apuntaba contra algunos sectores que “todavía la mantienen”, a pesar de que los responsables gobernaban junto con Perón. En este punto, la revista cuestionaba con ironía:

En un año pasan cosas tales como que el responsable mayor de Ezeiza [refieren a Osinde] ahora sea embajador de Paraguay. Embajador del gobierno peronista [...] En un año se pueden comprobar algunas cosas. Como por ejemplo si efectivamente se trababa de “infiltrados”. O no [...] En un año se puede llegar a entender qué pasa con la realidad; quién es quién en el campo del pueblo y del enemigo. Porque si el 20, sin entender, puteábamos, hoy entendemos y puteamos igual [...] En un año se pueden cometer equivocaciones, errores políticos de apreciación de la realidad. Y se puede modificar el rumbo. O no. Simplemente mantener actitudes vacilantes, contradictorias [...] En un año un líder puede, si quiere, reencontrarse con su pueblo para dialogar sobre la traición, para tomar una posición clara al respecto de algunos hechos. Como el de Ezeiza, por ejemplo... O no (*DF*, n° 7, 20/6/1974, pp. 29-31).

La cita es interesante, puesto que nos da el pie sobre los dos ejes que restan analizar: la propuesta de *DF* y la discusión con los sectores hegemónicos de la TRP (sobre todo, Montoneros-JP) por la caracterización realizada sobre Perón y la salida política frente a la coyuntura.

El grupo político no abandonó el peronismo aun cuando en esta etapa la ruptura con Perón fue explícita. *DF* siguió definiendo-

se peronista, revolucionaria y obrera, reconociendo al movimiento popular como identidad política de los trabajadores. La diferencia estribó en el gesto de autonomía, pues ese movimiento excluyó al viejo líder: una suerte de “peronismo sin Perón” —alternativa conocida por algunos miembros del agrupamiento por sus previas filia-ciones con el vandomismo—, aunque resignificado desde una perspectiva de izquierda. En efecto, como veremos a continuación, la apuesta política consistió en la conformación de una organización independiente de la clase obrera, nutrida por la coordinación entre organizaciones revolucionarias y populares.

Por la coordinadora de lucha de organizaciones revolucionarias y populares

La apuesta por espacios políticos amplios fue una constante en la construcción del grupo analizado. En efecto, la estrategia frentista se había delineado en los espacios de experiencia previos, se imprimió como política editorial en *MPL* y se transformó en una urgencia para la prédica de *DF*.

Como hemos visto, el agrupamiento sostenía que todas las organizaciones revolucionarias formaban parte del campo popular. Con este criterio y en la coyuntura represiva de 1974, las diferencias políticas entre la izquierda peronista y la marxista eran relegadas a un plano secundario, como “diferencias tácticas” entre quienes tenían un solo objetivo: construir la patria socialista. Así, las páginas de *DF* proclamaron la unidad, abriéndose

... a todos los sectores del campo del pueblo y a las expresiones revolucionarias de la militancia, para que desde aquí se genere el debate necesario [...] sin sectarismos mezquinos, que permita esa formulación teórica que ponga fin al empirismo ciego y a la debilidad ideológica donde acecha el reformismo (*DF*, n° 3, 16/5/1974, p. 3).

Como ya habían sostenido en *MPL*, la estrategia frentista tenía por antecedente el accionar conjunto de las organizaciones revolu-

cionarias en Trelew. En efecto, y ya en el n° 2, *DF* publicaba una nota titulada “Unidad en la sangre, testamento político que es mandato imperativo”, en la que se limitaban a replicar los testimonios que Bonet y Pujadas (PRT-ERP y Montoneros, respectivamente) dieron en el aeropuerto de Trelew, antes de ser fusilados. En aquella oportunidad, ambos dirigentes habían apuntado –entre otras cosas– que “todas las organizaciones que están aquí, Montoneros, FAR, ERP, somos hijos del pueblo” (Bonet) y que la acción conjunta había sido “significativa de nuestra voluntad de unirnos” (Pujadas) (*DF*, n° 2, 9/5/1974, p. 15).

Este mensaje político se dirigía a la militancia que quería la confluencia y buscaba presionar a Montoneros-JP que, como dijimos en el capítulo anterior, rechazaba públicamente la posibilidad de confluir con la izquierda marxista. Sin embargo, esta resistencia no era nueva en Montoneros; en efecto, signó la práctica de esa organización antes y después de la masacre en Trelew. En primer lugar, porque fuera del penal de Rawson, la cúpula montonera no se comprometió con el plan de fuga; en segundo lugar, porque, luego, cuestionaron a las FAR por su accionar conjunto con ERP en acciones armadas como la “ejecución” del general Juan Carlos Sánchez, en 1972 (González Canosa, 2021). En este punto, la apelación a reeditar “el Frente de Trelew” en 1974 puede suponerse como una construcción política de *DF* en pos de la unidad; un modelo a seguir, mitificado por la épica de la fuga y la tragedia de la masacre.

En efecto, la prédica política de la revista en esta última etapa buscó construir puentes entre sectores políticos que, aun disímiles, podían ser permeables para la construcción de un frente revolucionario. Este debate puede pensarse en dos planos: el primero de ellos fue el que se dio en el interior de la izquierda peronista. Siguiendo a Rot, apuntamos que, en esta etapa, el grupo creció “en la perspectiva de fusionar a las organizaciones del peronismo revolucionario en una misma organización”, aun cuando el diálogo se estableciera solo con las organizaciones afines a la propuesta *alternativista* (Rot, 2016: 116). En segundo lugar, tanto a partir de *DF* como del rol político que Ortega Peña jugaba desde la Cámara de Diputados, el agrupamiento construía acuerdos con sectores de la izquierda no

peronista, sobre todo a través del FAS, cuyos ejes programáticos eran afines a los defendidos por la revista.

Es posible suponer que el seguimiento, contacto y visibilización política que *DF* sostenía sobre los conflictos obreros es una clave para pensar el debate que el grupo buscaba dar para con las organizaciones revolucionarias. A nivel de fábrica y en muchos de los casos, la lucha proletaria supuso una “unidad en la acción” entre obreros y activistas de organizaciones de la izquierda como el PRT-ERP y aquellos vinculados a las organizaciones de la TRP. Esta unidad primó en el plano sindical y

... estuvo motivada por la práctica de militantes fabriles que tendieron a dejar de lado las discusiones político-ideológicas [entre] las direcciones de sus organizaciones [priorizando] la coordinación en acciones comunes y organismos de base en la lucha contra su enemigo común: la burocracia sindical (Stavale, S., 2017: 81).

En efecto, algunas experiencias concretas de las luchas obreras reflejaban esa unidad: el 20 de abril se había realizado en Villa Constitución una jornada antiburocrática y antipatronal, convocada por el comité de lucha. *DF* destacó que el congreso había contado con una concurrencia masiva, apuntando la presencia de representantes del PB, del FAS, dirigentes del sindicalismo combativo y de Ortega Peña, en calidad de diputado. Es interesante resaltar que esta interpretación fue compartida por la revista *NH*, vinculada al PRT-ERP, que titulaba: “Villa Constitución: en el plenario triunfó la unidad” (*NH*, n° 62, 5/1974, pp. 6-7). A su vez, la experiencia fue clave porque puede considerarse un antecedente para la formación de las coordinadoras interfabriles de 1975 (Chirico, 2013). Esta realidad concreta sumada al diagnóstico político que, como vimos, el grupo venía realizando sobre la lucha de clases, iluminan la urgencia del debate con el que *DF* buscaba interpelar a los sectores revolucionarios, en general, y a los peronistas, en particular.

Aquí es necesario volver a señalar que la apuesta política de *MPL-DF* retomaba una propuesta de unidad que se había esbozado como posible en el período preelectoral (1970-1972), pero que,

frente al cambio de coyuntura vinculado al regreso de Perón, había quedado desdibujada en el interior del peronismo revolucionario. En efecto, el n° 3 de *DF* publicó una nota escrita por Manuel Gaggero que se titulaba “Hacia la Formación de un Frente de Liberación”, en la que realizaban un diagnóstico de situación sobre las alternativas frentistas, haciendo énfasis en el cimbronazo que habían significado las elecciones de mayo de 1973. El director interino del diario *El Mundo* afirmaba que a pesar de la crisis “definitiva” entre los objetivos del “peronismo burgués” y los de las masas obreras, el proceso “encuentra al campo popular dividido” por las diferencias surgidas a partir de las interpretaciones sobre “el hecho electoral y el gobierno que surgía”. Gaggero reconstruía las corrientes existentes dentro del campo popular, diferenciando a los *movimientistas* —que entienden que es en el seno del movimiento “donde se libra el combate entre clases antagónicas”— de las “organizaciones de la izquierda revolucionaria y del peronismo revolucionario”, que habían comprendido que “el peronismo iba a dejar las cosas como estaban y que Perón cumpliría al pie de la letra los lineamientos impuestos por el partido militar”. Estas diferencias eran señaladas como “secundarias y no antagónicas” frente al avance represivo que debía poner “en primer plano la necesidad de la unidad”. En esta línea, concluía:

Las distintas experiencias organizativas como el FAS, la Juventud Peronista, el Peronismo de Base y las corrientes de la izquierda deben apuntar a sintetizar toda su práctica política y echar las bases de un gran FRENTE DE LIBERACIÓN que con la hegemonía de la clase obrera y teniendo como formulación estratégica la guerra popular prolongada contenga en su seno a todos los sectores [...] que se propongan liquidar la dependencia y marchar hacia la patria socialista (*DF*, n° 3, 16/5/1974, pp. 22-23; las mayúsculas son del original).

La publicación de notas escritas por un activista como Gaggero, militante del FRP y dirigente del FAS, se sumaron a otras definiciones político-editoriales que definían la apuesta política del agrupamiento. La revista expresaba su cercanía con aquellos sectores del

peronismo revolucionario, sindical y combativo que abonaban a una estrategia frentista. Como venía sucediendo desde la publicación de *MPL*, el vínculo ideológico entre el grupo y las organizaciones expresivas del *alternativismo* partía de coincidencias políticas (como el enfrentamiento a la política del tercer gobierno de Perón y el llamado a conformar una organización independiente que hiciera pie en la experiencia de la clase obrera) que se traducían en alineaciones concretas. Ejemplo de ello, *DF* reivindicó como propia la decisión del PB de no asistir a Plaza de Mayo durante el día del trabajador. Aún más, festejó la iniciativa de convocar a un acto en la Federación de Box de la Capital Federal el 29 de abril, a partir de la siguiente consigna: “Comencemos a ser dueños de nuestra propia experiencia. Pongamos en cada reivindicación todo lo aprendido en 18 años de lucha. Por un 1° de Mayo de los trabajadores, no de patronos y burócratas” (PB, afiche, 29/4/1974).

Pero el grupo daba un paso más y esgrimía como apuesta concreta la formación de una coordinadora entre organizaciones marxistas y peronistas que permitiera responder al avance represivo. En la entrevista a Ortega Peña que ya citamos, el diputado reflexionaba sobre la masacre de Pacheco y afirmaba:

Insisto en la necesidad de coordinar todos los sectores que se dan una política antiburocrática, anticapitalista y que enfrentan el pacto social a nivel de las movilizaciones de la clase obrera [coordinación] que es factible en la medida de que se tome conciencia de la naturaleza de la ofensiva de la derecha y, a su vez, se abandone todo tipo de sectarismo en la respuesta organizativa [...] las divergencias que pueda haber, tácticas o estratégicas, de los distintos sectores revolucionarios, no deben impedir formar una coordinadora (*AS*, n° 108, 18/6/1974, p. 7).

Si bien se trataba de una propuesta a nivel político porque se dirigía a las organizaciones revolucionarias y populares, resulta difícil no vincular la idea de una coordinadora con los debates que comenzaban a germinar a nivel de fábrica y que, como dijimos, fueron antecedentes de las interfabricales. Estas definiciones se vincularon a la política que el FAS venía esgrimiendo desde comienzos de 1974.

Siguiendo a Silva Mariños, observamos que el frente impulsado por el PRT-ERP buscó un acercamiento con el peronismo revolucionario en respuesta a la represión que venía agobiando a la militancia.⁹⁰ El grupo político *DF* y el FAS realizaban la misma evaluación política: para responder a la escalada represiva, era necesaria “la unidad entre la izquierda marxista y el peronismo revolucionario en las calles” (Silva Mariños, 2017). Aun cuando el FAS se compuso con personalidades de la izquierda peronista como Eguren, Gaggero y Jaime u organizaciones como el FRP desde su surgimiento, la intención fue incorporar a sectores como el PB o la JTP montonera, aunque ambas organizaciones se negaron —el basismo en menor medida que Montoneros— por ser un espacio político impulsado por el PRT.⁹¹

La intención de acercar al PB se fundamentó en coincidencias políticas profundas que se expresaron en la unidad en la lucha anti-burocrática, la resistencia a la represión o el posicionamiento sobre hechos concretos, como la decisión de no asistir a la Plaza de Mayo el día del trabajador (Stavale y Stavale, S., 2021). En efecto, la revista *NH* tituló “Conformes los burgueses, nosotros a luchar” que pertenecía al cántico que los militantes peronistas habían coreado en la Federación de Box (*NH*, n° 62, 5/1974, tapa y pp. 14-17).⁹² Estos últimos habían parodiado la consigna “Conformes, General” dispuesta por el gobierno para los asistentes al acto. A su vez, la militancia de Eguren en el espacio del FAS fue clave: “La referente del peronismo revolucionario comenzaba a ser la figura aglutinadora entre grupos como el PB y el PRT” (Silva Mariños, 2017: 193; Stavale y Stavale, S., 2021).

Las resistencias que existían en organizaciones del peronismo revolucionario para confluir con la izquierda marxista iluminan el rol que *DF* buscaba cumplir, tejiendo vínculos en ambas direccio-

90 En el marco de la escalada represiva, el presidente del FAS, Armando Jaime —militante peronista, dirigente gremial y miembro del FRP— fue detenido en Salta por protagonizar las luchas obreras contra el Ingenio Ledesma (Silva Mariños, 2017: 160).

91 A la vez, Silva Mariños cita una entrevista realizada por Pablo Pozzi en la que un activista del FAS recuerda que tanto el basismo como la JTP Montonera resistían esa incorporación.

92 Es interesante señalar que el primer número de la revista *DF*, titulado “Perón sin peronismo”, informaba sobre el congreso del PB utilizando la misma frase que la revista guevarista.

nes e insistiendo en construir puentes políticos hacia la izquierda marxista. En este camino, el grupo político dio un paso más en su acercamiento al FAS. Si ya venían adhiriendo a sus encuentros y congresos, en junio de 1974 dieron un salto participando activamente del VI Congreso a partir de la presencia activa de uno de sus dirigentes: Ortega Peña, “el diputado del pueblo”, quien fue uno de los oradores centrales (*NH*, n° 65, 6/1974, p. 19).

Las coincidencias entre el grupo *DF* y el frente se profundizaron puesto que, a esta altura, el PRT buscaba que el FAS impulsara el Frente de Liberación Nacional y Social, y ese era el eje político de fondo en el encuentro realizado en la capital santafecina (Silva Mariños, 2017: 198). Esta línea se replicó en el editorial de *NH*, que en junio de 1974 afirmó:

Frente a las maniobras del gobierno y la acelerada preparación del partido militar [...] se levantan como alternativa independiente de la clase obrera en las luchas sindicales el clasismo, el sindicalismo combativo y las agrupaciones de bases [...] SMA-TA Córdoba, el Movimiento Sindical Combativo, el PB y la JTP, la intersindical y el Movimiento Sindical de Bases. A su vez, en el plano de la centralización de las luchas políticas y democráticas, el Frente Antiimperialista y por el Socialismo ha definido su papel, con su VI Congreso [...] Conscientes de que el FAS no es aún el Frente de Liberación Nacional y Social sino tan solo un embrión de ese frente que debe desarrollarse correctamente para que cumpla el papel que le corresponde en nuestra revolución: el de convertirse en la dirección política de las masas (*NH*, n° 65, 6/1974, p. 3).

El congreso logró concentrar cerca de veinticinco mil personas, lo que se traducía en una movilización masiva contra el gobierno de Perón. A diferencia de otros encuentros, este logró acordar un documento único que se posicionaba frente a la situación política y afirmaba que la tarea estratégica del FAS debía ser “unir las fuerzas de todos aquellos que luchan por la democracia, en el camino de la liberación nacional y social, que acabe con el injusto sistema de dominación burgués-imperialista”. A su vez, recuperando la pro-

puesta política que Ortega Peña había esbozado tras la masacre de Pacheco, el FAS convocó a la conformación de un *Frente Único Antifascista y Antirrepresivo* y la formación de una *Coordinadora de Lucha de Organizaciones Revolucionarias y Populares*, que terminase con “la antinomia peronismo versus antiperonismo que impulsa el enemigo” (Silva Mariños, 2017: 191).

Las coincidencias políticas eran muchas y se expresaron en el discurso de Ortega Peña. Frente a la multitud, el dirigente del grupo político afirmó:

En este congreso del FAS, cómo podemos olvidar que Pedro Cabez Camarero está preso, que Maestre [se refiere a Eusebio Maestre] y Camps están presos, cómo podemos olvidar que la política del pacto social se articula en nombre de Perón, contra la clase obrera peronista y contra los sectores revolucionarios. Por eso aquí estamos junto a ustedes para ratificar que el verdadero pacto, aquel de sangre de Trelew, está en marcha para derrotar definitivamente al imperialismo y a sus agentes. En concordancia con el peronismo revolucionario, una vez más juramos ante ustedes, compañeros, que la sangre derramada no será negociada (*NH*, n° 65, 6/1974, p. 20).

A su vez, consultado por la revista *NH*, Ortega Peña apuntaba:

El FAS es un aporte esencial para la elaboración del Frente de Liberación Nacional. Demuestra la posibilidad de confluencia entre peronistas revolucionarios y la izquierda revolucionaria. El grado de desarrollo tiende a convertirlo en uno de los ejes principales del frente. De todas maneras, pienso que debe profundizarse esa política de confluencia, sobre todo a nivel de la práctica política obrera, lo que hará que ese frente no sea un acuerdo político superestructural, sino que tenga características de una institución definitiva, al servicio de los trabajadores (ibídem, p. 18).

La apuesta por la unidad se reflejó en la publicación de los documentos claves del FAS en el séptimo y octavo número de *DF*. En el séptimo, hacían circular el documento político y su programa

del Frente; en el octavo, titulaban “Convocatoria a la formación de una Coordinadora de lucha de organizaciones revolucionarias y populares” e insistían sobre la confluencia entre los sectores revolucionarios para responder a las reivindicaciones del pueblo (*DF*, n° 7, 20/6/1974, p. 24; *DF*, n° 8, 27/6/1974, p. 22). Como hemos dicho y veremos a continuación, la revista interpelaba fundamentalmente a los sectores de la TRP que, como Montoneros y la JP, mantenían posiciones vacilantes respecto de Perón y el movimiento peronista.

El llamado a abandonar la “vacilación”: el enfrentamiento con Montoneros-JP

La apuesta por la unidad de los sectores revolucionarios tuvo un interlocutor clave: Montoneros-JP, con quien la revista mantuvo un debate constante, que, por momentos, alcanzó altos niveles de beligerancia.

Como hemos visto, el grupo político de *MPL-DF* venía protagonizando una disputa con los sectores hegemónicos de la TRP, acusándolos de “faltos de política revolucionaria”, “superestructurales” y “vacilantes” respecto del gobierno y el rol de Perón. Sin embargo, Montoneros-JP eran las organizaciones más importantes del peronismo revolucionario, por lo que el frente revolucionario no podía carecer de su participación. Esa contradicción signó la prédica de *DF*, que no cedió en el debate ideológico a través de una estrategia que, posiblemente, buscaba interpelar a las bases del activismo montonero para que presionaran sobre la dirección política de la organización.

Esta perspectiva se materializa en la lectura que la revista realizó, tras el enfrentamiento entre Montoneros y Perón el 1° de mayo. Hemos dicho que, alineados con la posición política de no asistir a la plaza, el grupo caracterizó al acto como “una concentración de activistas”. Más aún, hablaron de una “controversia entre Perón y Montoneros”, puesto que ni “el pueblo ni los trabajadores” habían asistido, demostrando “un repudio a la política decididamente anti-popular de este gobierno” (*DF*, n° 2, 9/5/1974, p. 20).

Hemos dicho que la disputa por la representación del pueblo no se dio solo con Perón; también se daba con Montoneros-JP. En efecto, estas organizaciones se retiraron de la concentración coreando “si esto no es el pueblo, el pueblo dónde está” y analizaron las consecuencias del 1º de mayo afirmando que

... pese a todo esto fue una asamblea popular, histórica, luego de 18 años de proscripción, pero también la más dolorosa. Algo [...] se ha roto este 1º de Mayo en la Plaza: el pueblo no fue consultado por Perón; no nos preguntó qué opinábamos de 11 meses de gobierno. En escasos 15 minutos [...] expuso lo que piensa de los trabajadores, de sus luchas y de sus organizaciones. Y el pueblo no estuvo de acuerdo, lo expresó con sus consignas y cantos, pero sobre todo vaciando la Plaza a medida que el General hablaba (*EP*, n° 3, 16/5/1974, p. 3; el subrayado es nuestro).

Como expresa la cita, las organizaciones hegemónicas de la TRP también se arrogaron la representación popular. Siguiendo a Slipak, es posible afirmar que, incluso, Montoneros procuró su plantar a Perón y al pueblo situándose “en los dos vértices del lazo representativo: el espacio de la conducción de un lado y el del sujeto a representar, del otro” (2015: 136). Si bien reconocieron que los sectores populares no habían “concurrido masivamente”, en respuesta al análisis realizado por *DF* afirmaban:

Es infantil decir que en la plaza no estuvo el pueblo ni la clase trabajadora. Porque ¿a quiénes expresaban esos cien mil activistas? ¿Acaso han surgido de la generación espontánea o provienen de otro planeta? [...] Sin ninguna duda, nuestras columnas constituían el 60% sobre el total de la concurrencia. Los sectores organizados por la burocracia [...] no llegaban al 20%. Mientras tanto, el resto lo constituían compañeros que habían concurrido por la suya, desorganizados, y que llegaron a un número de dieciocho mil. Estos eran compañeros que, en su gran mayoría, recibieron con aplausos nuestra entrada a la plaza y se fueron también cuando nosotros nos fuimos. Tanto la concentración como la marcha de nuestras columnas tuvieron el orden popular de las milicias (*EP*, n° 5, 21/5/1974, p. 23).

Ahora bien, más allá de esta disputa, *DF* reconocía positivamente el hecho de que estos sectores de la TRP hubieran definido “su enfrentamiento con este proyecto [...] a través de sus consignas [y] con el abandono masivo de la plaza”. En línea con la estrategia política que esbozamos anteriormente –propiciar el debate ideológico para presionar a la conducción de la organización– la revista afirmaba:

El enfrentamiento con el proyecto de Perón tiene objetivamente gran trascendencia si se tienen en cuenta las vacilaciones en que se ha debatido este sector todo [...] Estas vacilaciones se han expresado en una política de negociación superestructural con la burocracia sindical y el gobierno, en intentos de conciliar con aquellos que están empeñados en destruir al peronismo y a todos los que luchan por expresar y defender consecuentemente los intereses de la clase obrera [...] El origen de esta política vacilante se ubica en una errada concepción estratégica que define a la liberación nacional como una etapa intermedia –y como tal, disociada– de la liberación social [...] El comportamiento de la Tendencia Revolucionaria en la plaza es claramente un enfrentamiento, una definición política que no puede ser ahora tergiversada o conciliada. En sí mismo, el repudio activo de sus bases marca el fin de una política vacilante y exige el inicio de una nueva etapa de lucha y definiciones políticas. No se puede volver atrás, no se puede ahora intentar conciliar [...] Volver atrás después de las definiciones del primero de mayo implica aceptar el proyecto de la patria metalúrgica, pasar decididamente al campo del enemigo (*DF*, n° 2, 9/5/1974, p. 22; el subrayado es nuestro).

La revista profundizaba estas apuestas políticas a partir de *su* construcción sobre los trabajadores y el pueblo. Desde allí, afirmaban que Montoneros-JP no podían “aislarse de la masa obrera”, para continuar sosteniendo una política vacilante o conciliadora con el proyecto de Perón. Por el contrario, debían “expresar y defender consecuentemente sus intereses estratégicos e inmediatos” (la “patria socialista”), por lo que sostenían:

Al peronismo militante le cabe una enorme responsabilidad [...] la necesidad de elaborar una política de frente entre los distintos sectores que lo componen que, partiendo de una mutua autocrítica constructiva deje decididamente atrás el sectarismo, el “ombliguismo” y el manipuleo interno, en el intento de redefinir y consolidar una política revolucionaria para la etapa [...] En esta tarea de consolidar el campo revolucionario, las organizaciones peronistas no pueden aislarse de las otras fuerzas revolucionarias que luchan consecuentemente por el socialismo. Debe articular una política hacia estas fuerzas que permita fortalecer el campo del pueblo ante el avance del enemigo (*DF*, n° 2, 9/5/1974, p. 22).

Esta intervención delinea la estrategia frentista que, como hemos dicho, era la piedra angular del programa político de *DF*. Sin embargo, a pesar de que la coyuntura permitía pensar en la posibilidad de que Montoneros redefiniera su línea política, los acontecimientos no implicaron la ruptura buscada. Siguiendo nuevamente a Slipak, observamos que, si bien la situación del 1° de mayo fue ríspida, “no implicó una bisagra tan marcada: por un lado, porque las críticas a Perón circulaban de antemano; por el otro, porque más tarde subsistió la teoría del cerco [...] a pesar de las fluctuaciones, Perón nunca apareció en el lugar de la alteridad” (2015: 119). En efecto, la revista oficial de Montoneros publicaba la conferencia de prensa dada por la conducción de la organización, en la que se afirmó que el discurso de Perón en Plaza de Mayo había sido “un error”:

Entendemos que la respuesta que Perón le dio al pueblo reunido en la plaza fue errónea [...] el General debía escuchar al pueblo y responder a sus angustias y sus sentimientos [...] El mayor error es que el 1° de Mayo, cuando el General tiene la posibilidad de dar respuesta directa a las críticas del pueblo que recaen sobre algunos funcionarios y a la dirección política gubernamental, lo hace insultando [obsérvese que Perón quedaba ajeno a las críticas] [...] Esperamos la rectificación de este error

y también –lo que es más importante– de la marcha del proceso, porque para eso somos peronistas (*EP*, n° 5, 21/5/1974, p. 24).

El documento de Montoneros fue analizado exhaustivamente por *DF* en su publicación n° 5. Titulando “Apuntes para una discusión en el seno del pueblo”, el grupo afirmó que a pesar del rumbo que había adquirido el proceso político, la organización hegemónica del peronismo revolucionario seguía sosteniendo una concepción incapaz de explicar la realidad, adoleciendo de “una política revolucionaria para la toma de poder”. *DF* sostuvo que las continuas vacilaciones conducían a (y eran producto de) “desconocer los intereses de clase enfrentados antagónicamente [y] no visualizar el enemigo principal”. Por ese motivo, Montoneros-JP carecía de una caracterización global del proyecto de gobierno y explicaba como una mera equivocación la “violenta respuesta de Perón ante las críticas formuladas por la mayoría de los presentes”:

[Según Montoneros] el pueblo que concurrió a la plaza fue a intentar rectificar el rumbo que se está dando a la política oficial, pero por *un error* del Conductor, este intento se frustró. No dar respuesta directa a la crítica [...] y contestar con agravios, según el documento de Montoneros, solo puede ser categorizado como un error. Pero el gesto de Perón no puede ser descontextuado de toda una política, es su resultante y la marcha antipopular y represiva del gobierno, la implementación de un pacto social que perjudica a los trabajadores, la designación de funcionarios de la dictadura [...] el poder político otorgado a la burocracia sindical [...] para citar algunos aspectos de la política oficial, no puede ser calificado como *errores de conducción* [...] Hablar de *errores* del general Perón no solo no es exacto sino que implica subestimarle políticamente (*DF*, n° 5, 30/5/1974, pp. 14-15; las cursivas son del original).

Esta crítica da apoyatura a la tesis de Slipak, según la cual Montoneros no abandonó cabalmente la teoría del cerco. En efecto, *DF* continúa:

Pareciera que desde que este [Perón] pisó el país ha sido atacado por un súbito raptó de locura histórica, que le hace cometer permanentemente errores y equivocaciones. El documento de Montoneros olvida que no se puede analizar la realidad en términos subjetivos [...] En este sentido, la sucesión de “errores cometidos por el general Perón” [...] son simples pasos políticos para la concreción de un claro objetivo: la Argentina Potencia [...] El general Perón no comete errores súbitamente. No pasa de ser un dirigente iluminado a un dirigente *equivocado*. Tiene, en cambio, un claro proyecto político [que] *no se da al margen de un proyecto de clase* [...] Concretar esos *intereses* tiene una doble significación: consolidar, por un lado, la explotación de la clase obrera por el capital [...] y crear condiciones políticas que permitan realizar lo primero sin demasiado cuestionamiento (*DF*, n° 5, 30/5/1974, pp. 15-16; las cursivas son del original).

Articulando la crítica desde una perspectiva marxista, el agrupamiento afirmaba que Montoneros carecía de una visión política acerca del poder y del Estado. Por este motivo, sostenía como posible la separación “arbitraria” del contenido de algunas políticas de gobierno de la conducción de esas políticas y seguía apostando por un frente de liberación nacional conducido por el movimiento peronista. Ante estas opciones, *DF* volvía a insistir sobre “la necesidad de construir una organización política que exprese los intereses revolucionarios de la clase obrera” y en la necesidad de abandonar la vacilación política que busca “conciliar lo inconciliable, identificar un amigo en el enemigo [...] o calificar como enemigos a quienes en realidad son aliados” (*DF*, n° 5, 30/5/1974, p. 18).

Ahora bien, si la apuesta por la unidad de los sectores revolucionarios se colaba como una urgencia política y *DF* insistía en el supuesto “pacto de sangre” que PRT-ERP y Montoneros habían logrado sellar en Trelew, el debate ideológico con estos últimos disparó el termómetro con críticas que, por momentos, contradijeron la prédica frentista.

Ejemplo de ello, las consecuencias políticas de haber encerrado al padre Mugica en la cárcel del pueblo en el último número

de *MPL*. En aquella oportunidad, el grupo había justificado el encarcelamiento del sacerdote tercermundista, denunciándolo como un “*movimientista nato*” y apuntando sus vínculos con López Rega y la burocracia sindical. Esta contradicción los golpeó con fuerza durante la publicación de *DF* y se reflejó en el n° 3, dedicado a cubrir el asesinato de Mugica, acribillado por la Triple A luego de celebrar misa en Villa Luro. La revista tituló “¿Quién mató a Mugica?” y la nota central –firmada por Ortega Peña y Duhalde– afirmaba “es hora de reflexionar”. Sin embargo, las reconsideraciones se encontraron atravesadas por aquellas tensiones, producto de haber señalado al sacerdote como aliado de los sectores que lo asesinaron. Por ejemplo, reconocían haber convergido con el cura en “hechos protagónicos de la militancia peronista”, pero volvían a resaltar las “profundas diferencias políticas” que los separaban. El caso refleja la vertiginosa coyuntura que azotaba a la militancia puesto que, además, el asesinato no había sido asumido como propio por la organización paraestatal. A través de la voz de sus dirigentes, el grupo *DF* retomaba las críticas que habían impartido desde *MPL*, aunque señalaban que todas estas discrepancias se daban con un hombre que pertenecía a una “estructura ambigua como la Iglesia”, motivo por el que “no asumía con plenitud la causa del pueblo, pero sostenía sus posiciones con valentía y sin tapujos” (*DF*, n° 3, 16/ 4/1974, pp. 4-5).

Al mismo tiempo, la sección realizaba un análisis político sobre la autoría del asesinato, retomando dos hipótesis fundamentales: “O esta muerte provino de los sectores del antipueblo, de sus bandas fascistas, de los aparatos paragubernamentales, o en caso contrario la orden de matar se generó en el campo del pueblo”, es decir, de Montoneros, organización que venía siendo señalada como responsable por “la prensa del sistema”. *DF* descartó esta posibilidad caracterizándola como “carente de sentido”:

Carlos Mugica no era una excepción en el plano político: él mismo se expresaba dentro de un sector, el de la JP, donde la ambigüedad, las idas y venidas, la carencia de definiciones políticas, de un programa y de un proyecto revolucionario que tuviera

por eje a la clase obrera [...] se convirtieron en una política en sí misma [...] Así, Mugica transitaba por la Tendencia sin que nadie le pidiera cuentas de sus equívocas actitudes, puesto que nadie podía arrojar la primera piedra (*DF*, n° 3, 16/4/1974, p. 6).

El grupo presentaba a Mugica como un fiel reflejo de las “desviaciones” de la TRP. A pesar de “su naturaleza reformista, de paternalista social [que] volcó el peso de su imagen de sacerdote “institucionalmente revolucionario” a favor de la ortodoxia peronista”, afirmaban que ningún sector revolucionario podía considerar a la JP o a sus militantes, “incluido Mugica”, como un enemigo, aunque sí “como el prototipo de esa ambigüedad en la que se debaten muchos sectores de la pequeña burguesía” (*ibídem*, p. 7).

Para *DF*, la muerte del sacerdote era “un nuevo crimen del antipueblo, mucho más frío y calculador”, dado que buscaba quitarle a Montoneros “el apoyo de los sectores medios” al tiempo que suscitar un enfrentamiento con la Lealtad (reciente desprendimiento por derecha de la organización), “quienes tenían razones para considerar a Mugica como partícipe de su proyecto” (*ídem*).

Con un análisis similar, grupos de la izquierda no peronista –como la revista *NH*– apuntaban que el asesinato había sido “una decisión fríamente planeada” por “el peronismo burocrático y burgués, cuyo líder indiscutible es el general Perón”. Si bien el semanario vinculado al PRT daba un paso más aludiendo explícitamente al presidente, realizaba una caracterización idéntica sobre la militancia de Mugica y el cálculo político de este crimen: “aplantar a la izquierda peronista” apoyándose en las diferencias que se venían suscitando entre el párroco tercermundista y Montoneros (*NH*, n° 63, 5/1974, p. 4). A su vez, ambas publicaciones concluían con la necesidad de consolidar “la unidad del pueblo”: en el caso de *NH*, apuntando que “para quienes todavía no se resignan a comprenderlo, este crimen quizás ayude a ver la talla del enemigo que tenemos delante”. En el caso de *DF*, el grupo volvía sobre sus apuestas políticas y apuntaba:

Solamente abandonando el insubstancial juego en el tablero de las políticas superestructurales, nutriéndose en las concretas ex-

perencias de la lucha de las bases, estarán las organizaciones del campo popular a buen resguardo de ser involucradas en episodios como este: una muerte inútil y gratuita, un crimen repudiable (*DF*, n° 3, 16/4/1974, p. 7).

Por su parte, Montoneros se pronunció públicamente sobre el hecho político y se alejó radicalmente de este tipo de posiciones. Por el contrario, respondió con punzante ironía (y por primera vez, de manera explícita) a las interpelaciones que el grupo *DF* había realizado. En primer lugar, *EP* desmintió formal y públicamente la responsabilidad de Montoneros en el asesinato del cura. El n° 4 publicó el comunicado oficial de la organización, en el que afirmaban que el asesinato había sido una provocación contra “el pueblo y su organización popular” y que los únicos beneficiarios de esta muerte eran “el imperialismo, la oligarquía y sus prácticas armadas” (*EP*, n° 4, 14/5/1974, contratapa). Pero, además, la prensa oficial de la organización republicó una serie de notas realizadas por el diario *Noticias*, en el que Firmenich analizaba la muerte de Mugica y la operación política que pretendía adjudicarles el crimen. Allí, el dirigente montonero se refirió por primera vez al grupo político *MPL-DF*, vinculándolo a organizaciones como McJSN o Columna Cooke-Pujadas, desprendimientos por izquierda de Montoneros.⁹³ Afirmó que todos ellos eran “oportunistas” e “irresponsables políticos” y señaló que las amenazas a Mugica habían provenido de estos sectores: “Para los ultraizquierdistas [...] Carlos era el *cura reformista*, valía la pena asustarlo y para ello qué mejor que hacerlo en nombre de Montoneros, porque si lo amenazan en nombre de alguna revista [aludiendo a las aquí analizadas] seguramente Carlos se les reiría”. Sin embargo, afirmaba:

93 Montoneros Columna Cooke-Pujadas fue un desprendimiento de marzo de 1974, luego de la renuncia de los diputados de la Tendencia, tras la aprobación del Código Penal. Para este sector, la Conducción Nacional de Montoneros había dado una respuesta vacilante, atribuida a su incapacidad de visualizar con claridad a los enemigos principales, a los aliados en el seno del pueblo, para comprender el rol de Perón y de la “burguesía nacional”. El sector identificaba como principal problema el “reformismo vacilante” y el “burocratismo” de la organización (Gascón, 2006: 177).

No son estos los autores del asesinato [...] Las diferencias entre Carlos Mugica y nosotros eran públicas, los oportunistas le agregaron su irresponsabilidad con las amenazas. Estaba creada la situación para que el verdadero enemigo diera un golpe audaz destinado a que las fuerzas del pueblo que no coinciden en cómo destruirlos se dediquen a destruirse entre sí (*EP*, n° 5, 21/5/1974, p. 6).

Al mismo tiempo, en recuadro y al lado de esta nota, *EP* se refería específicamente al grupo político dirigido por Ortega Peña y Duhalde con el título “Los provocadores”. En esta pequeña sección, Montoneros hacía referencia a la última cárcel del pueblo de la revista *MPL* afirmando:

Su visión irresponsable los hace capaces de ubicar a Mugica en el campo del enemigo. Y hacer de este su enfrentamiento principal. Es que su falta real de espacio político, su falta de proyecto, los hace hacer, objetivamente, una práctica contrarrevolucionaria para poder existir (*ídem*).

Las acusaciones de Montoneros revelan la incomodidad política en la que había quedado *DF* tras el asesinato de Mugica. La algidez del debate político-ideológico con los sectores hegemónicos de la TRP les pasó factura permitiendo que, paradójicamente, Montoneros –organización a la que el grupo político presionaba con sus apuestas frentistas– les respondiera utilizando argumentos que bien podrían haber formado parte de la prédica del agrupamiento: la imposibilidad de ver a militantes populares como aliados del enemigo. A su vez, Montoneros también los acusaba de carecer de un proyecto político real, aunque contaba con una ventaja comparativa: su hegemonía dentro del peronismo revolucionario, que les permitía remarcar con menosprecio la posición minoritaria del agrupamiento.

En efecto, a pesar de las presiones que el grupo de *DF* propició desde sus páginas, la posición de Montoneros no se revirtió en ninguno de los aspectos que hemos visto, al menos durante el período aquí analizado. Por ejemplo, la organización siguió sosteniendo que era necesario reconstruir “el frente de liberación” a través de

una verdadera alianza con la burguesía nacional con hegemonía de los trabajadores. El último número de *EP* afirmaba que era necesario “reformular el pacto social” para que sea “peronista” (*EP*, n° 6, 28/5/1974, p. 3).

A su vez, aunque criticaban la política represiva del gobierno afirmando que “los peronistas están presos”, seguían responsabilizando a la izquierda revolucionaria –sobre todo al PRT-ERP– al señalarlos como responsables de la aprobación de la reforma al Código: “A la ultraizquierda se la derrota con el pueblo movilizado [...] Atrincherarse en la represión ejecutada por los comisarios López Rega, Margaride y Villar es distanciarse del mandato del 11 de Marzo, es atentar contra la unidad de las fuerzas populares” (ibídem, p. 4). Para Montoneros, la unidad solo podía existir entre “las fuerzas organizadas del peronismo que impulsan el programa votado el 11 de marzo”, cerrando cualquier alternativa de constituir un frente revolucionario o siquiera una coordinadora antirrepresiva. La organización seguía apostando por la disputa en el interior del movimiento peronista, puesto que ambicionaba su conducción (Slipak, 2015: 134).

Finalmente, otra diferencia importante fue el posicionamiento respecto del último discurso de Perón, el 12 de junio. Para esta fecha, *EP* había dejado de circular (su último número se publicó el 28 de mayo). Sin embargo, el diario *Noticias* tituló: “Movilizar al pueblo contra la oligarquía y el imperialismo” y destacó como “promisoria” la denuncia de Perón a los “aprovechados” que “pretenden que su gobierno consolide la dependencia y la liberación” (*Noticias*, n° 198, 14/6/1974). A la vez, Montoneros publicó un documento titulado “Apoyamos la organización del pueblo contra la oligarquía y el imperialismo” en el que resaltaban que el objetivo de Perón había sido “denunciar y frenar las maniobras de la oligarquía y el imperialismo contra el gobierno popular”. Los sectores hegemónicos de la TRP volvían a echar mano de la teoría del cerco, señalando como responsables de la conspiración a la “burocracia vanderista”, que se inscribía en una “campana política de acumulación de poder desarrollada [...] junto con López Rega, con vistas

a una utópica herencia de la representatividad política de Perón” (Baschetti, 1999: 88).

Si recordamos la lectura que realizó *DF* sobre el último discurso público del presidente, las diferencias saltan a la vista. En efecto, la revista afirmó que Montoneros había quedado “descolocada” frente a la maniobra de Perón, quien había calculado esta situación para “sembrar confusión” y agregaron:

Al desconocer el contenido ideológico y político por el que lucha (la patria socialista), al no identificar al enemigo principal de este proyecto, al desconocer el carácter de clase de la lucha dentro del movimiento, al ignorar el papel que en esta lucha juega la burocracia sindical y política, quedan totalmente desconcertados ante la convocatoria del general Perón. Esta convocatoria entra aparentemente en abierta contradicción con la ofensiva desarrollada por el propio Perón contra la Tendencia y entonces, para explicársela, queda el recurso de creer que Perón decidió cambiar de proyecto (*DF*, n° 7, 20/6/1974, p. 8).

Desde esta perspectiva, *DF* terminaba rematando que este tipo de decisiones no abrían espacios políticos si lo que buscaban era movilizar a la clase obrera; “sí, en cambio, lograrán un espacio de actuación si su propósito es participar de la Argentina Potencia en los roles que Perón les ha reservado” (idem).

Pero la coyuntura política volvió a barajar las cartas y azotó con otra muerte: la de Perón. A continuación, analizaremos la posición de *DF* sobre este hecho político. Aquí solo interesa destacar que luego de la desaparición física del líder, el grupo volvió a presionar afirmando que la tarea principal era la avenencia del campo revolucionario y dentro de ella, “la impostergable unidad del peronismo socialista de los de abajo”. Aun cuando consideremos que el grupo realizó diagnósticos agudos en esta coyuntura, su prédica no surtió efectos. Las propuestas políticas impartidas desde *DF* no lograron hegemonizar al peronismo revolucionario y el grupo político quedó a merced de la coyuntura represiva, mientras esta corroía los pilares de un puente que nunca llegó a vincular a las organizaciones de la izquierda revolucionaria con los sectores de la TRP.

El final: de la muerte de Perón al ocaso de *DF*

El primero de julio de 1974, a tan solo 20 días de su último discurso, fallecía Perón. Su muerte fue uno de los acontecimientos más importantes para la política argentina. La ausencia física del líder del movimiento no solo significó una ebullición simbólica para quienes se identificaban peronistas; también marcó un hito decisivo para el rumbo del gobierno. Tras su muerte, “los sucesores –más inspirados en la intolerancia y el sectarismo que en el programa de conciliación de Perón”– se dedicaron a “desmantelar” los acuerdos heredados (Torre, 1982: 6).

Para una revista como *DF*, que se proclamaba peronista, pero había roto con Perón y disparaba contra su gobierno, posicionarse frente a su muerte fue, cuanto menos, complejo. Este desafío se refleja en la disposición editorial del n° 9: si hasta el momento, Ortega Peña y Duhalde no aparecían vinculados al semanario (ni como fundadores, ni como directores responsables) este número lo explicitó: la nota editorial apuntaba que “DE FRENTE, ante la desaparición física del General y en consonancia con el dolor de las bases peronistas, le dedica este número especial, cuya estructura y supervisión ha estado a cargo de los compañeros Eduardo L. Duhalde, Rodolfo Ortega Peña y colaboradores” (*DF*, n° 9, 11/7/1974, p. 3). A su vez, la nota central también se encontraba firmada por ambos. Bajo el título “Perón: la memoria del pueblo”, comenzaban de la siguiente manera:

De Frente dijo hace dos números: “Nadie sino mediante un esquema simplista e irreal pudo colegir que este 1° de Mayo significaba abruptamente el final del liderazgo de Perón, la ruptura de la clase peronista con su historia, con el propio Perón. La mayoritaria identidad peronista de la clase obrera no ha sido abandonada, lo cual no impide el cuestionamiento concreto del proyecto de Perón a partir de la experiencia de la clase, de sus necesidades, de sus exigencias reivindicativas”. Y porque el pueblo no ha perdido su identidad peronista, hoy, la muerte del general Perón hace su balance, traza una raya y suma sus acciones. En la conciencia colectiva, en la memoria

de sus descamisados, en su llanto, van pasando como secuencias infinitas aquel 17 de Octubre [...] la legislación obrera, las vacaciones, el aguinaldo, la nacionalización de la economía, la protección social, Evita, las grandes concentraciones, el terror de la oligarquía [...] el exilio y la pelea, el sueño mítico del avión negro, la resistencia, los caños, el voto en blanco, la carta y la cinta aconsejando leña, los muertos y la sangre derramada, las tomas de fábrica, los cordobazos [...] el pueblo suma y sabe que el saldo es ese. Por eso llora con enorme desconuelo (*DF*, n° 9, 11/7/1974, p. 5).

El grupo debía posicionarse frente al fallecimiento del viejo caudillo, luego de haber proclamado el fin de su liderazgo, y la estrategia editorial fue señalar su inactualidad; parafraseando a Altamirano, el dominio temporal de Perón solo podía ser el pasado; por eso se anidaba en la conciencia colectiva de los trabajadores y formaba parte de su memoria (2001: 133). El grupo trasladó a la clase obrera el argumento que utilizaba para definir una identidad (la suya) que venía mutando: el proletariado era peronista por su experiencia de clase; en efecto, esa madurez política era la causa de la oposición al tercer gobierno de Perón y las luchas contra el proyecto político que él había encarnado.

Buscando representar políticamente “el dolor de las bases”, *DF* hizo hincapié en *su* interpretación del peronismo y en *su* construcción sobre los trabajadores: aquella que rescataba los aspectos combativos y resistentes apelando al “Perón revolucionario”, que solo había existido durante el exilio. Con esta línea, afirmaban: “HOY LA CLASE OBRERA Y EL PUEBLO PERONISTA RESCATAN UN PERÓN HISTÓRICO, ENARBOLAN SU EXPERIENCIA, SU CONCIENCIA DE CLASE A PARTIR DE HABERSE PUESTO DE PIE EN UN OCTUBRE DESCAMISADO” (*DF*, n° 9, 11/7/1974, p. 5; las mayúsculas son del original).

Más aún, retomaban el argumento de los dos peronismos, el de abajo y el de arriba, para interpretar la heterogeneidad de sectores que lloraban a un mismo líder. Así, apuntaban que sobre la muerte del anciano General se levantaba “un Perón obrero, antiimperialista

y anticapitalista, para los millones de hombres y mujeres humildes”, mientras que

... la conciliación de clases imposible, el pacto social, el reformismo dependiente, el apuntalamiento de la burocracia, Ezeiza y la represión [quedan] para que las lloren los López Rega, los Balbín, los Anayas, los Adelino Romero. Hay dos llantos opuestos. Hay un dolor que tiene treinta años de historia. Hay otro, el de los temerosos, que lloran un presente que saben efímero [...] no lloran a Perón, sino a la Argentina Potencia de sus intereses mezquinos (ídem).

DF presentaba a los trabajadores despidiendo a Perón como el aprendiz que supera a su maestro. Por eso, afirmaban que su llanto no era “de impotencia” sino que expresaba a “una clase adulta [...] que sabe que, de aquí en más, nadie puede decir representarla, que [...] seguirá marchando en la construcción de su organización revolucionaria hasta la toma definitiva del poder en una Argentina socialista”. Yacía allí la (última) gran apuesta política del grupo y se visibilizaban también los hilos argumentativos de la izquierda: la muerte de Perón fue (debía ser) el último grito de parto en el pasaje de “la clase en sí” a “la clase para sí”. Existía una enorme confianza en la dinámica revolucionaria del proceso político, que se conjugaba con la construcción política de trabajadores “ahora maduros”, que le daban una vuelta de página a su propia historia.

El suplemento especial puso en juego al peronismo como una tradición de lucha. Recuperó los primeros gobiernos de Perón, pero los interpretó desde la historia obrera;⁹⁴ hizo énfasis en el “Perón clandestino”, pero rescató solo los mensajes de aprobación y aliento a la militancia revolucionaria; publicó el programa de Huerta

94 La primera parte del suplemento publicó documentos y discursos tales como: “Terminar la explotación del hombre por el hombre” (el Estatuto del peón, octubre de 1944); “La clase obrera tiene derechos que no dejará pisotear” (agosto de 1945), “El renacimiento de una conciencia de los trabajadores” (discurso en Plaza de Mayo, 17 de octubre de 1945), “Los derechos del trabajador” o el artículo 40 de la Constitución del 49, que afirmaba: “La organización de la riqueza y su explotación tienen por fin el bienestar del pueblo, dentro de un orden económico conforme a los principios de la justicia social” (*DF*, n° 9, 11/7/1974, pp. 7-28).

Grande y las tomas de fábrica, el surgimiento de las “formaciones especiales” (es decir, las organizaciones armadas) y el retorno del peronismo al gobierno bajo el mandato de Cámpora. Hasta ahí llegaba la historia: el grupo político no hizo referencia a los aspectos conservadores de la personalidad de Perón y mucho menos, a la experiencia de su tercer y último gobierno.

Pero, paradójicamente (o tal vez no tanto), a la muerte de Perón le siguió el ocaso de la revista. Siguiendo a Rot, “los tiros pegaban cerca” y tanto Ortega como Duhalde “eran conscientes de que alguno estaría destinado a ellos” (2016). Quizá debido a esto, el n° 10 volvía a reclamar como clave “el desarrollo organizativo independiente de la clase obrera” y la consecuente unidad del campo revolucionario, promovida por los peronistas (*DF*, n° 10, 18/7/1974).

Sin embargo, las respuestas no llegaron. Sí las balas, que acabaron con la vida de Ortega Peña en pleno microcentro porteño. Seis días antes, el 25 de julio, *DF* circulaba con su último número titulado “Evita, abanderada de lucha”. Haciendo gala de las reformulaciones ideológicas que habían transformado la identidad del grupo, la revista conmemoraba el aniversario de la muerte de Eva y del copamiento al Moncada por parte de los revolucionarios cubanos:

El 26 de julio es una fecha íntimamente ligada a la historia del peronismo y de la Revolución cubana. Nada mejor entonces que recordar en este aniversario las enseñanzas de EVITA y el CHE. Lo que distingue a un revolucionario de quien no lo es, es su decisión, su direccionalidad vital, para lograr esa sociedad nueva de hombres nuevos. “Siempre hay algo más que hacer” solía decir el Che. Si la militancia revolucionaria no se plantea poner todo de sí, en actitud de servicio hacia la clase obrera y el pueblo, su razón de ser comienza a tornarse incomprensible (*DF*, n° 11, 25/7/1974, p. 3; las mayúsculas son del original).

Se condensaban allí las apuestas frentistas que habían marcado el rumbo del agrupamiento desde sus orígenes y la metamorfosis de una identidad política que no había renunciado al ADN peronista, pero lo *izquierdizaba*, nutriéndolo de un marxismo tercermundista

y cookista que marcaba el ritmo de un peronismo que solo podía ser revolucionario o no sería nada.

El asesinato de Rodolfo Ortega Peña en manos de la Triple A, el 31 de julio de 1974, terminó también con la experiencia político-editorial de *MPL-DF*. Sin embargo, el crimen de uno de sus principales dirigentes no acabó con la experiencia del grupo político. Parafraseando a Rot, diremos que, tal vez impulsados por el dolor de la pérdida y tras los vaivenes del amplio itinerario que hemos trazado en este libro, muchos de quienes hicieron *MPL* y *DF* concibieron una nueva organización que amputó al peronismo de la definición de su identidad política: el Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (PROA), que se definió marxista-leninista, ya sin intenciones de adscribirse al movimiento peronista (2016). Pero ese ya es un capítulo de otra historia.

Conclusiones

Este libro ha recuperado la investigación que, años atrás, dio forma a mi tesis doctoral. En él analizo las revistas *MPL* y *DF* y reconstruyo la experiencia del grupo político que las impulsó. A pesar de la labor de edición y de revisión que hemos realizado, estas páginas preservan la esencia de aquella indagación, solo actualizada a partir de algunas pistas analíticas nuevas que resultan relevantes y que han germinado durante estos años de trabajo.

Como hemos dicho, el análisis de las revistas permite reconstruir las aristas de una coyuntura compleja (1973-1974) y los debates políticos e ideológicos que atravesaron a un importante sector del campo revolucionario: el peronismo de izquierda. Uno de nuestros objetivos fue desandar parte de aquel “doble recorte” que predominó en los estudios sobre la *nueva izquierda*, y que ha tendido a priorizar el estudio de las organizaciones armadas y sus prácticas político-militares. Colocada en la perspectiva de la *nueva izquierda*, nuestra investigación transita a partir de los movimientos que el enfoque habilita, para iluminar los itinerarios del grupo político *MPL-DF* que, como mencionamos, era uno de los agujeros negros en el universo de estudios de los años setenta. Entonces, mirando hacia atrás y hacia los lados, hemos buscado visibilizar la experiencia de un agrupamiento que, sin ser una organización armada, incidió políticamente en los debates de la TRP, generó apuestas para la militancia peronista y marxista y no se alineó a las posiciones hegemónicas de Montoneros-JP.

Desde estas claves, el concepto de *grupo político* adquirió centralidad por varios motivos. En primer lugar, habilitó a reconstruir los itinerarios previos de sus miembros para analizar cómo se fue gestando el proyecto político que *MPL-DF* expresó y desarrolló. Al decir de Koselleck, fue la tensión entre aquellos *espacios de experiencia* y el *horizonte de expectativas* del grupo político lo que nos permitió ir reconstruyendo el decir de las revistas: sus apuestas políticas y su variabilidad en el tiempo. En segundo lugar, porque, como hemos buscado evidenciar, ni *MPL* ni *DF* pueden reducirse a un análisis del discurso o a la reconstrucción de tareas de producción y circulación: ambas aglutinaron a actores diversos que se acercaron al espacio político-editorial identificados con las ideas y apuestas que allí se generaron. Finalmente, retomando a Lenin, podemos apuntar que las revistas cumplieron el rol de “organizador colectivo”, aunque para un grupo político que no formó parte de una estructura partidaria. En este punto, *MPL-DF* fueron, al mismo tiempo, una usina de ideas y un actor político: la primera, porque las revistas generaron un espacio de sociabilidad militante que las fue nutriendo del debate político que atravesó al campo revolucionario; la segunda, porque *MPL-DF* no fueron tan solo un reflejo de esas ideas, sino que las transformaron en apuestas concretas con pretensiones hegemónicas en el interior de la TRP.

Como sugerimos en la introducción, un eje central en el análisis de la experiencia *MPL-DF* fue considerarlas, al mismo tiempo, como *un punto de llegada y de partida* para el grupo político que giró en torno a ellas. A partir de una dimensión diacrónica, volvimos sobre “los orígenes del ciclo”, asumiendo una mirada procesual que, además, nos ha permitido mostrar y explicar un *cauce de radicalización* política original: la *izquierdización* del peronismo, característica, también, del resto de los actores del *alternativismo*. Es decir: un proceso de transformación identitaria impulsado por la asunción temprana del clasismo y de un *peronismo marxista* que signó las posiciones de sus actores (Stavale, 2021).

Con estas lentes, buscamos reconstruir los itinerarios previos de quienes confluyeron en *MPL*, para iluminar la idea de que la revista puede entenderse como *un punto de llegada* en la experiencia

de sus integrantes: aquella dinámica señalada por Gramsci en torno a las orientaciones generales, las premisas y los fines del agrupamiento. Sin perder de vista que el historiador político debe buscar empatizar con los dilemas que enfrentan los actores y colocarse en aquel punto de la trama en el que, para ellos, la historia está por hacerse (Pastoriza, 2011: 245), buscamos identificar huellas e ideas-fuerza que fueron punteando la trayectoria militante de los miembros del grupo y que devienen en verdaderas pistas analíticas para comprender la posición de las revistas durante la coyuntura en la que circularon. Para nombrar algunas de ellas, el vínculo entre liberación nacional-revolución social y el rol de un marxismo tercermundista utilizado, sobre todo, como herramienta de análisis; la preocupación por la autonomía política de la clase obrera peronista o la apuesta por la unidad revolucionaria fueron inquietudes que delinearon el itinerario político de Ortega Peña, Duhalde y el resto de los integrantes del grupo, con quienes convergieron en espacios de experiencia previos y compartidos, como “la Gremial” y la revista *NH*.

Pero afirmar que el grupo político se forjó *gracias a y a través de MPL-DF* implica considerarlas, también, como un *punto de partida* y nos permite mirar hacia los lados. Como dijimos, las revistas devinieron en un actor político y como tal, definieron un programa, expresaron una identidad y realizaron apuestas que fueron transformándose a lo largo de la publicación. Es por ello que buscamos poner de relieve dos dimensiones de análisis: la programática e identitaria, por un lado, y la coyuntural, por el otro (ambas, íntimamente intrincadas). Aquí nos interesa condensar las principales líneas interpretativas de la dimensión identitaria y programática, para remarcar las transformaciones –como también las continuidades– en el posicionamiento político del grupo *MPL-DF*.

Nuestra investigación buscó reponer la tensión en la identidad política que expresaron las revistas a partir del análisis de diferentes clivajes político-ideológicos que resultaron decisivos para la época: la forma de pensar el proceso revolucionario y la definición de sus protagonistas; la caracterización del movimiento, de sus actores internos y el rol de Perón y las estrategias políticas para impulsar

el proceso de transformación social. Desde esas claves, también, la forma en que caracterizaron la experiencia del tercer gobierno peronista y el rol de los diferentes actores del campo revolucionario, prestando especial atención a Montoneros-JP por ser hegemónicos dentro de la TRP. Retomando a Giménez, podemos afirmar que el análisis de las posiciones de *MPL-DF* evidencian la centralidad del conflicto para explicar las identidades políticas. El enfrentamiento creciente entre el grupo y la experiencia del tercer peronismo fue clave para explicar las metamorfosis y nuevas suturas de una identidad peronista que fue *izquierdizándose* al calor de la disputa política, en un contexto de creciente adversidad.

I

El primer momento de la revista *MPL* coincide con el gobierno de Héctor Cámpora. En sus primeras salidas, el semanario afirmó que el gobierno peronista significaba una experiencia revolucionaria y definitiva que, además, contaba con Perón como su conductor natural. El grupo político puso en juego definiciones que sus miembros venían expresando en los espacios de experiencia previos: la caracterización de la Argentina como un país semicolonial —que ordenó la identificación del nosotros-revolucionario y del otro-enemigo— y la interpretación de que las elecciones eran una táctica más dentro de una estrategia de guerra popular y prolongada —es decir, revolucionaria— diagramada por Perón. Este análisis permitió apostar a que un gobierno elegido a través de los instrumentos de la legalidad burguesa podía ser el preámbulo de una transformación radical.

En efecto, la primavera camporista habilitó a que la TRP y sectores afines consideraran fundadas sus expectativas de concretar una racionalidad política específica, que articulaba de manera virtuosa al peronismo con tradiciones como el marxismo y el nacionalismo y había sido un signo distintivo del período previo. Esa racionalidad —que ahora se traducía como una posibilidad política real para importantes sectores sociales— se reflejó en las páginas de la revista de

manera puntual: para el grupo político, liberación nacional y revolución social eran instancias indivisibles. En este punto, el hecho de que el gobierno peronista planteara que su objetivo era la liberación nacional habilitó la apuesta por sus potencialidades revolucionarias.

Esta apuesta se tradujo en el apoyo de *MPL* a la gestión de Cárpora, aun cuando se posicionaron fervientemente críticos respecto del programa económico del pacto social. Este aspecto es muy interesante porque, además, constituye una continuidad en la identidad política del grupo: la revista reprochó a Gelbard y a su política de concertación social desde el n° 1, con independencia de que el ministro contara con el aval de Perón o del propio presidente. Para el agrupamiento, el regreso del peronismo al poder debía traducirse en la construcción del socialismo nacional y sentenciaban que el neodesarrollismo era un modelo vetusto que se sustentaba en la existencia de una burguesía nacional (para ellos inexistente o extremadamente débil) que potenciaría la dependencia. En este momento, *MPL* buscó presionar al gobierno para que tuerza la dirección de su política económica, con la expectativa de lograrlo si esa apuesta se traducía en presión popular.

A pesar de esa crítica, en este primer momento *MPL* dio cuentas de una fuerte identificación política con Perón y el movimiento peronista. Al calor de las enseñanzas de Cooke, quien apareció como influencia explícita desde el n° 1, la revista apostó por la potencialidad revolucionaria del peronismo. A la vez, junto con el resto de los actores del peronismo revolucionario, *MPL* afirmó que el movimiento no se convertiría en un partido burgués puesto que expresaba los intereses (revolucionarios) de la clase obrera, representada en Perón. Este punto articula una característica clave en el modo en que el grupo político significó su rol: Perón apareció como el conductor del proceso revolucionario, por ser el líder de los trabajadores. El vínculo “Perón-clase obrera” explicaba su liderazgo y las potencialidades revolucionarias del período que se abría. Pero también, estas definiciones contuvieron una vía de escape que el grupo político utilizó para enfrentar a Perón sin abandonar el peronismo: el rol de los trabajadores.

De manera sutil y casi imperceptible, el liderazgo del viejo caudillo apareció sopesado con el de los trabajadores. El concepto de lealtad peronista se puso en juego desde las lentes de una identidad peronista-revolucionaria, que anclaba en la experiencia política de la clase obrera. Con esta línea, *MPL* sostuvo su lealtad a Perón porque este encarnaba al pueblo y al proletariado; en efecto, esa era la condición que explicaba su liderazgo. En este primer momento, ambas entidades (Perón y las bases peronistas) tuvieron una convivencia virtuosa, pero cuando la coyuntura se tornó adversa, la dualidad terminó resolviéndose en favor de los trabajadores.

Los números iniciales estructuraron un relato que partió de argumentos similares a los del resto de los actores del peronismo revolucionario. Sus páginas hicieron convivir las categorías de *pueblo* y *clase* como sinónimos, para referir al sujeto de la revolución nacional; a su vez, el grupo político destacó la contradicción imperio-nación, aunque no la elevó a la condición de contradicción principal en detrimento de otras como las de clase. Por el contrario, interpretó que la contradicción imperio-nación era el marco global de una dependencia estructural que contenía y explicaba la lucha de clases en la Argentina.

A su vez, frente al cimbronazo que significó Ezeiza y que hemos caracterizado como el primer “golpe” en la identidad peronista del grupo, *MPL* echó mano sobre la estructura argumental de la teoría del cerco para posicionarse frente al rol de Perón e identificar a los responsables. A pesar de que en sus testimonios muchos miembros del grupo *MPL-DF* nieguen haber utilizado los argumentos de la teoría conspirativa, estos se colaron en el análisis que *MPL* realizó sobre Perón tras su regreso al país y durante el período de crisis en su identidad política. Es imposible ignorar que Ezeiza se produjo a tan solo tres números de la primera publicación de la revista. En este punto, considerando la identidad peronista del grupo, resulta difícil imaginar otra posición política que no sea buscar justificar a Perón.

Hemos dicho que, posiblemente, estos posicionamientos hayan sido parte de un cálculo político: la teoría del cerco se había extendido entre la militancia peronista y resultaba efectiva para sortear

definiciones frente a un líder que, aunque se les oponía, regresaba al país luego de años de proscripción política y encarnaba el reclamo histórico de los sectores populares. Pero, también, expresa un lazo afectivo e identitario que no puede soslayarse: el grupo de *MPL* se identificaba dentro del movimiento y con el sentir de las bases que habían luchado por el regreso de Perón. En este punto, la idea de un líder cercado fue, también, una respuesta al resquebrajamiento de sus *horizontes de expectativas*.

El análisis sobre Ezeiza señaló como responsables a las “burocracias sindical y política” del movimiento que, en complicidad con la derecha peronista, habían avanzado en detrimento de la militancia revolucionaria. Esta fue otra continuidad en la identidad política del agrupamiento: la denuncia de que las contradicciones de clase se daban dentro del movimiento peronista, que lejos de ser revolucionario en su conjunto, albergaba dos proyectos políticos diametralmente opuestos que debían resolverse, uno en detrimento del otro. En esta etapa, *MPL* consideró necesario dar esa disputa y alertó a las organizaciones hegemónicas de la TRP sobre la necesidad de protagonizarla. Volveremos sobre esto. Lo que interesa remarcar ahora es que, frente a los acontecimientos de Ezeiza, *MPL* diferenció al gobierno del movimiento peronista y del rol de Perón. El grupo político llamó a defender la gestión de Cámpora, amenazada por una derecha fascista que estaba “copando” el movimiento y afirmó que Perón no tenía injerencia en estos asuntos, puesto que su rol era reconstruir la nación y el Estado.

Cuando, semanas después, Cámpora renunció a la presidencia, aquella estructura argumental (la idea del cerco) comenzó a convivir con otro tipo de lecturas provenientes de la izquierda no peronista. En efecto, *MPL* interpretó la destitución del presidente como un “golpe de Estado” de parte de la “brujocracia” y las Fuerzas Armadas, en detrimento de los intereses del pueblo y la clase obrera, la lealtad de Cámpora al programa votado el 11 de marzo (para ellos, revolucionario) y el propio Perón. Si el grupo dirigido por Ortega y Duhalde se acercó a la lectura de la izquierda marxista que denunció un autogolpe contrarrevolucionario y remarcó las contradicciones

dentro del movimiento, también echó mano sobre la teoría del cerco, señalando al líder como una víctima más del complot.

El “golpe” contra Cámpora fue una fractura que desestabilizó la identidad peronista del grupo político. *MPL* alineó al gobierno de Lastiri con la pasada dictadura y denunció una maniobra política de los sectores contrarrevolucionarios, compuesta por diferentes aristas: Ezeiza, el pacto social y el giro represivo, necesario para sostener políticas antipopulares. En efecto, la revista denunció de manera temprana el accionar paraestatal y sus vínculos con el gobierno peronista. Este momento de *MPL* puede caracterizarse como la fase embrionaria de una identidad peronista en mutación. Como en todo período de crisis, las posiciones de la revista fueron contradictorias: la justificación de un Perón cercado fue desdibujándose al calor de los gestos políticos del viejo líder y de sus definiciones en cada disertación.

En este proceso, *MPL* discutió los pronunciamientos públicos de Perón a través de tres estrategias: la primera fue la apelación a Cooke. El grupo dirigido por Ortega y Duhalde rebatió las definiciones de Perón a través del dirigente revolucionario, lo que precisó un vínculo entre el peronismo y la revolución diametralmente opuesto al determinado por Perón. Un dato relevante es que *MPL* evocó al Cooke de los sesenta, aquel que terminó alejándose de Perón debido a sus diferencias político-ideológicas sobre el rol de un peronismo que se pretendía revolucionario. El grupo político conocía los motivos de ese distanciamiento, puesto que muchos habían compartido militancia con Cooke. Apelar a esa palabra en la coyuntura analizada significó un gesto político y una toma de posición que resulta difícil obviar.

La segunda estrategia fue canalizar el cuestionamiento a Perón en la “Sección Polémica”, espacio editorial destinado a representar la voz de dos trabajadores peronistas (Stavale, 2021b). Allí, *MPL* comenzó a poner en juego *su* propia construcción sobre el rol de los trabajadores que, luego, se tradujo en apuesta política: la idea de una clase obrera autónoma, capaz de *discutir con* y *oponerse a* su líder histórico. En íntima vinculación, la tercera estrategia puso en tensión la relación virtuosa entre Perón y los trabajadores, característica

del primer momento de *MPL*. En efecto, a partir de la crisis, la formulación de esa relación cambió: a la tradicional afirmación de que no había peronismo sin Perón, se le agregó un nuevo término que implicó un duro cuestionamiento: no hay Perón sin peronismo. De esta forma, el grupo político advertía que su liderazgo dependía de encarnar los intereses pretendidamente revolucionarios de la clase obrera. De lo contrario, “dejaría de ser Perón”.

Teniendo en cuenta esta coyuntura de oposición creciente –alimentada, además, por las definiciones políticas que Perón impartía sobre el proceso y sobre el gobierno–, podemos pensar que el apoyo a su candidatura presidencial, además de una apuesta, fue también otro cálculo político para no perder la identidad con las bases peronistas, que reclamaban la asunción del líder a la presidencia de la Nación. Ahora bien, si en este período *MPL* levantó la consigna “Perón presidente”, también apuntó que la militancia revolucionaria debía construir un ejército popular que incorporara activamente a los trabajadores para la toma del poder.

Este apoyo con condicionamientos –Perón debe ser presidente *pero* para corregir el proceso en marcha; Perón sigue siendo el líder *solo si* encarna los intereses “reales” (socialistas) de los trabajadores– se resquebrajó días después de la victoria electoral de Perón y se expresó en la respuesta que *MPL* esgrimió ante el avance represivo que sobrevino tras la muerte de Rucci. Rápidamente, se propusieron “hablar claro” y afirmaron que el giro a la derecha del gobierno formaba parte de un “plan preconcebido” por Perón en el exilio. Estas definiciones fueron el preámbulo del período posterior, signado por un enfrentamiento explícito.

En efecto, las contradicciones que caracterizaron al período de crisis se zanjaron en este último momento de *MPL* y en la experiencia *DF* que, en términos generales, significó la ruptura con las posiciones de momentos anteriores. La referencia al vínculo Perón-trabajadores en términos de una mutua necesidad (“no hay peronismo sin Perón, *pero* tampoco Perón sin peronismo”) se resolvió en detrimento del viejo líder: en su última etapa, *MPL* abortó la primera parte de aquella frase y apostó por la posibilidad del “Peronismo sin Perón”. Además, los últimos números expresaron otras

transformaciones: si hasta el momento la revista había utilizado las categorías de “pueblo” y “clase” como sinónimos, los planteos de esta etapa hicieron pie en el rol de la clase obrera. A su vez, *MPL* comenzó a centrarse en la contradicción “burguesía-proletariado” para caracterizar el proceso revolucionario, explicitando que entre capitalismo y socialismo no existía “tercera posición”. Nótese que, en esta última etapa, el grupo político reemplazó la referencia al “socialismo nacional” por el “socialismo” a secas, en un movimiento que expresó la radicalización de su identidad política.

Respecto del gobierno de Perón, denunciaron su carácter contrarrevolucionario reflejado en políticas concretas como la modificación a la Ley de Asociaciones Profesionales aprobada a fines de 1973, la reforma al Código Penal en enero de 1974 o el avance de la depuración política en provincias afines a la izquierda peronista, como el caso cordobés. En efecto, la represión legal y extralegal que la gestión peronista habilitaba llevó a que *MPL* le endilgara el mote de “gorila” o encerrara a sus ministros en “La Cárcel del Pueblo”, sugiriendo que el propio Perón tenía un lugar en la celda editorial.

Sin embargo, a pesar de que las rupturas fueron frondosas, una continuidad debe destacarse: aun con los niveles de beligerancia alcanzados respecto de Perón y el movimiento peronista, *MPL* se mantuvo dentro de los límites del peronismo y se esforzó por expandir su enfoque. Es en este sentido que afirmamos que, en su última etapa, el grupo político parió una identidad *peronista* transformada. La revista reclamó “el peronismo de los trabajadores”, dislocándolo de Perón y de la experiencia de su gobierno.

Como hemos dicho, esta estrategia política podría interpretarse bajo la lupa de la segunda “operación ideológica” que Sigal pone en juego para analizar el acercamiento de la izquierda marxista al peronismo en los tempranos sesenta: dislocar el papel de Perón, separando al peronismo de su jefe (2002: 177). A su vez, la opción por el “peronismo sin Perón” había sido esgrimida por el sindicalismo vanguardista que, aunque lejos del marxismo, buscó independizarse de Perón a partir de la creación de un partido de corte laborista y corporativo, sustentado en el poder de los sindicatos. Considerando estos elementos, resulta difícil obviar las filiaciones de los dirigentes

del grupo político que, en los tempranos sesenta, se acercaron al peronismo desde el marxismo nacional e incluso apostaron por la construcción política con todos los actores del movimiento peronista, incluyendo a la CGT de Vandor. Podríamos decir, al menos, que la apuesta del “peronismo sin Perón” era una estrategia conocida por Ortega Peña y Duhalde, resignificada en favor de la autonomía revolucionaria de la clase obrera peronista.

En efecto, la última etapa de *MPL* hizo eje en la contraposición de dos peronismos: el “de arriba” burocrático y burgués (y ahora también asociado a Perón) y el “peronismo de abajo” o el “verdadero”, vinculado a la experiencia de una clase obrera, revolucionaria y peronista. Esta línea de interpretación se potenció luego de la clausura de *MPL* en marzo de 1974. La revista *DF* condensó las transformaciones político-ideológicas de la identidad del grupo político, que se expresaron, incluso, en la elección del nombre. Bajo el título “De Frente”, la reivindicación a Cooke fue directa y lejos de convivir con la referencia a Perón, la desplazó. Por otra parte, la mención a las bases peronistas constituyó el único vínculo entre la identidad política del grupo y el movimiento popular. Este es un punto interesante que, además, explica una continuidad: si afirmamos que el agrupamiento separó al peronismo de Perón, no podemos decir lo mismo respecto a la identidad peronista de los trabajadores. Para el grupo de *MPL-DF*, la clase obrera se constituyó como tal *en y con* su identidad política; el peronismo no venía después como añadido inesencial, sino que era parte de una experiencia *de clase*.

La revista *DF* tuvo otra característica clave que además es un signo distintivo respecto de *MPL*. Si en el período previo la referencia a la categoría de “pueblo” había comenzado a desplazarse en favor de la de “clase”, *DF* fue explícita al afirmar que el sujeto de la revolución no era “el pueblo” (afirmación que volvía más comprensible apoyar el pacto social), sino “la clase obrera” que, con su liberación, arrastraba al resto de los oprimidos del campo popular. Este viraje se replica en el lugar político-editorial que la revista le dio al seguimiento de los conflictos obreros (que alcanzaron importantes picos de beligerancia en 1974) para suponer y construir un enfrentamiento entre los trabajadores y Perón. Esta arquitectura argumen-

tal ponía de relieve una experiencia de clase que había profundizado la conciencia de sus intereses (revolucionarios), llevándolos hacia una madurez política que habilitaba el desprendimiento respecto de su líder histórico. La apuesta del “peronismo sin Perón” no significaba el reemplazo de un dirigente por otro, sino una superación dialéctica protagonizada por los trabajadores.

Ahora bien, a pesar de que la conflictividad obrera creció considerablemente –al punto de desestabilizar el pacto social– y el sindicalismo combativo pisó con fuerza en el interior del movimiento obrero, la afirmación de que el proletariado peronista había roto con Perón respondió menos a la realidad política concreta que a cierto esencialismo revolucionario propio de la época: la idea de que, indefectiblemente, los trabajadores habían iniciado su marcha hacia el socialismo.

Cuando el grupo político debió posicionarse frente a la concurrencia espontánea de importantes sectores obreros a Plaza de Mayo, luego de que Perón los convocara al diálogo el 12 de junio, puso en juego dos estrategias: por un lado, afirmó que los obreros de Villa Constitución, Matarazzo, Acindar o Propulsora (es decir, quienes estaban a la vanguardia de la lucha proletaria) no habían asistido; por el otro, apuntó que los trabajadores que se acercaron a la plaza lo habían hecho para ver si Perón revertía las políticas de su gobierno. Con respecto a Perón, el análisis de su último discurso público condensa las rupturas del grupo político. Lejos de un Perón cercado por su entorno, este era hábil y estratega; un “operador ideológico” capaz de apelar al sentimiento de los trabajadores para aplacar la lucha de clases y retomar las riendas de un proyecto económico profundamente cuestionado.

Hasta aquí hemos recuperado las principales líneas interpretativas que el grupo político puso en juego respecto del vínculo peronismo/revolución, el rol de Perón y del movimiento, y de la clase obrera. En lo que sigue, buscaremos sintetizar las consecuencias de este proceso de *izquierdización* respecto del resto de los actores del campo revolucionario. Este análisis liga con la dimensión programática puesto que, como hemos visto, las transformaciones en la identidad peronista de *MPL* y *DF* se tradujeron en propuestas

políticas concretas para el resto de los sectores de la TRP y para la izquierda en general.

II

Como hemos sugerido antes, el estudio de la experiencia político-editorial de *MPL-DF* ilumina también el debate político que atravesó al peronismo revolucionario desde los tempranos setenta y que, lejos de desaparecer, reverdeció con el regreso del peronismo al poder, en 1973. Este punto es especialmente relevante, puesto que uno de nuestros objetivos ha sido discutir con aquellas investigaciones que reducen el peronismo revolucionario a las organizaciones hegemónicas de la TRP, es decir, a Montoneros y a la JPr. Lejos de tales simplificaciones, nuestra investigación busca ser un aporte para visibilizar la heterogeneidad del sector y los debates políticos que lo dinamizaron, como las tensiones entre *movimentistas* y *alternativistas*, y las estrategias políticas concretas, asociadas a tales posicionamientos.

En efecto, al calor de las transformaciones en la identidad peronista del grupo *MPL-DF*, las revistas evidenciaron un acercamiento cada vez mayor al *alternativismo* que se tradujo en la apuesta por “el peronismo de abajo” y en la arenga por construir una organización independiente, para y de la clase obrera. Estos posicionamientos y el vínculo ideológico de las revistas con los actores de la *constelación alternativista* determinaron también el debate con Montoneros. Aunque, como hemos dicho, las diferencias entre el agrupamiento y el montonerismo pueden identificarse desde épocas tempranas, se potenció al calor de la transformación identitaria que hemos apuntado.

Como intentamos demostrar, *MPL* expresó una identidad política que articuló peronismo y marxismo, reservándole a este último el lugar de la teoría. Desde estos posicionamientos, la revista se definió de particular manera sobre cuestiones claves que, si en una primera etapa quedaban supeditadas a las expectativas compartidas frente al gobierno de Cámpora, definieron los carriles por donde corrieron las diferencias cuando la coyuntura adversa exigió ma-

yores definiciones. Entre ellas, nombramos el vínculo peronismo/revolución (liberación nacional y revolución social como las caras de una misma moneda), la denuncia de contradicciones de clase en el interior del movimiento peronista y la oposición temprana respecto del pacto social.

Un interlocutor clave para la revista *MPL* fue el semanario orgánico de Montoneros: *ED*. Si bien, como remarcamos, dentro de esa organización convivieron posiciones divergentes respecto del rol de Perón y de la caracterización del proceso en marcha, la revista *ED* tuvo por objetivo homogeneizar posiciones en torno a una definición más o menos clara: el movimiento era revolucionario en su conjunto (posición afín al *movimientismo*) y la liberación nacional debía consolidar una primera etapa de un proceso que, luego, evolucionaría hacia el socialismo nacional. Esta es una diferencia clave respecto de *MPL*, porque conllevó posturas bien distintas respecto de la composición del frente de liberación y las alianzas posibles. Mientras que *MPL* descartó la posibilidad de aliarse con intereses contrapuestos a los de la clase obrera, *ED* afirmó que la profundización del proceso en marcha iría depurando al movimiento de estos actores, apoyando la alianza con una burguesía nativa durante la etapa de liberación nacional.

Un elemento interesante que hemos destacado fue la republicación que, durante este momento, *MPL* realizó de las entrevistas a las FAR realizadas por *CyR* en 1971. Como apuntamos, la organización de origen guevarista planteaba allí definiciones cercanas a las del grupo *MPL*: desconfiaba de una alianza con la burguesía nacional, realizaba idénticas definiciones del vínculo peronismo/revolución y hacía pie sobre el rol de la clase obrera peronista dentro del movimiento popular. La publicación de este material en la coyuntura del 73 —en la que las FAR se estaban fusionando con Montoneros— puede leerse como una provocación y una alerta temprana del itinerario que la organización estaba adoptando. Aun así, la revista hizo convivir estos posicionamientos con el reconocimiento a Montoneros, a las FAR y a la JP y, como dijimos, adoptó la teoría del cerco al posicionarse sobre acontecimientos claves, como la masacre de Ezeiza. Por entonces, la diferencia estuvo en la importancia

que el grupo político le dio al “enemigo interno”: la revista apuntó que la contrarrevolución estaba en marcha, se gestaba dentro del movimiento y debía ser enfrentada por los sectores hegemónicos de la TRP si no querían “sortear” el proceso revolucionario.

Durante el período de crisis de la identidad política de *MPL* —que, como vimos, coincidió con el gobierno de Lastiri—, el agrupamiento esgrimió una propuesta clara para Montoneros-JP: asumir las contradicciones internas del movimiento peronista y enfrentar a los sectores de la derecha, que consolidaban espacios de poder en su interior y en el gobierno. Esta propuesta conllevaba una definición sobre el rol de Perón que ya se diferenciaba del momento anterior: *MPL* apuntó que el viejo caudillo no definiría la línea revolucionaria. Su labor era la de elaborar una “síntesis” entre las opciones antagónicas que se dirimían en el interior del peronismo. En este punto, la apuesta estaba en ganar la disputa interna, para que Perón se inclinara por la opción revolucionaria.

Desde esta perspectiva, los números de *MPL* dispararon críticas severas contra los sectores hegemónicos de la TRP, cuestionando sus apuestas por conservar el espacio político dentro del movimiento y las apelaciones a la verticalidad y la “lealtad” con una política que consideraban contrarrevolucionaria. La crítica tuvo tales ribetes de hostilidad, que la revista vinculó las posiciones *movimientistas* con una supuesta condición de “recién llegados” al peronismo. Esta lectura se endureció al calor del enfrentamiento cada vez más evidente entre el grupo y Perón, y los gestos políticos que, en esta coyuntura, adoptaron Montoneros y la JP. Entre estos últimos, los más importantes fueron la asistencia de ambos a la marcha organizada por la CGT para apoyar la fórmula Perón-Perón y la participación de la JP en el Operativo Dorrego junto con el Ejército. Ambos acontecimientos dan cuenta de las apuestas de Montoneros: la persistencia de no abandonar el movimiento peronista (aun cuando la organización también comenzaba a enfrentarse con Perón, al punto tal de “ajusticiar” a Rucci) o la percepción sobre los posibles aliados en un potencial frente de liberación.

El último momento de *MPL* potenció las diferencias entre el grupo político y las organizaciones hegemónicas de la TRP. En este

punto, podríamos afirmar que las posiciones de la revista respecto de Montoneros-JP constituyen una continuidad para la identidad política del grupo: las diferencias se expresan desde el n° 1. Sin embargo, en este período de enfrentamiento explícito con Perón y la experiencia de su gobierno, *MPL* esgrimió una apuesta política (que luego se radicalizaría en *DF*) que siguió interpelando a Montoneros-JP: la construcción de un frente revolucionario (el Frente de Trelew) en el que confluyeran amplios sectores del campo popular. Esta apuesta potenció la propuesta de construir la *alternativa independiente*, puesto que para el grupo político el proceso revolucionario debía sostenerse *en y desde* la experiencia de la clase obrera peronista. Cercana a los sectores del *alternativismo*, *MPL* no cesó en la propuesta de unificar el peronismo revolucionario en un frente común que tuviera por protagonistas a los trabajadores. Con esta línea, la revista interpeló a Montoneros-JP a “comenzar de cero”.

Por fuera del espectro peronista, este tipo de propuestas y la apuesta por una estrategia frentista, fueron bien recibidas. Sobre todo por el PRT-ERP, que presionaba a Montoneros y a las FAR (ahora fusionados) por la unidad, aunque no cejaba en las críticas a sus definiciones políticas. Las coincidencias con la organización marxista son un buen termómetro del viraje clasista del grupo *MPL* que, incluso, se diferenció de las posiciones de otros sectores de la izquierda no peronista (como el grupo “pasado-presentista”) que instaron a que Montoneros no abandonase el movimiento.

En efecto, la apuesta por la construcción de la *alternativa independiente* y el proyecto más amplio de reeditar el Frente de Trelew allanaron el camino para que el grupo político comience a acercarse al FAS, espacio político impulsado por la organización guevarista y acompañado por diversas organizaciones de la izquierda revolucionaria y, también, por el FRP de Jaime y Eguren. Este acercamiento, que comienza a esgrimirse en la última etapa de *MPL*, se evidencia durante la publicación de *DF*. En este último momento, el grupo político asumió el programa del FAS y participó activamente del VI Congreso realizado en Rosario, en el que Ortega Peña fue uno de sus oradores.

Al calor de la ruptura entre *DF* y Perón –que llegó a ser caracterizado como “el jefe de la represión”–, la revista potenció la propuesta frentista replicando un ideario político que caracterizó al grupo desde el comienzo y en espacios previos: la afirmación de que todas las organizaciones que enfrentaban al sistema formaban parte del campo popular. En la coyuntura de 1974, esta afirmación resignificó a los sectores de la izquierda no peronista. El grupo afirmó que las diferencias con organizaciones como PRT debían supeditarse a contradicciones secundarias, puesto que la urgencia política requería la unidad del campo revolucionario en el enfrentamiento con el enemigo. Es este argumento el que subyace a la propuesta de conformar una coordinadora de organizaciones revolucionarias y populares, para enfrentar la represión. Desde estas definiciones, *DF* siguió interpelando a Montoneros-JP, aunque las diferencias se ensancharon. La revista no cejó en el debate político con estas organizaciones buscando, probablemente, interpelar a la militancia de ambas para presionar a la cúpula montonera.

III

Como buscamos demostrar, el proceso de transformación política e identitaria que atravesó el grupo *MPL-DF* redefinió, a su vez, las apuestas programáticas que defendieron. Un registro interesante para reflejar este proceso de cambio es mirar comparativamente el programa del FREJULI y el del FAS, ambos apoyados por el grupo político, al inicio y al final de este recorrido. Hemos afirmado que el programa electoral del FREJULI reflejó un discurso en tensión que daba cuentas del proceso de radicalización política que había sacudido al peronismo en el período previo, aunque articulado con elementos clásicos de la doctrina peronista en definiciones claves. De esta forma, por un lado, las “Pautas programáticas del gobierno justicialista” proclamaron como objetivos de gobierno la “liberación nacional”, la lucha contra el imperialismo, la reversión de la dependencia estructural de la economía argentina, la reforma agraria y la puesta en práctica de “todas las experiencias de socialización

que sirvan para elevar la condición humana”; pero, por otra parte, especificaba que el gobierno adoptaba la “tercera posición” delimitada por Perón, proclamaba un desarrollo armónico e integrado (pilares de la conciliación de clases) y el desarrollo de una “comunidad organizada”, en la que convivan solidariamente “empleadores y trabajadores”, rechazando explícitamente el “socialismo utópico y el dogmático” (Cámpora, 1973).

Por su parte, el programa del FAS que el grupo político apoyó y replicó desde las páginas de *DF* proclamó como tarea estratégica unir a las fuerzas de todos los que luchan por la democracia, en el camino de la liberación nacional y social, para terminar con el sistema de dominación burgués e imperialista y constituir una sociedad libre de explotadores y explotados. El programa convocaba a los sectores interesados en realizar “una revolución contra la gran burguesía, la oligarquía y el imperialismo”, para instaurar “un gobierno obrero, popular y socialista”, y entre sus principales puntos señalaba la expropiación de las empresas del gran capital para el control obrero y estatal, la reforma agraria, la estatización de la banca y del comercio exterior, la ruptura de pactos económicos, militares y políticos con el imperialismo, la eliminación de los aparatos represivos, entre otros aspectos (FAS, VI Congreso, 15/6/1974).

Las diferencias entre ambos programas saltan a la vista y expresan un proceso de radicalización política: si en momentos de expectativas revolucionarias, el grupo *MPL* apoyó el programa electoral peronista haciendo pie sobre el contenido radicalizado de sus propuestas y apostando por la potencialidad del proceso que se abría, la frustración de estas expectativas y las rupturas con el movimiento y con el propio Perón los condujo a apoyar un programa de corte marxista que definía explícitamente el control de la clase obrera sobre los medios de producción y la construcción del socialismo sin condicionamientos.

Para terminar, quisiéramos señalar que este recorrido buscó iluminar la experiencia editorial de un grupo político pequeño y celoso de su autonomía política respecto de las organizaciones revolucionarias hegemónicas, que defendió un proyecto ambicioso que, aunque agudo en sus definiciones políticas y programáticas,

no logró tallar dentro de la TRP: la confluencia entre la izquierda peronista y la marxista, en un frente de acción común con hegemonía de los trabajadores.

Los derroteros de los integrantes del grupo tras la muerte de Ortega Peña no forman parte de las ocupaciones de este libro. Sin embargo, quisiéramos finalizar realizando algunos señalamientos, porque iluminan ideas centrales de nuestra investigación (el viraje hacia la izquierda) al tiempo que abren futuras pistas de indagación. El asesinato de uno de sus dirigentes políticos finalizó con las experiencias político-editoriales analizadas, pero no con la militancia política de sus miembros, que, en su gran mayoría, confluyeron en la construcción del Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (PROA), organización de corte marxista-leninista que se estructuró por fuera del peronismo. Siguiendo a Rot, nos interesa mencionar algunas características de PROA, porque refuerzan nuestras líneas de interpretación: la primera es que sus miembros “serán los mismos que venían manteniendo reuniones y debates políticos, desde antes aun de la edición de *Militancia*”. Esta afirmación ilumina la idea de un grupo político que venía forjándose al calor de las experiencias previas y que surge y se consolida con la publicación de las revistas. La segunda característica es que, según el autor, PROA tuvo como hitos la experiencia militante de *MPL-DF* y el acercamiento al FAS, puesto que allí se tejieron y confirmaron numerosas coincidencias políticas entre sus miembros. Finalmente, señala que PROA resolvió las tensiones de una identidad política que, aunque transformada, siguió definiéndose peronista durante la publicación de *MPL-DF*: la organización abortó la apuesta por la transformación revolucionaria del peronismo, señalando ahora “su carácter falaz” y destacando que “el peronismo, en tanto expresión política hegemonizada por la burguesía, jamás sería revolucionario” (2016: 121-122).

La muerte de Ortega Peña fue una ruptura insoslayable respecto del período previo. En este punto, coincidimos con Rot en que, probablemente, su asesinato en manos de la Triple A habilitó que el grupo resolviera “de un plumazo” la cuestión del peronismo revolucionario. Aquí debemos mencionar también que existen testi-

monios de dirigentes y militantes del PRT que afirman que Ortega había iniciado un proceso de incorporación a ese partido en los momentos previos a su muerte. De hecho, Gorriarán Merlo apunta que “el diputado de los obreros” había presentado una carta al PRT solicitando su incorporación. A su vez, siguiendo a Baschetti, observamos que De Santis sostiene que, efectivamente, se había incorporado antes de ser asesinado (Gorriarán Merlo, 1/4/2006; Baschetti, 1999). Aunque no estamos en condiciones de afirmar que esto haya sido efectivamente así, tampoco podemos obviar la existencia de estos testimonios que, en todo caso, otorgan fuerza a nuestra hipótesis del giro a la izquierda que el grupo realizó en su última etapa.

Ese giro también se vislumbra en el recorrido de PROA, que efectivamente se nutrió del proceso de *izquierdización* de la identidad peronista del grupo que aquí analizamos: en sus itinerarios, la organización hizo pie sobre las transformaciones del período 1973-1974, articulando esa experiencia política acumulada. Tanto es así que el nuevo partido profundizó las principales líneas de interpretación que *MPL* y *DF* delinearón en la última etapa. Entre ellas, la redefinición de una apuesta política que reemplazó la potencialidad revolucionaria del peronismo por la de la clase obrera; el cuestionamiento de la lucha armada al margen del desarrollo político de los trabajadores (objeción que siempre realizaron al PRT-ERP); la definición de Montoneros como una organización reformista (por ubicarse a la izquierda de un movimiento caracterizado ahora por la ideología burguesa) y la preocupación por dirimir las diferencias políticas en la práctica, confluyendo con el resto de los actores del campo revolucionario. Esta continuidad se ilumina con un dato interesante: PROA se dio una publicación orgánica que circuló una única vez, pero cargó con un simbolismo imposible de obviar: “*Militancia* para la construcción del Partido de los Obreros Argentinos”, en la que la palabra *Militancia* aparecía con la misma tipografía de la revista (Rot, 2016: 125). Interpretamos esta referencia como una reivindicación expresa de aquella experiencia política y de la postura crítica que el grupo y sus dirigentes asumieron durante el período aquí analizado.

Siglas utilizadas

AI: Alternativa Independiente
ARP: Acción Revolucionaria Peronista
ATM: Antropología del Tercer Mundo
CGT: Central General de Trabajadores
CGT-A: Central General de Trabajadores de los Argentinos
CSMJ: Consejo Superior del Movimiento Justicialista
CyR: Cristianismo y Revolución
DF: De Frente, con las bases peronistas
DR1: Documento Reservado 1
E: Envido
EC: El Caudillo
ED: El Descamisado
EM: Evita Montonera
EP: El Peronista Lucha por la liberación
FAL: Fuerzas Armadas de Liberación
FAP: Fuerzas Armadas Peronistas
FAR: Fuerzas Armadas Revolucionarias
FAS: Frente Antiimperialista y por el Socialismo
FREJULI: Frente Justicialista por la Liberación Nacional
FRP: Frente Revolucionario Peronista
GAN: Gran Acuerdo Nacional
JPr: Juventud Peronista Regionales
JRP: Juventud Revolucionaria Peronista
JTP: Juventud Trabajadora Peronista
McJSN: Montoneros Columna José Sabino Navarro

MJP: Movimiento de la Juventud Peronista

MNRT: Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara

MPL: Militancia Peronista para la Liberación

MR17: Movimiento Revolucionario 17 de Octubre

MRP: Movimiento Revolucionario Peronista

PB: Peronismo de Base

PRT-ERP: Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército
Revolucionario del Pueblo

PyP: Pasado y Presente

TRP: Tendencia Revolucionaria del Peronismo

Anexo documental “Las aventuras de Tendencia”

Militancia Peronista para la Liberación, nº 9, 9 de agosto de 1973, p. 21



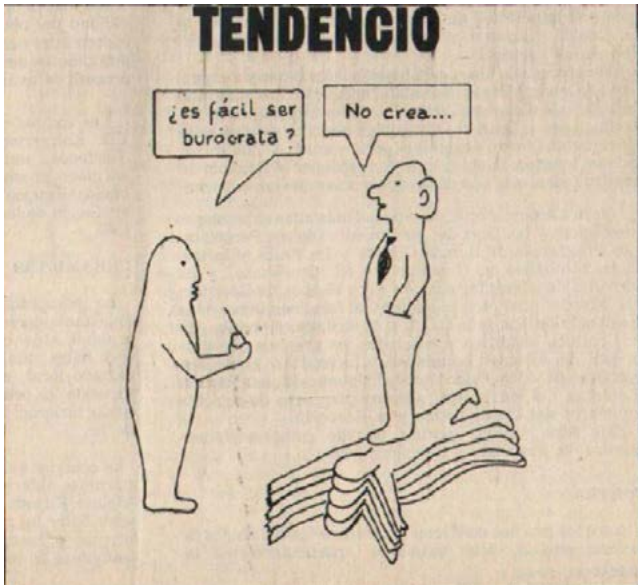
Militancia Peronista para la Liberación, nº 10, 16 de agosto de 1973, p. 22



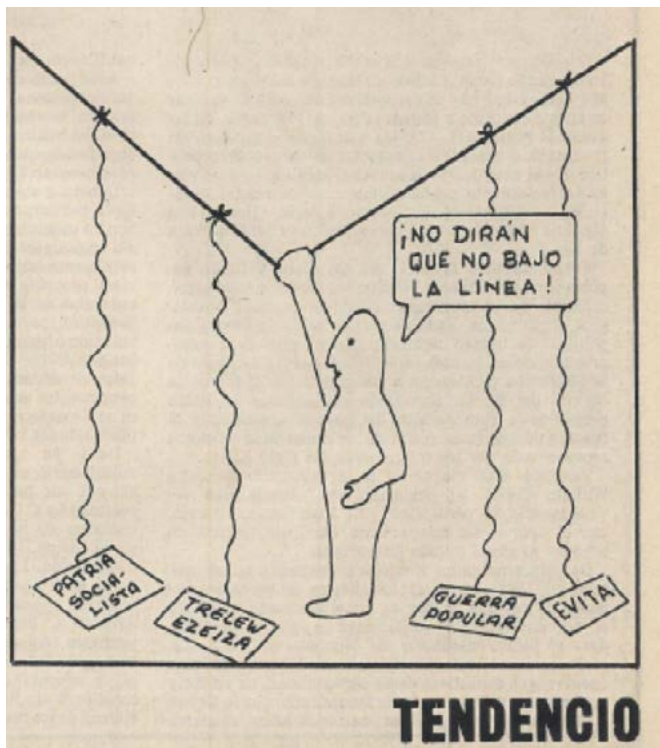
Militancia Peronista para la Liberación, n° 11, 23 de agosto de 1973, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 12, 30 de agosto de 1973, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 13, 6 de septiembre de 1973, p. 9



Militancia Peronista para la Liberación, nº 14, 13 de septiembre de 1973, p. 5



Militancia Peronista para la Liberación, nº 15, 20 de septiembre de 1973, p. 9



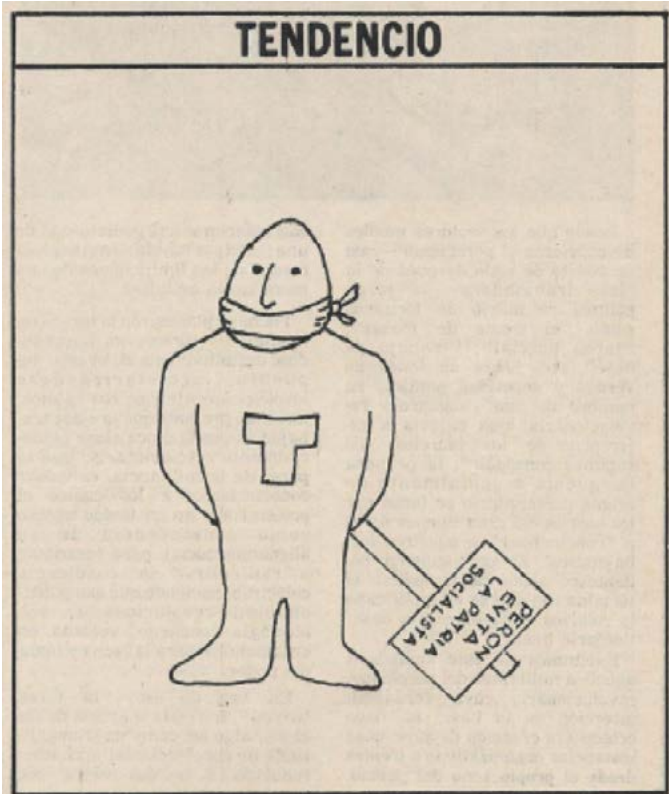
Militancia Peronista para la Liberación, nº 16, 27 de septiembre de 1973, p. 6



Militancia Peronista para la Liberación, nº 17, 4 de octubre de 1973, p. 4



Militancia Peronista para la Liberación, nº 18, 11 de octubre de 1973, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 19, 18 de octubre de 1973, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, n° 20, 25 de octubre de 1973, p. 8



Militancia Peronista para la Liberación, nº 21, 1º de noviembre de 1973, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, n° 22, 8 de noviembre de 1973, p.9



Militancia Peronista para la Liberación, nº 23, 15 de noviembre de 1973, p. 8



Militancia Peronista para la Liberación, n° 24, 22 de noviembre de 1973, p. 9

P
∨
P V B

PERONISMO

DE BASE

PERONISMO DE BASE DE GRAL. SARMIENTO

En San Miguel, Prov. de Bs. As. se realizó los días 17 y 18 de noviembre el Ier. Congreso del Peronismo de Base de Gral. Sarmiento, bajo el lema "Para que la sangre derramada no sea negociada, la clase obrera organizada, por la Patria Socialista".

TENDENCIO



o

Militancia Peronista para la Liberación, nº 25, 29 de noviembre de 1973, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 26, 6 de diciembre de 1973, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 27, 13 de diciembre de 1973, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 28, 20 de diciembre de 1973, p. 7



***Militancia Peronista para la Liberación*, nº 29, 29 de diciembre de 1973 (tapa)**



Militancia Peronista para la Liberación, nº 29, 29 de diciembre de 1973, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 30, 3 de enero de 1974, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 31, 17 de enero de 1974, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, n° 32, 24 de enero de 1974, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 33, 31 de enero de 1974, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 34, 7 de febrero de 1974, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 35, 21 de febrero de 1974, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, nº 36, 7 de marzo de 1974, p. 7

TENDENCIO



Militancia Peronista para la Liberación, n° 37, 14 de marzo de 1974, p. 7



Militancia Peronista para la Liberación, n° 38, 28 de marzo de 1974, p. 7



Bibliografía

- AA. VV. (2009). *Organización Comunista Poder Obrero. Una aproximación al socialismo revolucionario en los 70*. Buenos Aires: A Vencer.
- AA. VV. (2010). *Abogados, derecho y política*. Buenos Aires: Memoria Abierta.
- AA. VV. (2011). *Envido, revista de política y ciencias sociales*. Edición facsimilar. Buenos Aires: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- (2015). *Cristianismo y Revolución*. Edición facsimilar. Buenos Aires: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- (2015a). *Nuevo Hombre*. Edición facsimilar. Buenos Aires: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- Abbatista, Lucía (2014). “La primera época de la revista *Nuevo Hombre* y sus aportes al debate sobre los intelectuales revolucionarios. Argentina, 1971”. II Congreso de Historia Intelectual de América Latina, Buenos Aires.
- (2015). “Nuevo Hombre, intelectuales y revolución en 1971”. En *Nuevo Hombre*. Edición facsimilar. Buenos Aires: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- Aboy Carlés, Gerardo (2001). “Fundamentos teóricos para el estudio de las identidades políticas”. En *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Accinelli, Rubén (2014). “La imagen y el ejemplo: Una aproximación a la revista *De frente, con las bases peronistas* a través de sus

- contratapas (mayo-julio de 1974)". VIII Jornadas de Sociología UNLP, La Plata. En línea: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/>.
- Acha, Omar (2013). "Dilemas de una violentología argentina". En *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Herramienta.
- (2014). "Releer *Pasado y Presente*: ¿por qué, desde dónde y para qué?". *Prismas*, vol. 18, n° 2, pp. 239-242.
- Altamirano, Carlos (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Amorín, José (2005). *Montoneros. La buena historia*. Buenos Aires: Catálogos.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín (2006). *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Buenos Aires: Booket.
- Balbi, Fernando (2005). "Esta avalancha de homenajes: campo de poder, lealtad y concepciones de política en el primer peronismo". *Anuario de Estudios en Antropología Social* (CAS-IDES), pp. 103-118.
- Balvé, Beba (1989). *El 69: huelga política de masas. Rosariazo-Cordobazo-Rosariazo*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Barletta, Ana María (2000). "Universidad y política. La "peronización" de los universitarios (1966-1973)". *Proceedings LASA*.
- (2002). "Una izquierda universitaria peronista, entre la demanda académica y la demanda política (1968-1973)". *Prismas, revista de historia intelectual*, n° 6.
- Barletta, Ana María y Lenci, Laura (2000). "Politización de las Ciencias Sociales en la Argentina. Incidencia de la revista *Antropología Tercer Mundo*, 1968-1973". *Sociohistórica*, n° 8, pp. 177-179.
- Barletta, Ana María y Cernadas, Jorge (2004). "Argentina, 1973-1976. De la 'Democracia Integrada' al terrorismo de Estado". *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n° 18.
- Barth, Frederick (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. México: FCE.

- Bartoletti, Julieta (2010). *Montoneros: de la movilización a la Organización. Un caso paradigmático de militarización*. Tesis doctoral en Ciencia Política, Universidad Nacional de San Martín. En línea: <http://eltopoblindado.com>.
- (2011). *Montoneros: de la movilización a la organización*. Rosario: Laborde.
- Baschetti, Roberto (1999). *Documentos, 1973-1976*. La Plata: Campana de Palo.
- (2007). *La memoria de los de abajo. Hombres y mujeres del peronismo revolucionario*. La Plata: De La Campana.
- (2015). “Del nuevo hombre a Nuevo Hombre. Resistencia y dignidad siempre”. *Nuevo Hombre*. Edición facsimilar. Buenos Aires: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- (s/f). “Militantes del peronismo revolucionario uno por uno”. En línea: <http://www.robertobaschetti.com> (última fecha de consulta: 2/2/2022).
- Beigel, Fernanda (2003). “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”. *Utopía y praxis Latinoamericana*, vol. 8, n° 20.
- Besoky, Juan Luis (2016). “La derecha peronista. Prácticas políticas y representaciones (1943-1976)”. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata.
- Bilmes, Julián (2014). “El camporismo y sus intérpretes. Un estudio sobre ‘la primavera camporista’ en la Argentina de 1973 desde la óptica de dos importantes revistas político-culturales de ese entonces: *Envido y Pasado y Presente*”. VIII Jornadas de Sociología. La Plata: UNLP.
- Bozza, J. Alberto (2001). “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969”. *Sociohistórica*, n° 10.
- (2009). “La voluntad organizada. La CGT de los Argentinos, una experiencia de radicalización sindical”. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, n° 9, pp. 179-208.
- (2014). “La resignificación revolucionaria del peronismo y sus protagonistas durante la etapa de su proscripción”. En Tortti, M. C.; Chama, M. y Celentano A. (dirs.), *La nueva izquierda*

da argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución. Rosario: Pro-historia.

- Brennan, James (1992). “El Cordobazo, el clasismo y los obreros. El contexto fabril del sindicalismo de liberación en la industria automotriz cordobesa”. *Desarrollo Económico*, n° 125, Buenos Aires.
- (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Brennan, James y Gordillo, Mónica (2008). *Cordobazo, clasismo y movilización social*. La Plata: De la Campana.
- Borón, Atilio. (2020). “Notas introductorias a ‘La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo’”. *Revista de la Casa de las Américas*, n° 299, pp. 57-83.
- Bufano, Sergio y Lotersztain, Israel (2010). *Evita Montonera. Revisión crítica de la revista oficial de Montoneros 1974-1979*. Buenos Aires: Ejercitar la Memoria.
- Burgos, Raúl (2004). *Los gramscianos argentinos: cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Caletti, Sergio (1980). “Peronismo Revolucionario: para entendernos mejor”. *Controversia*, vol. 2, n° 6.
- Califa, Sebastian (2015). “Del Partido Comunista al Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria en la Argentina de los años sesenta. Una escisión con marca universitaria”. *Izquierdas*, n° 24, pp. 173-204.
- Calveiro, Pilar (2009). *Política y/o violencia, una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Camelli, Eva (2019). *El Movimiento Villero Peronista*. Buenos Aires: Gorla.
- Campione, Daniel (2007). “El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria”. Coloquio Internacional “El comunismo: otras miradas desde América Latina”, pp. 167-215. México: UNAM. En línea: <https://lahaine.org/b2-img/camp-com.pdf>.
- (2007). “La izquierda no armada en los años 70 en Argentina. Partido Comunista, Partido Comunista Revolucionario, Parti-

- do Socialista de los Trabajadores”. *Revista de Ciencias Sociales Realidad Económica*, n° 14.
- Campos, Esteban (2009). “Armar la política. Los reportajes a la guerrilla argentina en *Cristianismo y Revolución* (1970-1971)”. XII Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia, Universidad Nacional del Comahue.
- (2010). “Del catolicismo renovador a la lucha armada. Nueva teología, peronismo y violencia en los primeros números de la revista *Cristianismo y Revolución* (Argentina 1965-1967)”. *Revista del Programa de Historia de América Latina*, vol. 2, n° 2, pp. 57-82.
- (2012). “Venceremos en un año o venceremos en diez pero venceremos. La organización Descamisados: entre la Democracia Cristiana, el peronismo revolucionario y la lucha armada”. *Revista PolHis*, n° 10, pp. 133-145.
- (2014). “‘Rodolfo Rey, peronista y montonero’. La construcción de un héroe popular en los primeros números de la revista *Evita Montonera*”. En *e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, vol. 12, n° 47, pp. 1-12.
- (2016). *Cristianismo y Revolución: el origen de Montoneros*. Buenos Aires: Edhasa.
- Carnovale, Vera (2006). “Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP”. *Lucha Armada*, vol. 2, n° 5.
- (2007). “En la mira perretista. Las ejecuciones del ‘largo brazo de la justicia popular’”. *Lucha Armada*, vol. 3, n° 8.
- (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2016). “MILITANCIA peronista para la liberación”. *AMÉRICALEE, portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX*. En línea: http://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2016/07/MILITANCIA_ESTUDIO.pdf.
- Carrera, Pablo y Denza, Néstor (2016). *Prensa para la revolución. Comunicación política y de masas en el PRT-ERP y Montoneros*. Buenos Aires: Tren en Movimiento.

- Caruso, Valeria; Campos, Esteban; Vigo, Mariano y Acha Omar (2017). "Izquierda peronista: una categoría útil para el análisis histórico". *Historiografías*, n° 14, pp. 68-90.
- Casco, José (2014). "Ser o no ser: Qué hacer con Perón y el peronismo". *Prismas*, vol. 18, n° 2, pp. 217-220.
- Castro, Flora y Salas, Ernesto (2011). *Norberto Habegger. Cristiano. Descamisado. Montonero*. Buenos Aires: Colihue.
- Cavarozzi, Marcelo (2002). *Autoritarismo y democracia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Cavarozzi, Marcelo y Gutiérrez, Ricardo (1999). "La construcción política de una crisis: el gobierno peronista, 1973-1976". En Dutrénit Bielous, S. y Rodríguez de Ita, G. (coords.), *Asilo diplomático mexicano en el Cono Sur*. México: Instituto Mora y SRE.
- Caviasca, Guillermo (2015). "La actuación del general Jorge Cargano en la X Conferencia de Ejércitos Americanos en Caracas. Significado, antecedentes y debates". *Documentos de Trabajo de la Escuela Nacional de Defensa*, vol. 29.
- Celesia, Felipe y Waisberg, Pablo (2007). *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*. Buenos Aires: Aguilar.
- Celentano, Adrián (2014a). "Insurrección obrera y compromiso intelectual". *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, vol. 4.
- (2014b). "Maoísmo y nueva izquierda. La formación de Vanguardia Comunista y el problema de la construcción del partido revolucionario entre 1965 y 1969". En Tortti, M. C.; Chama, M. y Celentano, A. (dirs.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Rosario: Pro-historia.
- (2016). "La crisis universitaria en América Latina y la latinoamericanización de la revista *Los Libros* (1969-1976)". *Izquierdas*, n° 31, pp. 172-193.
- Cena, J. Carlos (2000). *El Cordobazo, una rebelión popular*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Chama, Mauricio (2007). "Movilización y politización: los abogados de Buenos Aires, 1968-1973". En Pérotin-Dumon, Anne,

- Historizar el pasado vivo en América Latina*, pp. 1-26. En línea: <http://www.historizarelpasadovivo.cl/downloads/chama.pdf>.
- (2010). “La defensa de los presos políticos a comienzos de los 70: ejercicio profesional, derecho y política”. *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 32, n° 32, pp. 195-217.
- (2016). *Compromiso político y labor profesional: estudios sobre psicólogos y abogados en los primeros setenta*. La Plata: UNLP.
- Chama, Mauricio y González Canosa, Mora (2011). “Universidad, política y movimiento estudiantil: la Intervención de Kestelboim y el rol de la Juventud Universitaria Peronista en la Facultad de Derecho de la UBA (1973-1974)”. *Conflicto Social*, vol. 4, n° 5, pp. 304-333.
- Chirico, Sabrina (2013). “Las Coordinadoras Interfabriles: un ejemplo de organización clasista en la Argentina durante el último gobierno peronista”. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo. En línea: <http://cdsa.academica.org/000-010/814.pdf>.
- Cullen, Rafael (2008). *Clase obrera, lucha armada, peronismos*. Vol. I: Génesis, desarrollo y crisis del peronismo original. La Plata: De la Campana.
- Dawyd, Darío (2014). *Sindicatos y política en la Argentina del Cordobazo: el peronismo entre la CGT de los Argentinos y la reorganización sindical (1968-1970)*. Buenos Aires: Pueblo Heredero.
- De Diego, José Luis (2000). *Campo intelectual y campo literario en la Argentina (1970-1986)*. Tesis de Doctorado en Letras, Universidad Nacional de La Plata.
- De la Fuente, Vera (2015). “Desde abajo y por el Frente: *Nuevo Hombre*, bajo la dirección de Silvio Frondizi. Aportes de su archivo personal”. *Nuevo Hombre*. Edición facsimilar. Buenos Aires: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- De Riz, Liliana (1987). *Retorno y derrumbe, el último gobierno peronista*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- (2000). *La política en suspenso, 1966/1976*. Buenos Aires: Paidós.

- (2008). “De la movilización popular al aniquilamiento”. En Lida, C.; Crespo, H. y Yankelevich, P. (comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: FCE.
- De Santis, Daniel (1998). *A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2004). *El PRT-ERP y el peronismo. Documentos*. Buenos Aires: Nuestra América.
- (2005). *Entre Tupas y Perros*. Buenos Aires: Razón y Revolución.
- (2010). *La historia del PRT-ERP por sus protagonistas*. Buenos Aires: Formar filas.
- Diez, Rolo (2010). *El mejor y el peor de los tiempos*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Dip, Nicolás (2002). “Peronismo y universidad en los años sesenta: una aproximación a las tramas discursivas y organizativas del proceso de peronización de los sectores estudiantiles y docentes de la Universidad de Buenos Aires (1966-1973)”. *Cuestiones de Sociología*, n° 8, pp. 1-24.
- (2017). “Libros y alpargatas. Las tramas discursivas y organizativas del proceso de peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la Universidad de Buenos Aires, 1966-1974”. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata. En línea: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>.
- Dip, Nicolás y Pis Diez, Nayla (2011). “Itinerarios de la revista *Envido*: de la ‘Ciencia Rebelde a la Universidad Nacional y Popular’”. *Conflicto Social*, vol. 4, n° 5, pp. 146-174.
- Duhalde, Eduardo L. y Pérez, Eduardo (2003). *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*. La Plata: De la Campana.
- Duhalde, Eduardo Luis y Ortega Peña, Rodolfo (1972). “Prólogo”. En Cooke, J. W., *Apuntes para la militancia*. Buenos Aires: Schapire.

- Eidelman, Ariel (2004). *Militancia e historia en el peronismo revolucionario de los años 60: Ortega Peña y Duhalde*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Esquivada, Gabriela (2004). *Diario Noticias. Los Montoneros en la prensa argentina*. La Plata: Periodismo y Comunicación.
- (2009). *Noticias de los Montoneros. La historia del diario que no pudo anunciar la revolución*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Franco, Marina (2011). “La depuración interna del peronismo como parte del proceso de construcción del terror de Estado en la Argentina de la década del 70”. *A Contra Corriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 8, n° 3, pp. 23-54.
- (2012a). *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*. Buenos Aires: FCE.
- (2012b). “Rompecabezas para armar. La seguridad interior como política de Estado en la historia argentina reciente (1958-1976)”. *Contemporánea*, vol. 3, n° 3, pp. 77-95.
- Gascón, J. Pablo (2006). “¿Infantilismo o vacilación montonera?”. Tesis de Licenciatura en Sociología, Universidad Nacional de La Plata. En línea: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.654/te.654.pdf>.
- Friedman, Sergio (2020). “Izquierda peronista y nueva izquierda”. *Archivos de la historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 18: Debates. Diálogo sobre el concepto de nueva izquierda en la historiografía argentina, pp. 167-190.
- Gasparini, Juan (2008). *Montoneros: final de cuentas*. La Plata: De la Campana.
- Ghilini, Anabela (2022). “Intelectuales, universidad y política en los años sesenta. Las cátedras nacionales de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires”. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata.
- Gil, Germán (1989). *La izquierda peronista. Para una interpretación ideológica (1955-1974)*. Buenos Aires: CEAL.
- (2005). “*Cristianismo y Revolución: una voz del jacobinismo de izquierda en los 60*”. Buenos Aires: CeDInCI.

- (2019). *La izquierda peronista. Transitando los bordes de la revolución (1955-1974)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gillespie, Richard (2008). *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gimenez, Gilberto (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Conaculta e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- González Canosa, Mora (2012). “Las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Orígenes y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada (1960-1973)”. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata. En línea: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.808/te.808.pdf>.
- (2013). “Las puebladas de principios de los 70, un estudio de caso. Movilización y protesta social en Trelew: la ‘Asamblea del Pueblo’ (octubre de 1972)”. En Tortti, M. C. (coord.), *Trabajos finales, Licenciatura en Sociología*. La Plata: UNLP.
- (2014). “Las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP): un análisis comparativo de los (re) posicionamientos de las FAR”. En Tortti, M. C.; Chama, M. y Celentano, A. (dirs.), *La nueva izquierda Argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Rosario: Pro-historia.
- (2018). “¿Democracia y/o Revolución? Las Fuerzas Armadas Revolucionarias frente a la coyuntura electoral: los comicios, la revolución y la lógica instrumental (Argentina, 1972-1973)”. *Izquierdas*, n° 38, pp. 164-189.
- (2018a). “Marxismo, peronismo y vanguardia. La polémica entre las FAR y el ERP”. *Sociohistórica*, n° 41, pp. 1-20, La Plata.
- (2021). *Los futuros del pasado. Marxismo, peronismo y revolución. Una historia de las FAR*. Buenos Aires: Prometeo.
- González Canosa, Mora y Tocho, Fernanda (2018). “Más allá (y más acá) de Montoneros: actores, experiencias y sentidos del

- peronismo revolucionario en el pasado reciente argentino”. *Páginas*, n° 13.
- González Canosa, Mora y Stavale, Mariela (2021). “Peronismo, izquierda y lucha armada: balance bibliográfico y perspectivas analíticas sobre las organizaciones armadas peronistas en clave comparada”. *Páginas*, n° 13.
- Gordillo, Mónica (1996). *Córdoba en los 60. La experiencia del sindicalismo combativo*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- (2007). “Sindicalismo y radicalización en los setenta: las experiencias clasistas”. En Lida, C.; Crespo, H. y Yankelevich, P. (comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: FCE.
- Gorriarán Merlo, Enrique (2003). *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a La Tablada*. Buenos Aires: Planeta.
- Gramsci, Antonio (2012). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Grassi, Ricardo (2015). *El Descamisado. Periodismo sin aliento. La revista que cubrió el conflicto y la ruptura de Perón con Montoneros*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gurrucharri, Jorge; Pérez, Eduardo; Fontana, Eduardo y Alfaro, Sara (2020). *La patria socialista. Una historia de la corriente del peronismo revolucionario, MRP, JRP, MR17, FR17*. Buenos Aires: En Lucha.
- Hall, Stuart (2003). “Introducción. ¿Quién necesita identidad?”. En Hall, Stuart y Du Gay, Paul, *Cuestiones de identidad cultural*, pp. 13-39. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel (1986). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*. Buenos Aires: CEAL.
- Inchauspe, Leandro y Noguera, Ana (2011). “La Columna José Sabino Navarro: un acercamiento a la militancia armada peronista en la Córdoba de los 70 a través de fuentes orales”. En Workshop interuniversitario “Partidos Políticos y elecciones en espacios regionales y provinciales”.

- Iñigo Carrera, Nicolás; Grau, María Isabel y Martí, Analía (2014). *Agustín Tosco: la clase revolucionaria*. Buenos Aires: La Llamada.
- Iribarne, M. C. (2015). “Los semanarios ‘El descamisado’ y ‘El caudillo’: antagonismos y filones de una cultura política compartida”. *Centro de Estudios Avanzados*, n° 34, pp. 51-78.
- James, Daniel (2010). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Koselleck, Reinhart (1993). “Espacio de experiencia y horizonte de expectativa, dos categorías históricas”. En *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Lamaisón, M. Josefina y Tapia Segovia, Mauricio (2021). “Dossier: Intelectuales y revistas en la izquierda chilena y argentina: debates en torno a los procesos de radicalización política, los autoritarismos y las transiciones democráticas (1960-1990)”. *Palimpesto*, vol. 11, n° 19.
- Lanusse, Lucas (2005). *Montoneros. El mito de sus doce fundadores*. Buenos Aires: Vergara.
- (2007). “Caer y volver a levantarse. La situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972”. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Tucumán.
- Laufer, Rodolfo (2021). “El sindicalismo clasista en la Argentina del Cordobazo. Estrategias sindicales y radicalización política en el SMATA Córdoba, 1966-1972”. Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Buenos Aires.
- Lenci, Laura (1998). “La radicalización de los católicos en la Argentina. Peronismo, cristianismo y revolución, 1966-1971”. *Cuadernos del CISH*, vol. 3, n° 4.
- (1999). “Cámpora al gobierno, Perón al poder. La Tendencia Revolucionaria del Peronismo ante las elecciones del 11 de marzo de 1973”. En Pucciarelli, A. (dir.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2005). “Cristianismo y revolución, una primera mirada”. Buenos Aires: CeDInCI.

- Lenin, Vladimir (1960). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Buenos Aires: Anteo.
- (1973). *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. Buenos Aires: Anteo.
- Lissandrello, Guido y Pacheco, Julieta (2013). “Montoneros y el PRT-ERP: una propuesta comparativa a partir del análisis de sus posiciones frente al movimiento obrero (1973-1976)”. *Les Cahiers ALHIM* (Amérique latine Histoire et Mémoire), n° 26.
- Löbbe, Héctor (2006). *La guerrilla Fabril*. Buenos Aires: Razón y Revolución.
- Longoni, Ana (2005). “El FATRAC. Frente cultural del PRT/ERP”. *Lucha Armada*, vol. 1, n° 4.
- Lorenz, Federico (2007). *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*. Buenos Aires: Norma.
- Lucece, Cecilia (1993). *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*. Buenos Aires: CEAL.
- Maggio, Marcelo (2014). *Diario El Mundo. PRT-ERP: Prensa masiva para una política de masas*. Buenos Aires: Cooperativa Gráfica El Río Suena.
- Maidana, Claudio (2009). *La conformación de la Juventud Peronista en Entre Ríos 1971-1973*. Córdoba: Ferreyra.
- Marchessi, Aldo (2019). *Hacer a revolución*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marotte, Javier Pablo (2008). “Perón al poder, Cámpora a su casa”. V Jornadas de Sociología. La Plata: UNLP. En línea: <https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=eventos&d=Jev6218>.
- Mattini, Luis (2003). *Hombres y mujeres del PRT-ERP de Tucumán a la Tablada*. La Plata: De la Campana.
- Merele, Hernán (2016). “El proceso represivo en los años setenta constitucionales. De la “depuración” interna del peronismo al accionar de las organizaciones paraestatales”. En Águila, G. (coord.), *Represión estatal y violencia paraestatal en la Historia Reciente Argentina. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. La Plata: UNLP.

- Morello, Gustavo (2003). *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. Córdoba: Universidad Católica de Córdoba.
- Nadra, Giselle y Nadra, Yamile (2011). *Montoneros: Ideología y política en El Descamisado*. Buenos Aires: Corregidor.
- Nievas, Fabián (2000). “Las tomas durante el gobierno de Cámpora”. Tesis de Maestría, Universidad de Buenos Aires.
- O’Donnell, Guillermo (2009). *El Estado Burocrático-Autoritario*. Buenos Aires: Prometeo.
- Ollier, María Matilde (1986). *El fenómeno insurreccional y la cultura política, 1969-1973*. Buenos Aires: CEAL.
- Olivares, Belén (2020). *La dinámica recóndita de Montoneros: una reconstrucción de las redes clandestinas desde la revista Evita Montonera (1974-1979)*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Otero, Rocio (2019). *Montoneros y la memoria del peronismo*. Buenos Aires: Prometeo.
- Pacheco, Julieta (2014). “Acerca del programa de la organización Montoneros: ¿reformistas o revolucionarios?”. *Trabajo y Sociedad*, n° 23, pp. 249-265.
- (2015). “Análisis de la militancia sindical de montoneros: la Juventud Trabajadora Peronista y sus luchas”. *E-L@tina, Revista electrónica de estudios latinoamericanos* (50).
- Pastoriza, Elisa (2011). “Escribir historia política, escribir historia. Entrevista con Juan Carlos Torre”. *PolHis*, vol. 4, n° 8.
- Payo Esper, Mariel (2011). “El Frente Antiimperialista y por el Socialismo, más que un ‘ejército político’ impulsado por el PRT-ERP”. *Question*, vol. 1, n° 29.
- Perez, Ernesto (2013). “MR17-FR17. Historia de una organización político militar”. Tesis de Licenciatura en Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Perón, Juan Domingo (2012). *Mi testamento político*. Buenos Aires: Fabro.
- Petra, Adriana (2010). “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”. En García, D. y Agüero,

- Ana C. (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*. La Plata: Al Margen.
- Pis Diez, Nayla (2020). “La ‘nueva izquierda’, la protesta social y la universidad: debates conceptuales desde ámbitos cruzados”. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 18: Debates. Diálogo sobre el concepto de nueva izquierda en la historiografía argentina, pp. 167-190.
- (2022). *El movimiento estudiantil de La Plata en los tempranos sesenta (1955-1966). O la historia de una guerra fría también propia*. La Plata, Posadas, Los Polvorines: UNLP-UNaM-UNGS.
- Plis-Sterenbergh, Gustavo (2003). *Monte Chingolo: la mayor batalla de la guerrilla argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Pluet-Despatin, Jacqueline (1992). “Contribución a la historia de los intelectuales. Las Revistas”. *AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX*. En línea: www.americalee.cedinci.org.
- Ponza, Juan Carlos (2016). “Revista *Crisis*: primera época (1973-1976). Revisionismo histórico y cultural”. *Improntas de la historia y la comunicación*, n° 3, pp. 1-22.
- Portantiero, Juan Carlos (1977). “Economía y política en la crisis argentina, 1958-1973”. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 38, n° 2.
- Pozzi, Pablo (2001). *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP. La guerrilla Marxista*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2012). *Historia de Perros. Entrevistas a militantes del PRT-ERP*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro (2000). *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. Buenos Aires: Eudeba.
- Pozzoni, Mariana (2012). “Una mirada sobre la militancia en los primeros años 70 a través de la revista *Envido* (1970-1973)”. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. En línea: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/62672>.
- (2015). “Los orígenes de la Juventud Peronista Lealtad: los ‘soldados de Perón’ (1973-1974)”. *Cuadernos del CLAEH*, n° 101, pp. 33-61.

- (2018). *Leales. De la Tendencia Revolucionaria a la Juventud Peronista Lealtad*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Prado Acosta, Laura (2014). “El Partido Comunista argentino y la ruptura con ‘los muchachos’ de la revista *Pasado y Presente*”. *Prismas*, vol. 18, n° 2, pp. 185-188.
- Raimundo, Marcelo (2004). “Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa”. *Sociohistórica*, n° 15-16, pp. 99-128.
- Ramírez, Ana Julia (2003). “Las Puebladas en la Argentina de los 1970. El caso de general Roca (julio 1972)”. III Jornadas de Sociología. La Plata: UNLP.
- (2008). “Las mediaciones locales de la protesta. El caso del trelewazo, octubre de 1972”. *Sociohistórica*, n° 19-20, pp. 47-80.
- Ricoeur, Paul (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: FCE.
- Robles, Horacio (2011). “Radicalización política y sectores populares en la Argentina de los 70. La Juventud Peronista (JP) y su articulación con Montoneros en los barrios periféricos de la ciudad de La Plata”. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata. En línea: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.437/te.437.pdf>.
- Rot, Gabriel (2015). “La justicia es política... y la guerra también. Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña en *Nuevo Hombre*”. *Nuevo Hombre*. Edición facsimilar. Buenos Aires: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- (2016). *Itinerarios revolucionarios. Eduardo L. Duhalde y Haroldo Loguierato. De la Resistencia Peronista al Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos*. La Plata: De la Campana.
- Rupar, Brenda (2017). “El partido Vanguardia Comunista: elementos para avanzar en una caracterización del maoísmo argentino (1965-1971)”. *Izquierdas*, n° 36.
- Russo, Pablo; Ciucci, Juan Manuel y Russo, Sebastián (2016). *Un cine hacia el socialismo. Imágenes del PRT-ERP*. Buenos Aires: Fundación La Hendija.

- Salcedo, Javier (2011). *Los Montoneros del barrio*. Buenos Aires: Eduntref.
- Sanguinetti, Alicia (2013). *El Devotazo*. Buenos Aires: El Topo Blindado.
- Santanna, Martín (2015). “*Nuevo Hombre*, una revista como síntesis de una época”. *Nuevo Hombre*. Edición facsimilar. Buenos Aires: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- Santilli, Sandra (2012). “La prensa clandestina: un estudio de caso sobre el PRT-ERP”. *Razón y Palabra*, n° 79, pp. 1-23. En línea: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199524411026>.
- Sarlo, Beatriz (1992). “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”. *América. Cahiers du CRICCAL*, n° 9-10, pp. 9-16.
- (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel.
- Sartelli, Eduardo; Grenat Stella y López Rodríguez, Rosana (2009). *Trelew, el informe. Arte, ciencia y lucha de clases: 1972 y después*. Buenos Aires: Razón y Revolución.
- Schneider, Alejandro (2005). *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Seminara, Luciana (2013). “Pliegues en el relato de la historia reciente argentina: la experiencia de la organización Montoneros Sabino Navarro (1972-1975)”. *Izquierdas*, n° 16, pp. 140-155.
- (2014a). “Escribir las prácticas. Diálogos implícitos entre Montoneros y la organización Sabino Navarro”. *Travesía*, n° 16, pp. 103-132.
- (2014b). “Representaciones y discursos políticos en ‘Montoneros Sabino Navarro’. Una aproximación desde los márgenes”. *Sociohistórica*, n° 34, pp. 1-34.
- (2015). *Bajo la sombra del ombú. Montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Servetto, Alicia (2010). *73/76. El gobierno peronista contra las “provincias montoneras”*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sidicaro, Ricardo (1993). *La política mirada desde arriba, las ideas del diario La Nación, 1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2002). *Los tres peronismos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Sigal, Silvia (2002). *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (2003). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- Silva Mariños, Lisandro (2017). *Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS), un ejército político de masas impulsado por el PRT*. La Plata: La Lllamarada-A Vencer.
- Sonderéguer, María (2011). *Revista Crisis (1973-1976). Antología: del intelectual comprometido al intelectual revolucionario*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Siragusa, Cristina A. (2006). “Las revistas político-culturales locales: construirse desde ‘la orilla’”. X Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación.
- Slipak, Daniela (2011). “Sobre los otros. Peronismo y alteridades en las revistas de la organización Montoneros (1973-1974)”. *Papeles de Trabajo. Revista electrónica IDAES*, vol. 5, n° 8, pp. 92-116.
- (2015). *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sorín, Daniel (2014). *John William Cooke, la mano izquierda de Perón*. Buenos Aires: Planeta.
- Stavale, Mariela (2012). “Las Fuerzas Armadas Peronistas y su experiencia alternativa (1964-1979)”. Tesina de Licenciatura en Sociología, Universidad Nacional de La Plata. En línea: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>.
- (2016). “Peronismo para la Liberación Nacional, ¿y social? El vínculo peronismo-revolución en las revistas *Militancia Peronista para la Liberación y Envido*, 1973”. *Contemporánea*, vol. 7, n° 7, pp. 105-125.
- (2017). “Aventuras de Tendencio en la revista *Militancia Peronista para la Liberación*: humor gráfico para la disputa peronista de los años 70”. *Izquierdas*, n° 35, pp. 1-30.
- (2018). “Las revistas *Militancia Peronista para la Liberación* y *De Frente con las bases peronistas*: una propuesta ‘alternativa’ para la identidad política del peronismo revolucionario, 1973-

- 1974". Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata. En línea: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1742/te.1742.pdf>.
- (2018a). “*Militancia Peronista para la Liberación* y su ‘alternativa’ para el peronismo revolucionario: el debate con Montoneros y Juventud Peronista, 1973”. *Sociohistórica*, n° 42, pp. 1-24. En línea: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9436/pr.9436.pdf.
- (2018b). “La revista *De Frente, con las bases peronistas*. Una experiencia alternativa para el peronismo revolucionario”. *Conflicto Social*, vol. 11, n° 20, pp. 92-123.
- (2020). “Las revistas *Militancia Peronista para la Liberación* y *De Frente con las bases peronistas*, 1973-1974: estado de la cuestión, enfoque analítico y construcción teórico-metodológica”. *Mundo nuevo, Nuevos mundos*. En línea: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/80758>.
- (2021). “El peronismo es de los trabajadores. La corriente alternativista del peronismo revolucionario durante el tercer gobierno de Perón”. En Tortti, M. C. y González Canosa, M. (dirs.), *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*. Rosario: Pro-historia.
- (2021a). “El grupo político de las revistas *Militancia Peronista para la Liberación* y *De Frente, con las bases peronistas* (1973-1974): una experiencia editorial y militante”. *Palimpsesto*, vol. 11, n° 19, pp. 126-155.
- (2021b). “La revista *Militancia Peronista para la Liberación* y su ‘Sección Polémica’: una representación del intercambio epistolar entre obreros de base”. *Tempo & Argumento*, vol. 13, n° 34, pp. 1-41.
- Stavale, Mariela y Stavale, Santiago (2021). “Peronistas y marxistas por la patria socialista: un análisis comparativo del PRT-ERP y el PB ante el tercer gobierno peronista”. *Anuario-IEHS* [en prensa].
- Stavale, Santiago (2013). “PRT-ERP y movimiento obrero: un acercamiento a la política de masas de una organización revo-

- lucionaria en los años 70". Tesina de Licenciatura, Universidad Nacional de La Plata.
- (2017). "Entre la lucha ideológica y la unidad de acción en las fábricas. La relación del Partido Revolucionario de los Trabajadores con la Tendencia Revolucionaria del Peronismo en los años 70". *Izquierdas*, n° 36, pp. 78-104.
- (2019). "Perros en las fábricas : la política sindical del PRT-ERP, sus prácticas y la experiencia de sus militantes en fábricas del Gran Buenos Aires, 1973-1976". Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata. En línea: <https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte1675>.
- (2021). "PRT-ERP: un partido de la *nueva izquierda*". En Tortti, M. C. y González Canosa, M. (dirs.), *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*. Rosario: Pro-historia.
- Stavale, Santiago y De Santis, Daniel (2016). *Un partido de la clase obrera. La política del PRT-ERP en el movimiento obrero*. La Plata: A Formar Filas.
- Svampa, Maristella (2003). "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976". En James, D. (dir.), *La Nueva historia argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Taiana, Jorge (2000). *El último Perón. Testimonio de su médico y amigo*. Buenos Aires: Planeta.
- Tarcus, Horacio (2020). *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Temperley: Tren en Movimiento.
- Terán, Oscar (2013). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tocho, Fernanda (2020). "Lógicas políticas en tensión: la Tendencia Revolucionaria del Peronismo y su participación en el gobierno constitucional de la provincia de Buenos Aires (1973-1974)". Tesis de Doctorado en Historia, Universidad Nacional de La Plata. En línea: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte1869>.

- (2022). “Entre la revolución y la institucionalización. La experiencia de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo en el Ministerio de Bienestar Social de la provincia de Buenos Aires (1973-1974)”. En Lenci, M. L. y Cernadas, J., *Futuros en pugna: actores, dinámicas y sentidos durante el tercer gobierno peronista (1973-1976)*. La Plata: UNLP.
- Thompson, Edward P. (2012). “Prefacio”. En *La Formación de la clase obrera en Inglaterra*. Buenos Aires: Capitán Swing.
- Torre, Juan Carlos (1982). “El movimiento obrero y el último gobierno peronista (1973-1976)”. *Crítica y Utopía*, vol. 6, n° 82, pp. 99-134.
- (1989). “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”. *Desarrollo Económico*, vol. 28, n° 12, pp. 525-548.
- (2004). *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tortti, María Cristina (1999). “Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”. En Pucciarelli, A. (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2009). *El viejo partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2013). *Che: una revista de la “nueva izquierda” (1960-1961)*. Buenos Aires: CeDInCI.
- (2014). “Auge y cierre de la movilización política en la lectura de las revistas *Pasado y Presente* y *Envido* durante 1973”. VIII Jornadas de Sociología. La Plata: UNLP.
- (2014). “La nueva izquierda argentina: la cuestión del peronismo y el tema de la revolución”. En Tortti, M. C.; Chama, M. y Celentano, A. (dirs.), *La Nueva Izquierda Argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Rosario: Pro-historia.
- (2021). “Historia reciente y nueva izquierda: una revisión”. En Tortti, M. C.; González Canosa, M. (dirs.) y Bozza, J. C. (coord.), *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*. Rosario: Pro-historia.

- Touris, Claudia (2021). *La constelación tercermundista. Catolicismo y cultura política en la Argentina (1955-1976)*. Buenos Aires: Biblos.
- Van Dijk, Teun A. (2001). *El discurso como interacción social*. Barcelona: Gedisa.
- Varela, Julia y Álvarez Uría, Fernando (1997). *Genealogía y Sociología*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Verbitsky, Horacio (1986). *Ezeiza*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Verón, Eliseo (2004). *Fragmentos de un tejido*. Barcelona: Gedisa.
- Vezzetti, Hugo (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vitto, Cecilia (2012). “Plan económico del tercer gobierno peronista. Gestión de Gelbard (1973-1974)”. *Problemas de Desarrollo*, vol. 43, nº 171.
- Weisz, Eduardo (2006). *El PRT-ERP: claves para una interpretación de su singularidad: marxismo, internacionalismo y clasismo*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Williams, Raymond (2001). *Cultura y Sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2003). *Palabras claves*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2009). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Zolov, Eric (2012). “Expandiendo nuevos horizontes conceptuales. El pasaje de una ‘vieja’ a una ‘nueva’ izquierda en América Latina en los años sesenta”. *Aletehía*, nº 4.

Publicaciones consultadas por orden alfabético

Revistas y periódicos

- Antropología del Tercer Mundo*, 1968-1973.
- Avanzada Socialista*, 1974.
- Cristianismo y Revolución*, 1966-1971.
- De Frente, con las bases peronistas*, 1974.
- Diario *Noticias*, 1973-1974.
- Diario *El Mundo*, 1973-1974.

El Caudillo de la Tercera Posición, 1973-1974.
El Combatiente, 1968-1983.
El Descamisado, 1973-1974.
El Peronista lucha por la liberación, 1974.
Envido, Revista de Política y Ciencias Sociales, 1970-1973.
Liberación por la Patria Socialista, 1973-1974.
Nuevo Hombre, 1971-1974.
Militancia Peronista para la Liberación, 1973-1974.
Pasado y Presente, segunda época, 1973.
Posición, 1974.

Periódicos nacionales de tirada masiva

Clarín, ediciones varias.
La Nación, ediciones varias.
La Opinión, ediciones varias.
La Prensa, ediciones varias.

Documentos escritos, por orden alfabético

- Frente Antiimperialista y por el Socialismo, “Actas de reunión pre-congreso de cara al V Congreso del FAS”. En www.eltopoblindado.com.
- , “Convocatoria, proyecto de estatuto, programa y declaraciones políticas de cara al VI Congreso del Frente Antiimperialista y por el Socialismo”. En www.eltopoblindado.com.
- , “Documentos y resoluciones del VI Congreso del FAS”. En www.eltopoblindado.com.
- Fuerzas Armadas Peronistas, “Documento Político N° 1”, 1971. En Duhalde, Eduardo L. y Pérez, Eduardo (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*. La Plata: De la Campana.
- , “Ampliación del Documento Político N° 1”, 1971. En Duhalde, Eduardo L. y Pérez, Eduardo (2003), *De Taco Ralo a*

la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. La Plata: De la Campana.

———, “A nuestro pueblo” [lanzamiento de la Alternativa Independiente], 1971. En Duhalde, Eduardo L. y Pérez, Eduardo (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base.* La Plata: De la Campana.

Fuerzas Armadas Revolucionarias, “Los de Garín” [reportaje a las FAR], 1971. En *Cristianismo y Revolución*, n° 28, 1971.

Legajo N° 336, “Revista *Militancia*”, Carpeta “Varios”, Mesa DS, Archivo DIPPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

Legajo N° 526, Asunto: “Asociación Gremial de Abogados, Foro de Buenos Aires por la vigencia de los derechos humanos. Su origen y vinculación con organizaciones extremistas FAL, FAP, ERP y Montoneros”, Carpeta “Varios”, Mesa DS, Archivo DIPPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

Mario Eduardo Firmenich, “Ante el asesinato del Padre Mugica”, 1974. En Baschetti, Roberto (2008), *Documentos, 1973-1976*, vol. II. La Plata: Campana de Palo.

Montoneros y FAR, solicitada “Perón enfrenta la conspiración”, 1973. En Baschetti, Roberto (2008), *Documentos, 1973-1976*, vol. II. La Plata: Campana de Palo.

Montoneros, JTP, JP, MVP, Agrupación Evita, JUP y UES, “Apoyamos la organización del pueblo contra la oligarquía y el imperialismo”, 1974. En Baschetti, Roberto (2008), *Documentos, 1973-1976*, vol. II. La Plata: Campana de Palo.

Peronismo de Base, Afiche para el acto en la Federación de Box, 1974. Disponible en: www.topoblindado.com.

———, Regional Eva Perón, “Qué pasó en el acto del 12”, junio de 1974. En Baschetti, Roberto (2008), *Documentos, 1973-1976*, vol. II. La Plata: Campana de Palo.

Santucho, Mario Roberto (1973). “Las definiciones del peronismo, las tareas de los revolucionarios”. *El Combatiente*, n° 83, 84 y 85.

Disposiciones gubernamentales y discursos políticos, por orden alfabético

Cámpora, Héctor, “Pautas Programáticas para el gobierno Justicialista de la reconstrucción nacional”, 1973. Disponible en: www.ruinasdigitales.com.

Documento Reservado N° 1, Consejo Superior del Movimiento Peronista. En Baschetti, Roberto (2008), *Documentos, 1973-1976*. La Plata: Campana de Palo.

Ortega Peña, Rodolfo, discurso dictado en el acto de repudio por el asesinato de tres militantes del PST en General Pacheco, 30/5/1974. En IzquierdaPunto.Info. Disponible en: <http://www.izquierda.info>.

Perón, Juan Domingo, “Perón habla frente al Congreso Nacional Justicialista”, 24/5/1973. Disponible en: www.ruinasdigitales.com.

———, discurso pronunciando en la CGT, 30/7/1973. Disponible en: www.ruinasdigitales.com.

———, “Discurso a los gobernadores”, 2/8/1973. Disponible en: www.ruinasdigitales.com.

———, “La doctrina, fundamento de la organización”, 8/11/1973. Disponible en: www.ruinasdigitales.com.

———, “La confianza en nuestros dirigentes”, discurso de Perón en la CGT, 14/12/1973. Disponible en: www.archivoperonista.com.

———, “Ha pasado la hora de gritar por Perón. Ha llegado la hora de defenderlo”, 12/6/1974. Disponible en: www.ruinasdigitales.com.

Entrevistas

Entrevistas realizadas por la autora, por orden alfabético

Dri, Rubén, Buenos Aires, 9 de octubre de 2014.

Duhalde, Lali, Buenos Aires, 16 de marzo de 2015.

Duhalde, Marcelo, La Plata, 25 de febrero de 2014.

- , La Plata, 22 de septiembre de 2015.
- , La Plata, 17 de marzo de 2017.
- Gaggero, Manuel, Córdoba, 13 de agosto de 2016 (comunicación, modalidad remota).
- González Gartland, Carlos, Buenos Aires, 9 de octubre de 2015.
- Ortega, Ramiro, La Plata, 3 de octubre de 2015.
- Portugheis, Elsa, Buenos Aires, 19 de noviembre de 2015.
- Vélez, Ignacio, La Plata, 9 de marzo de 2016.
- Yacomini, Ricardo, Buenos Aires, 19 de noviembre de 2015.
- Zito Lema, Vicente, Buenos Aires, 14 de octubre de 2013.
- , Buenos Aires, 11 de septiembre de 2015.

Entrevistas editas

- Gorriarán Merlo, Enrique, entrevista con Felipe Celesia y Pablo Waisberg (2007). En *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*. Buenos Aires: Aguilar.
- , en Kohan, Néstor, “La cultura revolucionaria en el guevarismo argentino. Entrevista a Enrique Gorriarán Merlo”, 1/4/2006. Disponible en: <https://www.lahaine.org> (fecha de consulta: 5/4/2018).
- Pierini Alicia, entrevista con Felipe Celesia y Pablo Waisberg (2007). En *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*. Buenos Aires: Aguilar.
- Perdía, Roberto, entrevista con Felipe Celesia y Pablo Waisberg (2007). En *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*. Buenos Aires: Aguilar.
- , en Caviasca, Guillermo, “La actuación del general Jorge Cargano en la X Conferencia de Ejércitos Americanos en Caracas. Significado, antecedentes y debates”, en *Documentos de Trabajo de la Escuela Nacional de Defensa*, n° 29. Disponible en: <http://studylib.es/doc/5945573/la-actuaci%C3%B3n-del-general-jorge-cargano-en-la-x> (fecha de consulta: 5/2/2018).

Entrevistas realizadas y cedidas por Felipe Celesia (cortesía de los autores)

Duhalde, Eduardo Luis, entrevista con Celesia, Felipe y Waisberg, Pablo, 2006.

Gorriarán Merlo, Enrique, entrevista con Celesia, Felipe y Waisberg, Pablo, 2006.

Jozami, Eduardo, entrevista con Celesia, Felipe y Waisberg, Pablo, 2006.

Pierini, Alicia, entrevista con Celesia, Felipe y Waisberg, Pablo, 2006.

Righi, Esteban, entrevista con Celesia, Felipe y Waisberg, Pablo, 2006.

Colección
Entre los libros de
la buena **MEMORIA**

Este libro analiza las revistas *Militancia Peronista para la Liberación* y *De frente, con las bases peronistas*, publicadas entre junio de 1973 y julio de 1974. Ambas publicaciones circularon durante el particular contexto del tercer gobierno peronista, luego de años de proscripción política, y buscaron constituirse como un órgano de expresión amplio de un colectivo heterogéneo: la constelación alternativista dentro de la tendencia revolucionaria del peronismo. La investigación busca problematizar la experiencia editorial y militante del grupo político que las impulsó, para dar cuenta de los procesos de transformación en su identidad peronista y de las propuestas políticas que de allí surgieron para el conjunto del peronismo revolucionario.

Desde la perspectiva interpretativa de la nueva izquierda, recuperamos las experiencias que articulan ambas revistas, con el interés de identificar elementos de cambios y continuidades en las identidades políticas. Para ello, apelamos a los movimientos analíticos que el enfoque habilita: mirar hacia atrás, desde una dimensión diacrónica, para tejer puentes con el período previo y reconstruir los orígenes del grupo político; y hacia los lados, desde una dimensión sincrónica, lo que nos permitió construir objetos de estudio antes invisibilizados y reconstruir la coyuntura y los debates político-ideológicos que atravesaron a los actores analizados.



Libro
Universitario
Argentino

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

UNM
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

ISBN 978-987-630-714-7



9 789876 130714 7